JULIETA GARCÍA GONZÁLEZ

Cuando escuches el trueno

LITERATURA RANDOM HOUSE

JULIETA GARCÍA GONZÁLEZ

Cuando escuches el trueno

LITERATURA RANDOM HOUSE

Cuando escuches el trueno

JULIETA GARCÍA GONZÁLEZ

LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleermex

@megustaleermex

Penguin Random House Grupo Editorial

It ceased to hurt me, though so slow
I could not feel the Anguish go.

EMILY DICKINSON

Cuando escuches el trueno me recordarás
y tal vez pienses que amaba la tormenta…

ANNA AJMÁTOVA

FIESTAS

El cielo estaba revuelto y hacía promesas que más tarde no cumpliría: lluvia, tormentas, granizo. Las nubes cubrían y desnudaban la luna llena, que iluminaba de forma intermitente la ciudad. Sonaban truenos lejanos, las luces de los rayos alumbraban con su azote sitios distantes. Ana miró esa revoltura y aspiró con placer el concentrado olor de la tierra mojada por los días previos. Luego dio unos pasos sobre el pasto disparejo del jardín, aburrida. Quería irse, volver al calor de Rolando: a su cuerpo largo, moreno.

Estaba en el cumpleaños número cuarenta de uno de los mejores amigos de Ramiro y a quien Ana veía con regularidad en reuniones. El festejado vivía en casa de su tío, a donde los habían convocado para una fiesta que combinaba dos imposibilidades: era sorpresa y de disfraces. A las nueve de la noche, cerca de sesenta personas cantaron a coro unas Mañanitas diluidas al hombre que apenas desembarcaba del tráfico de viernes, más agotado que asombrado.

La casa estaba ubicada en las faldas del Ajusco y, al igual que todas las propiedades de esa colonia, le daba una mordida al bosque. El jardín era el bocado más grande, con un terreno desigual. Hacia atrás se convertía en un óvalo ancho donde desaparecían las plantas ornamentales, en macetas o en jardineras, y crecían frondosos y maduros árboles: abetos, pinos, encinos, araucarias servían como telón de fondo para un gigantesco fresno de tronco hinchado y copa generosa bajo el que había instalado otro jardín de fantasía: decenas de veladoras en frascos de vidrio se intercalaban con rehiletes de colores a los que el viento y el calor de las flamas hacían girar intermitentemente.

Ana Solís era una de las pocas asistentes sin disfraz, sin ganas de beber y con frío. Ramiro le había contado por teléfono que el tío, dueño de la casa, había sido un cómico muy famoso en los años ochenta. Ella recordaba haberlo visto en la televisión, en su infancia. Al llegar lo vio paseando por el jardín con cara de pocos amigos, ya una fotografía desteñida de sus tiempos de éxito.

La temperatura de la noche descendió de golpe después del pastel, cuando la fiesta entraba a su apogeo. Un aire helado bajó de la

montaña. Septiembre llegaba en julio. Ana decidió refugiarse dentro de la casa; se arrepintió de sus pantalones pegados, de llevar zapatos de tacón alto que dejaban al descubierto sus dedos desnudos y de su blusa de escote pronunciado. La chamarra de suave piel negra y la chalina anudada al cuello de poco servían.

Empujó una puerta de cristales e ingresó a un espacio de iluminación incierta, lilácea. Ahí, entrevió al viejo cómico en la penumbra, sentado en un sillón de cuatro plazas, con la cabeza inmóvil y la mirada puesta en algún punto de la alfombra. Cuando la ubicó entre las sombras la invitó a sentarse a su lado, palmeando un sitio vacío junto a sus piernas. Ella accedió y se hundió junto al peso masculino.

Él habló entonces con una voz densa y eses sibilantes. Contó cómo había adquirido esa casa al ser nombrado conductor de un programa de televisión con horario nocturno, los viernes, cuando ella era una niña. Con frases a veces incompletas habló de la fortuna, que le había sonreído un tiempo dándole recursos. Narró la adquisición de la casa y, más tarde, de un terreno adicional, un trozo de bosque que le daría la posibilidad de vivir en el campo sin abandonar la ciudad. No sabía por entonces del destino de esa misma ciudad ni de los necios giros de la suerte. También habló de la fiesta: criticó la decoración, se quejó de la música, de las huellas que quedarían en su jardín, del atuendo de las chicas disfrazadas.

—Se verían mejor embalsamadas —declaró—. Más tarde las tendré aquí, tumbadas, borrachas. Ahí y ahí y allá —dijo señalándole a Ana los desniveles que, en lugar de paredes, separaban las áreas de estar. Figuras de cerámica vidriada habían sido colocadas con cuidado en la orilla de cada desnivel para marcar una separación adicional, tal vez por precaución. Eran venados del tamaño de un niño de siete años, blancos en su totalidad, echados en distintas posturas, algunos con una amplia cornamenta. Iluminados por focos lilas en el suelo, parecían seres de otro mundo.

El cómico dijo, haciendo un gesto de desprecio, que en su época la gente sabía disfrutar mejor del tiempo y la juventud, como si la fiesta que se desarrollaba a unos metros de ese sillón fuera una convivencia infantil. Luego guardó silencio y aspiró profundamente; puso la palma de su mano bien abierta sobre el muslo de Ana y presionó con fuerza. Dirigiéndole una sonrisa más bien triste, se levantó e hizo una profunda reverencia para dejarla sola, rodeada de animales vidriados.

Unos minutos después, Ramiro llegó hasta ella saltando con energía los escalones en desnivel que separaban la zona de estar de la

cocina. Le dijo: "¡Ven!". La tomó de la mano y tiró de su brazo, obligándola a pararse.

—Conociste al tío. No sé si disculparme… —hablaba protegido por el alto cuello de la capa negra que lo envolvía, de terciopelo, forrada de satén rojo. Llevaba el pelo —rizado, oscuro y espeso— muy relamido, además de una dentadura postiza con colmillos alargados y brillantes. Le dijo que la rescataba porque había hombres que querían conocerla y le guiñó un ojo.

Ana lo siguió por un pasillo, pero se detuvo y anunció que debía ir al baño. Con las manos recién lavadas y más frías que antes, salió sin ganas de volver al jardín. Mientras caminaba insegura, sintió en su hombro el peso de una mano masculina jalándola hacia atrás, posándose en su cuerpo como si lo hubiera tocado antes. Se giró para encontrarse con un hombre alto, ni delgado ni robusto, de cabeza grande, pelo abundante y quebrado, separado en mechones desordenados. La luz que entraba desde la calle era suficiente para verle el rostro: la piel azulada por el reflejo de las farolas filtradas por una cortina traslúcida y por los escasos destellos lila que llegaban de la sala.

—No te vayas —le dijo con voz ronca, mirándola a los ojos.

Ella permaneció inmóvil, con la pesada mano en el hombro. Una intuición vaga la recorrió, como un escalofrío. Él le sonrió con una sonrisa agradable, que le marcó hoyuelos en unas mejillas que se veían rasposas.

—Ven, vamos a sentarnos —le dijo con un tono a la vez directo y paternal.

Luego:

—Te llamas Ana. Ana, Ana, Ana —repitió como un mantra—. Pregunté. Me dijeron. Llevo un rato observándote.

Ella también lo había visto hacía muy poco, sentado en el jardín junto a una mujer de falda cortísima y una blusa de transparencias bajo la que se bamboleaban unos pechos libres y más bien pequeños. Platicaban con las caras muy cercanas y él ponía su brazo sobre los hombros de ella, atrayéndola.

—Tengo frío —dijo Ana cuando él repitió el gesto y apretó su cuerpo con un brazo.

—Acá se te quita, verás.

Ella soltó una risa seca. Sabía ser una presa dispuesta.

—¿Conocías esta casa? —preguntó él.

—No —Ana fue parca en su respuesta y tono, no estaba segura de querer otra cosa que dormir, taparse, irse a su cama.

—Es una locura. Todo es una locura. He venido antes para unos trabajos. Todo es rarísimo. Y mira —con un dedo señaló las cornamentas como cristales azucarados—: ¿has visto eso? No puedo quitarles los ojos de encima.

—Sí —dijo ella—, es difícil.

Él sonrió de nuevo, con entusiasmo. La sentó, como a una niña, en uno de los sillones. Se acomodó a su lado y dijo:

—Háblame de ti. Cuéntamelo todo. Hace rato que quiero platicar contigo.

Una nueva risa, ahora tímida. Algo en este hombre la hacía sentir frágil.

—¿No me quieres contar nada? —respondió él—. Entonces te cuento yo.

En vez de eso, inició una sucesión de preguntas que ella respondió en un principio con parquedad antes de ceder poco a poco. Él se quitó su chamarra de tela, acolchada por dentro, y se la extendió para que se cubriera con ella la parte frontal del cuerpo, más expuesta que el resto. ("Tápate".) Al inicio, mientras la escuchaba hablar, la tocaba en la pierna de vez en cuando, rozándola muy suavemente. Más tarde, también el hombro, la cintura, como si fuera una casualidad.

Después de un rato, cuando ella había movido los brazos lo suficiente como para entrar en calor, agitada dentro de una plática que saltaba con velocidad del trabajo a los amigos a la política y a esa casa, él señaló la salida al jardín por la que ella había entrado —esas puertas corredizas, de vidrio— y dijo:

—Tengo que volver ahí.

Ana, los restos de sus palabras rotas en la boca, asintió. Quiso quitarse la chamarra, pero él negó con un gesto, chasqueó la lengua, le besó una mano.

—Te veré pronto, puedes estar segura.

Y caminó dando largas trancadas hasta desaparecer.

Ella fue a la cocina, llena de gente. Ramiro estaba ahí, haciendo gala de su sonrisa impoluta y maneras gráciles. Se había quitado la dentadura postiza para hablar y beber sin problemas. La miró y enarcó las cejas.

—¿Qué haces aquí? —dijo con sorpresa histriónica.

—Voy afuera —Ana respondió dándole un ligero golpe en el brazo. Dejó la chamarra prestada en una silla de madera, cerca de su amigo.

—Mira tus ojos —Ramiro la retuvo, tomándola del brazo. Habló con entusiasmo, como si viera por primera vez esos ojos grandes, oscuros, enmarcados por pestañas abundantes y rizadas. Ojos moros,

en los que el iris parecía más amplio de lo normal, hundiéndose en los párpados inferiores. Ojos moros con acento gracias a líneas negras trazadas arriba y abajo; azuzados por polvos también negros y brillantes. Los coronaban unas cejas abundantes y cuidadas y casaban con un pelo casi azabache, lacio, pesado, que llegaba justo debajo de los hombros. Ana se dejó observar unos segundos y luego movió los hombros, sacudiéndose las miradas.

—Te alcanzo en un minuto, para presentarte gente y eso —dijo Ramiro.

El aire helado la recibió como un castigo. Caminó por el jardín porque quería ver a ese hombre bajo la luz artificial pero más acertada de esa parte de la casa. Después de un par de vueltas y de saludos, de desencajar su tacón izquierdo del pasto, lo encontró. Hablaba con una chica delgada, de pelo muy largo, que llevaba una diadema con orejas de gatito. La espalda de ella contra la pared; él enfrente, con las manos apoyadas a unos centímetros de su cara. Podía ser que se hubieran dado un beso apenas. Ana regresó sobre sus pasos.

Apenas unos minutos más tarde sabría que se llamaba Héctor y que era fotógrafo. Pero antes de eso, vio que era el centro de atención de un grupo de personas. Había dejado sola a la chica de la diadema para regalar saludos a sus conocidos. Llevaba en la mano derecha una botella de cerveza y la movía de vez en cuando para subrayar alguna de sus palabras, una frase particular, o para prolongar de más un silencio. Ana notó entonces que tenía los hombros anchos y ligeramente echados hacia delante, al igual que la cabeza, inclinada como si le hablara a un conjunto de pigmeos, a pesar de que ahora le pareció menos alto. La amplitud de su espalda, cierta flexibilidad de movimientos y los músculos que podían adivinarse bajo su ropa eran los de un hombre que había hecho ejercicio con intensidad durante un tiempo para después renunciar a él. Ana vio que llevaba una camiseta de algodón, de mangas cortas a pesar del frío, holgada de arriba y tensa en la barriga; vio la curva de su espalda, más pronunciada en las dorsales. Los brazos eran largos en exceso, los dedos de sus manos bajaban más allá de medio muslo. No era guapo en el sentido convencional; era un feo atractivo. Tampoco él se había disfrazado.

Ramiro la alcanzó y la acercó al círculo. Había una, dos, tres, cuatro, cinco mujeres atentas a lo que el hombre decía. Ponchos trenzados y finos o chalinas de lana cubrían sus atuendos de fantasía. Tan sólo tres hombres, incluyendo a Ramiro, estaban ahí.

Una mujer forrada con un mono de estampado animal, entallado y escotado, llegó y se paró frente a Héctor con una botella de cerveza en

la mano, erizada por su estancia entre los hielos. Le quitó con solicitud la botella vacía que llevaba, le dio un trago a la nueva antes de extendérsela y le preguntó si quería algo más. Recibió como respuesta una sonrisa ladeada, hoyuelos en las mejillas, apenas un movimiento de cabeza. Ramiro aprovechó la pausa en la plática y la distracción del fotógrafo para hacer presentaciones formales:

—Héctor, te presento a Ana Solís. Ana, te presento a Héctor Lucero. Ana trabaja en una consultoría de comunicación, estrategias y cosas así. ¿Has oído hablar de Sigman? Bueno, pues siempre necesitan gente como tú. Héctor —dijo girándose a ella— es un fotógrafo excepcional. No hay uno mejor en el país, es el más versátil y gana premios y eso. Habrás oído hablar de él…

Hubo un vacío en el que los presentados guardaron silencio, mirándose a los ojos. El iris oscuro de Ana brillaba con complicidad, pero antes de que hablara él se inclinó, volvió a besarle la mano y dijo:

—Muchísimo gusto. Estoy, de verdad, encantado.

Después retomó la atención de su público.

Habló de sus viajes y sus aventuras: se retrató como una especie de doctor Livingstone de la fotografía. Aunque ella no estaba particularmente interesada en el tema, permaneció ahí, con una sensación angustiante encajada en el vientre: algo que no supo ubicar y que mucho tiempo después catalogaría como un presentimiento.

La casa no fue una obsesión gratuita. La primera vez que tomó conciencia de ella tenía cuatro años. Caminaba siguiendo la línea de las duelas del comedor, con los pasos dirigidos a la cocina. Faltaban décadas para que ese espacio fuera suyo. Era por entonces el de la abuela. Ese día, a media mañana, cuando sus pies en calcetines tanteaban el piso, la luz bañaba todas las habitaciones. La sala, los pasillos, los cuartos… y casi todo era madera que crujía con el peso de los cuerpos y con los veranos y sus lluvias. Tronaba con el frío como si la golpearan con un martillo y hacía un sonido sordo, suave, como si despertara, cada primavera. Eran murmullos a los que los adultos no ponían atención, pero que llenaban las cabezas de los niños, que daban pequeños saltos aquí y allá para escuchar los tablones quejarse. Usaban esas tablas viejas como carreteras para sus autos de juguete y los distinguían, gracias al sonido, para esquivarlos de forma ritual: había zonas en las que, con un poco de presión, las maderas gemían como si se lamentaran.

Ana quería jugar con sus primos mayores. Nada le interesaba más que seguirlos en sus aventuras por los jardines, el cuarto de servicio, el patio, por el recorrido que hacían sobre las duelas. Eran seis primos a los que se sumaban su hermano Miguel y ella, la más pequeña. Ocho niños que llenaban la casa los fines de semana.

Ana sabía que, por su edad, debía pagar una cuota. Si quería estar con ellos, debía caminar por las maderas hechizadas, las que lanzaban lamentos que parecían surgir de espectros o árboles que habían llorado al morir. Además, debía hacerlo por el borde de la duela misma, con los brazos estirados hacia el techo y durante el tiempo que ellos asignaran al reto. Aunque tenía los pies muy pequeños y, en general, era compacta y flexible, todavía le costaba trabajo controlar su cuerpo. Si lo lograba, jugaría con ellos; si fallaba, la castigarían. Sus tratos eran así.

Ana detestaba usar zapatos en la casa de la abuela y tenía los calcetines —enrollados: uno en el tobillo, el otro rozando el talón— ya miserables. Las duelas eran tablones gruesos en los que sus pies podían posarse con holgura, pero sólo jugaría si lograba hacer gallo-

gallina, con un pie frente al otro, muy pegados. Punta con talón con punta con talón, con golpes duros y secos.

—Debes pisar con todas tus fuerzas —le dijo su primo mayor— y no puedes mirar hacia abajo porque pierdes y te castigamos.

Obedeció las órdenes, enderezó la cabeza, levantó la pierna derecha y la estampó en el suelo. Levantó la izquierda e hizo lo mismo. Manos arriba, mirada al frente, una pierna, la otra, sus extremidades muy pegadas. Concentrada en su labor, apenas escuchaba los gritos de sus primos, su entusiasmo ambivalente. ("¡Más duro, más fuerte!") Levantó de pronto la pierna derecha y, al pisar, la sintió hundirse en el suelo. El tablón cedió, el pie, la rodilla, el muslo, la cadera se perdieron bajo él.

Por un momento todo fue silencio. Los gritos cesaron, paró el sonido de la calle, la lejana conversación de los adultos y los perros de las casas vecinas que solían ladrar a todas horas. Un vacío de polvo y astillas llenó su cabeza. Después vino el escándalo y la consternación familiar. Ana no podía moverse.

La rodeó una nube de personas, los adultos trataban de entender qué había pasado, cómo había sucedido eso. La pierna derecha de la niña estaba sumida íntegra, más allá del pubis. Incluso un pedazo de nalga estaba fuera de la vista y del alcance. La pierna izquierda estaba torcida, abierta en escuadra, en una postura gimnástica, perpendicular al torso que se encontraba inclinado al frente. El vestido, con los holanes levantados, cubría una parte del joven tronco.

Después de remover esa prenda, tocar los bordes de la carne infantil y la madera, los adultos decidieron no rasgar a la niña con las astillas podridas, tirándola de las axilas. La ingle y la nalga, atenazadas, podían lastimarse aún más. Habría que romper a su alrededor, hacer un quebradero.

Mientras tanto, Ana movía en la nada el pie que flotaba fuera de su vista. Aún no se le hinchaba, así que daba giros con alguna libertad sintiendo el aire, tocando con la punta de los dedos cosas rotundas, abandonadas en ese sótano que había sido clausurado años atrás y al que los niños se asomaban por los respiraderos.

Entre el ruido de gente que iba y venía, de sus primos que preguntaban qué hacer o que platicaban de sus cosas en un volumen que era cada vez mayor, Ana preguntó: "¿Qué hay abajo?, ¿qué hay aquí abajo?". Nadie hizo caso, ni siquiera Ana María, su madre, hincada a su lado, acariciándole la frente y repitiendo su nombre una y otra vez, quizá buscando un consuelo para sí misma, en uno de los poquísimos gestos de auténtico afecto, compasión y zozobra que

mostraría por su hija a lo largo de su historia.

Ni las caricias ni la acción de los tíos y su padre impidieron que el cuerpo de la niña reaccionara; primero, con una sensación de incomodidad que se transformó en ardor; más tarde, en un dolor agudo. La sangre apresada hacía que le palpitara la extremidad completa, desde la cadera hasta la punta del pie. Algo la partía por el centro; su pelvis, en compás, transmitía el dolor al torso entero. El pie hundido comenzó a crecer, a tener vida propia. Los objetos indiscernibles que golpeaba sin querer con el talón o la punta empezaron a llenarla de temor y curiosidad. Cuando se quedaba inmóvil, su cuerpo entero era un pálpito de sangre prisionera.

La única vía posible que encontró para escapar fue la mirada. Detuvo sus pensamientos, puso pausa a sus sentidos y enfocó sus ojos. Pudo ver claramente lo que antes se le había escapado. El rosa delicado y heterogéneo de los mosaicos hechos a mano que cubrían el piso de la cocina, hacia donde había dirigido sus pasos antes de caerse; la formación ordenada de las copas en una vitrina de caoba con vetas muy coloridas, copitas de cristal brillante; la distinta iluminación de los cuartos que podía abarcar con la mirada; la vida que tenían, lejos de ella y los demás, los objetos que antes pensaba inanimados. El santo en la pared que la veía con el rabillo del ojo. El candil con cientos de gotas y óvalos facetados que disparaban por la casa entera sus arcoíris. Las ventanas con marcos de madera rota en las esquinas, desgastada alrededor de los pestillos.

Su padre y dos tíos fueron al sótano para liberarla desde ahí. Tardaron más de una hora en derribar la puerta de ese sitio cancelado por la abuela hacía décadas —por inundaciones y ratas, por los desórdenes en la conducta de las empleadas domésticas y de la tía Olga, que lo habían usado de refugio.

Ana supo después que los objetos con los que su pie golpeaba eran sagrados: un santo de madera estofada que, por los hongos y la humedad, parecía quemado; una cruz maltrecha que probó tener casi la misma altura que Ana; una pila de ollas maltratadas, diseñadas para alimentar batallones. Papeles que se había querido resguardar de las miradas curiosas y regañonas, convertidos ya en letras podridas. Encontraron también vigas inmensas, cacharros viejos, empolvados e inútiles.

Fue Lorenzo, su padre, quien luchó con más fuerza y energía contra las esporas, el polvo, las telarañas y los miedos para romper desde abajo las duelas, cuidando que la pierna de su hija, de un rojo purpúreo, no se dañara más. Fue una operación delicada, tan larga

que al sol le dio tiempo de recorrer de un lado al otro la casa, pasar su luz de la sala a la cocina. Una faena agotadora para todos los involucrados. La hazaña se recordaría durante años en las sobremesas y en las escasas celebraciones familiares. En ellas se hablaría de cómo Lorenzo había arrancado —en un proceso que hacía pensar en un trabajador de la filigrana— las astillas, los maderos, los clavos que se hundían ya en la piel infantil. Se hablaría de cómo había rescatado a su hija sin agravar su situación y de cómo, tal vez por eso, la convertiría con el tiempo en su niña consentida.

A Ana le quedó el recuerdo de ese día y una cicatriz —escandalosa al principio, gruesa, cárdena— que parecía abrazarla de un lado al otro a la altura del pubis y que, cuando llegó el momento de desnudarse voluntariamente frente a un hombre, se había convertido en una línea delgada y clara, muy similar a una flecha, que atravesaba su ingle, subía hacia la cresta ilíaca y se detenía en la nalga, donde remataba en una pequeña estrella. Esa cicatriz fue para ella una especie de termómetro afectivo, quizá porque Elías la miró con asombro y la recorrió con la lengua la primera vez que estuvieron juntos. O porque Pablo detuvo ahí sus manos cuando la tuvo por fin frente a él sin ropa y la acarició, con amor y un deseo en el que se mezclaba algo de compasión. Quizá porque para Rolando había sido una señal, una invitación: esa mujer tenía una flecha que lo dirigiría de la ingle a la nalga y que circundaba un área imprescindible para sus cuerpos. Era una imperfección que la hacía especial, que ella disfrutaba.

El hoyo se tapó con tablones que más tarde fueron sustituidos por duelas nuevas. La madera fue teñida de un color oscuro, casi marrón, para imitar el tono que tenía el resto: madera entintada por cientos de pisadas, por escobas y tacones, por el cambio de tapetes y por lo que le sucede a la cera cuando envejece. Sin embargo, nunca se igualó el tono. El paso de los años aclaró las duelas nuevas en lugar de oscurecerlas.

Ana conservaría un recuerdo (claro, como las verdades) de que fue en ese momento —atrapada en el suelo, mientras sentía una velocidad interior que no se correspondía con lo que pasaba fuera, dominada por una calma y una paz que en la edad adulta le resultaría muy difícil de obtener, inmersa en sí misma— que apreció por primera vez la belleza real de la casa familiar. Era muy pequeña para articularlo con palabras, pero sus ojos, su nariz y sus oídos asimilaron los espacios, la luz, las partículas de polvo y astillas que flotaban nimbándola; asimilaron los colores, el crujir, la sensación misma que la casa entera

transmitía. Y entonces decidió que quería tenerla.

Cuando esa casa se convirtió en su propiedad, unas décadas después, cuando fue un punto de discordia entre ella y su madre, cuando ahondó el espacio que la separaba de su familia, Ana pensó que lo único que la ligaba a todos ellos era lo que la distanciaba. No pensaba renunciar a esas paredes: las prefería a los gestos adustos, al secretismo. Sus propias incapacidades estaban ligadas al techo que la acogía, que era su hogar.

Su abuela tenía la capacidad de ser a la vez dura e intuitiva y, tal vez por eso, la había elegido a ella. El día del accidente se paró en un sitio no tan cercano a su nieta, pero donde pudieran verse mutuamente. Siguió la mirada infantil con cuidado, recorrió con sus ojos lo que la pequeña veía. Guardó silencio también ella, en medio del ruido y el frenesí, y le guiñó un ojo, asintiendo. Tal vez depositó con ese gesto, en la niña que fue Ana, la serie de posibilidades que ella no pudo realizar y que seguirían guardadas entre las paredes que la vieron ser joven, ser madre, ser abuela.

A veces sucede así: una casa es más que eso.

Una ráfaga ocupó su mente, apenas una luz. La cara de su madre, una cara de reprobación. Y después vino el pensamiento que a últimas fechas la ocupaba: estaré sola siempre. Pero no formulado así, jamás con palabras claras. Ni siquiera formulado, sólo anidado. Esperaba una nueva llamada telefónica, esperaba que su celular volviera a sonar, aunque tenía sueño, ganas de irse a dormir y cubrirse con el edredón de plumas hasta la oreja, con la mejilla hundida en la almohada. Todo empezó con unas palabras casi inmediatas a los adioses en el jardín del Ajusco. Se despidió de Juan José con un abrazo y pasó frente a Héctor sin decir palabra, apenas señaló el interior de la casa para indicarle que ahí estaba su préstamo. Buscó a Ramiro y lo encontró de nueva cuenta en la cocina. Se inclinó hacia él para darle un beso y sintió su brazo deteniéndola, el susurro en el oído: "Le di tu teléfono. No te molesta, ¿verdad? Te marcará". Ana le dirigió una sonrisa cansada, somnolienta.

Subió a su coche con esta idea: su celular sonaría en breve. Encendió el motor, prendió la calefacción y esperó unos segundos. No hubo más que el ronroneo del auto. Esperó un poco más, más: un par de minutos. Luego arrancó para tomar el camino hacia su casa; bajó por las laderas de la montaña para acercarse al Periférico, apreció las luces que parpadeaban desde las avenidas, pudo ver el trazo irregular de las calles y se encaminó por el anillo que la llevaría a casa (después circularía por encima de ríos entubados, de casas que se apiñaban contra las riveras convertidas en banquetas). Su cabeza estaba habitada por retazos de la noche: las figuras de cerámica porcelanizada, el viejo tío, la casa misma, llena de recovecos y pasillos, el trozo de bosque. Notó que le dolían los pies y, sin aviso, desde el arco mismo del derecho, se desató la chispa del deseo. Lamentó que su teléfono no hubiera sonado, pensó en la conversación y la chamarra, en ese hombre que había sido el centro de atención por cierta actitud que a ella no le parecía agradable.

Las calles de la colonia del Valle estaban tranquilas, una corte silente que parecía abrirle paso a su automóvil. Estaba a punto de bajarse para abrir la reja de su casa y meter el coche cuando sonó el

teléfono. El timbre de los mensajes la regresó a su cuerpo: una sacudida. El deseo, para entonces, se había desplazado de la pierna a la ingle, de la ingle a la mente, llevándola por caminos sin palabras. De pronto se volvió algo concreto: un mensaje en el celular durante una madrugada de quietud. No levantó de inmediato el aparato; se bajó, abrió la reja. Ya dentro, en el patio, resguardada, dejó que pasaran unos segundos más antes de mirar la pequeña pantalla. Leyó: "¿Estás sola? ¿Quieres compañía?". Cerró el aparato y caminó hasta la casa. Se quitó los zapatos y se talló los pies. Se sentó en la sala y respondió: Sí.

Sí.

"¿Quieres compañía?" Era una pregunta ridícula, un poco falsa. También una invitación irresistible. Quedaron de verse en un hotel. Él le dijo el nombre. Ana pensaría después —meses más tarde— en lo peculiar de ese encuentro: en la extraña forma en que habían decidido iniciarlo todo. No pensó siquiera en invitarlo a su casa, prefirió salir a esas horas, volver a tomar el auto y circular. Antes se cambió los zapatos, se puso algo más abrigado. Se lavó los dientes, se aplicó perfume y ajustó su maquillaje.

Recibió un nuevo mensaje con el número de la habitación. Era un hotel céntrico, que se usaba para convenciones, no uno de paso. Ana llegó al cuarto y tocó la puerta. Las cortinas estaban abiertas y podían verse las luces de la ciudad. Pensó que de él sabía tan sólo el nombre y la profesión: Héctor Lucero, fotógrafo. Sabía que las mujeres lo admiraban, lo buscaban, y que él coqueteaba con ellas. Sintió satisfacción: él, de ella, no sabía nada.

No la asustaba verse con un hombre así. Durante una temporada más o menos reciente de su vida había sido algo común, aunque hacía un par años que no se procuraba encuentros fortuitos e inmediatos con tanta regularidad. Esta vuelta al ruedo la estimulaba, la hacía sentir las ansiedades y los placeres de la búsqueda constante, adrenalina. Él se paró a su lado y luego avanzó hacia su cuerpo. Le acarició el pelo, grueso y pesado; el cuello. Ella se giró para tenerlo de frente, mirarlo a los ojos. Eran castaño claro, como su pelo, pero con manchas que parecían pequeños cuadrados dispersos por acá y por allá en el iris.

La tomó de la cintura, le sonrió con una sonrisa ancha e hipnótica y se le marcaron de inmediato los hoyuelos de las mejillas. Le apretó un brazo, la aprisionó lastimándola un poco mientras le abría los labios con la lengua, invadiéndola.

Los primeros contactos con un cuerpo desconocido, las caras las primeras veces, se conservaban en la memoria de Ana como insectos

en ámbar. Antes de almacenarlas, las repasaba durante días, viviéndolas: un cine personal, una transmisión íntima para gozar de nuevo. Quedaba en ella un cierto gesto del otro, un movimiento específico que había desatado un rosario de reacciones en su cuerpo y dejado una huella a la que podía recurrir más tarde. Supo, en el momento en que lo sintió tocarla, que algo diferente estaba por sucederle. Otra ráfaga: Elías. Un recuerdo: los dedos jóvenes y torpes, las manos en pleno aprendizaje. La huella que no se borraría jamás. Algo en este hombre la hacía pensar en aquel primero. Recordaría más tarde —mucho más tarde, años después, ya liberada del peso y la opresión— cómo durante varios minutos pensó en una forma de imprimir esas sensaciones para siempre en su piel, hacerlas propias y duraderas, igual que con el tacto de su vecino cuando ambos estaban en la adolescencia. Pero, a diferencia de lo ocurrido con Elías, de lo ocurrido con otros hombres, ese primer encuentro con Héctor eludió su memoria. Esa noche quedó guardada en el limbo, en un espacio al que no pudo volver de manera voluntaria.

Un poco antes de las ocho de la mañana salió de la habitación sin más retazos que guardar que los gestos amables y corteses de la despedida.

Cuando pasó frente a la pequeña panadería que vendía pizzas por las noches se sorprendió: llevaba media hora sin darse cuenta del camino, de los autos frente al suyo. Puso la direccional para girar hacia casa de Juan José. Era jueves, día de su cita semanal. Hacían un esfuerzo por verse al menos una vez a la semana, sin contar las reuniones laborales que muy de vez en cuando tenían. Siempre eran en la casa de él, decorada con cuidado, llena de objetos con magia propia: un ropero de cedro, antiguo y restaurado, una silla Eames, un taburete marroquí… Ana había decidido unos años atrás que no recibiría en su casa salvo en muy escasas ocasiones y siempre a pocas personas, las menos posibles: ese lugar era un refugio y los refugios no son públicos.

Juan José preparaba algo sencillo de cenar para los dos y se bebían el vino que ella llevara. De vez en cuando, salían a algún pequeño restaurante de barrio. Aunque a veces se colaba Ramiro a esos encuentros, solían ser ellos dos solos. El novio tenía necesidades díscolas y lo mismo podía irse a la cama temprano que salir con un grupo de amigos de su edad. Subrayaba frente a ellos, cuando podía: apenas treinta y uno, soy un niño.

La noche, entonces, estaba para platicar hasta el colapso, porque las horas les ganaban. Como él no la dejaba manejar hacia su casa si le habían visto el fondo a la botella, tenía ya preparado un conjunto de edredones y sábanas para instalarla en el sofá cama que tenía un lugar prominente en la sala.

Un mes antes de la fiesta en las faldas del Ajusco, Juan José y Ramiro habían separado su vida doméstica por primera vez. Decidieron, después de diez años de noviazgo y cuatro años de compartir la cama, mantener la relación como un noviazgo y no un matrimonio. Se hablaban y veían casi a diario, pasaban juntos los fines de semana, pero las cosas de Ramiro y su vida no siempre disciplinada estaban ahora a unas cuadras de distancia.

Ramiro Acosta era esbelto, con los ojos y el pelo negros y la piel aceitunada. Caminaba siempre erguido y movía su cuerpo, de proporciones juveniles y atléticas, con soltura. Tenía las pestañas espesas y rizadas, una sonrisa de dientes blanqueados por la ciencia y

la tecnología, cuidados y mimados. No sentía empachos en hacerse tratamientos faciales o masajes; sus manos lucían una manicura discreta. Se ejercitaba, cuidaba lo que comía e iba con regularidad a sesiones de meditación por lo que él llamaba las "razones equivocadas": quería trascender las emociones negativas para no envejecer, para que no hicieran mella en su rostro. Decía que el bienestar de su espíritu sólo tenía relevancia si le daba bienestar a su cuerpo en el aquí y el ahora. Tampoco tenía empacho en coquetear con hombres y mujeres. Era bisexual y se daba el lujo de ejercer sus deseos a plenitud: se sabía atractivo y todavía irresistible.

Juan José Medina era el opuesto de su pareja. Era un hombre de manos anchas, largas, pesadas; de antebrazos gruesos y muñecas masivas. Tenía una piel blanca que se quejaba del sol y la intemperie con brotes rojizos en las mejillas o en la punta de la nariz. Su pelo era rizado, de un rubio oscuro que, bajo cierta luz, adquiría tonos verdosos, como los que pueden entreverse en los líquenes cuando llueve. Era un matiz que casaba con sus ojos, en los que brillaban ecos de agua estancada, de panales con miel. Era velludo y tenía el ceño constantemente fruncido para protegerse del sol y de los nubarrones que pudieran atravesar su tranquilidad emocional, así que una hendidura se había formado entre sus cejas, muy pobladas, coronando su recta nariz. Era más alto que Ramiro y corpulento, con un cuerpo que daba una falsa impresión de gordura. Su espalda era inmensa, tenía anchos los pectorales y amplios los hombros. Tenía cuarenta y dos años.

Cómo usaba cada uno su tiempo era lo que, en parte, llevaba a los amantes a períodos de separación periódica: Ramiro, proveniente de una alcurnia más bien nueva, había heredado una pequeña fortuna cuando era aún muy joven, hecho con ella una inversión inteligente y renunciado con eso a la idea del trabajo consuetudinario, de un horario y una responsabilidad a los que no pudiera faltar. Aparecía en las revistas de sociales rodeado de jóvenes pudientes —hijos de empresarios o banqueros, de políticos sin pudores—, porque a las fiestas de sus amigos siempre asistían los reporteros y fotógrafos que consignaban los ires y venires de los privilegiados. Esos mismos amigos lo invitaban a sus casas de fin de semana, veraneo o invierno.

Juan José, en cambio, trabajaba sin parar. Vivía bien, casi con lujos, pero ni podía ni quería renunciar a sus ingresos fijos o a responder por el trabajo que hacía. En eso se parecía a Ana, quien formaba parte, para su propia sorpresa, de una sociedad empresarial que se dedicaba a la consultoría política, en comunicación,

organizacional y publicitaria: Sigman y Asociados.

Estaba conformada, además, por Ximena Beláustegui y Rosaura Varela, Lucas Suárez —un financiero, el más joven de todos— y por el socio mayoritario, José María Sigman, un madrileño que, al igual que Rosaura, rozaba los cincuenta. Ana hubiera querido que Juan José —que pasaba sus días, como ella y su mutua amiga Nash, resolviendo asuntos de comunicación y publicidad para empresas— se uniera. Pero él rechazó la oferta desde el inicio, cuando la sociedad apenas se formaba, protegiéndose tras distintos pretextos. Tenía un puesto importante en una agencia publicitaria que lo hacía dueño de su horario y le daba acceso a caprichos a los que se acostumbraba cada vez más.

Ambos solían reírse de la industria publicitaria y de los nombres que le otorgaba a las distintas labores: Juan José era un "director creativo", lo que incluía más labores tediosas de lo que hubiera deseado; los muchachos que trabajaban bajo su cargo, desarrollando frases y conceptos para anuncios eran los "creativos" y los "*copys*", y quienes diseñaban estaban en el departamento de "arte". ("Arte el que hacía Vermeer. Toda la escuela de Flandes; creativo, Jobs", decía Juan José.)

Les hacía gracia la confusión que imperaba en un trabajo así, donde se obviaban las implicaciones lingüísticas de las palabras que designaban labores. Se burlaban de las pretensiones del puñado de clientes que tomaba las decisiones de compra, los que pagaban, porque estaban muy lejos de ver un valor en el arte y la creatividad verdaderos. Su comprensión alcanzaba para asimilar que eran necesarios profesionales para lograr los propósitos de su empresa, pero los pasos que se sucedían después de las primeras juntas los desconcertaban. Lo que culminaría como un anuncio o una campaña publicitaria completa dependía más del humor, los caprichos y la capacidad intelectual de quien daba el visto bueno final al presupuesto o de quien, por la casualidad o el amiguismo, había terminado sentado donde se decidían estos asuntos.

Estacionó el coche y lo vio. Héctor. Salía de casa de Juan José, se despedían en los escalones frente a la puerta, alargaban los adioses. Una punzada en el estómago, un revuelo en el pecho. Se lo había encontrado hacía poco en una caminata vespertina que le había dejado una sensación de pérdida. Y no se lo había topado de nuevo, a pesar de que repetía lugar y hora de sus caminatas con esa intención. No había recibido llamadas o mensajes. Nada después del primer encuentro. Eso era normal. Y ahora podía bajar e interceptarlo. O no.

Mejor no.

Contó en voz baja diez segundos, nueve, ocho. Lo dejó caminar de regreso a su destino, doblar una esquina. Juan José cerró la puerta. Ana bajó del coche y tocó el timbre tres veces, con impaciencia. Él abrió con gesto exasperado. Pasa, pasa… Caminó por el pasillo, hacia la cocina. Ella se disculpó:

—Perdón, perdón. Es que vi que tenías visitas… —dijo, consciente de los timbrazos—. Odié que hubiera alguien antes que yo.

Él regresó y la vio sentada en la orilla de uno de los sillones, su bolsa aventada sobre el asiento. Así, sentada, era más fácil ver su estatura media; de pie, cuando tenía cosas que decir, daba la impresión de ser una mujer alta.

—Era Héctor —la voz ronca no dio más explicaciones. Sus manos se abrieron como justificación. Suspiró y explicó:

—Va a tomar las fotos para una campaña. Quedamos de vernos acá.

—Ajá —dijo Ana, y recordó por un momento la sensación que la había invadido al verlo en el centro de la fiesta en el jardín, rodeado de gente.

Pensó en las mujeres con las que lo había visto platicar, la cercanía física que procuraba: chicas que lo tocaban con cualquier pretexto y a las que él tocaba con reciprocidad. Lo recordó insistente. Se recordó a sí misma, entusiasmada con la conversación inconclusa, aleatoria, caótica con la que habían iniciado su trato. Quiso que le confirmaran no sólo que no era tan guapo, sino que algo estaba fuera de lugar con ese hombre. Ramiro lo había presentado también con Juan José.

—¿No te parece un tipo raro? —preguntó.

Juan José asintió con todo el volumen de su cuerpo. La miró, con una sonrisa apenas formándosele. Bajó sus anchas manos a las rodillas.

—Es rarísimo —concedió él con su voz ronca—. Ni siquiera lo contraté yo. Bueno, sí lo contraté yo, pero lo pidió el cliente. Ya ves cómo es la cosa. Está de moda lo que tiene un filo artístico, de nuevo. El famoso valor agregado, imagínate. Como Héctor es, en realidad, un artista, sus campañas valen más. Si lo hacemos bien, nos ganamos un premio. A ver…

Ana susurró “Sí, sí, sí, sí”. Conocía a la perfección la manera en la que se transformaban los proyectos. La idea original iba desgastándose conforme la tocaban, manipulaban, movían, ajustaban y acotaban los distintos actores involucrados en cada caso. Siempre se trataba de un grupo más nutrido de lo que parecía sensato y todos tenían una

opinión de peso, lo que obligaba al conjunto a consultar con alguien ajeno al grupo inicial, con alguna autoridad en la materia. Eran raras las ocasiones en las que semejante convivio daba como resultado algo más rico que la propuesta inicial. En términos generales, se daban cita en un mismo proyecto ideas que no tenían relación entre sí o que, sencillamente, no eran buenas.

—Empieza tu fiesta de tonterías, ¡cascadas de mierda! —dijo ella con la voz áspera por la furia. El enojo de sus palabras la tomó por sorpresa y se giró para mirarlo.

—Ya vámonos, anda. No tengo nada de comer, me muero del hambre y no quiero filosofar —dijo Juan José, riéndose, de buen humor.

—¿Y Ramiro? —preguntó Ana.

—Tampoco quiere filosofar, sobre todo porque no viene hoy. No lo veré en una semana, viaje a San Miguel de Allende. Hará yoga y beberá vino caro.

Llegaron a un restaurante de comida árabe, por casualidad. Les ofrecieron un vino libanés que tenía sabores terrosos, ligeramente acres, que casaba bien con la comida y que le soltó la lengua a Juan.

Al inicio, mientras atacaban la comida recién servida —arroces diversos, lentejas aderezadas con cilantro, hummus, ensaladas frescas y multicolores—, hablaron de trabajo. Era una pasión compartida que se había vuelto dolorosa en parte porque les gustaba; no querían renunciar a nada de lo que hacían, pero llevaban sobre su cabeza un peso que no podían manejar.

—El problema de fondo —dijo él— es que este país no tiene cultura laboral.

Ana se rio como se hace cuando una verdad es dura y sin remedio.

—En serio, Ana. En este país no alcanzaremos un sitio mucho mejor al que tenemos. Tú tienes tu propia empresa y te enfrentas a lo mismo que yo. Cuando trabajé en Europa las cosas eran muy distintas. Acá no hay remedio… ¿O sí? A menos de que te cases con un millonario. Pero si ya dejaste ir a un arquitecto guapo y exitoso, ¿qué puedo esperar de ti?

Ana masticó en silencio. Juan José había estado fuera unos años, estudiando en Suiza primero, y trabajando en Alemania y Francia después. Mientras tanto, ella había pospuesto la posibilidad de vivir en otro lado, de salir de su ciudad.

—¿Crees que si me hubiera ido con Pablo a vivir a Londres, seguiríamos juntos? —preguntó.

Juan José la miró. Se sirvió más vino y sus ojos miraron con

tristeza la botella casi vacía. Puso los codos sobre la mesa, la barbilla sobre sus puños y suspiró:

—Ana —dijo con solemnidad—, no vayas a dar el viejazo. Esos conatos de arrepentimiento son el inicio de la decadencia. Te lo digo yo, que lo tengo muy claro desde hace mucho tiempo. Pero tú eres más joven, una nena. Así que aprende de mí. Mi edad debería enseñarte al menos eso.

Pablo Villalobos, el exmarido de Ana, había ido y vuelto. Maestría en urbanismo en la UCL. Se había emparejado de nuevo y llevaba ya un tiempo en una casa amplia, con jardín. Acababa de tener una bebé y él y Andrea, su mujer, habían decidido hacer oficial su unión. El mismo Pablo, de quien se había separado hacía más de seis años, se lo había dicho el día anterior.

Su matrimonio había sido breve y dulce, sin intensidades. Se habían casado después de un año de noviazgo, en una boda sencilla, para irse a vivir al departamento que él tenía muy cerca de donde ahora ella cenaba. Su vida juntos fue armónica, nada más. Ana sentía que lo quería con mayor profundidad, lo entendía mejor y se sentía más vinculada a él desde su separación. Fue la necesidad de Pablo de irse a estudiar al extranjero por un tiempo lo que los hizo decidirse por un divorcio que fue como su matrimonio: simple, rápido, suave.

Se encogió de hombros. A los treinta y cinco, le quedaba tiempo antes de sentirse envejecer.

—Nací cuando López Portillo gobernaba. Todavía soy joven. He vivido menos crisis que tú. Nací cuando había esperanzas para el país o algo así.

Él se dio cuenta del curso de sus pensamientos y atajó:

—No sé qué te pasa, pero sí sé que el tono con el que me hablas se parece a un arrepentimiento que hace esquina con la amargura. Y ahí es donde todo se jode: en la amargura. En la amargura y en el cinismo, que son más o menos la misma cosa.

Ana quiso bromear:

—Acabo de descubrir que tengo un vacío que quiero llenar —dijo con una amplia sonrisa. Juan José fijó, con sus ojos multicolor, por encima de la copa que se terminaba, la mirada de su amiga. Después extendió una mano y tomó la de ella en un gesto de cariño físico que pocas veces se permitía. Y la devolvió a la noche con una pregunta:

—¿Vas a ir a la fiesta de Ximena?

Ximena Beláustegui tenía el pelo largo, lacio, rubio. Sus ojos eran almendrados y del color de la miel diluida. Iban con su cuerpo, muy delgado, recto, sin curvas evidentes. Llevaba cinco años casada con Hans Schabert, un diplomático berlinés muy alto, con el pelo rubio ceniciento, al que había conocido en una cena en la embajada alemana.

Hans y Ximena o Ximena y Hans habían comprado y habían restaurado una vivienda de finales del siglo XIX, construida como algunos *brownstones* en el corazón de Manhattan o como las filas de casas que se alinean en Brooklyn, aunque en plena Ciudad de México. El edificio se elevaba hacia el cielo en lugar de cubrir sus necesidades de espacio con la anchura. La fachada era de una piedra parecida a la cantera, con un color más ocre, bruñido por el tiempo.

En la sala estaban ya Juan José y Ramiro, con sendas copas en la mano. Ana apuró el paso para saludar a sus amigos.

—Hola, guapa —dijo Ramiro poniéndose en pie casi de un salto—. ¿Cómo estás? Ya te extrañaba. —La abrazó, luego la tomó de los hombros y, como si fuera una niña, se la pasó a Juan, ya parado, quien también la abrazó. Perdida en esa corpulencia querida, se dio cuenta de que estaba a la expectativa. Héctor. Tal vez…

Se sacudió un poco los abrazos y miró de un lado al otro, muy atenta.

—¿A quién buscas? —le preguntó Ramiro. Lo iluminaba una sonrisa traviesa.

Ana rechazó la insinuación:

—A Ximena, por supuesto. O a Hans. A los dos, en realidad.

Ramiro cruzó miradas con Juan José y se sonrió de nuevo, pero no dijo nada. Los tres se sentaron en unas otomanas a platicar de naderías, hasta que ella anunció que era grosero no saludar y que buscaría a su amiga y luego volvería con ellos.

—Apártenme el lugar —les dijo, señalando su asiento.

Tomó una copa de vino tinto de la charola que un mesero le extendió y caminó entre la gente.

Encontró a Ximena y Rosaura en el pequeño *hall* que se formaba

bajo la escalera. Las vio de frente, pero ellas no la descubrieron. Sonreían atentas. Aunque estaban en el mismo plano, no podían verla porque fijaban su mirada en Héctor, a quien Ana distinguió claramente por la espalda. Movía sus largos brazos para abarcar la extensión de la historia que contaba. Era una suerte de representación teatral en la que él dibujaba rectángulos con los pulgares y los índices de ambas manos, enmarcando algún paisaje guardado en su memoria, con una mano plana que avanzaba frente a sus ojos hacia lo lejano. De vez en cuando hacía una pausa en sus movimientos, señalaba a una de las dos mujeres que lo miraban absortas y esperaba una respuesta con el cuerpo quieto y la cabeza ligeramente inclinada. Ana caminó muy despacio, pegada a una pared, y pudo apreciar cómo él cedía el turno y la atención a la que estuviera hablando. La conversación parecía coreografiada. Él asentía y posaba sus ojos en alguna de las mujeres, como si no hubiera otra cosa en el mundo que pudiera interesarle más que las palabras que le dirigían. Sonreía con su sonrisa encantadora, con las hendiduras en sus mejillas. Hacía pausas constantes y rítmicas. En una de esas pausas, se giró.

—Hola, Ana —dijo, como si estuviera esperándola.

Ximena dio un paso hacia ella y la saludó con un abrazo ligero y perfumado. Luego Ana misma caminó hasta Rosaura, recargada en la pared, con su bebida fría y transparente en la mano. Se saludaron con un beso breve. Giró entonces su cuerpo hacia Héctor, que la miraba sonriente. Lo vio inclinarse hacia ella, con la boca dirigida a sus labios; vino un desvío final que le dejó apenas un roce húmedo en la mejilla, cerca de la comisura donde tenía congelada una sonrisa. Luego lo sintió tocarla. El brazo derecho, pesado, de antiguo nadador, le cruzó los hombros. Le dijo:

—Hablábamos de ti. No, no, corrijo, hablábamos *bien* de ti.

Sus socias se rieron, celebrando la frase, y Ana sintió el desconcierto llenándola como a un vaso, un chorro caliente y agudo. ¿Cómo cabía ella en los movimientos descritos por el cuerpo, los dedos, las manos del fotógrafo? ¿Cómo entraba en esa plática que parecía ensayada, en la que aparecían marcos, planos…? Torció la boca antes de impostar una sonrisa. La amargura, el cinismo. Ahí es donde se jode la cosa. Iba a decir algo cuando él, que no la había soltado, tomó la palabra:

—Acompáñame por algo de beber —le dijo, arrastrándola consigo por los pasillos, el brazo pesado sobre sus hombros. Ella pensó que lo escucharía explicarle la conversación; o, tal vez, que le diría que tenía una novia y que por eso no la había llamado, ni buscado después del

primer encuentro o de la casualidad que los reunió en un parque. No: él avanzaba en silencio. Ana creyó entender el juego. Era ella quien debía preguntar, más temprano que tarde, cuál era el giro de sus conversaciones para que él comenzara con una historia larguísima antes de decirle cómo y por qué la habían mencionado. Decidió que no haría esa pregunta, que se tragaría las palabras que se le agolpaban ya anudadas en el velo del paladar.

Se detuvieron antes de llegar a la cocina, donde estaba instalada una barra de servicio. El brazo derecho de Héctor seguía firme sobre los hombros de Ana: no la soltó para tomar una copa con la mano izquierda y elevarla para hacer un brindis. Los cristales sonaron con el choque de sus bordes. Él dijo:

—Tienes que mirarme a los ojos cuando bebas o tendrás siete años de mal sexo. Y no queremos eso. Queremos que tengas muy buen sexo. De hecho, no hay nada que nos interese más que el buen sexo que tú, Ana Solís, tendrás a partir de ahora.

Ella obedeció, girando un poco su cuerpo para tenerlo frente a sí. La torsión la liberó del brazo que él le dejaba caer con todo su peso, y pudo beber.

—Qué bueno que vienes. Me quedé pensando en ti desde la última vez que estuvimos juntos. Eres diferente…

Ella escuchó esas palabras y bufó un poco, dejó escapar una risita. ¿Estuvimos juntos? ¿Diferente? Última y única vez. Esa forma de hablar la desconcertaba. Diferente, ¿de qué manera?, ¿a quién? Dominó sus impulsos en silencio. Entendía los encuentros casuales, sólo que, los primeros días después de la plática en la sala y la noche en el hotel, pensó que con el fotógrafo no sería así. Pero no valía la pena hablar, eso lo tenía claro.

—¿Te lo han dicho muchas veces? Tendré que pensar en cómo formularte las cosas. Yo no uso tanto las palabras, soy un hombre que mira… Y no dejo de mirarte. No puedo. Por ésta —se besó el índice y el pulgar, unidos—, de verdad.

Ana dio un trago a su vino y levantó los ojos. Él la apresaba con sus ojos marrones, tornasolados, con una sonrisa que no supo clasificar: hoyuelos. ¿Se burlaba?, ¿era serio? Di algo, se dijo. Dile algo. Y él se adelantó:

—Voy a saludar a unas amigas. Te veo al rato. No te pierdas, porque de veras que te quiero ver —dijo. Chocó de nueva cuenta su copa contra la de Ana y le guiñó un ojo. Luego le acercó el cuerpo hasta que lo sintió rozándole los pechos, una mano en la cintura. Escuchó lo que le pareció un suspiro o un gruñido; después, nada. La

dejó de pie, junto a la barra, con la bebida en la mano. Iría con unas amigas. No con amigos: el plural no admitía más que un género. Ellas. Mujeres.

Los sonidos en una reunión varían según el estado de ánimo de la concurrencia. Durante unos segundos, todo fue un ruido caótico y abrumador: Ana sintió que la gente reía con intensidad grosera, que los vasos o los platos chocaban tanto que se romperían. Con la mano izquierda se tapó ese oído y frunció el entrecejo ligeramente. Juan José llegó para sacarla de su trance:

—¿Todo bien? —preguntó.

Ella asintió, llevando la mano del oído al brazo de su amigo. Él la miró unos momentos, le señaló con la barbilla el lugar en el que estaban sentados y caminaron hacia allá.

—Tu cuate es insoportable —le dijo a Ramiro una vez que se sentó. Un mesero se detuvo a su lado y le ofreció un platito con bocadillos. Ana lo puso en su regazo y comenzó a comer. La emoción que sentía no tenía nombre, estaba compuesta de objetos rotos y memorias lejanas.

Ramiro sonrió y le quitó un bocadillo del plato para metérselo entero a la boca. Disparó:

—Amo los de queso. ¿A qué amigo odias? ¿Por qué vienes tan agria?

Ana levantó la mirada de su comida.

—No hables con la boca llena —dijo entre bromas y veras. Ramiro soltó una carcajada dejando ver la masa blanca que había entre las muelas, la lengua, el paladar. Retomó su pregunta.

—Ya, en serio, ¿a qué amigo odias?

Juan José levantó un brazo: era una bandera para que un mesero le tuviera piedad y le sirviera más vino. Después dijo en voz baja:

—Odia a Héctor.

Ana lo miró en silencio, rumiando un coraje, y afirmó:

—No me gusta.

—Y Medina tiene la respuesta… —dijo Ramiro girándose para encarar a su pareja. Luego volvió el rostro hacia Ana—. A Héctor… ¿el fotógrafo? ¿Héctor Lucero? ¿El que te presenté en la fiesta? ¿El que se gana premios? —preguntó con auténtica sorpresa.

Ella hizo un gesto afirmativo con el índice, mientras llevaba otro canapé a sus labios. Ramiro meditó unos segundos, con la mirada puesta en el techo. Sus ojos recorrieron después el salón, como buscándole sentido a lo que acababa de escuchar. Frunció el ceño y miró a Ana con la cabeza ladeada.

—¿Has visto sus fotografías? —preguntó. De inmediato giró su cuerpo hacia el de Juan José y le increpó—: ¿Y qué no lo acabas de contratar tú para una campaña?

—No, no he visto sus fotografías —aceptó ella.

—¿Y lo odias así, nomás?

—No lo odio, sólo me parece insoportable. No es odio.

Juan José bebió un largo trago de su vino antes de hablar:

—Es muy buen fotógrafo. Pero es rarísimo —su comentario estaba dirigido a Ana, era una repetición para reafirmar su postura. Miró a su novio y le dijo—: No lo contraté yo, pero sí hará una campaña para mí.

Ramiro sonrió de nuevo, los dientes impecables, el cuerpo con aroma a vetiver y encanto. Se inclinó con coquetería hacia Ana y le susurró:

—Mi reina, yo creo que te gusta.

Tal vez por la inquietud, Ana sintió ganas de orinar y se separó de sus amigos. Conocía bien esa casa, así que subió las escaleras a los baños que estaban cerca de las habitaciones para ahorrarse los de visitas. Caminó por el pasillo, golpeó con los nudillos la puerta del baño y no esperó respuesta: giró el pomo y la puerta cedió. Hasta que dio un paso para entrar, empujando la puerta, escuchó: "Un momento". Una voz masculina, ronca. Era demasiado tarde: la hoja había dado con el costado de Héctor y Ana sintió su cara en un punto entre el pecho y la axila del fotógrafo. Flotaron el silencio y el desconcierto, llenándolo todo. Algo no estaba bien. Con la velocidad y la distorsión de la adrenalina, ella vio una bragueta desabrochada, creyó ver un pene hinchado, asomándose por entre la ropa interior. Pero podía ser cualquier cosa. Un juego de su mente. Sacudió la cabeza, vio la tapa del excusado bajada, papel de baño en el suelo. Él dio un paso primero hacia atrás, como si quisiera dejarla entrar, y luego empujó con fuerza hacia el frente, contra su cuerpo, sacándola del baño. Casi gritó:

—¿Qué te pasa? ¿No me oíste?, ¿no oíste lo que dije? ¿No? ¿Estás sorda?

Perpleja, se tambaleó. Estuvo a punto de caer. Intentó una sonrisa que no llegó a esbozar del todo. Dio dos pasitos hacia atrás, se golpeó la cadera y la muñeca con algo que no identificó, tal vez la puerta, el pomo, la pared. No supo descifrar el tono de voz. Él la miraba protegido detrás de la hoja de madera.

Siete años de mal sexo. La mierda. ¿Qué pasaba? ¿Qué hacía Héctor en el baño? Salió rápido hacia el pasillo sintiendo calor en las

mejillas, la palma de la mano ardiente y una fila de insultos y preguntas desfilándole por la cabeza.

Entró a otro baño, al fondo de ese piso, y cerró la puerta con llave. Se miró en el espejo: tenía la cara enrojecida, sentía en el estómago una ráfaga de calor que la comprimía. Orinó, se mojó la cara, revisó que no se le hubiera corrido el delineador y salió nuevamente a la noche.

¿Qué era ese hombre? Y ella…

Antes de la fiesta en casa de Ximena. Antes. Finales de julio, Héctor en el parque. Recordó su caminata a paso veloz. Una visita de rutina al médico había resultado en un mandato: ejercicio aeróbico cuatro veces a la semana, sin falta. Y ella lo cumplía con disciplina.

Vivía en la orilla más al norte de la colonia del Valle, en una calle aún arbolada, con más casas que edificios. Su oficina, Sigman y Asociados, estaba en la colonia Roma, cerca de donde vivía Ximena. En un punto intermedio, en la colonia Condesa, estaban las casas de Juan José, Ramiro y Pablo, su exmarido. Los parques de esa colonia de nombre monárquico presentaban para ella una tentación que no sabía rechazar. Algunos días de la semana se recogía el pelo, se cambiaba de ropa en la oficina y salía para caminar apretando el paso.

Esa tarde, cuando agosto se anunciaba, ignoró un par de silbidos hasta que se volvieron insistentes. Detuvo entonces sus pasos y se giró. A unos metros estaba el fotógrafo, sonriente. Llevaba bolsas de plástico en las manos, probablemente con la compra para la semana. Ana inclinó el tronco sobre sus muslos, apoyó sus manos sobre las rodillas, recuperó el aliento perdido y lo miró de reojo. Cobró ánimos, cambió de posición, avanzó hacia él y lo saludó con una mano levantada y el pecho agitado.

—Ana Solís —dijo Héctor—, qué gusto encontrarte por estos lares.

Ana asintió. La interrupción la molestaba y se sintió, además, intimidada por los ojos de ese hombre, penetrándola: no la había llamado desde su encuentro en el hotel. Nada. Ningún contacto, de ningún tipo. Ana ya no solicitaba, a esas alturas, seguimiento para los encuentros casuales que pudiera tener. Dejaba que sucedieran naturalmente o que se diluyeran todas las posibilidades con el paso de los días. Pero en el hotel él había sido tan insistente…

Ana fue consciente de sí misma. Estaba sudada, despeinada, con la cabeza revuelta por las citas y los asuntos cotidianos. Cansada. Héctor hizo una seña para que se acercara más. La atrajo en un abrazo fugaz; le dio un beso en la mejilla húmeda. Olía a loción, a fresco. Cuando se separaron lo vio: el pelo quebrado y castaño claro caía en ondas

suaves, se le enroscaba un mechón en la frente.

Él volvió a sonreírle y ella notó la barbilla prominente, la marca que los hoyuelos de la sonrisa dejaban en su cara. Héctor señaló el espacio que los rodeaba, abarcándolo:

—Vivo muy cerca de aquí. Cuando quieras, me avisas y te llevo a que conozcas. Te enseño fotos. Mis fotos… —hizo una pausa antes de añadir—: ¿Y qué tal?

Ana ladeó la cabeza y le sonrió. ¿Qué tal? Inundada por las ganas de preguntarle qué había pasado después de esa primera noche, sorprendida de sí misma, guardó silencio.

—Qué calladita —esas palabras la calaron. Una conversación se le formuló en el lóbulo temporal, pero la contuvo. Sintió el corazón trotándole en el pecho con más vigor que antes.

—¿Te invito un café? —preguntó el fotógrafo. Ella sonrió, dispuesta a aceptar—. Dime —dijo él entonces—, ¿qué debo hacer para platicar contigo?

Ana sintió el peso de las manos de Héctor en sus hombros, sus dedos comenzaron a tocarla como al descuido. Así, como en los sillones blancos de la sala. Los de la mano derecha pasearon por su pelo, se detuvieron en su clavícula. Era escaso el arrullo de las aves, todas ya en sus nidos, preparadas para la noche. Seducida por las sonrisas y el tacto, por los ojos que adivinaba clavados en su cuello, iluminado entonces por la luz artificial, ella se reclinó sobre un árbol. Él se giró hasta tenerla de frente. Llevaba una playera de un azul tenue, sobre la que se había echado una camisa a cuadros, holgada, abierta. La playera decía *Unhappiness*.

Hablaron del clima, del verano, de los perros que visitaban ese parque. Ella esperó un poco, toda sonrisas, para recibir una invitación íntima, verdadera. No la hubo: apenas una charla con ese hombre al que la compra se le había desparramado por el suelo, porque sus brazos eran un dosel bajo el que ella se protegía de la noche.

Un cliente. Una necesidad. Lo que el cliente desea debe convertirse en un hecho, en algo que pueda constatarse, venderse, comprarse. El cliente también puede buscar soluciones: a un desajuste interno en sus empresas, a lo que sus integrantes perciben pero no acaban de entender. O un asunto de relaciones públicas: una venta específica, la recomendación de boca en boca, con invitados especiales a los que se seduce en restaurantes caros o con viajes de lujo. Ana, alguna vez fascinada con ese mundo, se sentía cansada ya.

Llevaba unos días sintiéndose muy cerca de la auténtica honestidad; es más, sintiéndose cerca de una honestidad que la sorprendía porque ni siquiera la hubiera supuesto. Eso, porque algo la enojaba. Ahora, enfocaba su atención en los detalles que le permitirían hacer su trabajo; identificaba rápido el problema y sorteaba —en silencio, algunas veces ayudada por una libreta y un lápiz— posibles soluciones: cenas de gala, trabajo de clima laboral, buscar a Nash para reforzamiento de marca… Nada implicaba ya un reto, así que dedicaba una buena parte de su tiempo a estudiar hasta en los pequeños detalles a la clientela de Sigman: gente rica y poderosa, segura de sí misma. Los veía interactuar con Ximena o José María, notaba las sonrisas que le dedicaban a Lucas y los ojos de asombro que le plantaban a Rosaura. Podía ver sus pequeños tics, las mañas que tenían. Lo registraba todo, desde un ojo saltón hasta la lengua blanca de quien tiene problemas gástricos o malos hábitos alimenticios, pasando por granos, puntos negros, vientres expansivos o dientes postizos, extensiones de cabello o una calva anunciada. Hombres y mujeres por igual pasaban por su filtro. Nada era perdonado: vestigios del café en los labios; una moldura negra al fondo de la boca, visible sólo en una carcajada; barrigas que se sumían en los saludos y se desparramaban durante las juntas; salientes, sobrantes o faltantes. Ana se servía de eso para desacreditarlos, aunque no sabía bien para qué.

Ahora, si las cosas fluían, podía seguir con la vida que llevaba y no esperar a nadie que la mantuviera, ni tener un trabajo con horario fijo —como el que había tenido primero con Ledesma y, más tarde, con otros empleadores—, ni esperar a que se dijera que era la fortuna la

que le había deparado un destino cómodo. Si eso sucedía, Ana estaría ligada para siempre a su madre, a su abuela, a la sangre y a la suerte.

El trabajo que tenía, con sus posibilidades y riqueza, era suyo, de una manera peculiar y sesgada. Era suyo porque tenía un papel que lo avalaba, porque cobraba un sueldo y recibía, además, dividendos. Porque podía opinar frente a los clientes y salirse, muchas veces, con la suya. Porque veía acumularse los bonos, las ganancias por proyecto, los beneficios. Aunque en los últimos meses se sentía obligada a esforzarse más de lo que le parecía sensato.

La ignorancia de quienes los contrataban la incordiaba, la molestaba con su peso. No porque ella se supiera especialmente culta o sofisticada. No era como su amiga Nashelly, memoriosa activa que consumía libros como si fueran drogas. Ni como Juan José, obsesivo con los detalles y la información. No era como Rosaura, esforzada siempre en que los demás, todos los demás, supieran que ella *sabía.* O como José María, atento a todo lo político y económico: un noticiero andante, las páginas de negocios saltando en su cabeza.

No.

Ella se divertía cultivando su gusto, sus inclinaciones, pero nada más. El molde espartano impuesto en su primera infancia, a pesar de los recursos disponibles de su familia, estaba arraigado en su ser. Sin embargo, entendía y disfrutaba esto: la ropa fina —la seda, el merino, el algodón peinado de cientos de hilos, el bordado a mano, el hilvanado artesanal en prendas casi líquidas—; el maquillaje preciso que señalara con claridad el arco de la ceja, lograra labios definidos sin delineado, marcara el contorno de los pómulos y abriera aún más sus ojos; el dominio que había alcanzado sobre su pelo y la secadora eléctrica; la capacidad para explotarse a sí misma como un recurso válido y valioso con puntos adicionales por manicura y pedicura de excelencia. Nash le había puesto una etiqueta de la que Ana se sentía orgullosa: "*classy*-chic-de vanguardia".

Jamás se enfrentaba con el problema de un cliente sin tener en la mano la información que podía requerirse. Y estaba atenta. *Permanecía* atenta. Así que la falta de curiosidad con la que se enfrentaba a diario la desconcertaba. Le parecía que sus clientes eran personas que confiaban en sí mismas mucho más de lo que ella podría jamás. Se miraba en el espejo y encontraba que su nariz tenía una saliente difícil en la base, más de lo que podría considerar bonito; que nunca lograría tener un rostro afilado, que sus nalgas no parecerían las de una modelo, aunque las ejercitara; que sus labios eran más gruesos de lo que aconsejaba la elegancia, que no era suave la planta de sus pies

salvo el día preciso que visitaba a la pedicurista.

Para Ana era una sorpresa que sus clientes jamás, bajo ninguna circunstancia, tuvieran dudas de sí mismos y sus decisiones. Tenían una cosa en mente, fija. Algo, alguien, les había grabado con fuego una idea o una necesidad. Les había grabado, como a los cerdos y a las reses, una forma de hacer las cosas. Y eran incapaces de moverse de ahí.

En las fases iniciales de una campaña publicitaria envidiaban las propuestas de comunicación de guerrilla hechas en Alemania o Estados Unidos: Barcelona les parecía el colmo de la sofisticación y hasta los argentinos, imagínate, estaban haciéndose mejor publicidad que acá. Había que asaltar la mente de los consumidores, atacarla con algo fresco y renovado que los hiciera sentir partícipes, sí. Algo que tuviera fondo, forma, que se concretara más tarde en una venta. Y luego llegaba el momento de la presentación de propuestas: ahí, reculaban. Ahí surgía su auténtica dimensión. Pequeña y arrugada y sin imaginerías: nada bordado, ningún detalle.

Juan José, que trabajaba para una firma que podía darse el lujo de vivir de un viejo prestigio, se enfrentaba a problemas similares, aunque trabajaba con un equipo más armado, más institucional, con más recursos. Y era, además, hombre: su palabra valía el doble que la de ella. Aun así, el fenómeno de las cabezas moviéndose al unísono le tocaba también. Como los muñecos que se ponen en el tablero del coche —un Elvis, una bailarina, un perrito. Ese mismo meneo de desconcierto al ver que sus propias ideas, la idea que tenían de sus ideas, el espacio preconcebido al que habían llegado tiempo atrás, no se les presentaba—. Las excepciones, sin embargo, hacían que todo valiera la pena.

Ana tenía una oficina ordenada: carpetas de colores y códigos claros en la computadora, un archivero impecable bajo su escritorio. Reducía el espacio para el olvido y el equívoco: era una persona que se asombraba y desconcertaba cuando había alguna falla en sus acciones, cuando cometía un desliz o metía la pata. Pensó, mientras veía el orden de sus documentos en los archivos digitales, que esa sensación errada se le aparecía cada vez que veía a Héctor Lucero. El equívoco.

Como a últimas la tentaba la verdad, buscaría a Rolando. No lo veía desde antes de la fiesta en casa de Ximena. (Una coincidencia: un par de visitas a casa de Rolando precedían encuentros con Héctor.) Periodista, sí. Podrían estar juntos, hacer el amor y después… Después él podría decirle lo que pensaba: de los clientes, de la frustración que

ella sentía, de lo que pasaba en el país.

De joven, bajo el escrutinio de su madre, había aprendido a opinar de manera velada, bajo un disfraz escarchado. Ahora quería hablar con algo más que la verdad a medias, la que solía decir cada vez que se enfrentaba a un cliente necio, a uno de esos hombres autoritarios acostumbrados a mandar por derecho divino y por tener la piel clara y un pene entre las piernas. No. Llegaba el momento de la verdad que se escondía detrás de sus primeras palabras, la forma concreta de su pensamiento: ustedes son unos imbéciles y una mierda y nada de lo que hagamos podrá nunca mejorar una idea suya, que nació mala y que sólo contaminará las calles, las pantallas, los celulares, los buzones del correo. Será siempre basura.

Nash se llamaba, en realidad, Nashelly y se apellidaba Espinosa. Se había decantado por la versión *country* de su nombre desde muy joven, atraída únicamente por la sonoridad interdental. Era muy delgada, con el pecho plano, elástica y firme. Tenía el cuerpo de una acróbata y llevaba años tomando clases que lo pulían y mantenían, para las que era buena: yoga, pilates, danza, malabarismo. Su piel oscura parecía dorada por el sol aunque fuera invierno. Gozaba de una cabellera abundante y un ánimo experimental, así que su pelo a veces era cortísimo y platinado y a veces largo con mechones de colores o trenzado, cruzándole el cráneo como un castigo.

La peculiar ortografía y pronunciación de su nombre atraían a Ramiro. (Susurraba apenas verla: "Nash, Nash, Nash", un mantra mágico.) La historia era así: su madre se había negado a ponerle Claudia o María o Carolina; creía que nombrándola de forma inusual le garantizaba, al menos, una entrada a la diferencia. Ramiro y Nash hacían la intersección de los conjuntos de relaciones de Ana; ahí se encontraban con comodidad.

Nashelly Espinosa había estudiado filosofía, eligiendo más tarde la semiótica, especialidad que había encontrado en un posgrado en Argentina. Era una de esas personas que avanza en los grados académicos con una velocidad más intrigante que admirable. En la Universidad de Buenos Aires había obtenido, aún muy joven, un doctorado en la lectura de símbolos.

Cuando ambas tanteaban el mundo laboral, Ana se vio obligada a localizar a una persona especializada precisamente en esa materia. Por entonces trabajaba en una agencia de publicidad que empezaba a crecer, que quería comerse todo el mercado y que había seducido a un consorcio deseoso de lanzar dos productos nuevos, muy similares, para públicos distintos. El dueño de esta agencia, Marco Ledesma, poseedor de una mente caótica y desarticulada, era capaz de obligar a sus empleados a jornadas de delirio: solía tener ocurrencias pasadas las ocho de la noche, después de una comida larguísima aderezada con alcohol. Atolondrado, pensaba que las suyas eran ideas geniales y exigía a su personal ponerlas en acción de forma inmediata. Sus

empleados pagaban por la indisciplina de su jefe renunciando a sus descansos y a su espacio personal.

Enfrentada a un nuevo cliente que le parecía un reto, Ana decidió que la gama de posibilidades que hay detrás de un nombre, un color, una tipografía específica, tenían que estar en manos de un especialista que leyera más allá de las palabras y las tonalidades. Se negó a buscar a un mercadólogo y se debatió entre un filósofo y un filólogo. Nash, un año mayor que Ana, aterrizaba apenas, casi a la fuerza, en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional y, en vez de turnar la llamada y la propuesta a su superior, el investigador correspondiente, se hizo cargo ella. Renunció a su puesto académico y a partir de entonces comenzó a trabajar para distintas agencias y empresas.

Ana se sentía a gusto junto a esa mujer de pelo cambiante y buen humor. No conservaba amistades de la universidad o de sus escuelas previas. Le quedaban lejos, en un lugar de sí misma que ya le parecía inalcanzable. Así que Nash era el lazo amistoso más antiguo de su vida. Había sido testigo de su boda con Pablo y la había ayudado a encontrar departamento después de su separación. Su compañía resultó placentera en los primeros meses después del divorcio, porque se daba los mismos lujos con su cuerpo que Ana, sin juicios ni agobios. (“No sé si esto se considera liberación femenina; tampoco sé si sería más correcto llamarnos ‘putas’ que ‘feministas’. Da igual, tú disfrútalo”.) Vio, casi antes que la propia Ana, el interés que despertaba en su amigo Rolando durante una parrillada y entendió, sin que hubiera palabras de por medio, que una relación nueva había comenzado.

También fue la primera en preguntarle de manera directa qué pasaba con su nuevo conocido, con ese hombre que parecía atraerla de manera irremediable. Pocas palabras: eso era Ana. Una mujer que no decía mucho de su vida íntima. Sus amigos debían adivinar, ensayar respuestas, obligar con preguntas. Nash enfrentó el tema en un café, frente a Ramiro y Juan José. Ramiro llevaba un rato elogiando las imágenes de Héctor, de la campaña para la empresa en que su novio trabajaba, hablando maravillas de sus anécdotas. Dijo: “Ana también lo conoce, se han tratado. Se volvieron amigos en la fiesta del Ajusco a la que no fuiste. En la sala”.

Nashelly lo sabía porque Ana se lo había dicho. (“Conocí a un hombre raro. Un fotógrafo. Con fama. Extraño en su forma de ser.”) No mencionó sus encuentros, no era necesario.

Su amiga calló a Ramiro con un gesto de la mano y se dirigió a

Ana, mirándola fijamente, tratando de leerla:

—Este hombre, el fotógrafo, Lucero… ¿te gusta?

Ana frunció la nariz. El mal olor del presagio, tal vez. Entrecerró los ojos.

—No. No sé. No.

—Sí… —dijo al levantar el teléfono en un tono seco, con la atención puesta en la computadora. Un *sí* que muy bien podía ser *no*. Escuchó del otro lado una respiración pesada que la incomodó. Separó el auricular de su cara para devolverlo a su sitio, pero una sospecha la contuvo.

—¿Bueno?, ¿hola? —dijo.

Escuchó primero algo parecido a una risa contenida y después la voz ronca:

—Por fin hablamos. Llamé el otro día, pero no estabas y no dejé recado.

Ella quiso preguntar: "¿Quién habla?", aunque sabía a la perfección quién era. A pesar de que el tono arrogante del otro lado la sublevaba, se descubrió con una sonrisa en los labios.

—Hola, Héctor, ¿cómo andas? —dijo después de un silencio. Escuchó de nueva cuenta esa respiración densa, como si él tuviera la bocina pegada a su nariz. Y luego la voz, que adquiría un tono ligero, se dirigió de nuevo a ella:

—Ana, nuestro desencuentro en casa de Ximena tuvo que ver con un equívoco. No lo vamos a platicar por teléfono, pero me gustaría hablar contigo. Te quiero invitar a cenar, comer, desayunar: lo que se te antoje. Estoy dispuesto a todo.

Ella se miró las uñas y guardó un silencio que le resultó incómodo a sí misma. Del otro lado de la línea la voz no se daba por vencida. Emitía un sonido agradable, como un río que llevara, además de agua, piedras pesadas.

—Está bien, yo decidiré el lugar y la hora, tú sólo tienes que decirme el día. Si no respondes rápido, también lo elegiré yo.

—El miércoles —dijo Ana sin dejar de sonreír.

Se encontraron en un restaurante italiano, pequeño y familiar, que formaba parte de los Edificios Condesa y donde, según le había prometido él, se comía la mejor lasaña de la Ciudad de México.

Hacía un tiempo sin fecha que a Ana nadie le provocaba fantasías que la persiguieran en sus horas laborales y que la ocuparan incluso cuando el sujeto en cuestión se encontrara a su lado. (Rolando era otra

cosa: una realidad que la ensoñaba, algo distinto.) Se dio cuenta de la atracción que sentía cuando él llamó al mesero para pedirle una botella. Mientras describía el vino que buscaba, Ana descubrió que había dejado de escucharlo y prestaba atención sólo a las líneas de su cuello con manzana de Adán prominente, al movimiento de su mandíbula, a las curvas de su oreja, a los mechones de su pelo, desarreglado con encanto y tal vez cuidado. Tenía las pestañas abundantes y rizadas. Sus ojos lucían melancólicos: ojos de quien ha perdido algo muy querido. La línea de sus labios era delgada y precisa. Estaban los hoyuelos cuando sonreía o cuando chascaba la boca en aprobación o desaprobación y la barbilla prominente. Tenía una barba con la que no parecía hacer las paces: no crecida, no al ras. Era un hombre que olía a alguna madera silvestre.

Ana sabía que los niños no se sentían cómodos junto a ella. Si cargaba a un bebé, tenía la certeza de que lloraría en cuestión de segundos. Tampoco hacía feliz a sus madres, que la miraban con rabia cuando les devolvía a un nene lloroso. ¿Cómo podía funcionar ese vínculo si la relación tirante empezaba con su propia madre? En cambio, los hombres la seguían. Desde muy joven, casi una niña, había aprendido el doble juego de la atracción. Y fue su vecino, Elías, quien le abrió la puerta a ese conocimiento. O mejor: quien la acompañó por ese camino.

Durante varios días, en una primavera calurosa, su vecino la siguió con insistencia, unos pasos detrás de ella. Ella caminaba a la papelería o al club deportivo o a cortarse el pelo o comprar un helado. Tenía trece años y su vecino tal vez un par más: nunca se lo preguntó, no tuvo oportunidad. Al saberse observada, sentía una mezcla de angustia y placer. La excitaba el simple hecho de ser el objeto de un deseo que no podía interpretar entonces.

El muchacho se le acercó una tarde, cuando ella volvía cargada de la tienda con dulces entre picantes y excesivos. Se le plantó de frente y le pidió que lo acompañara pero no obtuvo respuesta porque Ana estaba paralizada por la aproximación. Después de unos segundos, lo esquivó y siguió su camino, como si se hubiera topado de frente con un arbusto. Él caminó detrás. Al llegar a una esquina en la que un inmenso sauce llorón les tapaba los rostros con sus ramas, se giró para encararlo. Él repitió su petición y ella negó con la cabeza, asustada. El vecino, entonces, le pidió que le enseñara "algo". Sin saber bien por qué, Ana dejó las golosinas en el suelo y se levantó la falda. Sintió al hacerlo una punzada deliciosa y angustiante. El muchacho acercó sus dedos a los calzones de algodón calado y acarició con torpeza la tela hasta subir al ombligo. Luego se detuvo, la miró sin sonreír, sin decir palabra, mudo y abrumado. Ese encuentro inició algo que sería para Ana, más tarde, una parte esencial de su vida adulta.

Si se veía en el espejo no se reconocía particularmente hermosa. Ojos y pechos como origen y centro: grandes, redondos, amplios, generosos. Grasa femenina en el vientre, acumulada justo debajo del ombligo y en triángulo hacia el pubis: una curva suave, casi delicada. Cintura recta, piernas delgadas y firmes. No tenía la belleza clásica y elegante de Ximena, ni el atractivo decidido de la esposa de Lucas, Regina, o de casi cualquiera de las mujeres que José María llevaba de vez en cuando a la oficina; mujeres útiles, sobre todo, por su apariencia. Sólo que los hombres la miraban *a ella*, a veces con obsesión. Y sabía corresponderles.

Juan José le decía que lo suyo no tenía que ver con la belleza, sino con la energía. ("No es que no seas muy guapa —que sí eres— pero

hay algo más, distinto…") Si estaban juntos y veía cómo era observada o ella le contaba algún incidente, él asentía antes de hablar de la "energía de Ana". Diferenciaba entre esa cualidad y la actitud de mujeres a las que se refería, con el desprecio y el tono de una abuela, como "busconas". Entraban en esa categoría las mujeres que negociaban con su cuerpo para obtener algo a cambio y las que sólo querían ser deseadas. ("A ninguna de ésas la quisieron de chiquita.") Le decía a Ana que lo suyo era un talento como cualquier otro, como tener facilidad para algún deporte, buen oído o un metabolismo acelerado. Ella se reía de esas sentencias y le atribuía a esa "energía" la ausencia de relaciones estables en su vida. A eso, Juan José le llamaba "karma".

Ana cantaba a Juan Gabriel y decía que el amor no era para ella. Ramiro le hacía la segunda, la acompañaba en un par de estrofas antes de darle un suave golpe en el hombro. ("El amor no es para nadie, chula: para nadie.") Al menos, no lo era como le hubiera gustado que fuera. Se había casado con el hombre perfecto sin sentirse completa ni por un momento. Algo quedaba sin llenar, un hueco y un vacío.

Durante años le había dicho a su amigo que era increíble que no se asumiera que las mujeres necesitaban del contacto físico, sexual, tanto como los hombres. En esas ocasiones le daba por ponerse técnica, específica. Estar en la cama con alguien no tenía más que vetas positivas. El cuerpo entero, el de todos, estaba programado para sentir el placer más grande, programado para reproducirse y perpetuarse. Era una forma de encauzar angustias y ansiedades, de darles un giro más propicio. Coger servía para reunir y liberar energías. ("No puedo ser la única que siente esto.") Hablaba de dopaminas y de oxitocina, de producción de serotonina y reducción de estradiol. De las cualidades curativas y preventivas de un acostón húmedo y duradero. Su amigo, con las cejas arqueadas, no tenía argumentos para rebatirla. Prefería servirle vino cuando fuera necesario. La llevaba a comer y señalaba la comida y la bebida que podían ingerir juntos. ("A esto se reduce, Ana. A los apetitos: eres una mujer de apetitos.")

Los amantes aleatorios que tomó aún después de vincularse con Rolando fueron diluyéndose poco a poco hasta casi desaparecer. Descubrió que los hombres exigían casi lo mismo que el imaginario atribuye a las mujeres o más —una fidelidad extraña, una forma de compromiso a la que no siempre estaban dispuestos a corresponder—. También descubrió que esos encuentros quemaban sus energías, su fuerza. No le preocupaba lo que pudieran decir de ella, ni siquiera teniendo el trabajo que tenía, porque había desarrollado un olfato

especial para quienes sabían guardar silencio, los poquísimos discretos que existían. A pesar de eso, estableció de manera paulatina un esquema con quien podía sentirse segura, a quien le gustaba escuchar y con el que se sentía libre. No quería que su necesidad la aprisionara ni sentirse perseguida y prefería pensar en una normalidad exclusivamente suya. La cercanía la apretaba y la desconcertaba.

Mientras cenaba con Héctor, sintió en más de una ocasión deseos de besarlo. Notó, sin embargo, que él no se inclinaba hacia ella como ella hacia él y recordó, con una punzada en el estómago, cómo había iniciado cada una de sus relaciones, cómo cambiaba el ritmo de la charla, cómo se movían los cuerpos acercándose poco a poco antes del intercambio deseado. Recordó la pausa en el aire, el pecho agitado, el cambio en la sensación de la propia piel, la secreción de saliva.

¿Y ahora? ¿Era ella, el lugar? Antes de que se terminaran su primera copa, recargaba ya el antebrazo sobre la mesa, reclinando sus pechos sobre la madera, ladeando la cabeza, jugando con su pelo. Estuvo a punto de apoyarse sobre él para sentir su calor. Aunque no huía, él tampoco hacía esfuerzos por estar cerca. Se movía donde su cuerpo no tuviera que rozarla. Era un lenguaje físico que ella apenas entendía, que le parecía extraño. ¿Había entendido mal? Este hombre no sería su amigo jamás, ella lo sabía. ¿Entonces?

Héctor quería hablar para ella, para que le prestara atención. Le contó de un proyecto para el que, unos años atrás, lo habían contratado. Un hombre había llamado por teléfono directamente a su celular privado, el que muy pocas personas tenían. Su acento era norteño; sus palabras, rotundas. Dijo que conocía a la perfección su trabajo, habló de una exposición que había visto, mencionó los nombres de algunos compradores y sugirió que de ahí había obtenido el número al que le llamaba. Después habló de la persona para la que trabajaba. “Te voy a tutear”, dijo Héctor que le dijo el hombre, “porque así será más fácil la cosa. Mira, necesito que vengas para acá y tomes una serie de fotografías. Nosotros te pagamos todo: el avión, el mejor hotel, la comida, la peda, las viejas, lo que te dé tu gana. Pero la onda es que te voy a pagar eso y te voy a comprar todo, ¿me entiendes? O sea, te voy a comprar las fotos, una impresión de las fotos y los negativos. Todo va a ser nuestro. Capaz que hasta la pinche cámara. No te puedes quedar con nada”.

El fotógrafo tenía fama de usar, a pesar de que ya era extensivo el trabajo digital, cámaras analógicas. Tenía su propio laboratorio de revelado, aunque iba a un sitio especializado para trabajar las

imágenes de mediano y gran formato. La voz del hombre y la propuesta lo intrigaron de inmediato y, según le contó a Ana, quiso saber más. Le preguntó al norteño qué debía fotografiar. Escuchó por el auricular el ruido suave de quien habla tapando la bocina, seguramente consultaba con otra persona si podía o no decir cuál sería el objeto de la visita. Él esperó. La voz regresó y dijo: "Vas a retratar animales. Nomás que ya están disecados. Ni vivos ni muertos, ¿me entiendes? Son bien grandotes y necesitamos que se vean completitos, elegantes, como si estuvieran vivos. Si te interesa, nos firmas un contrato y te pagamos luego luego. Me tienes que decir cuánto me cobras para que yo te mejore la oferta. Piensa un número y yo te llamo mañana". Después colgó.

Ana escuchaba como si ella misma fuera dos personas. La historia le interesaba pero debía esforzarse por ponerle atención y no parar toda la plática con un gesto brusco que la llevara al terreno hacia el que quería llevar las cosas con él. A la vez, no reconocía en Héctor al hombre que había visto por primera vez en casa del viejo cómico, al que había hablado con ella en el parque, al de casa de Ximena.

—Decidí que valía la pena intentarlo. Depositaron la cantidad que pedí en mi cuenta. Volé en primera clase. Un coche me recogió en el hotel y me llevó a una casa gigantesca, con torres y jardines; blanca y enrejada. Ahí estaban esperándome dos hombres de traje. Parecían contadores públicos, pero supongo que se dedicaban a algo distinto. Me guiaron a la parte trasera de la casa y ahí llegué a una habitación inmensa. Los animales estaban listos.

—¿Qué eran?

—Había osos polares, también osos pardos. Cacatúas. Tigres y ocelotes. Un león. Serpientes. Halcones y águilas. Zorrillos, lobos. Carneros… Había un espacio muy grande, como una jaula abierta, lleno de colibríes. Monos de distintas especies. Ciervos. No recuerdo todos —dijo él, con la mirada puesta en su memoria—, pero sí recuerdo la sensación que tuve, la mezcla extraña e intensa de emociones. Eso podía estar mal, pero era un paraíso para cualquier fotógrafo. Ninguno de los contadores era la persona con quien yo había hablado antes, no tenían ni idea de esa conversación. Y no parecían saber cuál era la tarea precisa que debía cumplir. Comencé a fotografiar los bichos, en conjunto primero y después por separado. Llevaba equipo, pero una parte se había quedado en el hotel. No habíamos acordado tiempos para la fotografía, yo me lo estaba tomando con calma…

Ana seguía silenciosa, cansada. Su cuerpo, un lastre y no un aliado.

Acercó un poco más el torso al de él, de nuevo inclinada sobre la mesa. Héctor, en cambio, suspiró y elevó los hombros.

—Tienes sueño —sentenció, mirándola a los ojos.

Ella negó con la cabeza. La sensación que la embargaba no era sueño, sino algo que no podía identificar y que empezaba en su estómago, bajaba por los muslos, se quedaba un poco en las pantorrillas y le molestaba en los pies.

—¿Qué pasó después? —preguntó. Héctor miraba su plato, abstraído.

—Pasó que tomé las fotos. Todas las que quise. Estuve ahí un buen rato mirándolos primero, después fotografiándolos y más tarde pensando en que debía ir por lo que me faltaba al hotel. Me ofrecieron agua y luego me trajeron un sándwich que me comí sin pensar y sin ver la hora. Moví algunas piezas sin que los señores que estaban ahí parados dijeran o hicieran nada. De pronto fue imposible seguir con lo que hacía porque no había luz suficiente y las lámparas que llevaba no daban para cubrir la oscuridad —Héctor suspiró y miró al techo, como si ahí estuvieran las imágenes. Luego se volvió hacia ella—. La verdad es que seguí tomando fotos aun cuando sabía que no quedarían bien, que el resultado no sería el que esperaba. Me dolía todo, pero no podía parar. Finalmente, llegaron otros dos hombres y relevaron a los que me habían acompañado varias horas. Trajeron un teléfono y en él escuché la voz que me había llamado originalmente, la que habló en un principio de todos esos animales. "¿Cómo vas con tus fotos?, ¿van a quedar chingonas?", me dijo. Supe que algo no estaba como debía estar y que se sentían incómodos conmigo o con las imágenes. A lo mejor era algo más, pero ese proyecto no sucedería. Le dije que había disparado distintas cámaras cientos de veces sin estar satisfecho. Que al día siguiente podía tomar otras, mejores. Él dijo que estaba bueno y colgó. Luego los señores me acompañaron a la salida, donde esperaba un auto con chofer. Me ayudaron a cargar el equipo pero, antes de meter nada a la cajuela, revisaron cosa por cosa con mucho detenimiento. Se quedaron con algunas piezas, lo que pensaron que serviría para sus propósitos. Y se quedaron con todos los rollos y la pequeña memoria digital de una de las cámaras. Me dijeron que me compensarían por todo.

—¿Dónde fue esto? —preguntó Ana.

—Al norte. No puedo decirlo. Firmé unos documentos, la ubicación está incluida.

—¿En Tijuana? —Ana quería saber. Héctor se encogió de hombros y sonrió.

—No importa, en realidad. ¿O sí? Lo importante es que me hubiera gustado quedarme con alguna imagen, algo. Por unos momentos, mientras estaba rodeado de todos esos seres que existían en una dimensión muy peculiar, pensé en quedarme con la memoria digital. Hubiera sido imposible, con esos hombres siempre a mi lado. Me llené de fantasías heroicas y sin sentido, aunque sólo por unos momentos. El resto del tiempo pensé únicamente en regresarle algo de su dignidad original a esos animales magníficos a través de imágenes. Quería capturar lo que quedaba de su belleza. Es lo que sé hacer.

Guardó silencio unos segundos, con la mirada perdida en las migajas de pan sobre el mantel.

—Me regresé a la mañana siguiente. No hubo otra sesión. —La miró de reojo, como si reparara apenas en que estaba sentada junto a él, muy cerca, apoyándose en la mesa. —No recibí nunca otra llamada de estos señores. Fue lo que fue: un episodio extraño como tantos que hay que no dejan rastro.

Ana sonrió con timidez. Estaba por decir algo pero él se adelantó:

—Voy a pedir la cuenta. Estás cansada y yo tengo mucho trabajo pendiente todavía. Es hora de irse.

Ella quiso protestar y murmuró una negación que se diluyó en cuanto apareció un mesero. Tan sólo se escuchó decir:

—Deberíamos vernos otra vez. Pronto.

—Deberíamos… —dijo él. Luego—: Te acompaño a tu coche, vamos.

No lo hizo. Se despidió de ella ahí mismo, sin mayores aspavientos, con un simple beso en la mejilla. Luego salió y caminó en dirección a su auto. Ana sintió un vacío en el vientre, una sensación de malestar que la llenaba. Tenía su número celular, podía marcarle. Pero, ¿cuál?: ¿el privado?, ¿al que todos podían acceder? Encendió el motor y se quedó unos momentos pensativa, sin arrancar, los ojos al frente, atravesando sin ver el cristal del parabrisas. Sacó su bolsa y miró su celular: Héctor Lucero. Avanzó a muy baja velocidad por las calles. La despedida, la conversación, los animales muertos, fijos para la posteridad en su piel y en las imágenes, fijos en su vientre. Sintió una arcada y frenó. Abrió la portezuela del coche y vomitó el vino, la pasta, las ganas.

La oficina estaba en una casa que había sido transformada. No era muy grande, sobre todo en las habitaciones, pero el arquitecto que se había hecho cargo del proyecto había elevado las paredes del espacio más amplio, que antes conformaba el jardín y el patio, y colocado ahí un tragaluz de vidrios templados que iluminaba todas las oficinas. En el medio de la recepción, rodeado de sillones y de los escritorios para la recepcionista y dos secretarias, crecía un esbelto liquidámbar. Ese espacio obligaba a una jardinería casi ritual durante el otoño y a que los clientes se adaptaran a la caída constante de hojas y semillas.

En Sigman habían elegido un método más o menos fácil de trabajo: contrataban por fuera a especialistas, les pagaban bien y pronto, y se evitaban relaciones laborales costosas, complejas. Preparaban contratos por trimestre para sus trabajadores eventuales y les ofrecían un espacio para trabajar. Así, siempre tenían trabajando a quienes podían ofrecer algo en ese momento y se ahorraban personal dedicado a perder el tiempo.

En esa casa, las oficinas de Ximena y Rosaura eran contiguas y estaban en un ala de la planta alta que formaba una U. Al fondo, en una más pequeña, estaba la del administrador. La otra parte del ala era ocupada por salas de juntas que podían unirse o hacerse independientes. En la planta baja estaban, además de la recepcionista y las secretarias, diseñadores y redactores. En un espacio muy amplio, en la azotea remodelada de la casa, se había instalado una suerte de laboratorio para los trabajadores eventuales, con todo lo que pudieran necesitar y con capacidad para treinta personas. A ese lugar llegaban a trabajar los colaboradores externos: eran consultores, diseñadores, *copys*, correctores, fotógrafos, especialistas en diferentes materias que ayudaban a descifrar los problemas que tenían quienes contrataban a la agencia. Ana tenía una oficina muy amplia ahí con un ventanal que le permitía ver árboles, un trozo de banqueta, algunos coches y transeúntes, pájaros y ardillas.

En un entresuelo, a la mitad del edificio, estaban las oficinas de los hombres. La de José María era inmensa, con vista directa al liquidámbar, con un baño privado, servibar, un sofá muy amplio,

televisiones… Lucas estaba a un lado, en un espacio más discreto, desde donde podía ver el movimiento general de esa empresa.

Ana había estudiado la carrera de Comunicación cuando no tenía muy claro qué quería. A diferencia de otros muchachos de su edad, tenía muy claro qué le gustaba hacer y qué no. Encontró trabajos eventuales durante los largos veranos académicos. Aún faltaban décadas para que heredara propiedades y problemas familiares y obtuviera la seguridad económica que le permitiría independencia, así que ponía su energía en aprendizajes que le supondrían un mejor ingreso. Fue por eso que hizo un posgrado en comunicación política y diversos diplomados en publicidad. En uno de ellos conoció a Ximena Beláustegui quien era, por entonces, muy buena amiga de Juan José.

Cuando Ana heredó de su abuela materna estaba ya preparada para tomar decisiones más puntuales. Su hermano y sus primos, su madre y casi todos sus tíos, fueron coherederos; sólo que no en partes iguales. A ella le tocó una proporción mayor, un porcentaje más gratificante. Así que al conocer a José María Sigman en una cena, y enterarse de sus planes para abrir una consultoría en la Ciudad de México, puso manos a la obra. Sigman era conocido en el medio, lo antecedía su prestigio y tenía esa belleza masculina que atrae inversiones: confiable, tosca, sana, agradable y envidiable. En cuestión de días, organizó una reunión con Rosaura, con quien había coincidido en algunas clases del posgrado, y con Ximena.

José María tendría la mayor parte de las acciones, porque sólo así entraba a las sociedades: con la mayoría en su cancha. Dividía su tiempo entre España (y Suiza e Italia, donde vacacionaba con frecuencia) y México. Había heredado de su padre dos imprentas en las afueras de Madrid cuando era muy joven, casi un adolescente. Sin mucha preparación formal, las había transformado primero en empresas importantes; más tarde, en auténticas minas de oro cuando arrancaba la década de los noventa. Con nuevas imprentas en su haber, modernas y mejor equipadas, empezó a buscar crecimiento fuera de su país en el tiempo en que eso parecía una locura.

Fue él quien incorporó a Lucas a la sociedad. Era un joven guapo de la forma más convencional para el entorno en el que se movían: rubio, de ojos claros y cabello rizado. Era alto, delgado, con una manzana de Adán afilada y prominente, perfectamente afeitado y con las maneras suaves de quien ha tenido una vida fácil. Un heredero más, sólo que a él le habían dado su fortuna en vida y en cantidad suficiente como para hacer lo que quisiera el resto de sus días. Rosaura lo adoptó como a un hijo y ayudó a su ingreso.

José María, en cambio, se hacía acompañar de Ana.

Ahora estaban los cinco sentados, reunidos en plan laboral, mirándose a los ojos en silencio. Esperaban a los abogados. Se habían metido en un problema cortesía del gobierno de Chihuahua. Estaban acostumbrados a resquemores y crisis de todo tipo con los gobiernos estatales que solían comportarse, según la región del país, como pistoleros, capataces de hacienda, auténticos truhanes o niños caprichosos. Siempre había algún personaje de cuidado, al que Rosaura ubicaba de inmediato y señalaba claramente, al que debían darle la vuelta y a quien cobraban un sobreprecio únicamente por tratarlo, por recibirlo en las juntas. ("Éste es el cabrón, éste mismo. No se nos vaya a pasar. Todo tiene que tener su firma y su aprobación, por escrito".)

Pero su brújula había fallado en este caso. Todos en esa empresa sabían de los actos de corrupción rampante que se daban en distintas instancias de estos gobiernos locales y hacían lo posible por ser ajenos a ellos. Llevaban a su primera reunión un código de ética en el que rechazaban de manera tajante sobornos, trampas y verdades a medias. Los clientes debían firmarlo antes de proseguir.

No siempre funcionaba.

Esperaban abogados porque la confianza que se tenían a sí mismos los había metido en un brete: los contratantes habían burlado la supervisión y se habían hecho de millones de pesos que pertenecían al fisco o al pueblo, daba lo mismo. Todo gracias a una campaña publicitaria que trataba de vender las maravillas naturales del estado y que había sido coordinada y contratada por Sigman y Asociados.

Las Barrancas del Cobre, un paseo por Madera, los altos y delicados médanos de Samalayuca, Paquimé, los niños rarámuri, los berrendos de pectorales henchidos y cornamenta retadora estaban fotografiados, filmados; las frases para hacer del estado un lugar agradable a pesar de sus zonas de miseria, peligrosas y sórdidas, habían sido trabajadas al amparo del liquidámbar, aprobadas por el equipo central y ofrecidas al gobierno.

El trabajo propuesto, presupuestado y cobrado incluía una serie compleja de detalles: asesorarían distintas áreas de gobierno para

“vender” el estado como un producto deseable y enfocarían una parte de su trabajo a promover sus bellezas naturales. Alcanzarían al turismo extranjero con una estrategia focalizada y darían asesoría a quienes vivían cerca de todas esas bellezas, para que los turistas no las encontraran convertidas en un desastre.

La magnitud y ambición del proyecto eran, en parte, culpables del retraso en su conclusión, para fortuna de la empresa cuyo nombre estaba en contratos sobre el escritorio de los responsables, fugados ya. Era una novedad que a todos tenía abrumados, particularmente a José María.

Hacía poco había pensado y arrancado una fundación ambientalista que dejaría crecer antes de acercarla a sus conocidos. La posibilidad de que los acusaran como socios de corrupción y de que con eso perdieran todas las cuentas que tenían, había desbordado los ánimos y a él podía agriarle el nuevo proyecto. Si el asunto se filtraba a un medio de comunicación de peso, incluso podían quedar inhabilitados para trabajar más adelante. Lucas anunció que bajaría a la recepción para verlos llegar. Ana lo acompañó y se quedó de pie, frente al árbol.

Un golpecito la desconcertó. Era una semilla que cayó del árbol, rebotó en las escaleras, y le devolvió su preocupación: Chihuahua. Y Héctor: porque eso era él, al menos en parte. Había sido el vínculo entre el gobierno de ese estado y la firma consultora. Cómo habían dado con él dos personajes tan siniestros como los que estaban escapados era algo que Ana no había escuchado en voz alta, pero cruzó por su mente (otro relámpago) la historia de los animales disecados.

Faltaban fotografías por hacer… aún así, Héctor había entregado ya material suficiente, firmado y aprobado por Sigman, como para impedirles un deslinde total. Otra parte del presupuesto había sido ejercido en algunos primeros diseños, en un par de asesorías, en los esbozos de un manual para la promoción turística. Todo, surgido de un presupuesto fantasma, mal asignado. Y desvío de fondos.

En la fiesta, después del episodio en el baño, Ximena y Rosaura le dieron la noticia del proyecto de Chihuahua: era apenas un prospecto, estaba en puerta pero parecía algo que se les haría realidad muy pronto. Héctor se les había acercado con la propuesta: lo había contactado un amigo del gobernador que lo suponía parte de una agencia; necesitaban materiales promocionales; era un proyecto millonario, interesante. Él había sido quien le vendiera a los chihuahuenses la idea de una campaña, quien les dijo que era en

Sigman donde podían encontrar lo que buscaban. Acordó con ellos ser el fotógrafo asignado. Se ganaría muy buen dinero y la consultora ingresaría un monto para sonrojar a cualquiera. ¿Cómo podían decir que no?

Los abogados llegaron corriendo y subieron los escalones de dos en dos. Tenían aspecto juvenil y fresco. Le hicieron una inclinación con la cabeza a manera de saludo: “Ana”.

Caminaron hacia la sala de juntas, donde José María y Rosaura estaban de pie, frente a frente, discutiendo. Ana pudo ver a las dos figuras dispuestas a atacarse a través del amplio ventanal que fungía de pared. Lucas prácticamente voló hacia ellos. No pasarían un buen día.

Rolando Mendoza era un hombre alto y vigoroso, con bigote revolucionario, piel morena y pelo negro y abundante, surcado por algunas canas en las sienes. Sus piernas eran delgadas, sus brazos largos, su pecho velludo, sus orejas y su nariz eran elegantes y tenía ojos vivaces y atentos. El conjunto de su físico era armonioso, hacía pensar en fotografías históricas en blanco y negro, en hacendados y peones a la vez. Era un criollo que portaba con orgullo la mezcla de sangres.

Era un periodista de investigación que vivía en un departamento de la colonia Escandón construido a principios de los años sesenta, cuando la Ciudad de México se daba el lujo del espacio. Tenía casi doscientos metros cuadrados que permitían comodidades y holguras. Para Ana, era fácil visitarlo porque estaba a medio camino entre su oficina y su casa.

Había vivido en ese espacio con Patricia, su esposa, los años que fueron pareja. Ella era una diseñadora gráfica que a Ana le parecía sin talento o belleza, pero con la que él llevaba una relación peculiar. No se habían divorciado porque él la sentía su responsabilidad. Ella lo sabía y lo apremiaba con necesidades, agobios y exigencias.

En el período tentativo que vino después de su propia separación (un divorcio, con papeles firmados), Ana tomó la costumbre de ser primero amable y luego frontal con los hombres que le parecían atractivos. Como Juan José, Ramiro y Nashelly deseaban distraerla, la llevaban consigo a fiestas o reuniones, a los cocteles a los que Ramiro debía asistir como invitado especial o a los que él mismo organizaba para marcas de alcohol, tabaco, automóviles, hoteles o firmas tecnológicas. Ella se acostumbró también a salir por su cuenta, a aceptar cualquier invitación que se le hiciera. El resultado fueron nuevas propuestas para visitar casas de fin de semana, restaurantes, inauguraciones. Durante ese tiempo, muchas de sus noches terminaron en hoteles de paso, cortesía de hombres casados o que vivían relaciones estables y no deseaban romperlas por un acostón; también de vez en cuando en la casa de algún soltero o divorciado, en el cuarto de servicio de alguna casa grande, habitada por *roommates*.

Ana sentía que vivía de forma pospuesta una adolescencia que había truncado más bien pronto, pendiente de los reclamos de su madre, asustada de sus propias posibilidades después de los encuentros breves, clandestinos, intensos de su primera juventud; asustada de ver cómo otros asimilaban lo que ella apenas suponía y que sabía latente en su cuerpo; asustada de lo que le había pasado una tarde sin desearlo y contra lo que había peleado después, cuando ya era un hecho sin remedio.

No tenía relación con su familia ni se sentía protegida por nadie más que por Juan José, Ramiro, Nash, Pablo y Rolando. Rosaura y Ximena eran figuras lejanas a las que no siempre veía como personas. Algo similar le sucedía con José María, sólo que sentía por él más respeto, una identificación imposible de negar. Los hombres que la circundaban tenían que ver, entonces, con su grupo de amigos. No eran los arquitectos a los que frecuentaba cuando Pablo y ella estaban casados, esos jóvenes que querían transformar el mundo modificando primero los espacios, que tenían una opinión tan firme como barroca de lo que había que hacer para mejorar la Ciudad de México. Muchachos que tenían la boca llena de nombres extranjeros, de palabras e ideas como ángulos y plomadas, capaces de ver lo humano en la dureza del concreto. No. Ahora eran personas dedicadas a la publicidad y las relaciones públicas, a los medios de comunicación y al periodismo, a las artes escénicas y a la gestión de eventos. Vendían emociones. No querían provocarlas, como los arquitectos: querían hacer de ellas un producto —y lo lograban—. Las ganas, el entusiasmo; el duelo, la compasión; el amor y sus derivados eran algo que podía empacarse convertido en videos o fotografías, con dos o tres palabras incorporadas al margen. A pesar de eso, tocaría la amígdala o rozaría el lóbulo frontal de quienes la vieran.

Rolando y ella se sentaron juntos por casualidad en la parrillada que una amiga de Nash organizó en la terraza de su azotea. Antes de que les sirvieran el primer corte, su plática se había deslizado con suavidad hacia la separación de las parejas. A él lo había dejado su mujer hacía casi un año, yéndose de la casa. No quería divorciarse de él, sólo quería dejarlo, vivir en otro sitio: se sentía oprimida, estaba buscándose una carrera como artista plástica y un periodista le parecía un lastre. Ana le contó de su divorcio y de la vida que le suponía a Pablo, entonces a punto de terminar su estancia en Inglaterra. Brindaron por el amor que se acaba y por los días que tenían delante suyo. Terminaron besándose en el elevador, camino al departamento de la Escandón.

Ese hombre le ofreció a Ana una afinidad del cuerpo que no volvería a sentir hasta mucho tiempo después y que nunca, bajo ninguna circunstancia en su vida, volvería a su vida cargada del afecto y la comprensión que él le ofrecía. Aunque eso lo supo más tarde. Pablo y ella podían hacer el amor durante largo rato y alcanzar orgasmos húmedos, pero él no sabía encontrar en Ana esa línea de tensión, eso sin nombre que se le había despertado en la primera adolescencia y que seguía latente, esa fibra que los primeros contactos con Elías habían activado.

Cuando Rolando le tomó la cara para besarla, ella sintió la misma dosis de excitación que de familiaridad, como si fuera algo sucedido antes. Se separó de su cara para mirarlo mejor: quizá sí lo conocía de cuando era estudiante, tal vez se había besado con él. Pero no, no era posible. Era cinco años mayor, demasiado para que coincidieran en la escuela. En todo caso, se dijo, lo habría recordado.

Comenzaron a desnudarse cuando él apenas cerraba la puerta de su departamento. Ella se quitó los zapatos y los pantalones mientras él, con dedos diestros, le desabotonó la blusa y el brasier y se quedó con sus pechos abundantes entre las manos. La miró como miran los hombres cuando saben que su deseo será correspondido, cuando entienden que hay un hondo pozo al que entrarán por su propia voluntad. Se puso de rodillas para lamerla (la lengua separó los labios mayores, encontró el clítoris, encontró lo que buscaba) y luego la tomó entre sus brazos y la llevó a su cama. No salieron de esa habitación en todo el fin de semana.

Su abuela creía en el castigo del cuerpo y del alma. Creía en la expiación de los pecados y en los sacrificios. Estaba convencida de que había penas espirituales que podían saldar las deudas de los actos cometidos. No era una mujer muy religiosa en el sentido más convencional de la palabra. Iba a misa los domingos, conocía de memoria el ritual y murmuraba suavemente, para sus adentros, la ceremonia completa. El padre decía: "Y dándote gracias les dijo a sus apóstoles 'La paz os dejo, mi paz os doy'", y ella movía los labios repitiendo eso con exactitud, en el momento preciso, mimetizada. Se formaba en la hilera pía que la llevaría a la hostia y procuraba que el pan divino no le rozara los labios y que se depositara únicamente en su lengua, sin adherirse a un paladar poco sacro. Se persignaba. Se confesaba. Rezaba el Credo y el Padre Nuestro y el Ave María. Lo hacía en la iglesia y también para dormir, recostada en su cama. A pesar de eso, no daba gracias por la comida, no citaba a Cristo o la Biblia cuando algo le salía mal o quería señalar un error en los demás ni se encomendaba al Divino si se sentía en riesgo. Tampoco hablaba del Cielo o el Infierno. Tal vez lo más acendrado de su fe eran los pecados y sus respectivas penitencias.

Llevaba por nombre Ana.

No había sido hermosa en su juventud, pero sí vital. Eso podía saberse porque, aún a edades muy avanzadas, comúnmente había hecho para la hora de la comida lo que le habría tomado al resto de su familia una semana de trabajo. Se había casado muy joven, tenido a sus hijos y llevado con cierta elegancia la vida para la que la habían educado. La muerte de su marido la volvió más amable y la regresó al centro de atención.

Tenía hijos apenas adolescentes cuando tomó las riendas de su hogar. Eran cuatro. Dos hombres y dos mujeres, en ese orden. Sin ningún empacho, le hacía saber a todos que su preferido era Sergio, el primogénito. Tuvo el sueño de un hijo médico y se le cumplió en ese primero. El segundo fue abogado, nada mal. Las niñas se casaron en cuanto tuvieron edad. Sergio, Alfredo, Olga y Ana María.

Esos hijos habían aprendido el valor de lo bueno y lo malo y, al

menos durante muchos años, actuaron en consecuencia. Aunque no consideraba indispensable el castigo físico, la abuela lo aplicaba a los niños si lo creía pertinente. El énfasis estaba, en realidad, en las palabras. Era así como podía explicar lo que —en su particular cosmogonía, no necesariamente católica— era pecaminoso y lo que no lo era. Era particular también en el contacto corporal. El mínimo le resultaba, a veces, excesivo. El aire que rodeaba a las personas bastaba para ella como cercanía; asumía que, al compartir con los pulmones lo que se respiraba, se compartían en automático los afectos. Sus hijos eran como ella en ese sentido. Ana no recordaba el contacto de su madre; no encontraba en su memoria, por más que buscara, un gesto casual como los que veía en Ximena y en otras personas con hijos: el roce de los dedos adultos paseándose al descuido por el pelo del niño, un abrazo estrecho en la sobremesa para oler la nuca de la niña, la expresión casi desvalida de quien abraza a un bebé y lo encuentra todo ahí.

A su madre la desasosegaba la personalidad tumultuosa de Ana, su falta de inhibiciones y miedo, su impulso vigoroso, su deseo de imponer su infantil voluntad. Así que marcaba con ella una distancia.

Ana había recibido caricias angustiadas durante su accidente en casa de la abuela, mientras tenía la pelvis a punto de partirse en dos. Y había estado sentada en las piernas maternas una única vez, al menos en sus recuerdos. Un fotógrafo exigió más cercanía física para que el retrato que estaba por tomar no pareciera ajeno a su propio concepto de familia. Los niños —Miguel, Ana— pegados al padre, circundándolo. Porque él era abierto, recibía con anchura el cariño y parecía repelente al rechazo. La madre, en cambio, sola, sentada en una silla, rígida y recta, como una tabla recién cepillada, como enderezada por algún resorte. El fotógrafo negaba con la cabeza al descubrir en su visor una imagen difícil de justificar en una foto semejante y hacía todo lo que estaba en sus manos para cambiarlo. (“A ver, que la señora cargue a la niña.”) Ana, entonces, en el regazo, como si estuviera sobre arenas movedizas, las dos a punto de hundirse.

Eso le había enseñado la abuela a su madre. Eso.

Esa mujer que cuando hablaba de la gente sumida en alguna tragedia, lo hacía de una forma más cercana a la tradición kármica que a la cristiana. Pensaba que ella y sus familiares habían llegado ahí por alguna mancha en su pasado remoto, remotísimo, y que no podrían salir hasta que pagaran su deuda. Ya después, en la muerte, irían a cualquiera de las esferas posibles de su muy particular

concepción religiosa. Ni un divorcio ni una enfermedad prolongada y dolorosa ni el fin mismo de la existencia llegaban porque sí. La contingencia no formaba parte de sus creencias.

Por eso, cuando por la edad tuvo que someterse a un procedimiento que parecía rutinario, se puso con una fe ciega en manos de su hijo médico. Tenía una salud portentosa y, estaba segura, la vida de ambos era lo suficientemente recta como para que las cosas salieran bien.

Llevaba un tiempo rehusando tratarse un problema en la matriz. Cuando finalmente accedió a hacerlo, lo más sensato pareció, por entonces, extirpársela. Ana era apenas una niña, pero recordó siempre el ambiente de secretismo en el que todo se mantuvo. No se podía hablar del tema y nadie quería decir qué le iban a hacer a la abuela o por qué. Lo único que se decía era que el primogénito operaría. En esa época Ana no entendía qué era la matriz.

Fue una cirugía exitosa —o así lo pareció al principio. Sergio sacó el órgano reproductor (enroscado en sí mismo, curvado hacia arriba) y procedió a cerrar el vientre que lo había albergado. La abuela no parecía sentir dolor físico. Había parido en su propia casa: ayudada apenas por una partera cuando tuvo a Sergio, y por un médico de barrio, amable y confiado en la salud de su paciente, los siguientes tres: Alfredo, Olga y Ana María. Una vez se hizo un tajo profundo en la palma de la mano al abrir una lata de atún que pensaba preparar en ensalada para sus nietos mayores y apenas sorbió aire, como si le hubiera picado la comida. Se talló con zacate frente a los niños atónitos, se vendó muy bien, se sirvió un tequila y siguió como si nada. Tuvieron que coser la herida unos días después y nunca recuperó del todo la movilidad del dedo medio, pero no se quejó. Así que cuando pasada la operación comenzó a gemir cada vez que giraba el cuerpo y, un poco más tarde, cada que respiraba hondo o se reía o le daba tos, hubo una preocupación generalizada.

Salió del hospital por su propio pie y los nietos fueron citados en su casa para alegrarla con un pequeño regalo. Los recibió en la sala, mirándolos con ojos vidriosos y una sonrisa partida, hasta que suplicó que la llevaran a su cama. Una vez ahí, adquirió rápidamente la palidez de los condenados. Ana María, con una firmeza que nadie le conocía y que a partir de entonces se le acentuaría, le exigió a su hermano mayor que se llevara a la madre de vuelta al hospital, lo ayudó a cargarla, meterla al coche y se quedó junto a ellos hasta que vio cerrarse la puerta del quirófano.

Unos días más tarde los nietos fueron convocados nuevamente,

ahora a la recepción de un lugar frío y desagradable. Ese día la abuela sería liberada y se irían todos a casa. Como no podían pasar a las habitaciones, esperaron en la recepción del hospital hasta tenerla cerca, en silla de ruedas. Se veía pequeña y encorvada, consumida por lo que le había pasado. Los niños estaban enfilados bajo las órdenes de Ana María, tensa y rígida. Cada uno llevaba un nuevo regalito para su abuela: Ana entregó una flor ya marchita de tanto haber sido apretada en su puño. Fue recibida por una mano como garra y una boca torcida. El viejo cuerpo estaba apenas recuperándose de un roce con la muerte y le resultaban difíciles las expresiones más sencillas. En la primera operación, Sergio había extirpado la matriz, anudado lo que tenía que anudar y limpiado la sangre que manaba olvidando dentro algo: una bola de gasa. El cuerpo de su madre rechazó el objeto extraño de la forma más natural que pudo: engulléndolo. En poco tiempo se formó alrededor de la gasa tejido y, como estaba donde algo había sido removido apenas, una infección se adhirió a las paredes de ese nuevo órgano que se desarrollaba donde antes se torcía la matriz.

La abuela nunca le reclamó a su hijo haberla puesto al borde de la muerte. Tampoco creyó adecuado considerarlo en el testamento.

Lucas se le acercó con un vaso sudado en la mano. Había bebido de más. Podía controlarse bien en términos generales, pero ella tenía el tiempo suficiente de conocerlo como para saber que estaba a punto de ponerse impertinente. Llevaba el cabello revuelto, con rizos largos que le cubrían la frente. Se veía más joven de lo que era. Regina, su mujer, no estaba ahí, porque iba sólo de vez en cuando a reuniones así. Era un coctel con el que debían celebrar a uno de sus mejores clientes, una marca de whisky con la que llevaban trabajando desde el inicio de su sociedad.

La fiesta representaba un alivio y un escape para las tensiones de los últimos días. Incluso lo demandante de la situación —organizar todo, desde el lugar del evento, hasta la comida, el *valet parking*, los meseros y los regalos que darían a los asistentes al terminar— les daba la posibilidad de abandonar por unos momentos el asunto en el que estaban metidos. Ana le sonrió a Lucas, invitándolo a acercarse.

—¿Por qué tú y yo nunca nos hemos acostado? —dijo él con coquetería cuando estuvo a su lado—. Tengo la certeza de que seríamos explosivos en la cama. Somos la pareja perfecta, piénsalo: estoy casado.

Ana soltó una carcajada sincera. La resistencia que había sentido hacia él a su ingreso había desaparecido y ahora lo apreciaba. Cuando lo conoció, no pudo más que incomodarse con algunos rasgos de carácter que casi lo definían: de entrada, esa coquetería que ahora le parecía divertida y la forma en que se relacionaba con las mujeres. Las sometía a pruebas y, si pasaban, entonces entablaba con ellas diálogos respetuosos.

—No tengo idea, bombón —respondió ella siguiéndole la corriente. No era la primera vez que aceptaba el jugueteo, aunque ahora sus palabras estaban cargadas de sinceridad—. Pero deberíamos intentarlo dentro de no mucho. Mientras aún somos jóvenes.

Ahora Lucas se rió de buena gana.

Unos metros delante de ellos, José María hablaba con gran énfasis frente a los directivos de la alcoholera. Movía las manos y agitaba de vez en cuando la cabeza. Era alto y delgado aunque, a diferencia de

Lucas, tenía una complexión fornida, con brazos anchos, trabajados cuidadosamente. Estaba tostado por el sol. Había remado en su juventud y aún lo hacía de vez en cuando. Nadaba y practicaba otras actividades al aire libre. Le gustaba decir que ésa era su verdadera pasión, no el trabajo, ni las mujeres, ni el dinero. Tenía las cejas muy negras y pobladas, la sombra de su barba se asomaba al atardecer aunque llegara por las mañanas escrupulosamente afeitado. Su pelo era entrecano, salpimentado, y lo peinaba hacia atrás, en capas, un poco más largo hacia la nuca: indicio claro de una juventud vivida en los años ochenta.

—¿Cómo lo ves? —dijo Lucas señalándolo con la mano en la que llevaba su vaso.

Ana hizo una mueca.

—Ya, en serio. ¿Te gusta? ¿Te gustaría cogértelo?

Ella se rio con alivio.

—Exacto. Eso es lo que quiero —dijo, girándose para ver la expresión de su socio. Él no sonreía, así que se zafó de su abrazo y se paró frente a él. Lo escuchó decir:

—Lo de Chihuahua no nos va a joder, pero nos pondrá a trabajar de más. O sea, estamos en un problema. Hablé con José María. Así como lo ves, está que se lo lleva la chingada. El tema es que si nos metemos en un lío con el gobierno… —Lucas seguía con la mirada al frente e hizo un gesto vago con la mano, que podía abarcar un descenso a los infiernos o la nada.

—Esto, ¿es información privilegiada?

—Mi reina: todo lo que yo te digo es información privilegiada. Ya nomás platicar tantito conmigo es un privilegio, no te hagas.

Ana se encogió de hombros. El tema no le gustaba. Todo el asunto de Chihuahua había pasado a un lado suyo, sin que se enterara bien, como si no formara parte de la sociedad. Por primera vez se sentía relegada.

Lucas se dio cuenta del curso de sus pensamientos. El lugar entero estaba en ebullición; las personas hablaban con un volumen muy alto, los meseros no se daban abasto. Un toldo y unos calentadores —metálicos, altos como un hombre, a gas— negaban el viento lluvioso de la calle. Había, como parte de la decoración, sillones mullidos, sillas frente a amplias mesas de madera, lámparas con luces difuminadas, falsas cornamentas de ciervo en algunas paredes, algunos motivos escoceses.

Ana había buscado un lugar cerca de la salida, en uno de los sitios menos acogedores. Lucas se alejó de ella unos segundos, caminó hacia

el frente y la miró, después volvió a abrazarla.

—Algo traes que no me quieres contar. Tú y yo somos amigos, a estas alturas —dijo él en tono teatral.

—No sé qué quieres decir.

—¿Con que somos amigos? ¿Quieres que te explique qué es la amistad?

—Sí, somos amigos —dijo Ana sonriente, aceptando la aproximación. Lucas la miraba expectante. Lo sintió tocarle el pelo y luego sintió unas cosquillas torpes cerca de sus axilas. Se movió para enfrentarlo de nuevo.

—Ya dime… dime qué traes —el tono era de súplica.

Ana guiñó un ojo.

¿Qué había pasado en las últimas semanas, en el último mes, que la tenía así? ¿Las lluvias que no paraban, que parecían más un castigo que una bendición y se le colaban al ánimo? ¿O qué más? ¿Cómo podía explicarlo? Alcanzó el vaso casi vacío de Lucas y se acabó el whisky de un trago. Él atajó a un mesero que pasaba detrás suyo, tomó otro vaso y lo extendió hacia ella.

—Muy bien, si insistes —dijo ella tomando dos tragos más antes de darle el vaso de vuelta.

Lucas tronó la lengua de forma reprobatoria, como si estuviera frente a una niña mal portada o a una mascota que se extralimita. Ana tomó aire y dijo:

—Tengo la sensación de que algo malo va a pasar. Algo grave, algo que no queremos y no imaginamos.

Él la miró con la boca abierta, los pies separados. Estaba a punto de decir algo cuando Ana retomó la palabra:

—Es una sensación que tiene que ver con nosotros.

—¿Contigo y conmigo? —preguntó él, con absoluta seriedad.

—No, no. Claro que no. Con nosotros como empresa.

En el semblante de Lucas fue más obvio que había bebido. Tenía los labios separados, la lengua un poco salida, la cabeza inclinada al frente. Asentía en silencio. De pronto se enderezó con vigor, estrechó a Ana y le dijo, con un tono que era a la vez cómico y patético:

—Mi amor: nada malo va a pasar. No mientras estés conmigo. Yo te cuidaré.

Le dio un beso sonoro y húmedo en los labios y caminó hasta perderse entre la multitud.

El resto de la noche Ana sufrió el malestar de la ambivalencia. ¿Debía buscar a Lucas?, ¿llevarlo a un hotel? Ese pensamiento la guió a Rolando y fantaseó con pasearse por los pasillos artificiales de ese

espacio tomada de su mano.

Rolando, tenía nostalgia de los vellos de su pecho. De su olor a veces acre y a veces perfumado, siempre irresistible para ella. Notó y se dijo: “Estás sola, entre toda esta gente”. Eran cientos de personas, amistosas y sonrientes, que despertaban un avispero en su tripa. Se giró para ver la salida, el trajín de los *valets*. Una sucesión de visiones la invadió y la dejó inmóvil sobre sus tacones, presa de sí misma: se vio caminar derecho hacia la calle y seguir de frente hasta ser golpeada por un automóvil; se vio caminar despacio hasta donde se encontraba José María y desplomarse frente a él y los clientes, de bruces contra el suelo, con el vestido desparramado sobre sus caderas y las piernas separadas; se vio subirse a su auto, ponerse el cinturón de seguridad, arrancar, y ser arrollada por un camión. Sintió un deseo poderoso: de que fueran episodios reales, concretos. Avanzó un poco para apoyarse en el respaldo de una silla. Detuvo a un mesero, pidió agua, canapés. El avispero no le permitió comer mucho, tan sólo lo necesario para sentirse firme en sus piernas. Miró a su alrededor y vio cómo había hombres que apreciaban su escote, sus pechos voluminosos y evidentes —tal vez también sus ojos y su pelo negros. Estaba de vuelta.

Rolando la abrazó en cuanto la tuvo frente a sí. Había comprado comida china que estaba sobre la mesa del comedor, adornada con velas. Le tomó el rostro, como solía, y la besó en los labios con delicadeza primero y después con profundidad. Ana respondió al beso dando unos pasos al frente, para que la puerta se cerrara detrás suyo. Vendría una noche de felicidad. Con una mano, él la ayudó con su bolsa, con su maletita de piel, arrojándola con tino a uno de los sillones que quedaban de paso, sin dejar de besarla. La envolvía con su cuerpo, con su olor y su deseo. Sus encuentros tenían la frecuencia suficiente como para que Ana tomara pastillas anticonceptivas y se preocupara poco por lo demás. No suponía que él, un hombre que le parecía decididamente guapo, con el que no había un compromiso formal, limitara su vida sexual a lo que ella le ofrecía. Pero asumía que, al igual que ella, usaba en los otros encuentros protección. Así que los besos los llevaban rápido al siguiente paso.

Él tenía un pene grande, oscuro, con un glande protuberante que a Ana le parecía delicioso (y se lo decía). Y cuando hablaba con ella era un poco cursi. Le recitaba a Neruda y a Quevedo, a López Velarde y a León Felipe, le decía piropos cargados de suspiros, le enviaba mensajes amorosos y enlistaba todas las formas en las que era maravillosa. También le cantaba canciones de cuna, arrullándola entre sus brazos, para que se durmiera con el sonido no muy ronco, armonioso y entonado de su voz. Eso, Ana suponía, estaba relacionado con que no vivían juntos, con que habían mantenido las distancias y encontrado una forma útil y sana de encontrarse.

En cuanto lo veía, a Ana el cuerpo se le volvía una máquina de hormonas y jugos, de humedades y redondeces dispuestas. Era toda saliva y lubricación, era turgencias e hinchazones placenteras. Bastaba que él la tocara para que se sintiera cómoda y deseosa porque Rolando había encontrado el fino resorte que ponía en movimiento ese cuerpo tan sexual. Le tomaba los pechos, por ejemplo, con ambas manos, sopesándolos primero como si apenas los conociera. Parecía valorarlos por su peso y su color, por las pecas que los atravesaban en la parte alta de los pectorales; luego apretaba los pezones, casi traslúcidos, de

manera suave, muy suave, con varios dedos primero y luego sólo con dos. Jalaba la fina piel hacia sí, estirándola de tal forma y con tal cuidado como para que a ella le cambiara el semblante y estuviera dispuesta a todo.

Ana se entregaba a eso y a su propia curiosidad. Pablo había sido dulce y rico, pero con él no se sentía dispuesta a explorar. Eso le había pasado antes, en las tardes de su pubertad. A veces, con otros hombres, sentía apenas una posibilidad: con él podría, con él sí. Pero nunca daba continuidad a esos encuentros casuales, no quería repetirlos más de dos o tres veces. En cambio: Rolando. Se depilaba para él aunque eso lo tuviera sin cuidado. Se perfumaba para él, aunque prefiriera olerla al despertar o después de que Ana visitara el gimnasio; le gustaba hundir su nariz en las axilas o en la vulva, en el ano y en la boca, antes del agua que la volviera higiénica y ejecutiva o justo después de haber comido. Y ella a él también: sus olores la hacía pensar en la naturaleza, en la tierra mojada, en hombres que trabajan con el cuerpo, con las manos; en salud y larga vida; en lo que guardaba para él y sólo a él podía darle.

Terminaron cuando la comida, empacada aún en cajitas, estaba más que fría. Comieron con ganas, cansados, felices de satisfacer también este otro antojo. Bebieron vino tinto. Brindaron también con agua clara.

Rolando habló un poco del nuevo reportaje que acometía. Trabajaba, junto con otros periodistas, en documentos que relacionaban a algunos empresarios de renombre con gobernadores.

—Ni siquiera se cuidan de que sean distintos empresarios… o de que sea un solo gobernador, en el caso de los que tienen los dineros. Les vale madres. Son todos lo mismo y esto, Ana, va para peor. Te voy a contar…

A ella le preocupaba el belicismo que parecía encenderlo por dentro, su interés enfocado ya casi puramente a una guerra política. Pero también le parecía fascinante, la salvaba del mundo de palabras huecas y estrategias absurdas, de elegancia forzada y despilfarro, de proyectos que sólo alimentaban egos. El mundo en el que vivía. Cuando él terminó, le tomó la mano con afecto y cuidado y le dijo:

—Ahora tú, cuéntame. Cuéntame en qué andas. Vi a Nash y me dijo que empezarán a trabajar con un fotógrafo famoso, ¿no? Con el muy renombrado Héctor Lucero. ¿Qué tal es? ¿Ya lo conociste?

Tal vez fuera la noche, el cansancio, la preocupación o el miedo o algo que no pudo nombrar pero que la dejó sumida en el silencio.

De todos los socios, José María Sigman era quien tenía el encanto más claro, el aplomo y la seguridad que dan el dinero y la apostura. Los clientes lo orbitaban como polillas, deseaban tenerlo cerca. Pero ni el tiempo ni el interés le alcanzaban para estar en todas las reuniones y, cuando estaba, no siempre tenía la información relevante para ese momento. ("Tampoco es que yo la necesite siempre. Para eso los tengo a ustedes.")

El tiempo con Ledesma le había quitado a Ana el miedo a quienes consideraba superiores en el ambiente laboral. Se había entrenado para saber dónde buscar, cómo informarse y cómo hablar frente a un grupo. El tránsito para adquirir esa capacidad había sido angustioso y desgastante. Ahora, lo usaba con provecho. Todas las posibilidades de seducción física se cancelaban de inmediato en las juntas de trabajo. Al inicio, cuando arrancó su colaboración con ella, Nash había señalado: "Coger es otra cosa. Se hace en otro sitio, por ganas y por ganas. Es placer; amor, si quieres, pero no tiene un propósito más allá que su propio momento. El trabajo, en cambio, sí. Acostarse con alguien para obtener algo en la chamba es lo más bajo de lo bajo de lo bajo… Es de imbéciles".

Ana se había vuelto adicta a la sensación que le daba vencer las resistencias de un cliente, lograr que un proyecto quedara casi en su propuesta original, sin el daño que las opiniones de quien aprobaba y sellaba el cheque del pago podía infligir. Mejor: se había vuelto adicta a la idea de que eso sucediera de vez en cuando. Pasaba largas horas en la oficina. No tenía hijos, ni mascotas. Los ordenados espacios de su escritorio se reproducían en su vida: trabajo, casa, Rolando, sus amigos, Pablo.

Durante la junta con los abogados, Ana insistió en verificar a Héctor. Casi exigió tener a la mano todos sus antecedentes, sus referencias de trabajo. Para ella, ese hombre voluble, cambiante, del que no podía fiarse, con el que había pasado una noche entera, en la cama, desnuda, con quien había cenado, el hombre que usaba los baños de visitas para… Él, pues, era el vínculo entre los hijos de puta que habían hecho perdedizo el dinero del estado de Chihuahua y ellos.

Quería que lo culparan.

José María sostuvo con la suya esa mirada encendida, desbordada, esos ojos negros y furiosos. En tono conciliador, dijo:

—Ana, estos señores —señaló a los abogados— entienden muy bien de quién estamos hablando, conocen los recovecos de esta historia. Saben, como decís vosotros, dónde quedó la bolita. No te agites.

Ella se sintió ofendida, irritada. No estaba agitada, por supuesto. Él continuó:

—La situación es obvia para quien quiera verla, de verdad. La cagamos, nos metimos solos a la boca del lobo por ambición. Además, sábete bien: nadie espulga en la vida de los Álvarez Bravo.

Ana notó cómo Rosaura, sentada a la derecha de José María, se tensaba, miraba la pequeña pantalla de su celular y apuntaba algo ahí. Soltó una risa seca que quería ser irónica pero sonó amarga. Esa respuesta no la dejaba satisfecha. Héctor no era un fotógrafo tan importante, no tenía esas estaturas, por un lado. Por el otro, le removía algo interior, a la vez irresistible y desagradable. Algo que la dejaba intranquila por más tiempo del que le parecía sensato. Otra vez los animales disecados deambularon por su mente, sí. Su primer encuentro y los otros, breves y raros, también. Además estaba la renuencia de él, ese gesto mínimo que cabalgaba entre el rechazo, el desprecio y la pesca.

Ahora conocía su trabajo. Sabía cómo eran las fotografías que tomaba y los premios que había recibido. Era una figura importante en el medio artístico nacional y cobraba cada vez mayor relevancia en el extranjero. Bastaba con teclear su nombre en la computadora para que el buscador arrojara decenas de miles de resultados con una selección de su obra, reseñas y perfiles, entrevistas. Era caro emplearlo. Muy caro pedirle una sesión de fotografías. Estaban ahí, desplegadas en la lista inacabable de imágenes digitales, los reyes de España y un par de presidentes: de frente, de perfil. Había también paisajes: áridos, de arenas blancas o rojizas; el mar en su extensión esmeralda, con un cielo contrastante; palmeras quietas y las rocas de un acantilado contra el que se estrellaban las olas. Una sucesión de mujeres: negras de ojos brillantes y pelo hinchado, robusto; rubias en blanco y negro; trozos de sus cuerpos… una pierna desnuda y un fragmento de pubis depilado o un pecho mirado por detrás de la axila. En todas las fotografías algo parecía un poco fuera de lugar. Una bolsa de plástico trozada en el paisaje prístino, en una orilla, apenas asomada, por ejemplo. La imagen no capturaba ni el retrato de la

basura ni el del paisaje perfecto. Sucedía también con los cuerpos: algo distinto al deseo los había fijado con la lente —o tal vez sólo fuera un deseo que Ana no entendía. Un deseo distinto que podría calificar de roto, sin saber bien por qué.

Cuando terminó la reunión, Ximena se le acercó y le dijo, casi en susurros:

—Ana, no seas obsesiva.

Tenía correos por responder y una serie de papeles esperaba su revisión. Hacía días que su eficiencia había disminuido y eso la lanzaba a un círculo de aprensiones. Levantó el auricular y le marcó a Juan José, pero no tuvo suerte. Así que le llamó a Pablo. Platicaron unos momentos antes de que él la invitara a tomarse un café esa misma tarde.

Se vieron muy cerca de la oficina de Ana. Cuando la tuvo a una distancia prudente, la rodeó con sus brazos, abarcándola por completo, y ella aspiró su olor. Era el más familiar de su vida porque lo había aspirado días y noches enteras. No sentía afinidad por su hermano, Miguel, y había vivido una vida entera sin que su madre la tocara más allá de lo necesario. Pablo y Juan José, Rolando, eran sus seres más queridos y su olor la hacía sentir segura. Miró a su exmarido y notó que le habían salido nuevas canas, apenas unas pocas, en las sienes. Era más alto que ella, delgado, con el pelo muy rizado, oscuro y abundante. Usaba lentes con marcos de carey y tenía una manzana de Adán delgada y saltona. Después de tantos años de separación, le parecía increíble haber estado casada con él. No porque recordara con desagrado ese período o porque lo hubiera olvidado; tan sólo le resultaba incongruente con el sentimiento que ahora le provocaba: era como mirarse con buenos ojos en un espejo. Una forma de amor que no admitía la vida de pareja, sus altibajos o sus pasiones.

Se sentaron en el cafecito, en una mesa sobre la banqueta. Frente a ella, Pablo extendió los brazos hasta poner las manos sobre sus hombros y apretarlos con fuerza, presionándola hacia abajo. (“Arrrrrrghhhhh. Qué gusto verte.”) Sonreía. Su hija tenía unas semanas de nacida. Se llamaba Paula. Entró de lleno a su predicamento. Andrea, su mujer, quería bautizarla. Tenían la boda en puerta, sólo estaban esperando a que las dos mujeres se sintieran fuertes y recuperadas.

—Andrea es más tradicional. Bueno, ella no. Su familia —dijo él en tono de disculpa—. El problema es que a mí sí me da un no sé qué bautizarla. Hay dos cosas: por un lado, siento que es algo que tengo que celebrar, ¿me entiendes? Un bautizo es el mejor pretexto. Y por el

otro, siento que está mal esa ceremonia en concreto. Un bautizo. *Un bautizo.* ¿Qué opinas?

Ana descubrió, después de escucharlo, que no podía sonreírle del todo o siquiera ofrecerle el consejo que le pedía porque sentía que se ahogaba un poco. Juan José tenía razón. La amargura, ¿era eso? ¿La obsesión?

—Creo que tengo celos —dijo después de unos segundos—. De ti, de Andrea, de la nena. Y pienso que debimos tener hijos, formar una familia.

Pablo, que estaba inclinado hacia ella, echó hacia atrás su cuerpo ágil, de hombre que corre maratones por placer.

—Nunca has sido celosa —dijo, la sorpresa se mezclaba con algo más en su rostro, tal vez preocupación—. Ni cuando recién nos casamos. Eso es algo que siempre me ha gustado de ti.

—Ahora es distinto —Ana tenía puesta la vista en la taza de café que acababan de servirle, negro, arropado por una espuma densa—. No son celos tradicionales.

Pablo se rió, relajó un poco el cuerpo sin acercarse a ella todavía.

—Muy bien —retó—, ¿de qué clase son?

El suspiro de Ana fue silencioso, perceptible más por el movimiento de su pecho. No salió palabra de su boca. Él se inclinó de nueva cuenta hacia ella y le buscó la mirada.

—Oye, no sé qué te pasa, pero te voy a decir algo: creo que ganas cuando dices lo que sientes, ¿ves? Es una ganancia en tu vida. Sientes celos, está muy bien. No deberías, eso es todo.

Ana curvó los labios, pero su sonrisa quedó incompleta. Decir lo que sentía… hablar de los misterios. Tal vez porque la conocía bien y la sentía muy cercana, Pablo se acercó más a ella y la abrazó.

—Estoy haciendo trampa, porque eres tú quien debe abrazarme. Tú deberías estar parada, felicitándome con mucho cariño. —Ella por fin se rio con entusiasmo y sintió cómo se relajaba su mandíbula. ¿Cuántos días llevaba contrayéndola?

Platicaron un rato de las novedades que él traía: pañales, sensaciones, ideas de lo que podía venir en un futuro, Andrea y, sobre todo, Paula.

Ya en su coche, unos momentos después de la despedida, Ana comenzó a tocarse las mandíbulas con la punta de los dedos, cerca de los lóbulos. Abrió y cerró la boca con el índice pegado al inicio de la oreja, donde la articulación se movía y tronaba. Sintió dolor al hacer presión con los dedos, sintió cómo se movían minúsculas fibras entre el hueso y la piel. Así era cada vez que abría la boca: algo crujía, algo

parecía atrofiado.

La comida era multitudinaria. Una vez más, propuesta de Ramiro. Se verían en casa de un amigo suyo, Fernando, en pleno Tlayacapan. Irían Juan José con Ramiro, Nashelly y una amiga suya llamada Edith. Ana hubiera querido ir acompañada, pero no se decidía por un compañero mejor que sus amigos. Pablo estaba fuera del panorama. Llevar a Rolando la obligaba a darle una realidad distinta a algo que podía, muy bien, seguir como estaba. A veces sí salían juntos, a veces se hospedaban de fin de semana en algún lugar cercano a la ciudad y un par de veces en Estados Unidos. A veces cenaban o comían con los amigos de Ana o de él, pero eran reuniones que parecían descuidos, a pesar de los años que tenían de encontrarse.

Los recibió un jardín muy amplio, largo, un rectángulo verde rodeado de aves del paraíso y enmarcado por varios laureles de la India, con copas mullidas que arrojaban una sombra densa y albergaban pájaros que cruzaban el cielo de un lado al otro, sin abandonar el espacio cerrado por paredes de adobe. Al fondo había una alberca también rectangular y, en un desnivel elevado, un jacuzzi donde ya se remojaban algunas personas. Una terraza con losetas de barro, en la que había instalada una parrilla, era el refugio de algunos hombres que cocinaban carnes y chorizos mientras bebían de sus vasos o sus copas. El lugar se había impregnado del aroma a comida y carbón. Nash, delgadísima y firme, llevaba el pelo recogido en dos chongos, muy altos en su cabeza. Su pelo era rubio platinado, las raíces oscuras muy obvias. Usaba un bikini mínimo, a rayas, que cubría únicamente con una minifalda. Tenía tatuada, en el empeine, la parte central de la Piedra del Sol. La lengua de la efigie azteca saludaba desde su pie izquierdo. Ana le dio un golpecito cerca de las costillas y susurró: “Comida”. Su amiga asintió con entusiasmo. El único que se cuidaría ahí, dosificando las cantidades, era Ramiro, firme y musculoso.

Caminaron hasta encontrarse con Fernando. Hubo presentaciones y reconocimientos y pronto se instalaron. En la camioneta de Juan José estaban las maletas con la ropa que usarían ese fin de semana. Era sábado y pensaban regresar a la ciudad el lunes. Ana se tomaba

algunas atribuciones en su trabajo y los días adicionales de asueto estaban entre ellas. El trabajo de sus amigos también era flexible, en buena medida porque le dedicaban muchas horas extra, se quedaban hasta tarde, trabajaban los fines de semana, llevaban sus labores a comidas y cenas formales, obligatorias.

Su bikini negro tenía más tela que el de Nashelly, sobre todo en el busto, porque la generosidad de sus pechos exigía que fueran contenidos. Surgían, robustos y altos, uno más pesado que el otro, a partir de la tercera costilla verdadera, abrazando el esternón; podía verse su nacimiento —la curva que los anunciaba y avalaba— apenas a un costado de la axila. Esa curva se invertía a la altura del plexo solar, los pezones mirando al cielo, encaramados en la piel. Se sentía orgullosa de ellos y le gustaba mostrarlos, pero no quería parecer vulgar. Sabía que incluso así guardados llamarían la atención, aunque los ojos vagarían por sus pecas, como si fuera ése el imán. Llevaba puesta una falda holgada, de algodón muy suave, ajustada a la cadera y larga hasta los tobillos, con aberturas muy profundas, que cubría de la mirada los vestigios visibles de su cicatriz. Aunque reconocía que el atractivo de su cuerpo se centraba por encima del plexo solar y que vista por detrás no destacaba particularmente, jamás se había sentido acomplejada. Se movía con tranquilidad, casi tanta como la de Nash, dueña de un cuerpo flexible y dinámico.

Los amigos de Ramiro estaban dispersos por toda la casa y el jardín. Hacía un sol agradable. La música le resultó peculiar: reggae. Buscó los ojos de Juan José quien, adivinándole el pensamiento, se le acercó:

—Es el grupo de los pobres, el proletariado —dijo él, con un rostro serio que buscaba divertirla; su piel blanca irritada por el calor—. Son los amigos lumpen de nuestro Ramiro. Escuchan a Marley. Son también viejos, como de mi edad.

Ana sonrió contenta. Le gustaba estar ahí. Se irían más tarde a una casita rentada, se repartirían en las habitaciones y hablarían durante horas, intercalando sus palabras con cigarros y con whisky. Dormirían a deshoras y se broncearían. Miró de nueva cuenta la casa. Era muy agradable, amplia, de dos pisos y grandes ventanales, pintada de blanco con techos de tejas. Revisó a la asistencia, paseándose con calma y una copa de vino en la mano, mientras evaluaba a los invitados en los términos que empleaba en su trabajo: nivel socioeconómico: alto. Por supuesto que alto. Muy alto. Diría: AB, C+. Claro, no tanto como el que se contaba en las casas de Malinalco y en San Miguel de Allende, en Cuixmala o en Careyes, en el Valle de

Guadalupe: todas las casas que habían visitado en grupo, casi siempre acompañando a Ramiro. Sus amigos ricos lo eran de verdad; eran, también, amigos de José María y de Rosaura. Un núcleo cerrado, endogámico, del tipo que Rolando despreciaba, que Nash analizaba y Juan José observaba de reojo.

Tenía hambre, pero prefirió esperar a que se despejara de gente la parrilla. Encontró una tumbona y se echó sobre ella. Llevaba lentes oscuros puestos y un ancho sombrero Panamá, que inclinó sobre su rostro para cerrar un poco los ojos. Logró cerrar, también, los oídos, filtrar los sonidos que venían de la alberca (el golpe del agua que choca contra sí misma o contra el cuerpo de los bañistas, los pájaros llamándose, las risas, la música, las voces y sus distintas modulaciones). Empezó a adormilarse con los rayos del sol entibiándola. De pronto sintió una sombra sobre su cuerpo y una mano firme que le tocaba el hombro.

—Ana —la voz de Héctor la sobresaltó y paralizó. En su mente convivieron el deseo de haber ido acompañada y la felicidad de estar disponible. Se enderezó en la tumbona y lo miró. Traía puesta una playera que le conocía ya: *Unhappiness*, en letras blancas enmarcadas en naranja. Notó que estaba gastada, con hoyitos en la parte baja, cerca de la costura; notó el azul diluido por las lavadas o el uso y vio que la palabra central, esa infelicidad promulgada, también estaba harta de ser restregada. Llevaba además unos pantalones holgados que le quedaban flojos, de mezclilla color miel, igualmente gastados. Unas sandalias Birkenstock dejaban al descubierto los dedos de sus pies, pálidos y velludos, de uñas amplias. Su mano derecha tomaba con cariño una cerveza húmeda, su pelo ondulado se movía en todas direcciones.

—Hola —dijo ella y se arrepintió de inmediato: su inseguridad había viajado con los sonidos hacia él.

—Hola —respondió Héctor, sonriente, la boca ancha, los pómulos elevados, los hoyuelos alegres—. ¿Cómo estás? Qué gusto verte aquí. Te encuentro en todos lados. Eres ubicua.

Se sentó en la tumbona contigua y Ana se concentró en la ropa, usada y desgastada, que él llevaba puesta. ¿Por qué vestirse así, con prendas que parecían rescatadas de un basurero, si cobraba lo que cobraba? Obligándose a sí misma a cambiar de perspectiva, pensó que estaba prejuiciada, que debía modificar eso, que era peor, en el fondo, que Ramiro.

Héctor hablaba de ese sitio, de la casa, de la relación que tenía con esa gente. Luego empezó a preguntarle por ella, le cambió la copa

vacía por una llena, fue por más cerveza, llevó hasta la tumbona la botana que a ella se le antojó. Luego le habló de su madre: la única mujer que no estaba loca, de todas las que él conocía. No había padre o figura paterna a la vista. No había dejado un vacío porque jamás había existido. Habló también de su casa: dijo que era bonita, muy bonita, y que rentaba, además, un estudio para las fotografías que así lo exigieran y para su laboratorio. ¿Y ella?

Ana habló de Ana María y Lorenzo, de Miguel, de sus verdaderos hermanos: Juan José, Nash, Ramiro, Pablo. Lo sintió respingar cuando mencionó que era su exmarido y lo oyó decir entre dientes: "Divorciada". También habló de su trabajo en Sigman, de sus amigos. Omitió a Rolando. Y a los eventuales, hombres por un rato: los desechó con un suspiro. Una conversación normal. Una que abría puertas en un fin de semana soleado.

La mesa central de la terraza —una tabla larguísima flanqueada por dos bancas— se liberó mientras hablaban. A ella se habían sentado ya Juan José y Nash, junto a otros invitados. Héctor le hizo una seña para que lo acompañara.

El fotógrafo y sus amigos se saludaron (a Juan José le tocaron dos duras palmadas en la espalda; a Nash, que fumaba sin parar, un saludo de lejos) antes de que se sentaran a comer. Fue solícito y trajo platos con comida. Uno para ella, uno para sí mismo. Ana descubrió que le había servido menos de lo que ella se hubiera servido a sí misma, pero no dijo nada.

Su cuerpo se mantenía siempre más o menos igual, sin importar lo que hiciera o lo que comiera. A veces le daba por renunciar al pan y se obligaba a cenar sólo una fruta cuando veía que su ropa amenazaba con no cerrarle. Pero los fines de semana dejaba que su hambre campeara.

Comían entre bromas y discusiones. Nashelly hablaba con un volumen muy alto, enfrascada en argumentar con unos politólogos sentados a la mesa. Juan José la miraba a la vez divertido y resignado, porque sabía que terminaría por ganar la batalla.

Mientras las palabras y el alcohol iban y venían, Ana sintió la mano de Héctor en su muslo, una mano plantada con firmeza y sin compromiso. Una mano que se negaría a sí misma en caso de que la dueña del muslo mirara, ella lo sabía, al dueño de la extremidad. Luego la sintió subir un poco, un dedo que rozaba el pubis. Y bajó. Así había sido la noche de la fiesta en el Ajusco. Manos, dedos, todo deslizado como si se tratara de un equívoco. Hizo caso omiso de ese contacto porque el juego la confundía y porque no sintió que hubiera

otra señal muy evidente —hasta que llegaron los postres—. "Posssstre", murmuró Nashelly por lo bajo. Ramiro apareció, como convocado por palabras mágicas, se sirvió con generosidad, y se retiró de nueva cuenta. La charola de brownies circuló hasta ellos. Tomaron, Héctor y ella, un panecillo y luego él se paró para hacerle llegar la golosina a Nash. En vez de apoyarse en la mesa, se apoyó en el hombro de Ana y deslizó, al tiempo que movía el cuerpo hacia delante, la mano sobre el pecho, entró por debajo de la tela y apretó un pezón con dedos firmes y decisión. Luego se irguió y volvió a sentarse.

La conversación no había cesado, todo parecía seguir como antes. Era mejor moverse, hacer caso omiso de lo sucedido. Ana sintió sobre su cuello los ojos de Nashelly, mirándola de reojo. Luego la vio dirigir el acero de sus pupilas, furiosa antracita, a Héctor.

El sol caía y el sonido de los chanates invadió la reunión. Las personas se dispersaron, se volvió a encender la parrilla: quienes habían comido muy temprano tenían un hambre nueva. Héctor se puso en pie y tomó a Ana de la mano, conduciéndola hasta una de las orillas del terreno para platicar bajo uno de los árboles. Ella se había puesto ya ropa cubierta, alpargatas. Él llevaba consigo una botella de vino, dos copas limpias. Se sentó en el pasto y la invitó. Ana quería llevar a colación el pellizco, tan público y obvio, pero en lugar de eso dejó que él se inclinara hacia su cuerpo, le tomara el cuello, la besara. Sintió su lengua dentro, sintió que la jalaba hacia él, como si quisiera tragársela de una forma dolorosa para ambos. En un respiro, lo escuchó decir:

—No vas a quedarte con tus amigos. Vas a dormir conmigo.

—¿Aquí? —preguntó Ana, dispuesta a rechazar lo que parecía una invitación.

—No, aquí no. Estoy quedándome yo solo en una casa. No me gusta compartir mis espacios. Está muy cerca, doblando la esquina. ¿Qué necesitas traer?

Cuando anunció a su grupo que se iría con Héctor enfrentó los ojos de Nash. Su amiga había bebido, tal vez más de la cuenta. La miraba incrédula, con dureza. Ana se encogió de hombros, sacudiéndose la alusión. Caminó hacia el fotógrafo y trató de abrazarse a su cuerpo, pero él tomó su mano de una forma cordial antes de bajarla, soltarla y no tocarla más.

En la casita de él la tomó por la cintura, sin besarla. La dobló, la arqueó, sobre una cómoda y le desabrochó el pantalón. Luego, con prisas, le bajó el traje de baño y la hurgó con los dedos. Ella quiso

girar su cuerpo pero él, como haría tantas veces más adelante, no la dejó moverse. Ana sintió los dedos y se sintió a sí misma húmeda, a pesar del desconcierto. Después de unos minutos quiso participar de nueva cuenta, sus caderas le pedían un movimiento. Se sintió pinzada contra la cómoda, fija ahí. Luego sintió cómo la abría un pene grande, que no había sido guardado en su memoria; un par de movimientos, como golpes, mientras una mano firme la detenía. No hubo besos; Héctor le tapó la boca con la mano libre mientras duraron las embestidas y se salió de inmediato, casi. Eyaculó en el piso.

Cuando terminaron, ella, a pesar de la angustia que le produjo que no usara condón, trató de tomar las cosas a broma.

—A esto sí que no estoy acostumbrada —dijo.

Él no movió un músculo de la cara, como si no se percatara de lo que ella había dicho. Estuvo tentada a repetir sus palabras, pero él, sentado a un lado suyo, sobre un sofá cama de tela de algodón, le puso un dedo sobre los labios.

Durmieron sin abrazarse, cada cual acurrucado en un rincón de la cama ancha. Cuando se despertaron, él la alentó a seguir la conversación del día anterior: su familia, sus amigos, sus intereses. La escuchaba en silencio, pero sus ojos viajaban a una y otra parte. Recogía migajas de la mesa del desayuno, revisaba el remate de unos pants viejos que se había puesto al salir de la cama.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó ella al fin. Él la miró con auténtica sorpresa, los párpados entrecerrados, patas de gallo formándosele alrededor de los ojos.

—¿Qué? —preguntó con voz grave.

¿Qué? ¿Irse?, ¿con sus amigos?, ¿de vuelta?, ¿dejarlo? Ana no puso en una balanza el desconcierto, no lo sopesó. En lugar de hacerlo, pensó que estaba malacostumbrada. Su trabajo en Sigman, la presencia de amigos atentos, siempre la hacían sentir bien. Como si ella fuera el centro de atención. Tan sólo no ocurría con su madre o con Miguel, su hermano; con sus primos o su tío Sergio. “Hay que adaptarse”, la voz en su cerebro susurraba cosas así. No todas las personas escuchan igual, ni todos ponen la misma atención, ni todos saben qué requiere el otro. ¿Qué? ¿Irse?

—Nada… Olvídalo. Perdón. No dije nada —susurró ella y sonrió una sonrisa tenue, apenas esbozada, que nacía de un lugar para Ana poco explorado.

Él se le acercó, la cargó sobre el hombro como a un costal y la llevó de nueva cuenta a la cama, echándola boca arriba. No preguntó qué o cómo le gustaba. Le quitó la ropa, le abrió las piernas con dureza, con

fuerza, lo más que pudo hasta hacerla sentir dolor en las ingles, forzadas a una escuadra. Ana lo vio recargarse en la cama, el hombro derecho contra el colchón y contra su muslo, y sintió que le prensaba un tobillo con una mano y, con la otra, le introducía dos dedos, luego tres.

Lanzó un gemido, casi un grito, y trató de hacerse hacia atrás, de llevar su pubis lejos de esa mano. No esperaba ese contacto, estaba seca, fría. Él la contuvo con la mano izquierda, con fuerza. Se le echó encima y chupó las areolas amplias y claras que apenas podía abarcar con la boca antes de morderlas, estirándolas con los dientes. Tomaba entre sus dos manos cada pecho, lo apretaba, lo estrujaba, como si estuviera enojado o como si jamás hubiera visto uno. La carne blanda se mecía coloidal, presa entre los dedos. Ana gemía, de dolor y desconcierto. Él le tapó la boca y lamió de nuevo un pecho, lo mordió. Se separó de su cuerpo un momento, se chupó dos dedos y los metió de nueva cuenta en la vagina que estaba, ahora, lubricada. “Te gusta”, murmuró. Luego los giró; se enderezó, erguido sobre sus rodillas, extendió la mano y alcanzó un condón que se puso con eficiencia. Entró a ella sin rozarla más con los labios. Se movió con fuerza, le aprisionó las muñecas. Bufó, sacudiéndose dentro. Ana lo sentía empujarla, presionarla, herirla. En cuanto movía un poco las caderas, para acoplarse a eso y volverlo placentero, él detenía el embate. Si se quedaba quieta, él arremetía. Entraba por completo para salir también por completo y volverla a penetrar con dureza. Después de un tiempo la soltó, se enderezó, arrojó el condón y eyaculó sobre la cama, cerca de las caderas de Ana.

Se incorporó, sin sonrisas o gestos cómplices. Se palmeó un muslo y la miró a los ojos.

—¿Has pensado en cómo te verás de vieja? —preguntó.

La pregunta la hizo respingar. Su cuerpo y su cabeza estaban apenas ajustándose a lo que había pasado. ¿Sería así siempre? Eso no era lo que su cuerpo hubiera querido. No era lo que había pasado en el hotel, aunque esa noche fuera sobre todo brumas en su memoria. Detuvo unos segundos el flujo de sus ideas y se planteó la pregunta. ¿En la vejez? A los treinta y cinco eso estaba fuera de su radar. Si acaso, hacía cuentas del dinero o las inversiones que requeriría para vivir bien en su retiro. Negó con la cabeza. No, no había pensado en eso, ¿por qué?

—No sé. Por tu nariz. Tu cuerpo. Tus pecas en el pecho. No los imagino cuando seas mayor, cuando pases de cincuenta. Se ven muy bien ahora, pero son raros, ¿no? ¿O te parecen comunes, en serio?

Lo miró con las pupilas dilatadas, con un nudo sobre el ombligo y la garganta rasposa. Llegó a ella una primera náusea, el hambre aniquilada para el resto del día. El sol estaba en pleno. Quedaba un día entero y una mañana más, completa, para salir de esa casa, de esa compañía, a reunirse con sus amigos.

Estaban desnudos, los cuerpos cerca uno del otro. Bien visto, él tampoco tenía una forma normal. Su pecho era demasiado ancho, tenía una barriga amplia, dura, y nalgas diluidas; brazos larguísimos, manos grandes y toscas, de dedos largos y también robustos. Su pelo estaba siempre revuelto. A pesar de su vientre, no era un hombre gordo, sólo que tampoco calificaría de delgado.

¿Qué le gustaba de él? ¿Qué le interesaba? Su olor, su forma de moverse; sus ojos, con manchas extrañas en el iris, brillantes. Los hoyuelos de las mejillas, la barba prominente. Le gustaba. También había otra cosa: eso que le hacía, cómo se lo hacía, era irresistible. No agradable: irresistible.

Frunció el ceño y no supo qué contestar. Pensó en recoger sus cosas, en irse de una buena vez. Algo a punto de romperse: una grieta interna, invisible. No se fue. En lugar de eso, aceptó otra embestida, breve y dolorosa, antes de alcanzar a sus amigos a unas casas de distancia, sin que Héctor la acompañara, cuando ellos estaban a punto de tomar la carretera de vuelta. En las curvas de regreso, cuando ya el camino anunciaba la bajada hacia la ciudad, pidió que detuvieran el coche. (“Párate, ¡párate aquí!”) La náusea se le había acumulado desde la primera noche. Desde antes, desde la comida. O tal vez incluso desde antes de verlo ahí, cuando lo suponía. Vomitó en la cuneta un líquido amarillo, espeso, que le costó trabajo expulsar.

Los muertos son difíciles de interpelar. Hacerlo no es más que un ejercicio triste, sin provecho. Aún así, quienes dejan su cuerpo suelen dejar también suficientes cabos sueltos como para tratar con ellos de vez en cuando. Porque incluso cuando su última voluntad —escrita y notariada— sea muy precisa, queda entonces la duda de por qué tomaron tal o cual decisión. Ésos son los verdaderos misterios, lo que nunca se sabrá de ese ser que dejó su vehículo terreno: son angustiantes porque no hay nada mágico en ellos. Fueron personas concretas, específicas. Ana pensaba en eso: en los misterios que los que se han ido le dejan en el regazo a los vivos. Por ejemplo, la herencia. Cualquier herencia. Su abuela no vivía como una rica y, aunque ella sabía por su madre que venía de una familia que había tenido propiedades y bienes, no tuvo idea de su auténtico patrimonio hasta que recibió un poco antes de los treinta años mucho más de lo que hubiera supuesto.

Su padre, Lorenzo, tenía una economía muy holgada y, de vez en cuando, se preciaba de poder vivir sin trabajar. Una compañía constructora creada en el momento adecuado y una administración eficiente lo habían vuelto privilegiado. Sólo que su padre, como su abuela materna, prefería moverse en el terreno de la discreción. Los excesos estaban vetados. Era ése un punto, uno de los pocos, en el que coincidía con su mujer. Ana María los repudiaba, le parecían de mal gusto, tal vez influenciada por su propia madre, de temple espartano. Prefería la mesura a todo lo demás. Ana supo después, por su padre, que la lectura del testamento los había tomado por sorpresa también a ellos. A él, al menos (Ana María era capaz de guardarse esa información durante años, sin decir nada y rumiando sus desacuerdos en silencio).

Los ocho nietos recibieron algo: un terreno inmenso en Jalisco, dos departamentos en el límite de la San Rafael, tres vecindades en el Centro Histórico, ya remozadas y en orden, un cheque nutrido, dos casas en Estados Unidos, tres terrenos en Yucatán, un pedazo de monte en Morelos, una empresa de lavado de autos con múltiples sucursales, casas varias por toda la Ciudad de México y dos

estacionamientos públicos que, en la mitología familiar, se consideraban, junto con las vecindades, el único sustento de la vieja mujer. Ana fue, sin embargo, la más beneficiada. Ni para ella ni para los demás tuvo sentido esa decisión asociada a preguntas que no podían formularse ya sin que fuera un gesto inútil. Si resultó chocante que los hijos heredaran de manera muy dispareja —Sergio del todo ignorado—, lo fue más la repartición a los nietos. Ana recibió dinero, la casa familiar, un par de departamentos, un par de terrenos, una propiedad en el extranjero, dinero para su cuenta de cheques, una participación en los estacionamientos.

Jamás quiso de forma especial a su abuela. Su relación no había tenido secretos hablados, pláticas extensas, caminatas bajo el sol; habían tenido gestos amables, un entendimiento sin palabras —nada que justificara esa retribución—. Lo que le había tocado parecía más una revancha, una enseñanza, un dictado de la voluntad férrea y necia de su abuela, que tenía cosas que decir incluso cuando ya no hablaba. Quería transmitir un mensaje, pero a Ana se le escapaba cuál. Tampoco le importaba mucho: le costaba relacionarse con sus primos y sus tíos, la red de sus afectos estaba en otros lados. Cuando recibió la herencia, tenía apenas unos meses de haberse separado de Pablo y se sentía vulnerable y poderosa a la vez. Por entonces pensaba en él con una rara melancolía y le escribía de vez en cuando. Él la buscaba más seguido, le llamaba, también le escribía, profundizando el vínculo ya transformado, ahondando en la trasmutación misma de ese vínculo. En esos días, Ana estaba ya más cerca de Juan José y de Nash, cerca de gente que le parecía mejor que su familia: más clara, más transparente, con un alma menos agitada.

Rolando susurró en su oído: “Quédate”. Ana cerró los ojos y se meció en esas palabras, en lo que podrían suponer. ¿Vivir con alguien, de nueva cuenta? Los límites podían fusionarse, perderse. Las cosas —los objetos, las emociones, lo que se decía— podían volverse algo común y no particular. Las palabras en su oído eran una invitación para algo inmediato: una noche, un día, un fin de semana. Pero podían anunciar algo distinto, una nueva etapa. El cuerpo desnudo, moreno y ancho del periodista irradiaba calor a su lado, la reconfortaba. Lo sintió acercarse más, su vientre junto al de ella. Piel contra piel. Sintió su mano tibia recorrerla de la cadera al hombro, bajar al pecho, apretar con delicadeza un pezón. Luego, la atrajo aún más. Abrió los ojos y miró en la penumbra, más allá de la cercanía del hombro, del rostro querido, el techo que ya le resultaba familiar, un cuadro que estaba lleno de azules imposibles de apreciar en ese momento, la orilla superior de la puerta abierta que dejaba pasar la luz de la sala. Escuchó el chipi chipi de una lluvia suave, consistente y monótona, que parecía instalada de forma perenne en la ciudad.

No quería responder. Sintió sellados los labios. Eran víctimas del silencio que la perseguía desde hacía ya… ¿semanas?, ¿meses? Meses. Pensó: “No puedo”. No puedo quedarme hoy, no puedo quedarme aquí. Él le tomó la cara con las dos manos y la besó, besó el sello y abrió su boca y le introdujo la lengua. Con él sí podía concentrarse, mantenerse clara, estar sin darle vueltas. Ese beso: ahí podía perderse y no necesitar casi nada más. Una idea: pensarse mejor las cosas para, luego, hacerlas muy sencillas. Una vida simple.

Le gustaba besarlo. Sus dientes no chocaban, sus labios parecían moldeados (los de él para los de ella), sus lenguas no se equivocaban entrando y saliendo a destiempo. Si él la chupaba, ella se dejaba; si ella lo atraía, él aceptaba gustoso. Se les hundían las mejillas ahí, saboreándose.

A pesar de eso, decidió aterrizar las palabras, ponerles un límite preciso. No estaba para vaguedades:

—¿Hoy? —preguntó.

—Hoy, el tiempo que quieras. Todos los días. Vente para acá ya.

Tráete tus cosas.

No era una invitación nueva. Más bien, un replanteamiento. Quédate aquí, conmigo. Juntos. Tú y yo. Tú, conmigo. Un espacio compartido, una vida compartida con lo grande y lo pequeño. Ana cerró los ojos antes de decir:

—¿Y Patricia?

La pregunta cumplió su cometido, a saber: romper el encanto, diluir la magia, hacer que su intimidad se transformara en algo distinto. Al pronunciarla, no sabía qué quería lograr con ella. Un acto de trasmutación sin fines específicos hizo reaparecer a la esposa amargada, a la mujer que se había ido sin dejarlo del todo, la que le exigía dinero por nada a cambio, la que quería tenerlo amarrado a un dedo, la que se movía en círculos de pretendida sofisticación en los que él le parecía un sobrante —y se lo hacía saber. Preguntar por ella era llevarla a esa cama.

—¿Qué con Patricia? —dijo él, enderezándose sobre los codos, mirándola a los ojos.

Ana asintió en silencio y le sostuvo la mirada. ¿Qué con Patricia? Hacía ya un tiempo que Rolando no tocaba el tema, que no hablaba de ella ni la mencionaba siquiera de forma tangencial. Que le dedicaba a Ana más horas, más tiempo, llamadas y espacios. Que le compartía miedos y proyectos, le pedía consejos y la buscaba tan sólo para escuchar su voz. Tal vez ahora se inclinaba por romper de forma definitiva en un lado e iniciar en otro.

—Vengo acá, me instalo… ¿y luego? Tu esposa… Sabemos que no le va a gustar. Y a ti no te va a gustar que a ella no le guste. Es tu *esposa*… —dijo Ana, negando la realidad.

Por unos segundos pararon los sonidos de la calle, los sonidos de la noche, el flujo corriente de los pensamientos de ambos. El mismo pasmo que hay cuando está por suceder un choque, un terremoto, un accidente. La sangre detenida, detenido todo menos algún latido lejano.

—Yo creo que no me quieres aquí, que estamos mejor como estamos. Luego uno quiere menearle a algo que funciona bien, nomás por menearle. Piénsalo.

Añadió, por si hiciera falta:

—Además, viviríamos mejor en mi casa, ¿no? Es más grande. Es mía. No habría que pagar la renta.

Pensaba, ella, en Héctor. Placer y desasosiego. O desasosiego y deseo. Estableció en su mente lo que el fotógrafo supondría de su relación con Rolando, ese hombre que ahora la veía con la mandíbula

tensa, los ojos opacos tal vez por lo que acababa de escuchar. Era claro que su oído había filtrado las palabras y le había entregado su significado real —la herida propuesta—, porque la distensión de unos momentos atrás había desaparecido. Le devolvió la mirada con una sonrisa. Le pareció guapo y pensó en besarlo. Se obligó a guardar silencio, enderezándose también. Debía romper el momento de seriedad. Se dio cuenta, hasta entonces, que por fin le habían hecho una proposición auténtica —algo honesto y verdadero.

Héctor de nuevo: ¿dónde estaría ese fin de semana?, ¿y el anterior?, ¿con quién dormía las noches que no pasaba en un hotel, en una casa de campo? No le gustaba compartir con ella cosas personales. Había dicho: "No hago nada interesante. Trabajo". El resto, entonces, demasiado íntimo para decirlo. Porque las horas que hay en un día y los días que hay en una semana bastan y sobran para momentos de intimidad. Y en esa otra intimidad, ¿también hacía lo que con ella? ¿A quién? ¿Quién más se dejaba hacer? ¿Quién lo toleraba?

Pensaba en Héctor porque estaba con Rolando.

Jaló las sábanas hasta cubrirse con ellas, echó una parte a su espalda y se tapó la cabeza, como si usara un rebozo. Estaba sentada con las piernas en flor de loto. Salió de sus pensamientos y observó al periodista, a ese hombre ahora serio, a sus ojos en los que prefería no leer nada. Pensó en pedirle perdón y proponer que lo hablaran luego, con más calma en lo que ella pensaba qué quería hacer. Un escenario inmediato, rapidísimo, una especie de película acelerada, atravesó su mente: confrontar a Héctor, preguntarle si quería o qué quería… Porque, a esas alturas, meses después de haberla conocido rodeada de esculturas de venados en la fiesta del Ajusco, había empezado a enviarle mensajes al celular a deshoras, en la cúspide de la noche, por las madrugadas. Mensajes que no decían mucho, irregulares en todos los sentidos: "hola, ¿cómo estás?", "Encontré unos perros negros y les tomé unas fotos, cuando puedas te las enseño", "¿tienes el telf de José María?", "pensé en ti el otro dia que me encontré a…" Podían ser dos un mismo día y luego nada. O cinco seguidos, brevísimas narraciones de algo cotidiano que lo impulsaba a tomar alguna imagen y enviársela con ortografía aleatoria. Su celular vibraba y timbraba con un tono agudo. Estaba acostumbrada a dejarlo prendido para resolver urgencias, así que su corazón daba un vuelco y su estómago se sumía al escucharlo a las dos de la mañana, a las cinco. Y no había nada más que eso, sólo que ella había empezado a responder a esa comunicación sin voz. Negó con la cabeza, para ahuyentarlo todo y dejar espacio sólo para el sonido de la lluvia. Había entrado de nuevo al torrente

que ocupaba su cabeza; se obligó a salir y volver al sitio donde estaba, a esa cama, con ese hombre.

—¿Parezco virgen, así? —preguntó sonriente.

Rolando, aún serio, tardó unos momentos en devolverle la sonrisa. Los pechos de Ana —siempre dispuestos— sobresalían de la sábana. Una figura provocadora, una imagen casi pornográfica porque podía entreverse su vulva abierta, la pelvis echada hacia delante.

—Me lo parecerías sólo si yo fuera Santo Domingo o San Bernardo y me dieras de esto… —tomó un seno con la mano y lo acarició. Presionó el pezón e inclinó la cara, abrió la boca, como si esperara un chorro cálido.

—Cuéntame la historia de esos santos coscolinos, ándale, ven… —Sabía que, así, podía suavizarlo todo un poco, al menos de forma pasajera. —No sé nada de ellos. Nada de religión o de historia, pero me interesa. Ven —palmeó la cama a su lado, para invitarlo a acercarse. Cambió de posición, se puso en cuclillas y abrió más las piernas frente a él, arqueó la espalda, expandió el pecho, se mostró completa.

”—Ven.

Y él volvería entonces a tocarla como una hora atrás, volvería a besarla y abrazarla como hacía ya años que lo hacía, salvo por un detalle que ella no pudo aprehender. La noche toda era para ellos y el resto de la vida vendría después. Ana se sintió segura así: la esperaba lo inmediato y lo efímero.

Se quedó a dormir, cubierta por unos pants viejos, de hombre, que le quedaban grandes. Se abrazó a Rolando como nos abrazamos todos a los sueños rotos.

HABITACIONES

La sala de juntas era un rectángulo largo, con un ventanal al fondo que iba de piso a techo y desde el que podía verse una buena parte de la Ciudad de México. El edificio estaba sobre una colina en la que crecían, hasta hacía no mucho, coníferas en vez de cimientos. Estaban en la urbanización más reciente de Santa Fe, con la extensa urbe desplegándose bajo ellos.

Asistían a la reunión José María, Rosaura y Ana por instrucciones del primero. Conocerían "una sorpresa", según les habían informado. Convocaba Ossir Nassim: un hombre joven, con la piel color jarabe de maple, de ojos verdes, pestañas abundantísimas, cabello rizado y peinado hacia atrás con gomina; un hombre que se blanqueaba los dientes. Ana lo vio más alto de lo que recordaba, delgado, con pantalones de mezclilla y un saco de vestir gris oscuro de cuya bolsa asomaba un pañuelo púrpura.

En la sala había otras tres personas: una mujer y dos hombres. La agencia publicitaria contratada por Nassim. Iban a venderles algo. La mujer se paró de su silla, sin avanzar. Era famosa por sus campañas provocativas, en las que había juegos de palabras que hacían sentir al público partícipe de algo más profundo que un esquema de ventas. Se llamaba María Rebeca Basaldúa. Estaba al inicio de sus cincuenta años. Tenía los ojos grandes, las pestañas cubiertas de rímel; sus labios eran delgados, con forma de corazón, pintados apenas; tenía el pelo largo, muy bien cuidado y entintado.

Había fijado su mirada en José María apenas verlo entrar, como si lo estuviera esperando con ansias. Su voz soltó un saludo más parecido a un reclamo. ("¡José María!") Él inclinó la cabeza con cordialidad, sin hacer otro gesto.

—María Rebeca —Rosaura habló, obligándola a girar el cuerpo para encontrar su mirada. Ambas hicieron un gesto similar al de Sigman: una inclinación rápida, una sonrisa apenas.

José María dijo:

—¿Te acuerdas de Ana?

Basaldúa respondió "Mucho gusto", levantando apenas la barbilla y obviando que se habían visto en otras ocasiones. Ana dijo, con voz

alta y firme: “Nos conocemos” y buscó un asiento.

Nassim permaneció en su silla durante el intercambio de saludos, con una sonrisa brillante. María Rebeca giró su cuerpo hasta verlo de frente y, en un tono entre alegre y cómplice, dijo:

—¿Esperamos a alguien más? ¿Quieres empezar ahora?

Él abrió los brazos. Dirigió su sonrisa y su mirada a nadie en particular, a la ciudad que se desplegaba bajo su oficina y al cielo que, de forma extraña, se veía azul.

—Estoy invitándolos al proyecto más ambicioso y mejor construido que habrá en este país en los próximos años. Tendrán el privilegio de acompañarme durante el arranque y yo de contar con su asesoría de primer nivel. En México, no existe algo así.

—Ah… —susurró Rosaura con sarcasmo.

Ossir Nassim no hizo caso. Tomó un pequeño control remoto, pulsó en él un botón y en unos segundos el ventanal se oscureció y bajó del techo una pantalla.

Ana miró la expresión seria de José María. Sabía que apreciaba poco la teatralidad.

Nassim le extendió el control a María Rebeca:

—¿Empiezas tú?

Ella se puso de pie y manipuló el pequeño aparato, sonriente. Apareció frente a ellos el mar. Primero una playa prístina; más adelante, el agua desde dentro. Luego olas, dunas de arena clara y cráteres desecados, hundidos, en forma de estrellas. También animales —algo parecido a un ciervo, conejos, aves, peces— y plantas: cactáceas de todo tipo, árboles chatos, de troncos rojizos, riachuelos y pozas. Brotaban en la pantalla palabras o frases que se fusionaban con el paisaje: “El verdadero Paraíso”, “Virgen”, “Incomparable”, “Sin igual”. Finalmente, la cámara volvía al mar, al punto de inicio, se elevaba, obligándolos a mirar las nubes y el sol. La música cerró sin estruendo. La pantalla se tornó blanca.

—¿Saben qué acaban de ver? —preguntó María Rebeca.

—¿El Paraíso? —dijo Ana en voz baja, pero audible. Percibió el suave e incesante taconeo de Rosaura en el piso de duela y la miró de reojo: sonreía con malicia. También miró el rostro de José María: era imposible leerle una expresión.

María Rebeca repitió su pregunta ante la pequeña audiencia sin resultados. Su propio equipo sonreía con satisfacción, como los niños que conocen cuál será la sorpresa para el festejado.

—Está bien, les diré —dijo María Rebeca, sin atender a la rigidez de sus escuchas—. Acaban de ver un pequeño fragmento del Paraíso.

Ana bufó en su asiento y sintió la rigidez de José María, a su lado.

Basaldúa prosiguió:

—México es un lugar rico en paraísos, tenemos grandes tesoros que no han sido descubiertos. El chiste es ser los primeros en llegar y los primeros en aprovechar el tesoro.

Dio un nuevo apretón al control y la pantalla se llenó con imágenes nuevas. Ahora, los trazos de un edificio, el plano de un desarrollo, *renders* de habitaciones, albercas y zonas para la convivencia.

—Queremos hacer de esto una realidad. Más bien: haremos de esto una realidad. Una realidad que conviva con lo que hemos visto hace unos momentos. Podemos analizarlo con ustedes una vez que Ossir nos dé su punto de vista. Estaré aquí, a su lado, para ayudarle —dijo, antes de dirigirse de nueva cuenta a su lugar.

Nassim amagó con ponerse de pie y después volvió a reclinarse, como si hubiera pensado que era mejor estar sentado para decir las cosas que tenía que decir.

—No hay en este país ningún desarrollo como el que nosotros planteamos —dijo—. Se trata de algo innovador en todos los niveles. Algo casi no mexicano, en el mejor sentido. Porque, ¿cuándo fue la última vez que en este país se innovó realmente?

Rosaura, con el ceño fruncido, anotó algo en el papel que tenía frente a sí. Ana vio que Nassim miraba discretamente ese papel antes de retomar la palabra.

—Este proyecto pondrá a México en la competencia internacional. Sé de cierto —dijo satisfecho— que el gobierno está de nuestra parte, que nos apoyará en lo que busquemos.

Sus palabras iban dirigidas a José María.

Rosaura deslizó el papel hacia Ana. Estaba doblado, así que tuvo que abrirlo con un crujido que distrajo un poco a Nassim. El papel decía: “Dime qué desierto es. Tú sabes. Qué estamos viendo????”.

Ana asintió. No estaba segura, pero parecía el Gran Desierto de Altar, en Sonora, y el mar que estaba a algunos kilómetros, un mar sin turistas, protegido. Pensó que el norte del país los llevaría a la ruina. Anotó bajo las palabras de Rosaura: “Área natural protegida. Seguro. Creo que Sonora. ¿Altar?” Deslizó el papel de nuevo sobre la mesa. José María dirigió una mirada seria, regañona, a su mano.

Ossir le pidió a María Rebeca que mostrara más. La explicación y las fotografías abundaban el desarrollo de un proyecto inmobiliario y hotelero que incluía campos de golf, spas, salones para juegos y convivencias. Había un pequeño aeropuerto planeado dentro de los terrenos, a varios kilómetros de las habitaciones para no perturbar a

los huéspedes. Había villas, aisladas del hotel central; una estación marina a la que se llegaría en autobuses especialmente diseñados para ello y que atendería a quienes desearan bucear o pescar.

Nassim se dio cuenta del cansancio de sus invitados e interrumpió la ponencia.

—Al final, lo importante es que no existe en México (me atrevería a decir que tampoco en el mundo), algo semejante —dijo—. Esto que es apenas un plan, será algo magnífico. No quiero abrumarlos con cifras ahora, pero generará una derrama económica importante —sonrió, como si tuviera un secreto. Miró después a María Rebeca y ella sonrió también.

"—Lo dije ya —retomó Nassim—, tenemos el apoyo del gobierno. Del estatal y del federal, en sus distintas áreas. Hay mucho interés, aunque informal. Por eso queríamos verlos —concluyó. Miró con atención a José María, después a Rosaura y a Ana.

Su mirada exigía una respuesta. Sigman puso las manos sobre la mesa, apoyó los codos, las puntas de sus dedos se tocaron.

—Pues, bueno… —comenzó—, no entiendo muy bien qué es lo que necesitáis de nosotros. Tampoco entiendo muy bien qué miramos en la pantalla. No sé qué es esto —dijo, con el desprecio deslizándose por entre sus labios.

Ossir se movió con inquietud en su asiento, pero José María extendió frente a él una palma para evitarse explicaciones.

—Me refiero —dijo—, a que esto no puede ser y a que nuestra participación podría venir, en todo caso, mucho después. Eso, si es que aceptáramos tratar con vosotros para un caso de crisis, aunque no somos especialistas. Podríamos referiros con alguien más después de una primera asesoría. Porque esto que acabo de ver, esto que te gusta tanto, será un problema importante en poco tiempo, si no es que ya lo es. Quiero decir… un problema serio. Ana —dijo girándose hacia ella —, ¿puedes explicarle a Ossir lo que es un Área Natural Protegida?

Ana reprimió una carcajada. Por supuesto, su socio había mirado el papel. Más aún, sabía qué significaba plantarse en una zona de conservación —al menos, lo que significaba para ellos. Sucedía en México con más frecuencia de la que parecía posible; eso decía Sigman: "Es más de lo que me parece posible". Además, estaba su fundación.

Rosaura golpeaba la mesa con la goma de su lápiz, con un rebote suave e insistente. José María extendió la mano y paró ese movimiento con cuidado, casi con gentileza.

—¿Es el Gran Desierto de Altar? —preguntó Ana, a todos y a nadie.

—O es el Vizcaíno… —intervino Rosaura, bufando—. Aunque ahí no hay cráteres.

—Tiene que ser Altar —Ana le respondía directamente a Rosaura, como si los demás no estuvieran en la habitación.

—En cualquier caso —dijo José María, retomando el hilo—, es un problema. No se puede instalar un hotel con villas y estación marina en una zona protegida hoy día. No sé si es Reserva de la Biosfera, si es Área Natural Protegida o Patrimonio de la Humanidad y me da lo mismo. No veremos surgir de nueva cuenta algo como Cancún, ya no. Se detuvo la Escalera Náutica, a pesar de una inversión previa del gobierno, y se detendrán proyectos como el tuyo, aunque Puerto Peñasco esté a dos pasos.

Chasqueó la lengua, negó con firmeza, exhaló.

Ana aprovechó la pausa que hizo José María para hablar.

—Estoy segura de que ya tienen medidos y claros los problemas: la escasez de agua, los daños al entorno y cómo, por esta razón, dejarán de atraer turistas extranjeros. Al principio y al final, van para ver algo que no han visto en otro lado, ¿cierto? Imagino que lo tienen muy presente —dijo—, pero no sé si saben en cuánto tiempo será una bomba de relaciones públicas, en cuánto tiempo se deslindarán de ustedes los funcionarios.

Ossir miraba confundido a sus convocados. Su cara había enrojecido y sonreía a veces y a veces fruncía el ceño. Ana prosiguió:

—Por ejemplo: Tulum. ¿Recuerdas la laguna Nichupté? El problema empezó en 1987, *1987*. Han pasado más de veinte años y el conflicto no cesa. La empresa que inició con ese asunto quebró. Yo trabajé un tiempo en una asesoría que tenía que ver con ellos: créeme, no quieres ese lastre. Es la peor prensa que puedes tener si lo que te interesa es vivir, como has dicho, con tu prestigio intacto.

Rosaura puso una mano sobre la mesa y levantó un dedo, solicitando intervenir.

—Me gustaría completar lo que dice Ana. O cerrarlo. Vamos a ponerlo así: ningún spa de lujo te salvará el pellejo. No en estos tiempos.

Bajó la mirada y buscó el lápiz antes de levantar la cabeza para añadir:

—Te informaron mal, Ossir. Tus amigos… te informaron mal.

Ossir buscó la mirada de María Rebeca para que acudiera en su rescate.

—El proyecto ya tiene la anuencia de las autoridades —dijo la publicista—. A lo mejor a ustedes no les parece viable desde aquí,

pero les garantizo que sí hay viabilidad y que sí hay autorizaciones. Y no está en la reserva, está cerca de ahí, en un punto más cercano al mar. En la reserva no hay mar, por supuesto.

Se dirigía a José María, que volteó a verla sólo unos segundos. Guardó silencio, como si meditara profundamente lo que estaba escuchando, y después alzó el rostro para dirigir sus palabras a Nassim:

—Muy bien —respondió—. Me da gusto que tengáis esto "planchado", como decís en este país. Es una buena forma de iniciar las cosas. Sólo que nosotros no podemos involucrarnos. Y yo, a título personal, no recomiendo que sigáis adelante con él. Nadie necesita saber mucho sobre el tema ambiental para comprender que las anuencias de las que habla María Rebeca desaparecerán más pronto que tarde en cuanto se muera un delfín o ustedes se rehúsen a dar más dinero del que pueden.

La sala quedó sumida en el silencio. Ana podía ver motas de polvo finísimas flotar sobre los rayos de luz que atravesaban el lugar desde el ventanal. Al fondo, la ciudad parecía sumida en un silencio semejante, a pesar de la línea de tráfico que alcanzaba a verse desde ahí.

Ossir no estaba acostumbrado a negativas. Podía verse en su actitud de cachorro herido, en su cara, en los detalles de esa sala lujosa, a la que nada le faltaba.

María Rebeca no quería perder la contienda y negó con la cabeza, como para reiniciar una discusión. Rosaura entonces se levantó de la silla, extendió la mano al otro lado de la mesa y se despidió.

La publicista trató de hablar, pero para entonces José María y Ana ya estaban de pie. Ossir seguía sentado, tomaba con las manos los brazos de su silla giratoria. Ana vio cómo levantaba la mirada, buscaba a su cómplice y le guiñaba un ojo. Después él mismo se enderezó y se unió a las despedidas.

—Mira, estaremos en contacto —le dijo José María a Nassim. Basaldúa se había parado junto a él—. No es el momento de que entremos. No es nada personal.

Ossir sonrió con toda la cara. Le estrechó con fuerza la mano y luego hizo lo mismo con Ana y Rosaura. María Rebeca también se despidió. Retuvo entre sus manos las de José María un rato largo, mirándolo a los ojos en silencio.

En el elevador, José María miraba al techo como si mirara un cielo protector.

—Diossss, un cigarro, por favor —dijo.

Apenas pisaron la calle, abrió una cajetilla y encendió uno.

—Oye —le dijo Ana a Sigman—, hay cosas que no me quedan claras. Nos echamos atrás tan rápido por tu fundación y… ¿por Chihuahua?

—La fundación, sí —dijo él, soltando un bufido alegre, con humo —. Y Chihuahua, claro. Además, este tipo es un pillo. Es un ladrón, vamos. Uno en forma. Y te lo digo de una buena vez: no es un pez tan gordo ni tiene los amigos que debería tener para sacar un proyecto así. Se lo joderán. Lo sé, me lo dijeron antes de esta reunión. Su proyecto está muerto desde ya. Y es un imbécil.

—¿María Rebeca y tú…? —Rosaura intervino borrando de un jalón todo lo que se decía.

—No, no, hombre. Nada de eso —respondió él con una sonrisa coqueta, sacando el humo por las narinas. Luego añadió—: Ja, María Rebeca. Venga, las invito a comer. Necesito un trago.

La silla del restaurante era mullida. Ana sintió cómo sus nalgas se hundían en ella, sus piernas envueltas por un mantel muy largo y oloroso a jabón. Vio a Rosaura dejarse caer junto a ella y recorrer con la mirada todo el lugar. Se detenía en distintos rostros, en grupos de personas, sus ojos saltaban, inquietos.

Pensó en lo que Ramiro decía de ella. Empezaba por hablar de Ximena: "Las dueñas de dinero viejo siempre son atractivas". Sabía que la familia Beláustegui era rica en España, dueños de empresas y tierras en Guipúzcoa desde hacía generaciones. Sabía, también, que el padre de Ximena, nacido en México, se había casado con una mujer rica, de una familia de hacendados que había sobrevivido a la Revolución negociando y haciéndose, a la larga, con más dinero. Aunque ella —rubia, elegante, estilizada— no presumía ni su dinero ni su alcurnia, Ramiro aprovechaba su historia para curarse en salud —sin soltar prenda sobre la riqueza de su propia familia— y para arremeter contra Rosaura.

Era, de todos los socios, la única que no venía de una familia con dinero y que había luchado para alcanzar su posición. Según Ramiro, se quería cobrar a pulso sus esfuerzos y su sufrimiento. A sus ojos, eso la rebajaba. Él, acostumbrado a no revisar la cuenta cuando se la extendían en los restaurantes, en el bar o en el hotel, a dejar propinas generosas y a gastar su dinero a placer, no estaba dispuesto a la empatía económica. Se quejaba del encarecimiento de la vida por deporte o porque veía, a lo mejor, cómo se iban diluyendo a su alrededor los grupos con los que antes interactuaba, cómo se cerraba cada vez más la pinza social y su propia libertad. En su afectación, era más similar a Rosaura que a Ximena porque la princesa vasca hablaba y se movía con sencillez y usaba ropa discreta.

Rosaura tenía el pelo oscuro, ligeramente ondulado, y más bien corto. El rostro era ovalado y de pómulos salientes. Su piel tenía el rastro dejado por un acné adolescente: pequeñas muescas por acá y por allá. Era morena, de un color que se parecía al carboncillo trabajado: diluido, casi gris en algunas áreas. Para contrarrestar eso, se bronceaba con químicos y azúcares; así obtenía un tono parejo e

intenso. Cuando Ana la conoció, llevaba décadas de haber hecho las paces con su piel, pero le contó haber pasado los primeros años de su juventud alejándose del sol y de su efecto. Había estudiado y practicado danza durante unos años y, aunque no bailaba más, su cuerpo era esbelto y conservaba el porte de quien se ha movido por el escenario. Llevaba impresa la costumbre de recibir luces y aplausos. Tenía un físico firme y una dieta estricta.

En más de una cena en casa de Juan, Ramiro había desarrollado lo que él llamaba un "estudio socioantropológico" de los integrantes de Sigman y Asociados, a los que conocía por Ana, Ximena y por los trabajos eventuales que les otorgaban. La persona que recibía los juicios más duros era sin falta Rosaura.

—El problema de decirle "la perra arribista" es que tiene muchas *a*. Suena fatal. Pero eso es lo que es —decía Ramiro.

Ana sabía que Rosaura no se doblegaba fácilmente a los encantos de su amigo, que podía ser rentable o muy poco productivo según le diera la gana, y que lo obligaba a ganarse con esfuerzo hasta el último peso cobrado. Sin embargo, esas palabras duras arrojaban algo de luz y de verdad sobre los motivos de su socia. Era por eso que ella entraba en su defensa hasta después de un rato: dejaba que algo de veneno se filtrara antes de decir: "Ya, no mamen, no hablen mal de ella. Trabajamos juntas". No decía: es mi amiga, la quiero. Decía: la respeto.

Era obvio para todos que los modales de la morena estaban regidos por la exasperación. Su mente pasaba por procesos de pensamiento veloces y eficientes, que anulaban los de sus clientes. Tenía, como José María, cuarenta y nueve años, catorce más que Ana… y era con él, precisamente, con quien se conectaba como lo hacen los contemporáneos. También con quien tenía conflictos más evidentes, porque el español decidía, para bien y para mal, el rumbo de la empresa. Rosaura quería con frecuencia llevarla a un destino personal, anotado en su agenda. "Si no cogen", decía Juan José, "están en la peor relación del mundo".

Una voz la regresó al presente. Al mantel y el asiento y sus socios.

—¿Qué piensas de María Rebeca? —escuchó la pregunta de labios de José María, destacándose entre el murmullo del restaurante.

¿Qué pensaba de la publicista? Que no trabajaba sin garantías monetarias y que era peculiar el trato que tenía con Nassim: una familiaridad desconcertante, que parecía física, sexual. Todos sabían que el empresario era homosexual, Ramiro lo contaba entre una de sus viejas conquistas. Sin dar más vueltas, dijo:

—Pienso que fue muy guapa en alguna época. Que cuando se hizo famosa por esas campañas que rompían paradigmas, era una mujer bellísima. Eso seguro ayudó. Las tetas… Las tetas ayudan, ¿no?

Rosaura sonrió divertida. Era claro que José María no deseaba esa respuesta. Él retomó el hilo:

—¿Qué piensas de lo que pasó apenas? ¿Cómo quieres que te lo diga, niña?

Ana se sentía dividida ante ese "niña": la complacía saberse más joven, con más posibilidades; la molestaba que eso supusiera menos autoridad. Lo miró a los ojos y sostuvo la mirada.

—¿De qué, José María? ¿De la reunión en sí?, ¿del proyecto?, ¿de la relación entre Nassim y María Rebeca?, ¿de tu fundación? ¿O de lo que tú algún día hiciste con ella? Explícame qué quieres que te diga y te lo digo. ¿No nos van a traer la carta nunca?

Rosaura sonrió aún más, tal vez disfrutando lo que veía. Era raro que Ana se enfrentara a Sigman, que le hablara en tono irritado. Él asintió, se hacía cargo.

—Vale —dijo sin más.

Se irguió e hizo una seña. Les entregaron la carta y, mientras sus socios la estudiaban, Ana aprovechó para ser ella quien ahora recorriera el lugar y a sus comensales. Así, descubrió a Héctor. Estaba sentado a unas mesas de la suya, con un saco gris, ropa formal. Llevaba los quiebres de su pelo un poco más arreglados que de costumbre. Estaba con una mujer que le daba la espalda a Ana y que tenía el pelo, lacio y rojizo, crecido más allá de los omóplatos. La sospechó hermosa. Hombres de otras mesas volteaban a mirarla, a veces con insistencia. Y Héctor inclinaba su cuerpo hacia ella, tocándole el antebrazo, agitando las manos frente a ella, abarcando extensiones imaginarias. Sonreía con su sonrisa seductora, infantil, alegre. Ana sintió el mismo extraño vacío que sintiera en casa de Ximena, una incomodidad similar a la que la ocupara después de cenar con él, algo que empezaba a formarse como un nido de animales rastreros en su cuerpo, por encima del ombligo. Pensó en pararse para ir al baño: vomitar ahí, lavarse la boca e irse a casa sin probar bocado.

José María también notó a la mujer. Se inclinó hacia atrás para apreciarla bien, luego al frente, buscando resquicios para verla a sus anchas. Ana lo imitó porque quería retazos de esa cara, una imagen más concreta de su cuerpo. Pensó que era el tipo de mujer que a José María le gustaba, se parecía a las chicas que llegaban a la oficina, que lo acompañaban cuando salía de trabajar. Capturó el momento —placentero, doloroso— en que José María miraba al acompañante. Vio

en sus ojos reconocimiento (“Ah, es Héctor Lucero.”) y lo notó dar un breve respingo. Dijo: “Ya vuelvo” y se puso de pie, abrochándose los botones del saco.

Ana lo vio inclinarse ante Héctor y luego a los dos parados, uno frente al otro, sonrientes, dándose un apretón de manos y un abrazo sonoro, con golpes secos en la espalda. El fotógrafo presentó a su acompañante con una sonrisa, le puso una mano en el hombro. Ana veía apenas un destello de su rostro en algo menos que un perfil. La mujer no se paró a saludar: sentada, extendió una mano. Asintió algunas veces más y tocó con la suya la mano de Héctor, sobre su hombro.

Ana decidió: no más. Nada había sido especial con él. No-más. Y entonces se topó con la mirada de Rosaura.

—¿Todo bien? —los ojos duros y vivaces la escrutaban de una manera que le resultó más incómoda de lo que hubiera pensado.

—Sí. Todo bien.

Esforzó una sonrisa, sacudió la cabeza. Se agolparon las preguntas en su frente y las paró antes de hacerlas. Hay respuestas que es preferible no tener. Ahí estaban, sin embargo, las dudas enredadas.

Pensó con angustia: “Hace unos meses, cuatro, le habría preguntado. Todavía puedo: me volteo, le pregunto a Rosaura de dónde sacaron a este cabrón y qué sabe de él y escucho lo que tenga que decir”.

En cambio, bajó el rostro y permitió que el rumor del restaurante absorbiera parte de sus pensamientos. El techo de doble altura y los amplios ventanales mitigaban los ruidos. El amplio espacio del salón central conservaba así algo de intimidad: de vez en cuando sobresalía el tintineo del chocar de copas o cubiertos. Lo demás eran islas multiplicadas.

José María volvió a la mesa y, sin consultarlas, pidió una botella de vino. Encargó para sí mismo un whisky. Rosaura tomó al mesero del brazo, cuando estaba a punto de retirarse, y le pidió otro para ella mirando a su socio a los ojos; el mesero, aún con la mano de Rosaura en su brazo, jalándolo, anotó la petición.

Ana no tenía ganas de beber. Sentía en el pecho, a la altura del esternón, algo parecido al dedo de un niño, presionándola con suavidad y constancia. A pesar de eso, el intercambio de miradas entre sus compañeros de mesa le resultó notable y no porque no hubiera sucedido algo similar antes —Rosaura estaba a la defensiva, atenta a deslices o desplantes—, sino porque percibió que entre ellos fluía una corriente distinta, nueva, algo que no supo identificar.

Durante la comida y la conversación Ana notaba, a su derecha, en un punto que localizaba más con la percepción que con la mirada, los movimientos de Héctor y su acompañante. Atendía poco lo que sus socios discutían y hacía esfuerzos por tragar lo que masticaba. En retazos llegaban a su memoria la casa de su abuela y su primera infancia, la cara de Héctor contándole sobre los animales disecados, la mirada de Rolando y su olor, la noche en un hotel, las fotografías. Unía estos retazos a las frases sueltas de José María y Rosaura, a una discusión añeja de la que no formaba parte pero que la rozaba necesariamente.

El segundo contacto fue distinto. Pasó rápidamente de la calle a una casa, a un cuarto muy mal iluminado. Fue conducida por los hombros: él era más alto que ella. La tarde era caliente, seca. Parecía que la temporada de lluvias no fuera a llegar jamás. En dos días Ana se iría de vacaciones, a pasar la Semana Santa y la Pascua en distintos lugares. Acapulco y Cuernavaca los esperaban a ella, a su hermano, a sus padres, primos y tíos. Cada año viajaban a un destino diferente y, cuando al clan se le acababa la imaginación, la playa más cercana y la ciudad de descanso eran los indicados.

El tacto en sus hombros era delicado, aunque sentía que la piel le ardía donde los dedos se posaban. Eran unos dedos sudorosos, llenos de ansiedad. Ella llevaba puesta una venda improvisada en los ojos — una camiseta vieja y dúctil, enrollada sobre sí misma y amarrada con varios nudos por detrás. Ana podía ver un poco, apenas lo necesario para no darse con la cara en una esquina o caerse de plano.

Él le había cerrado el camino, la había interceptado justo donde la vez anterior la había tocado con torpeza. Ana había cumplido ya trece años. Iba a casa de una amiga suya que no la esperaba y a la que tal vez no encontraría. Así que, cuando lo vio frente a sí, se detuvo sin más.

Elías. Su nombre era Elías y era muy delgado. Tenía los brazos velludos, mucho pelo oscuro y revuelto en un cráneo pródigo en remolinos. Vivía a tres casas a la derecha de la de Ana y hacia allá la condujo, tomándola con suavidad de la mano. Ella traía puesto un vestido floreado con tirantes anchos. Era un vestido holgado, con el ruedo amplio. Por entonces, sus pechos estaban insinuándose, erguidos y turgentes. Su madre le había comprado esa prenda diseñada para una mujer adulta tratando de ocultarlos. Le había pedido que lo usara con playera debajo, pues la amplitud que disfrazaba sus curvas también hacía que los tirantes se deslizaran por debajo de los hombros. El calor era tan intenso, que Ana no se había dejado más que un corpiño de algodón, pegado al cuerpo.

El mecanismo de un reloj marcaba el tiempo en la sala a la que Ana había entrado una única vez antes de esa ocasión, años atrás, para

una fiesta infantil, y de la que ahora veía tan sólo fragmentos. Nada se escuchaba fuera de un clac-clac mecánico y sus pasos sobre el piso de losas primero y de alfombra después. Era el sonido de las ausencias: no estaban los padres ni los hermanos. Aunque podía hacerlo, Ana no intentó quitarse la venda. Le gustaba esa visión peculiar, la rareza con la que percibía las cosas. Le gustaba también sentirse así.

Con cuidado, él la sentó en la orilla de su cama. La habitación olía a encierro, a días adolescentes de poca luz y poca ventilación. Era un olor intenso, parecido al que encontraba a veces en el cuarto de Miguel. Escuchó a Elías moverse de un lado al otro, cerrar unos cajones, abrir otros. Escuchó el sonido del pasador que cerraba la puerta de la habitación, escuchó el correr de las cortinas. Cuando él se sentó junto a ella y le quitó la venda, los ojos de Ana no notaron mucha diferencia entre las dos penumbras. El cuarto tenía cortinas con un forro denso, de hule, que impedía la entrada de la luz.

Suavemente, la recostó en la cama y la tomó de las axilas para jalarla hasta que su cabeza descansó en la almohada. Luego se puso a horcajadas sobre su cuerpo y la miró largamente. Ella, más acostumbrada ya a la poca luz, se sintió intimidada por esos ojos y su escrutinio. El chico se quitó la playera. Tenía vellos abundantes debajo de las axilas y un bigote oscuro debajo de la nariz. Ana, con los ojos cerrados, aspiró los olores que emanaban de la cama. Dejó los párpados quietos, quería seguir oliendo. Con los ojos así, sintió que él levantaba su vestido de flores hasta ponérselo cerca del cuello. Ella movió las caderas para que la ropa no se atorara con sus nalgas. Elías tocó apenas con los dedos el calzón blanco con corazones rosas y luego subió la mano; rozó, casi por equívoco, esos pechos que debían ocultarse. Paseó por ellos sus yemas. Levantó el corpiño. Recorrió con suavidad la curva cerca de la axila, la cúspide coronada por una areola clara, la punta del pezón.

Ana lo sintió acostarse a su lado y hasta entonces abrió los ojos. Se miró a sí misma, con la ropa revuelta y las alpargatas puestas. Luego a él: los pantalones desabrochados; calcetines y tenis puestos. Le sonrió como hacía por entonces, con una sonrisa amplia y amable. Elías, en cambio, la miraba serio, con el ceño fruncido. Así, se apoyó en su hombro derecho y comenzó a acariciarla, sin dejar de verla como si la estudiara, midiéndola con los ojos.

Primero recorrió los muslos, luego se detuvo en el pubis y tocó, por encima de la tela, el hueso saliente y la hondonada que se hacía antes del ombligo. Subió por las costillas, que se abrían y cerraban con agitación, y se detuvo con la palma abierta y firme sobre un pecho

primero, luego el otro. Entonces sí los tomó bien, en toda su redondez, los comprimió con suavidad. Repitió el camino un par de veces y luego, sin decir palabra, bajó el corpiño, el vestido y se quedó quieto a su lado. Unos minutos más tarde dijo: “Vámonos. Nos tenemos que ir”, con una voz que a Ana le pareció distinta a la que le conocía.

Se sentaron y acomodaron. Salieron caminando uno cerca del otro y se despidieron con un sencillo gesto (una mano apenas levantada) antes de que cada uno tomara su propio rumbo.

Viajaba mucho. Eso fue una de las primeras cosas que le dijo. Por eso dudó cuando pensó en llamarlo. Miró con fijeza el teléfono un minuto, dos, cinco minutos completos, hasta que escuchó su timbre reverberante: era como si hubiese invocado ese sonido, la campana electrónica. Pensó, sin saber bien por qué, que había ganado una partida.

El fotógrafo ocupaba sus pensamientos. Creía verlo cuando circulaba en su auto cerca de los parques, lo sospechaba en el supermercado, cuando iba al súper, lo presentía cenando en el pequeño restaurante italiano con alguna chica. Se daba cuenta de que, a pesar de lo poquísimo que lo había tratado, se había colado a sus horas de vigilia y estaba infiltrado en sus sueños.

Un orgasmo la despertó en una noche cualquiera; era él, rodeado de los animales muertos, casi vivos, con manos o garras, tomándola a la fuerza, metiéndole dedos, hurgándole la boca con otra boca, una trompa, un cuerno, pelambre. Era un roce intenso, constante, oloroso. Una pesadilla placentera.

Desde el otro lado de la línea, Héctor la invitaba a salir nuevamente y le reclamaba no haberlo saludado en el restaurante. La había visto. La imagen que se había hecho de la mujer delgada, de pelo largo y rojizo, apareció ante Ana mientras él hablaba. Con un gesto de la mano la hizo a un lado para tan sólo escucharlo. Quería verla pronto, pero saldría de viaje al día siguiente. ¿Le parecía bien si quedaban de verse en diez días? Ana abrió la agenda de la computadora y accedió, dispuesta a borrar lo que hubiera ese día para encontrarlo. Acordaron el lugar y él dijo que invitaría, por supuesto.

Cuando colgó, la imagen de la mujer volvió a su mente. Luego recordó la noche de pesadillas y humedades antes de inhalar profundamente, antes de marcar el teléfono.

Escuchó la voz de Héctor con un tono despreocupado y se escuchó a sí misma decir: “¿Y hoy?, ¿puedes hoy?”

La recibió en su casa. Por teléfono le dio instrucciones precisas para llegar y le dijo cómo debía entrar a su departamento.

El edificio estaba muy cerca de la oficina, en una zona que ella conocía a la perfección, así que no tuvo problemas en encontrarlo. Eran las cinco de la tarde cuando abandonó Sigman y Asociados; antes, se topó con Rosaura en las escaleras, que subía a buscarla porque quería revisar unos pendientes con ella. Ana negó con la cabeza, dijo que tenía una cita y prisas mientras bajaba corriendo, como si de verdad estuviera a punto de llegar tarde.

Frente a casa de Héctor sintió el golpeteo de su pulso en las sienes y en los oídos. Llevaba el pelo recogido y creyó ver —en el retrovisor, unos segundos antes de bajar del coche— que se notaba la velocidad de sus latidos en los temporales y el cuello descubiertos. Bajó del auto casi a la carrera, cerró la puerta con fuerza y presionó con intensidad el timbre del departamento. Escuchó la voz del otro lado afirmar su nombre: "Ana". Luego un sonido eléctrico para que la reja de la entrada, que separaba la calle de la puerta del edificio, cediera.

Era una construcción de mediados de los años sesenta, con pocos departamentos y sin elevador. Caminó hacia el fondo de la planta baja y dio tres golpes a una puerta de madera que crujió al abrirse. Del otro lado, con el pelo otra vez revuelto y una playera gris con hoyos en el pecho, le sonreía Héctor. Se saludaron con una inclinación de cabeza, intercambiaron un par de holas.

Él ofreció algo de beber, desapareció unos momentos y volvió con dos vasos con agua. La invitó a sentarse. Ella recorrió, con una mirada sin prisas, el espacio en el que se encontraba. La sorprendió la sencillez que la rodeaba. Había imaginado una casa inmensa, un espacio de lujo que casara con su prestigio y con los cheques que, sabía de cierto, cobraba. Era un fotógrafo coleccionado por empresarios, artistas. Su rostro y sus imágenes salían en portadas de revistas. Sus escarceos publicitarios valían fortunas.

Él la miró mirar: una de las paredes estaba cubierta de tablones de madera, no muy anchos. Al centro de los tablones se encontraba un reloj con carátula dorada y del que salían picos, como si fuera una

estrella, de algo que bien podía ser latón. Los números eran romanos, negros y delgados, y las manecillas se habían detenido a las tres con siete minutos.

El piso era de parquet; varios tacones, como los que Ana llevaba puestos, le habían dejado su huella. Había un comedor que parecía confortable, con sillas de colores vivos, y los sillones en los que estaban sentados, muy firmes y amplios, también tenían colores brillantes, cada uno distinto: azul, rojo, amarillo, verde. Recargadas en las paredes, en las sillas del comedor, en el ventanal que daba a un patio interior, en las puertas cerradas e incluso cerca de ella, en el comedor, había fotografías de gran formato en distintos tamaños. Como estaban en su mayoría envueltas en plásticos, en una sucesión de capas, era imposible ver con claridad la impresión. Ana adivinó un ojo inmenso que la miraba por encima del plástico burbuja, también la oreja de lo que parecía un simio, la punta de un dedo, con la uña muy recortada y algo que bien podía ser el diente afilado de algún depredador. Héctor acompañaba los movimientos de sus ojos en silencio, recorriéndolo también él todo.

—¿Quieres que te presente el resto de la casa? —preguntó él.

Ana asintió, le dio un breve trago a su vaso y se puso de pie para ir tras él.

Caminaron primero por un pasillo amplio. Sobre sus paredes desnudas estaban recargadas más fotografías envueltas. Había tres puertas al lado derecho y, al final, una puerta de vidrio y herrería blanca que daba a un patio con jardineras. Héctor abrió la primera puerta e indicó el interior. Una cama matrimonial, de latón, convivía con libreros y un *secretaire* de madera, ancho y pesado. Ana no alcanzó a ver más antes de que él cerrara la puerta y abriera la siguiente. Era un baño amplio, de mosaicos verde pálido, como diluidos.

Seguía una habitación más grande que la anterior, con dos sillones amplios y anchos, una mesa baja al centro, un televisor frente a ellos y una gran mesa de madera sobre la que había frascos, rollos, latas llenas de plumas y lápices.

La puerta de vidrio abrió con un chirrido y Héctor tuvo que darle un empujón con el codo para que cediera. Era el patio, cubierto de losetas de cemento rojo. Las jardineras —altas y anchas— estaban repletas de plantas verdes y sanas (hortensias con flores lilas y púrpuras, pequeñas y nuevas; agapandos blancos y clivias que no habían floreado). Una banca hecha con las mismas losetas presidía el centro de ese lugar, contra una pared cubierta por una enredadera de

madreselva. Dos fresnos medianos, que arrojaban sombras intermitentes, habían sido plantados en sendos orificios en el suelo, circundados de mosaicos blancos ya rotos, levantados por las raíces.

Volvieron a la sala en silencio y luego él la condujo por los hombros hacia otro pasillo. Se inclinó frente a ella y le mostró una habitación que tenía en el centro un colchón *queen size* sobre una base de madera baja; un ropero antiguo alto y macizo, grande; la puerta de un baño de mosaicos blancos abierta. Ana sintió al fotógrafo respirar por encima de su oreja, arriba de su cabeza. Su cuerpo estaba a una distancia exasperante: próximo, sin rozarla de verdad.

De regreso en la sala, él señaló un sillón y ella obedeció sentándose. Bebieron de sus vasos en silencio y luego él se puso de pie, se acomodó a su lado y, sin decir una palabra, le tomó la barbilla y la besó en la boca.

En esa primera visita a su casa, Héctor mencionó en repetidas ocasiones el cansancio que arrastraba por no poder estar más de un mes en un mismo sitio. Lo repitió unos días después, cuando volvieron a encontrarse, como si fuera un tema que debía tocar con ella. Los viajes le llegaban con ofertas de trabajo que, casi invariablemente, aceptaba.

—Hay que aprovecharlo mientras dure —le dijo a Ana, sentada a su lado en uno de los sillones de la sala con falda y saco que contrastaban con los jeans viejos y la sudadera manchada de él. Héctor se acercó más a ella y llevó su mano a la cara que lo miraba con atención y le cubrió una oreja, le acarició el pelo llevándoselo hacia abajo. Ana inclinó la cabeza, incómoda, y trató de detener ese movimiento para escucharlo mejor.

Saldría nuevamente, aunque regresaba apenas de Gales. El próximo viaje que tenía programado era a San Diego y después vendría uno a Londres.

Estaban hacia el final del verano: el aire del arranque de la tarde era cálido y anunciaba la humedad que llegaría por la noche, junto con el viento fresco. Le dijo que todas esas salidas estaban planeadas para mediados del otoño y que volvería para quedarse unos meses en México, sin pisar el extranjero hasta bien entrado febrero, porque necesitaba poner orden en su estudio y pintar su casa. Claro, esos planes podían cambiar, él estaba sujeto a otros designios.

Ana miró a su alrededor. Nada parecía necesitar una mano de pintura. Refrendó: nada era excepcionalmente lujoso. Había dos cuadros llenos de grises y rojos de un artista plástico que cotizaba en los mercados internacionales; uno junto al otro, le daban un aire inquietante al fondo de la sala. Esas dos piezas podían ser lo más valioso. Y los muebles, tal vez, que le daban una elegante rigidez a esa casa en la que imperaba el orden. Ana imaginó a una persona dedicada de tiempo completo a acomodar objetos con precisión dentro del departamento, una persona que desaparecía en cuanto llegaban los invitados. No había un papel en el suelo (uno que se hubiera caído del cesto de la basura a la hora de vaciarlo), ni una caja de vitaminas

fuera, sobre la mesa del comedor o sobre la barra que unía la cocina a los cuartos de estar. No había dedos marcados en las ventanas.

—A mí me gustaría viajar así por el trabajo —dijo entonces Ana, después de recorrer ese espacio inmaculado que distanciaba a Héctor de todos los hombres con los que había estado, que lo alejaba del desorden alegre de Pablo y del cúmulo de papeles, libros y polvo que Rolando atesoraba—. Salgo muy poco ahora —añadió—, pero a veces el trabajo lo hace obligatorio. Y me gusta, sólo que a últimas fechas me han tocado lugares que no interesan mucho. Pero…

—Yo creo que no —dijo él, interrumpiéndola y rozándole con los dedos la cara y luego, de nueva cuenta, el pelo.

—¿Que no qué? —preguntó ella, desconcertada por el tono de voz, la interrupción y la caricia.

—Que no te gusta viajar. Me da la impresión de que eres una mujer a la que le gusta estar en un mismo sitio, que prefiere no moverse. Creo que quieres quedarte quieta y desde ahí ver y hacer… y no mucho. Tampoco me pareces una *doer*, ¿ya sabes? "Hacedora". Tengo la impresión de que eres una mujer que podría disfrutar enormidades contemplando crecer el jardín de su casa, con un perro y un marido y un bebé. Aunque ya te divorciaste…

Ana guardó silencio, en parte ponderando esta aseveración y en parte con la ofensa anudada en la boca del estómago y con ganas de protestar. Lo que él necesitaba era que le dijera algo violento, agresivo. Que lo mandara a la chingada ahí mismo, yéndose. Antes, un silencio, que él rompió:

—Me gustas —dijo—. Me gustas mucho. Me gustaste desde que te vi. Desde hace tiempo. Te conocí antes de que tú me conocieras a mí. Estuve a punto de hacerte esto el día en que fuimos a cenar al restaurante italiano…

Se inclinó sobre su cuerpo para besarla de nuevo. Succionó para tener la lengua de Ana unida a la suya; a la vez, la rodeó con los brazos. Ella hizo un intento por zafarse, por aquietar su propia boca y acallar los gemidos que surgían de su garganta conforme él movía más las manos y los labios. No entendía las señales. Quería protestar y decirle que no, que no la había deseado en el restaurante (porque el cuerpo, sus reacciones, no mentían). Quería recordarle Tlayacapan, ese fin de semana sin besos y sin afecto. Y quería participar de otra forma en lo que le estaba sucediendo, quería moverse. Terminó rindiéndose, deslizando bajo él su cuerpo en un gesto que repetirían muchas veces.

Elías. Nuevamente, Elías que llegaba desde el viaje lejano de la

memoria, de lo que queda impreso para siempre.

Volvió a su casa inquieta. No se habían desnudado, a pesar de la ansiedad con la que él buscaba su boca y tocaba sus pechos. Sus cuerpos —unidos durante un par de horas, bufando, sudorosos y excitados sobre el sillón— eran como los de dos adolescentes que temen ser sorprendidos por su madre.

Luego: un beso apenas marcado en la mejilla a la hora de despedirse.

—Seguro que nos vemos pronto —dijo Héctor—. Nos hablamos, nos buscamos y volvemos a vernos. Tú y yo, Ana, tenemos un futuro prometedor.

Ella asintió apenas.

Estaba acostumbrada a fijar citas. Con Juan José, en el trabajo, con su familia, con sus amigos. Había días y horas claros en la agenda para el ejercicio, para la visita a la estética, para las juntas de planeación. Su madre, que sabía cuánto la incordiaba que no hubiera planes, la convocaba a última hora a reuniones familiares a fin de hacerla sentir en falta. Para Ana, el compromiso de una fecha era tranquilizador. Tomó aire para hablar y decir que se vieran al día siguiente o al siguiente o que pasaran juntos el fin de semana. Pero guardó silencio, agitó una mano en el aire, a la vez una despedida y una forma de borrar sus pensamientos.

Tuvo una noche revuelta, con aparecidos y espantos, horas de cuerpo tenso, desbordado. Una noche que le hizo pensar en su infancia, en su madre y en su abuela. En mujeres que no duermen, no descansan, no disfrutan. Sintió que algo la atravesaba, como una sombra o una señal, pero se sacudió la sensación con un movimiento de cabeza.

Después de bañarse se miró en el espejo de cuerpo entero de su vestidor y le pareció verlo por primera vez en mucho tiempo. Miró su cicatriz, un moretón en el muslo de un golpe que no había sentido; miró sus pechos y la curva de sus hombros. Pensó en Héctor y sintió un deseo incómodo, que no se parecía al que vivía con otros hombres, con Rolando. Esto era un deseo doloroso.

A la mañana siguiente le llamó a Pablo. Al escuchar su voz —una que le parecía casi siempre alegre— sintió ganas de llorar.

—Pablo, creo que estoy volviéndome loca —le dijo.

Su exmarido se rio. Y ella pudo escuchar cómo se estremecía su cuerpo con esa risa. Después él habló de su propia vida, de su mujer, de la bebé, de cómo la planeación adecuada de avenidas y parques podía solucionar los problemas de violencia en el país…

Lucas la miró a los ojos, muy sonriente. Le gustaba visitarla en su oficina porque había plantas y espacio para conversaciones privadas. Hacía unos días que no se veían. Ana había faltado algunas tardes. En las últimas dos semanas, había pasado con Héctor horas enteras, juntos en los sillones de su casa o cerca uno del otro en una banca del parque. Había visitado también a Rolando: algunas tardes y una noche completa que le habían traído sosiego, satisfacción para el cuerpo y para el alma. Pero la oficina: las cosas no se hacen solas, le habría dicho Ana María.

—Estoy de verdad ocupada —dijo Ana con ansiedad—. Te veo luego. En serio, si sigues aquí voy a terminar siendo grosera —buscaba documentos sobre su escritorio, obligaciones pospuestas y perdidas.

—Pero es que te ves feliz. Y no puedo creer que te hayas acostado con otro que no sea yo. Es lo más injusto que me ha pasado en la vida. Es una crueldad extrema.

—Eres un idiota.

—Soy un hombre. Soy celoso. Tengo ganas de mujer todo el día. Eso somos los hombres. No hay mucho más. Bueno, a veces queremos poder y dinero; yo también, pero más quiero mujeres, todas para mí. Unas más que otras. Tú, por encima de las demás.

—Lucas: estoy ocupada. Quedé de entregarle un reporte a Rosaura, vamos a tener junta en la tarde y no encuentro esta cosa que me urge. De veras, necesito concentrarme…

—Dime ya quién es.

—¿Quién es quién?

—El tipo con el que andas. ¿Quién es? Estoy seguro de que eso es lo que traes. Uno sabe cuando le están comiendo el mandado.

—Lucas…

—Está bien. Me voy. Porque me lo pides. Listo.

Su salida dejó una estela de loción, un aroma suave, que distrajo a Ana de su tarea. Una distracción más. Lucas: apenas unos meses atrás, habría jugado su juego. Se habrían acostado. Ahora era como un ruido de fondo, perturbador y poco claro.

Algo estaba fuera de lugar y los días en la oficina le resultaban

difíciles. Ella sólo quería pasar su tiempo en compañía de Héctor, en ese departamento amplio, extraño. Deseaba estar en su patio, parada sobre las losetas de cemento rojas, ante la madreselva, y dejar que él la besara de nuevo, que le pusiera la mano en la cara, en el pelo.

—La semana pasada me pidió que posara para él—. Ana caminaba despacio, con la mirada fija en el suelo húmedo, la banqueta en la que crecía el musgo.

—¿Desnuda? —preguntó Ramiro.

—No te lo contaría si me lo hubiera pedido —dijo ella deteniéndose. Se encogió de hombros y añadió—: No sería explícita, pues.

—¿Te daría pena?

—No. Habría sido algo íntimo —respondió ella, sin elevar la mirada.

Deambulaban por el Parque México. Juan José iba un metro detrás de ellos, siguiéndolos en silencio, escuchándolos intercambiar cháchara hasta que llegaron a ese punto. Hacía varios minutos que Ana hablaba de las fotografías de Héctor. Las describía a pesar de que sus amigos habían visto suficiente trabajo del fotógrafo como para no requerir detalles. Estaba obsesionada con lo que le parecía raro o distinto del trabajo de Héctor. Sólo que Ramiro quería otra cosa: detalles de su relación.

—Entonces… ¿son novios? Bueno, novios suena raro. Pero vamos a usar esa palabra.

Era lo primero que Juan decía desde el saludo. Era sábado y se habían reunido para ir al cine y a comer después. Juan José disfrutaba del cine a deshoras, cuando había menos personas jóvenes en la sala.

Héctor estaba en Nueva Orleáns, en un viaje fuera de la agenda que le había detallado. Le había escrito un par de correos y mandado, cerca de las doce de la noche, una foto por el celular en la que se le veía sonriente en un bar rodeado por tres mujeres que Ana no conocía. El mensaje que subrayaba la fotografía decía: “Pensando en ti”.

Caminaron un rato en silencio hasta que Juan José volvió a la carga:

—¿Entonces?

Circulaban por Insurgentes aunque Ana la detestaba. Prefería las zonas más tranquilas, con árboles, por donde podía llevar sus pasos con mayor lentitud.

Ramiro la regresó al pavimento y la hizo consciente de sí misma:

—¿De cuándo acá caminas como vaca, me puedes decir?

—Vaca, tú —respondió Ana. La esbeltez de Ramiro clausuraba de entrada sus palabras, era válido revirar la frase. Pero tenía razón. Ahora caminaba más así, se sentía cansada. Ya no daba las zancadas eficientes de antes.

Mientras esperaban en la cola del cine, Juan José la atrajo a su cuerpo, abrazándola de costado, y volvió a preguntar:

—¿Entonces?

—No lo sé, Juanito. No lo sé… —dijo ella finalmente.

—Ay, niña —respondió él, negando con la cabeza, con un brazo sobre sus hombros—. Ay, Anita.

Visitó en su memoria la tarde en que Héctor la había fotografiado, un poco antes de su ida al cine. Recargados en uno de los sillones se habían besado con una intensidad que pronto llevaron a la cocina, cuando él sugirió beber agua. Se apoyaron en el refrigerador, luego en la barra, unidos en los labios y en la lengua.

Con sus dedos gruesos, de mecánico y no de artista, él se detuvo en sus pechos largamente, apretándolos por encima de la blusa, del brasier. Después la atrajo hacia sí casi con violencia, mordisqueándole la oreja y chupándole el cuello en donde quedaban las huellas de sus manos.

Ana giró la cara: le dolía la barba rasposa. Dos copas de vino ya vacías, sobre la mesilla de la sala, llenaron sus ojos. Un olor intenso, profundo, que la excitaba, le removió algo. Exhalaciones: el aliento, los químicos del cuerpo que brotaban incontrolables. Trató, una vez más, de ganar terreno, de hacer ella también su voluntad con ese cuerpo, con el suyo propio. Pero no. Él era más fuerte, con una determinación más clara y sólida, y quería llevar las riendas.

Se aproximó a ella casi amenazante y, tomándola de las nalgas, la subió sobre la orilla de la tarja para seguirla besando ahí. Justo entonces, la luz de la tarde cambió. La ciudad tenía desde siempre la mala costumbre de no hacerse cargo de las estaciones, al menos no de manera total. Si acaso eran las lluvias —acusadas durante el verano, diluvios disfrazados— la única constante. Pero el fin de esa estación, que se consignaba en los calendarios y no siempre se verificaba en la realidad, sorprendía ahora con días aleatorios, sacados de un repertorio de posibilidades que parecía infinito. El cielo, como ese día, podía abrirse después de un chubasco y mostrar su claridad. La luz entonces parecía nueva, una luz que caía como un chorro sobre las superficies húmedas, transformándolas, resaltando su brillo.

Héctor se separó del rostro de Ana y miró, a través de sus cabellos, la entrada de esa luz, las sombras que sus cuerpos arrojaban.

—No te muevas ni un milímetro —le dijo y dio unos pasos hacia atrás, indicándole con el dedo inmovilidad—. ¡Quieta! —gritó, con el mismo tono que se emplea para corregir a un perro desobediente,

antes de correr fuera de la cocina.

Volvió con una cámara enfundada en un forro de cuero color miel.

—M6 —dijo—: Leika. No sé si me dé, no me da…

Ana enarcó las cejas.

—La luz —dijo él a manera de explicación. Ajustó la lente, la enfocó, se paró frente a ella y después a un lado. Caminó un poco para encontrar el ángulo perfecto y disparó un par de veces el obturador. Luego se le acercó y repitió "No te muevas" antes de llevar sus manos a la blusa de seda, del color del vino joven, con botones al frente. Desabrochó un par, dio un paso atrás y disparó de nuevo.

—¡Se va la luz! —gritó, con el gesto crispado, los labios pálidos. Añadió—: No sonrías.

Avanzó de nuevo hasta ella y abrió con una sola mano el resto de los botones; tomó los pechos, sacándolos del brasier como si fueran objetos inanimados. Expuso los pezones, la constelación de pecas. Ella se inclinó para ayudarlo pero él dijo "No" con suficiente firmeza como para dejarla inmóvil. Se puso tras la lente y disparó varias veces. Ella sintió sus pechos erizándose, primero por el contacto que habían sentido y luego por el frío que comenzó a llegarle desde la espalda. La tarde cedía a la noche. Entonces él dijo "Listo. Vístete", como si estuvieran en el consultorio del doctor.

José María la llamó a su oficina y Ana corroboró: sí, le parecía atractivo. Era por eso que su relación laboral fluía. Había trabajado con hombres que la repelían con malos resultados: el trabajo se volvía un tedio, había fricciones innecesarias, se transformaba todo en falta de empatía. ¿Así sería para todos? No, no todas las personas valoraban el físico como parte fundamental del trabajo. Era ella. ("Tu lado masculino", le decía Nash, llenándose la boca.)

En todo caso, este hombre era distinto.

Cuando Ana estaba a su lado, podía trabajar sin sobresaltos durante varias horas seguidas. Era un hombre privado, que no daba información personal y no preguntaba la ajena. Ella se sentía a sus anchas. No competían por nada, no peleaban, no sentían celos profesionales el uno del otro.

—Vamos a ir juntos al desierto de Altar —dijo José María, como si le anunciara un regalo, unas vacaciones.

Ana respingó en su asiento y negó con la cabeza. No, no, no: ella no iría a ningún lado. ¿Qué pasaría si Héctor la buscaba?

Sigman hizo un gesto tranquilizador con las manos y dijo:

—Vamos a ver: tenemos que ir. Me comprometí con la fundación y hay una junta directiva.

Ella esperó una explicación más a fondo.

—La junta con nuestros Nassim y Basaldúa me cayó en la punta de los cojones —levantó una mano, como si quisiera que nadie lo interrumpiera aunque ella lo mirara con atención y en silencio—. Decidí una cosa muy clara: si puedo, porque tengo el dinero y los medios, protegeré ese espacio. ¿Pero por qué coño no llevamos nuestra fundación y nos jalamos a los amigos ambientalistas, como les decís vosotros? O sea, ponerle como objetivo a nuestro proyecto la protección de Altar y otros lugares así, que están fuera de los radares generales, ¿me explico? Pero empezamos ahí.

Ana lo miró con detenimiento. Algo le daba vueltas en la cabeza, era obvio. Sintió que la había buscado para validar sus ideas y vaciarse la mente.

—¿Cuándo vamos a ir a este viaje? —dijo ella por fin.

—Salimos pasado mañana. Íbamos a irnos mañana, pero me pareció una grosería no decirte antes, ¿eh?, y hoy todo se me juntó. Así que salimos el jueves. Empaca, termina aquí tus cosas.

—¿Rosaura sabe? —preguntó Ana.

—Claro.

—¿Debo preparar algo?

—Nada. Sólo debes revisar cómo estará el tiempo, llevar ropa para cinco días, dejar aquí tus asuntos listos. No hay celular que sirva por allá, una vez en el desierto. Sólo en el hotel. Vamos a llegar a Peñasco.

—La idea es arruinarle una fiesta a los niños ricos.

—Es mucho más que arruinar una fiesta, mujer. Es hacer la nuestra propia.

Al inicio de su sociedad, Ana consumía energías en preguntar para qué se hacía una cosa o la otra: acosaba con preguntas a sus socios, empleados o designados para determinar los pequeños detalles, los cuándo y los cómo. Consideraba la planeación una de sus mejores capacidades y era algo que le había resultado prioritario en sus anteriores empleos. Sin embargo, la organización en Sigman y Asociados no se parecía a la de un corporativo; esto era, en buena medida, porque José María confiaba en su propio talento. Ana debía relajarse y dejarse conducir.

Sigman se llevó el índice derecho a la boca y movió la cabeza para sobar los labios contra la piel de su dedo. Ya no estaba con ella, esa junta había terminado.

—El jueves, entonces. ¿Brenda me dice la hora?

Él no se movió hasta que ella dio un ligero golpe a la mesa.

—Brenda, sí, sí. Ella te dice todo. Te lo dice hoy mismo.

Ya en su oficina revisó sus pendientes. La abulia le llegaba junto con una inquietud y un antojo: deseaba subirse al auto, conducirlo a casa de Héctor. Quería repetir el primer día en esa casa, con su novedad, su extrañeza; quería sentir esa angustia, ese vacío y ese lleno. Refraseaba en su mente las palabras que él había pronunciado: la conocía desde antes y desde antes le gustaba sin que ella lo supiera. Se dijo, con las mentiras que a veces nos decimos: tal vez la fiesta de los rehiletes fue parte de un plan; tal vez el encuentro en el baño fue orquestado.

El reloj de la computadora no tuvo clemencia. Ella no apuraba sus asuntos y necesitaba irse sin culpas. En lugar de eso, tomó el teléfono y le marcó a Juan José. Hacía casi tres semanas que no sabía de él. El timbre la condujo al buzón de mensajes. Su amigo no atendía y ella tenía tantas cosas que contarle. Sintió la necesidad de hablar con

alguien más. Quería hablar y que le hablaran.

Volvió a marcar el teléfono, el mismo número.

—Hola, guapa.

Juan José estaba del otro lado de la línea, con voz jovial.

—Hola, guapo —respondió ella—, ¿qué tal te pinta la vida?

—Me pinta de maravilla. ¿Y a ti? ¿Por qué tan desaparecida?

—Eso digo yo —Ana sintió que su tono la delataba, que era obvio un ligero resentimiento. Él no dijo nada, ningún acuse de recibo. Así que ella volvió a hablar—: ya te extraño. Tengo cosas que contarte.

—Veámonos. Para que me cuentes, para que te cuente. ¿Qué haces hoy?

Ella ponderó unos segundos: tantos pendientes. Repasó la lista, pensó en empacar, en hablarle a su madre.

—Verte —respondió.

—Perfecto. ¿A qué hora? ¿Dónde? ¿En mi casa? Ven y luego nos vamos a otro sitio a cenar o nos quedamos acá. Tú decides.

Ana colgó satisfecha.

Sabía estar sola. Podía ir al gimnasio, al cine o a cenar en un restaurante de su antojo sin más compañía que su bolso. Pensó en Rolando cuando se sentó junto a la ventanilla. No necesitaba más compañía que ésa. No por el momento. Al día siguiente vería un paisaje hermoso y desolador. Su pensamiento ligó las imágenes que había visto en internet, que dieron tumbos, mezclándosele con el paisaje de la Ciudad de México. Los cientos, miles de casitas arremolinadas a las afueras del aeropuerto parecían piedras fósiles cuando entrecerraba los ojos; estratos geológicos sobre los que crecerían después otras formas de vida ni mejores ni peores, pero que acabarían con la ahora existente. Bajó los párpados completamente para sellarse al interior; cuando los abrió, vio la luz del atardecer fundirse en el horizonte con nubes oscuras que amenazaban con romper en aguacero.

En el Aeropuerto Internacional Mar de Cortés los esperaba un hombre alto, con bigote y botas. Su figura espigada contrastaba con la de los turistas, rubios y rotundos, de pieles sensibles. Llevaba un letrero en la mano, pero no lo mostraba, sino que apenas tenía por una orilla el cartón en el que decía "Sigman". José María bufó al darse cuenta de eso. Su melena estaba despeinada. Ana pensó que la barba le había crecido considerablemente durante el vuelo. Testosterona. El hombre fue rápido en distinguir a sus pasajeros y se encogió de hombros.

—Sigman —dijo en tono seco, estrechándole la mano—: mi nombre es Humberto Córdova. Soy uno de los biólogos de Natura.

Estrechó la mano de Ana sin hacer preguntas y, sin más, señaló la salida.

Subieron a una camioneta amplia, todo terreno. Emprendieron el camino en silencio y pudieron apreciar un paisaje árido, duro, donde la presencia de las personas parecía una insurrección: una carretera impuesta a la mitad de un ambiente que no aceptaba nada ajeno. Ana sólo había visto algo semejante en fotografías. La temperatura era agradable a esa hora pero, les advirtió su conductor, bajaría notablemente en la madrugada y subiría mucho al mediodía. Así era

desde el final de octubre hasta febrero. El sol quemaba, pero el viento que llegaba del océano venía con hielo.

El hotel se levantaba en medio desierto. Era una pirámide maya en plena tierra yaqui. En el techo de la recepción, de una altura que hacía pensar en catedrales, pendía un candelabro con decenas de brazos de hierro forjado que remataban en una copa de cristal y donde se combinaban focos ahorradores de energía con luces ambarinas e incandescentes. José María lo registró con reprobación. Quedaron con Humberto: los recogería a las ocho del día siguiente.

A las cuatro de la mañana Ana escuchó el sonido de su celular. Un mensaje. Se levantó y tardó en reconocer el espacio, tanteó el buró en busca del aparato. De inmediato pensó en sus padres y en Pablo o en Rolando: en algún accidente. Exhaló y revisó su aparato, con el autor del mensaje ya convertido en certeza. Héctor de nuevo. El mensaje estaba vacío. Sólo aparecía el remitente. Envió uno de vuelta. Vacío, también.

Trató de dormir o, al menos, descansar. El cielo cambió de tono justo cuando llegó un nuevo mensaje que decía “Hola” y nada más. No había signos de admiración, ninguna señal de alegría. El fotógrafo estaba por salir de viaje o tal vez ya había salido sin decir a dónde. El mensaje podía llegarle desde cualquier lugar. Ana se incorporó. Debía arreglarse pronto, dormir estaba fuera de su alcance.

Entró a la regadera y encendió la llave del agua fría. Recibió el chorro en la espalda, en los pechos, vio encogerse sus pezones y la piel erizada de sus brazos y sus muslos. Hasta que no pudo más y sintió el castañeo de sus dientes cambió la temperatura. Alerta, vigilia, eso quería. Se arregló velozmente, como si estuviera a punto de dejarla el avión de regreso, y hasta que estuvo vestida, con el pelo recogido, el delineador aplicado y los labios pintados, mandó un mensaje de regreso. Hola, también.

Encontró a José María en el restaurante, sentado frente a un café y hojeando el periódico. El lugar olía a guisos picantes, pan en la plancha. Ana miró la playa, el mar que se extendía, gris y sacudido, frente a ellos, del otro lado de un cristal besado por las sales. Un mesero le ofreció café y ella olió la bebida, la abrazó antes de probarla. Tenía hambre, sed, frío. Llevaba una chamarra de cuello alto. Su celular sonó. Frente a sí, José María había desplegado tres teléfonos. Los miró de reojo antes de comprobar que ese mensaje no le correspondía a él y volver a su periódico.

—Mira qué cómodo estoy contigo que me comporto como si fuéramos una pareja estable, ¿eh? —le dijo en un tono entre serio y

burlón.

Otra vez: “Hola”. Nada más. “Estoy en Sonora”, puso ella. Envió el mensaje y, casi de inmediato, mandó otro: “Estoy en la playa. Voy al desierto. La playa y el desierto. No conocía por aquí”.

Héctor ponía reglas. Habladas: las enunciaba. Rolando y ella se llamaban con frecuencia para platicar y daba lo mismo quién le marcara a quién para concertar una cita; lo importante era verse, besarse, quitarse la ropa, charlar. Héctor, sin embargo, había dejado claro que prefería ser él quien llamara, que era mejor que él la buscara, que no se sentía cómodo en otro lado que no fuera su casa, que era más práctico si era él quien determinaba el número, la hora, la forma y el lugar de los encuentros. Ana aceptaba eso con el ceño fruncido, confundida porque los límites no se dieran de forma natural, con la costumbre y la necesidad.

José María le habló de Natura y su propia fundación. El sonido de su voz era un rumor como el del mar, que aplacaba las voces en su cerebro. Hasta que dijo:

—Ana, ¿me estás escuchando? ¿Me oyes? Anda, ve tu celular…

Ella asintió. Abrió el aparato, como si no le importara el contenido del mensaje, y leyó: “Te pienso todo el tiempo. Te beso”. Lo cerró y miró a José María, ofreciéndole con su sonrisa una disculpa por la distracción.

Caminaron un buen trecho de suelo crujiente, que parecía quebrarse bajo sus pies. Como les había advertido Humberto, la temperatura fluctuaba. El inicio de la mañana había sido helado, el viento soplaba con suavidad, pero ahora el sol se imponía y hacía calor. Habían bordeado la reserva para llegar al lugar donde ya era fallida la fantasía de Nassim, su paraíso en la tierra. Se desviaron de la caseta del guardaparque porque iban a una orilla entre la zona protegida y la vida cotidiana.

Algunos palos arrancados a los escasos árboles del lugar estaban clavados en el suelo, pintados de blanco. Llevaban el nombre pensado por María Rebeca pintado sobre trozos de madera y estaban a un par de kilómetros del límite protector. Humberto dijo, sin que se alteraran sus facciones:

—No protege un carajo.

El trayecto del hotel hasta ese paraje había durado un poco más de una hora y media. El aire filoso de la mañana había cambiado por una brisa veleidosa que iba y venía a su antojo. La carretera principal bordeaba el mar, gris, extenso, revuelto.

En tierra, Humberto se paró frente a un montículo elevado y se giró:

—Un cráter —dijo—. Uno pequeño.

José María dijo:

—Que quieran destruir un espacio como éste me revienta los cojones. Pero es el destino de tu país. Es su destino. Mira Ana, qué maravilla.

Entonces era auténtico el interés de su socio. Quería ayudar, parar la devastación, y la tenía como testigo. Ana desvió la mirada. Su cuerpo recibía el sol y absorbía el vasto silencio de ese espacio casi místico. El zumbido de los insectos a lo lejos, el rumor de la arena desplazándose suavemente, arrastrada por el viento, los pequeños ruidos de animales subterráneos o invisibles para ellos se fundían con el de la ausencia: de seres humanos, de vehículos, de problemas cotidianos.

Humberto caminó en su dirección con la cabeza gacha.

—Tenemos que seguir… —dijo en un tono seco que a Ana le pareció adecuado. Ese personaje taciturno y árido resultaba un excelente guía que sabía lo que sobraban ahí las palabras. Su cuerpo duro, correoso, lleno de tensión y los músculos que se forman con el trabajo físico, le resultaba atractivo. Supo que, de conocerse unos meses atrás, habrían terminado en la cama y sintió un escalofrío: eso ya no era posible. No más.

Volvieron al coche. Ella estaba clavada al asiento y, a la vez, lejos de ahí. Podía ver, en el terreno color canela, racimos de unas mínimas flores púrpura que crecían contra todo pronóstico. Esas flores la regresaban a un mismo nombre. El de quien la pensaba la inmensidad del tiempo en la pantalla de su celular.

Lucas la miraba sin decir palabra, con una sonrisa. Ana trazaba con plumón verde, sobre un pizarrón blanco, los puntos que tratarían en su próxima reunión.

—Tienes unos brazos preciosos —le dijo—. No eres muy *tech savvy*, pero no importa. Mira qué bonitos brazos, de gimnasio o algo así. Mira qué bonita toda tú.

Ana se giró de inmediato.

—No jodas, Lucas.

—Ya hablas como José María. Debes regresar a lo nuestro, Ana. Di: "No chingues, güey". O di: "No mames, Lucas". Eso me sonaría mejor. Parecería más Ana. Es como si no fueras tú, de repente. Insúltame como mexicana.

Ana sonrió a su pesar y dijo: "No mames, Lucas" en voz baja, muy suave. No quería que nadie la oyera. Su celular, sobre la mesa, concentraba una sucesión de mensajes que no quería abrir y a los que no podía responder. Había apagado el timbre, así que escuchó el aparato vibrar apenas, temblando un poco sobre la madera. Lucas la miró y luego dirigió la mirada al teléfono. Faltaban apenas unos minutos para una reunión importante con un cliente al que querían incluir en la fundación: sacarle dinero para usarlo bien, como decía Sigman.

Se avecinaban elecciones competidas y azarosas, el tipo de cambio se comportaba como adolescente, los tiempos en el país se vivían como el mar del otoño en Puerto Peñasco: procelosos, mezclados, grises. Era imprescindible consolidar la empresa, ganar adeptos y recursos, posicionarse. Ana sabía todo eso pero era gobernada por un deseo más poderoso que le impedía pensar en su trabajo.

Héctor había vuelto de su último viaje con un par de regalos para ella. A Ana la obsesionó entonces una idea: "Éstos son los primeros regalos, los primeros de muchos", se dijo una y otra vez, sin dejar espacio para la razón o la realidad.

Mientras anotaba en el pizarrón y revisaba sus apuntes, preparándose para hacer una presentación que no dejara lugar a dudas, su mente vagó. Un hábito ya, la nueva costumbre de una

cabeza forjada en el orden que, de pronto, desde unos meses a esa fecha, se iba por las ramas, trepándolas y enrollándose en ellas.

Pensó en los viajes: una sucesión de lugares invadió la sala de juntas, la mesa, parte del pizarrón. Él podía decirle que sólo sería una salida y un regreso inmediato o que viajaría en una ristra de salidas sin parar: nada de eso importaba. Importaba lo que sucedía *después*, cuando él no estaba en México o cuando volvía.

Héctor no decía un día o una hora específicas para su llegada. Era, según él, algo difícil de predecir: Ana, Ana, es mi forma de trabajo, hay factores ajenos a mí. Lo decía como si él no participara en los hechos de su propia vida.

Vio a su socio, sentado frente a ella, con ojos que viajaban de las letras escritas en el pizarrón blanco a su propio torso, a sus pechos y sus brazos. La mirada de Lucas la hubiera hecho sentir plena en otro momento. El espacio del pizarrón se había llenado con letra pulcra y ordenada, producto de la educación a la que la habían sometido y a la rigidez de su madre al tratar las asignaturas del colegio, a las tardes de clases especiales.

—¿Qué piensas de que José María sea nuestro "jefe"? —preguntó Lucas.

—¿Qué? —su desconcierto fue tan obvio, que Lucas soltó una carcajada.

—Ay, Ana —dijo—. Me sorprende que tú, la más lista, pienses que somos iguales en esta "sociedad". José María manda: con más dinero y más participación. Le sigue Rosaura, que con el tiempo lo aniquilará. ¿No has visto esa lucha de poderes? Son dos lobos marinos ensañados.

Ana lo vio señalar con los dos índices la mesa y sintió una revolución en su estómago: una contracción repentina, luego una distención. Pensó en el desierto que había visitado con José María, en su suelo de arena fina y crujiente, en el sonido que hacía el viento cuando arrastraba esos granos de un lado al otro, en la cubierta salina que tenían las plantas bajas y anchas, que relucía cuando el sol le pegaba de forma oblicua, en los montes que se veían a lo lejos: dunas y cráteres. Llevaba desde el asunto de Chihuahua preguntándose si no habría sido mejor invertir de otra manera la parte de la herencia que había metido a Sigman.

La reunión estaba por empezar. En breve, le llegaría un mensaje de Héctor, uno más, fijando una hora para su cita. Y sería imperativo revisarlos todos más tarde, responderlos uno a uno.

El anuncio de su regreso llegó en forma de un ramo de rosas. Las flores estaban esperándola en su oficina; abrió la puerta y se topó con un arreglo grande, quizá excesivo, de rosas color salmón, sin espinas, atadas con listones de colores. Al tomarlas y buscar en la cocineta un jarrón para ponerlas, se preguntó si debía decirle a Juan José con más detalle lo que estaba pasando. Lo veía muy poco, en parte arrastrada por la intensidad de sus socios respecto a la turbulencia de los tiempos que vivía la sociedad y en parte porque no quería enfrentarlo. ¿Qué decirle si nada sucedía, realmente? O si era difícil incluso para ella ponerlo en palabras.

Héctor había marcado zonas posibles, probables y negadas en su departamento. Le había entregado un juego de llaves apenas dos semanas después del primer beso en el sillón de la sala, en pleno verano. Aquel día la recibió con entusiasmo y voracidad, la besó hasta que ella sintió que le ardía el labio superior y que necesitaba aire. Era un martes cualquiera y él le había enviado un mensaje al celular para que lo visitara después de las cinco. A las cinco y tres minutos, Ana tocaba la puerta.

Las llaves, sin embargo, no abrían una tranca que todos los departamentos del edificio de Héctor tenían en la puerta principal y que se bloqueaba con un candado. Tampoco abrían la puerta del patio ni la de servicio, por las que Ana podría haber accedido desde otro de los departamentos o gracias a la generosidad del portero, en caso de que la tranca se hubiera puesto. Abrían tan sólo la puerta de la calle, la principal y la de la recámara más grande.

Fue incapaz de procesar rápido esa entrega. No sentía que fuera necesario un intercambio de llaves. No estaba dispuesta a ceder las suyas. Sólo tenían acceso por esa vía Pablo, Juan José y Rolando. No se le hubiera ocurrido entregar otro juego hasta que tuvo en sus manos un aro de metal del que pendía uno para ella, el que Héctor le otorgaba. ¿Le estaba pidiendo reciprocidad? Acostumbrada a la transparencia de Pablo y a la forma directa de Rolando, encontraba difícil moverse en un panorama de contraluces.

Mucho tiempo después Ana se preguntaría cómo. No por qué, sino

cómo. Las razones, una vez pasado el tiempo, dejaron de preocuparle. La inquietó la forma, el proceso que siguió ella misma, el camino que sus acciones trazaron. Pero nada de esto fue una preocupación en un inicio, cuando comenzó a ir al departamento, cuando lo escuchó hablar de sus fotografías, cuando supo de sus viajes y su capacidad para negociar su propio trabajo. Tampoco pudo apreciarlo como lo hizo después. En un principio, lo vio mirarla. Luego, cómo los demás lo miraban a él. Un poco más tarde descubrió que, aunque tenía talento, tenía sobre todo fuerza y mañas para garantizarse accesos y bienestar: portadas de revistas y notas en los diarios, segmentos televisados y reseñas favorables, invitaciones a comer y cenar, cuentas de restaurantes que aparecían en ceros. Podía no ser el mejor fotógrafo del país, pero el país estaba preparado para él, parecía haberlo esperado durante años.

Ella abrió con sus llaves la casa de ese hombre al que no sabía qué apelativo poner. ¿Eran novios? ¿Eran amantes? No empleaba para sí misma esos términos desde hacía décadas, no los usaba para referirse a ellos ni en su pensamiento ni en su presencia. Además, algo con él no se sentía como con los otros hombres que frecuentaba.

—Gracias por las flores —dijo apenas vio la cara de Héctor asomándose por el marco de la puerta.

Él sonrió con efusividad, la abrazó y le dio un beso muy breve en los labios. Los encuentros previos habían repetido el ritual: unir sus labios en el sillón de la sala hasta que Ana se desbordaba y comenzaba a mover los brazos para quitarle la ropa o quitársela a sí misma. Pero él la detenía con suavidad, la besaba con algo que la hacía pensar en la dulzura y se apartaba de ella para retomar una conversación abandonada a la mitad, para decir que tenía sueño, para invitarla a cenar o prepararle algo en la cocina. Con la edad, Ana había aprendido que casi todos los hombres tienen rutinas más bien rígidas, que los hacen pisar más firme, en un terreno seguro, cada vez que están con una mujer que les gusta. Sabía que, al seguirlas, ella ganaba para sí oportunidades para la improvisación, donde podrían confluir. Aunque Héctor podía muy bien actuar como ella suponía, era posible que sus rutinas respondieran a algo que no podía apreciar aún.

—No dejé de pensar en ti todo el tiempo. No sé si recibiste todos mis mensajes, ¿recibiste todos mis mensajes? Y los correos. No podía más que acosarte, lo siento —dijo él tomándola de las manos y besándole las puntas de los dedos con suavidad.

Ella dio un paso al frente y él la tomó de la cintura, cerró la puerta y la condujo a la sala. Ana había dedicado horas a pensar en ese

hombre y en sus mensajes, en el sentido de sus palabras. Tenía en la lengua una pregunta que no se atrevió a hacer; en lugar de eso, mientras él hablaba con la voz ronca del deseo y le tocaba las manos, la cintura, la nuca, miró a su alrededor para descubrir algo fuera de lugar, una maleta en el pasillo, algo que revelara el día de la llegada del fotógrafo.

Ese sitio le resultaba extraño por muchas razones. Ana lo había revisado con detenimiento. ¿A quién le daba el dinero que ganaba? ¿Lo ahorraba? ¿En qué lo gastaba? Las cámaras, tal vez. Era ahí donde podían verse los recursos gastados. Pensó que tenía otra casa. Que mantenía a alguien con ese dinero: ¿a su madre?, ¿a una exesposa? Esas preguntas, como tantas otras, se le quedarían anudadas en la lengua. *Unhappiness*.

Se sentaron en el sillón al que ella comenzaba a acostumbrarse. El día no se acababa aún y el sonido de las aves preparándose para la noche se mezclaba con el rumor de los autos que arreciaban su flujo a esas horas. La luz que entraba por los ventanales era tenue, azulada, bañándolo todo con una suavidad lechosa. Él la tomó del rostro para besarla y ella se dejó hacer.

El contacto de sus labios le removía algo que no podía identificar. Tal vez porque Héctor no la besaba igual cada vez. Un día era abundancia de lengua y saliva, que todo lo volvían húmedo, táctil, de una sensualidad casi vulgar que la obligaba a pensar en la pornografía de actores sin nombre. Otro, eran mordiscos en los labios, en la lengua misma, en los lóbulos de las orejas y de nuevo en los labios sin que hubiera un beso real, uno que pudiera llamarse así. Parecía experimentar con ella, como si él también estuviera prestándose a un experimento en el que todo podía pasar.

Ahora, parecía sediento y hambriento a la vez. No la dejaba siquiera respirar y ella estaba dividida. Quería seguir, dejándose hacer; quería ser manejada, manipulada. Pero las horas dedicadas a pensar en ese hombre y sus mensajes estaban incrustadas en alguna circunvolución de su cerebro: también quería ofrecer resistencia, presentar una batalla.

Se separó de él porque sintió la respiración entrecortada, la necesidad de proseguir y el tacto cálido de Héctor sobre sus caderas. Se puso de pie, caminó un poco por la sala, ante los ojos entrecerrados de él, bajo la mirada vidriosa que la cubría. La luz ya había cambiado, todo era pardo. Frente a él se desabotonó la blusa azul cobalto, de seda, con una apertura generosa al frente. Su brasier de encaje negro se enganchaba al frente y lo abrió, liberando la amplitud completa de

sus pechos, sus pezones erguidos ya, sus areolas invitando. Luego se desabotonó el pantalón: una franja muy delgada de vello púbico era visible por debajo de sus calzones de tela en red, negra.

Héctor hundió la cabeza en sus manos y, como tocado por un rayo, se puso de pie y terminó de quitarle la blusa, el sostén. Ella sonrió y trató de besarlo, pero fue como si él no se diera cuenta del rostro inclinado que lo buscaba. Siguió con la mirada puesta en el cuerpo que tenía frente a sí. Rodeó con sus brazos la cintura y casi con el mismo gesto la apartó para quitarle los zapatos, los pantalones. La dejó con el bikini casi transparente, que cubría un vello perfectamente recortado en una estrecha v. La condujo hasta colocarla boca arriba sobre el sillón que acababan de dejar. Cuando Ana estiró una mano para levantar su playera blanca, él se la tomó con fuerza y la presionó contra el sillón, poniéndosela por encima de la cabeza, donde se extendían sus cabellos oscuros. Luego apresó ambas muñecas.

Aunque Ana no se sentía cómoda, no impidió lo que le sucedía. Movió las caderas, sobre las que él, vestido, se apoyaba. Dejó que la recorriera con la lengua, que le chupara los pezones, el ombligo, el cuello. Sentía placer, sentía desconcierto. Con la mano libre, Héctor le tomó los labios y se los abrió, le metió la lengua; luego le mordió el labio inferior con fuerza. Ella protestó un poco. Sintió el sabor de su sangre, pero siguió así, dejándose hacer, excitada y sorprendida de su propia excitación: eso le había pasado antes. Él se puso de rodillas y le apretó con ellas las caderas. Empleó de nuevo la mano libre, abrió el cierre de los pantalones de mezclilla, se bajó un poco los calzones y sacó su pene erecto. Movió hacia un lado la ropa interior de Ana y dirigió su cuerpo hacia ella.

—Ponte un condón, un condón… —dijo Ana, con iguales dosis de alarma y deseo.

Sin soltarle las muñecas, todavía sobre las rodillas, él buscó en una bolsa de su pantalón arrugado y sacó un sobre. Lo abrió con los dientes, se puso el preservativo y la penetró.

—Si yo quisiera lavarme la carita en público… limpiarme, pon tú, de la mugre que pudiera haber sumado, también haría una fundación y salvaría plantitas, perritos, inditos, no sé… —dijo Ramiro. Hubo risas, sonidos de aprobación, un reclamo indignado (Nash), movimiento de cubiertos. Cenaban en casa de Juan José. Comida preparada por él: *boeuf bourguignon*, ensalada de hojas verdes, arroz blanco, papas de Cambray al horno. Vinos franceses para acompañar, tarta de manzanas como postre, agua Perrier. En las cenas, el escaparate de antigüedades de los años cuarenta y cincuenta brillaba: Knoll, Eames, Saarinen y los satélites que los habían imitado con mayor o menor éxito en México. Había cosas heredadas de las tías solteronas, de alguna abuela, chácharas escogidas con cuidado en La Lagunilla, compras en el extranjero.

Ana había cenado en esa casa acompañada de Rolando algunas veces. Se habían quedado hasta tarde, navegando con parsimonia en la convivencia y el alcohol. Había ido también acompañada de otros hombres, aunque en escasas ocasiones. Y había estado a solas, con sus amigos, un número incontable.

Esa noche, Ramiro estaba entusiasmado, cariñoso con su novio y locuaz. Nashelly llegó con Daniel, un posible novio que no bajaba su brazo de los hombros suaves o sus manos de la cintura delgada y elástica de su compañera. El inicio de una relación.

Ana estaba de nuevo sola. Héctor se acababa de ir, dejándola con una ligera náusea. Le costaba trabajo pensar en lo que le decía esa gente tan cercana y tan querida. Una fundación, ciertamente, despejaba del polvo y la paja a cualquier negocio a la vez que podía ofrecer un auténtico beneficio. Sólo que lo bueno y lo malo le estaba sucediendo al mundo —al país, en el mejor de los casos— no a ella. Ella era un ser ajeno a este planeta. Una persona encerrada en la pantalla: de su celular, de su computadora, del tablero del auto, del teléfono fijo de la casa o la oficina. Era ahí donde podía ver los mensajes, lo que él le decía, lo que le respondía a sus palabras (cuando respondía). Estaba también encerrada en un espacio que ni era suyo ni podía ser compartido.

Héctor. Podía responder a la parrafada que ella le enviara con un simple "hola". El correo electrónico, una herramienta laboral, servía ahora para un desahogo que no encontraba mejor lugar. "Pienso en ti", comenzaba Ana su escrito, empleando las palabras que él le había enviado antes, para poder comunicarse. "Pienso todo el día en ti". Él, sin embargo, parecía haber mutado: si era una estrategia de comunicación, había corregido el rumbo, había trastocado el orden y los procesos. A eso mismo se dedicaba ella: a planear esas estrategias, a pensar cómo modificarlas para darle un mejor servicio a sus clientes. Ni la amistad con Nashelly, ni su relación con Rolando, ni su tránsito familiar o los años en Sigman la habían preparado para manejarse a sí misma frente a algo como esto, que la sobrepasaba. Quería que él contestara a sus correos con la misma extensión, la misma intensidad, pero recibía respuestas parcas. "Luego hablamos", "trabajo, trabajo, trabajo!", "yo también". Respuestas que no atinaban a responder: lo de ella era un grito. Y cuando lo silenciaba, cuando se obligaba a sí misma a no mandarle ni un mensaje, a no hablarle por teléfono ni escribirle un correo electrónico, entonces su celular sonaba. El timbre anunciaba en junta —o cuando hablaba con Pablo o mientras empleaba toda su voluntad para vencer la desidia e ir a trotar al parque o al gimnasio o mientras estaba sumergida en el pecho de Rolando porque hacía tanto que— que él estaba del otro lado, pensándola. Parecía que un radar le avisara que Ana estaba ocupándose de alguien más o de sí misma. Y entonces podía ser de nueva cuenta: "Pienso en ti todo el día". Más veces: "Estoy caliente", "quiero mujer", "qué haces?", "Con Quién estás????", "a q hora nos vemos?, nos vemos hoy", "estás sola y quieres compañía?", "ven", "ven a verme", "ven ya!, ven hoy!!". Ven porque pienso en ti, porque te necesito, porque estoy caliente y porque eres lo único que ocupa mi tiempo, los espacios de mi cabeza.

Si accedía, por ejemplo, a tomarse un café con Pablo y recibía un mensaje semejante, el momento se transformaba. Cambiaba: de la felicidad de encontrarse con el arquitecto de maneras suaves y cabello entrecano a la ansiedad. Héctor quería verla, ella a él. Las oportunidades eran tan pocas… Lo mejor: ir, dejarlo todo. En su cabeza se barajaban las opciones, reduciéndose más cada vez. Podía salir a correr, pero la lluvia era una amenaza y él, tal vez, la buscaría justo entonces. Podía decirle que sí a Juan José y salir temprano e irse al cine y pasar con él una tarde y entonces, a lo mejor, el teléfono sonaría porque Héctor acababa de llegar de algún sitio, con ganas de estar a su lado. No su celular, no: el teléfono de la oficina,

únicamente. Y entonces se secaban todas sus pródigas humedades al lado de Rolando, como no le había pasado antes, con nadie, jamás. Necesitaba otros estímulos, algo diferente que no estaba ahí, con esa persona que la sosegaba. El deseo se le enredaba, deseaba a uno, al otro. Al que no…

Y él había estado ahí, con ella, en esa cena. Habían llegado juntos, en el coche de Ana, después de que lo recogiera frente a su edificio. Mientras Ramiro hablaba con su tono de voz maleable ella puso los ojos en el lugar vacío de Héctor. El plato no había sido recogido aún. Una copa de vino, un poco de ensalada, nada más. Lo acosaba una entrega de la que ella no tenía noticia; debía correr a otra cita, algo urgente, algo que no podía aplazar (y mientras él comía poco, Ramiro la pateaba por debajo de la mesa, tratando de sacarle algo de información). Héctor fue claro al entrar a la casa y quitarse la chamarra. Se lo dijo a ella primero, frente a los otros, para que también lo escucharan Juan José y Ramiro. Nashelly llegaría más tarde y más tarde tendría esa información y un poco más tarde aún miraría con ojos muy abiertos y fijos a Ana cuando él se despidió de ella poniéndole la mano en el hombro, apenas rozándole los labios con un beso frágil, quebradizo.

Su propio plato tenía la comida dispersa. Movía de un lado al otro esa carne de sabores sutiles que se deshacía en la boca, las papas de bordes crujientes sazonadas con romero, la lechuga verde y firme. El hambre estaba convertida en algo denso bajo su esternón, en una presión insistente. Si comía más, tendría que ir al baño.

Era la tercera vez que Héctor la acompañaba a reunirse con sus amigos en las cenas que Ramiro llamaba de *petit comité*. Jamás se había quedado desde el inicio hasta el final de una reunión y jamás había permanecido a su lado todo el tiempo. No la tocaba, como ahora hacía Daniel con Nashelly o como Ramiro a Juan José. Como la tocaba Rolando cuando salían juntos. Ella, en cambio, sí ponía su mano sobre el muslo del fotógrafo (firme, el muslo de alguien que caminaba con frecuencia) o sobre sus hombros. Aunque Héctor no retiraba esa mano ni se movía para evitar el contacto, tampoco la avalaba con su cuerpo, ni con un gesto de la cara. La dejaba ahí, como un accidente de la noche. Hablaba con ella poco, prefería intercambiar opiniones con Juan José y bromear con Nash. Escuchaba con atención y seriedad lo que tenían que decirle y, como por casualidad, interrumpía a Ana cuando ella tomaba la palabra. (Y Ana se disculpaba, como si fuera su falta.) Juan José iba en su ayuda: “Es que Ana decía…”, “Lo que Ana comentaba…”. Entonces él asentía en silencio, sí, sí. Ana. *Mi* Ana.

La plática de ese tercer encuentro versó sobre algo que sólo la atañía a ella de manera directa. No hablaron de las aventuras en la selva ni de los extraños rituales de los fotógrafos famosos, por una vez. La conversación había empezado muy animada. Ana estaba contenta también. Héctor se iría, pero estaba ahí por el momento. Además, en su casa todo era distinto. Entre esas paredes la besaba durante largo tiempo, la abrazaba, le decía: "Ven, ven, ven" para enseñarle nuevas fotografías, para hacerla partícipe de algo. Le pedía ayuda y consejo. Quería estar con ella, le hundía la nariz en el escote. Eso era en privado. Con los demás, no.

Conforme avanzó la noche, su ánimo cambió: cuando quedó vacío el lugar a su lado, quedaron vacías sus ganas de hablar. Aún así, aceptó que Ramiro insistiera:

—¿Pero qué dice Sigman?, ¿sabe que sabemos que es una trampa que él haga *cualquier* fundación?

Nashelly, seria. Había aplacado su discurso exaltado y ahora estaba recargada sobre Daniel. Juan José se paró para recoger los restos de la comida que el fotógrafo había dejado.

—José María tiene intereses muy claros, lo sé. Pero la fundación, aunque no lo creas, sí ayudará. No es un mal tipo, Sigman. La fundación empezó hace ya meses. Ya la arrancó, ya jala. No la ha presentado en sociedad, digamos. Pero piensa ayudar, es algo que le interesa, está bien conectado, le saldrá bien. Es que las cosas —siguió Ana—, no son blanco y negro, Ramiro. Empezará apoyando el desierto de Altar, pero hará más. ¿Conoces? Es un espacio maravilloso, tendrías que verlo con tus bonitos ojos y tu pelito chino.

—¡Pero es un negocio! Aunque ayude, es un negocio y por ahí puede tu misma empresa ahorrarse carretonadas de dinero si le donan a su propia fundación.

Ana lo miró en silencio. No era así, no era como él lo planteaba. A pesar de eso, no se sintió con energías para responder.

La semióloga intervino, con voz en un susurro:

—Ya, déjalo, Ramiro. Ya.

Juan José asintió mientras se desplazaba de nueva cuenta a la cocina. Desde la puerta, le hizo una seña a su novio con la cabeza, una rápida negación que Ana pudo ver.

Daba lo mismo. Se le había ido el hambre, ya no sabía comer como antes. No quería beber porque algo se atoraba justo al tragar. El sabor del vino se arranciaba en su boca, sin importar el cuidado con el que Juan José o Ramiro lo hubieran escogido. Se paró y fue hasta su bolsa en lo que la mesa se reorganizaba un poco. Tomó su celular y volvió a

sentarse. Así estaba más tranquila, con la certeza de que, si llegaba un mensaje, podría verlo.

Lo que menos quería era escuchar la voz de su madre. Le bastaba tenerla de vez en cuando en sueños, como la visitante inoportuna que se le colaba al inconsciente. Despertó con el timbre del teléfono fijo, a duras penas, sin tener muy claro ni dónde estaba ni por qué estaba ahí. Como la primera noche en Peñasco, tardó en reconocer su cuarto, sus propias cosas, mientras el teléfono sonaba con insistencia. Cuando paró el sonido, Ana —que se había incorporado, con la cabeza colgando hacia el frente— se dejó caer de nueva cuenta hacia la cama, pero entonces el teléfono volvió a sonar. Sin moverse demasiado, extendió un brazo para tomar el auricular y esbozó un saludo.

—¿Estabas dormida? —la voz de su madre, con su agudeza y profundidad característica, fue lo que faltaba para despertarla del todo.

—Mamá —fue su respuesta rasposa, desde la modorra, desde un sueño inacabado.

—Pero no es temprano, ya son las ocho. ¿Quién duerme hasta las ocho? ¿Saliste ayer? ¿Estás desvelada? —dijo con un tono afilado, un cencerro golpeado por un palo. Luego—: Perdóname, no quería despertarte.

Ana miró el reloj de pared recién colocado, flamante. Faltaban cinco minutos para las ocho. Era sábado y sentía en el cuerpo una densidad que le costaba trabajo sacudirse. Estoy enferma, se dijo.

La luz entraba apenas por la ventana de su habitación; era una mañana lluviosa, escuchaba el sonido de las gotas contra el techo y dando suaves golpes contra el cristal de la ventana. Se sintió arrullada y entrecerró los ojos.

—¿Ana?, ¿estás ahí?, ¿me oyes? —la voz de su madre la hizo volver en sí. Se dio cuenta de que tenía el auricular presionado con firmeza contra su oreja.

—Acá estoy. Acá estoy. No salí ayer, no puedo levantarme —respondió y lamentó de inmediato haber dado una explicación, haber justificado su voz.

Esperó una respuesta y esperó, sobre todo, la petición. Si recibía una llamada de Ana María era por eso. El silencio se hizo ahora del

otro lado.

—¿Mamá?

—Viene el cumpleaños de tu padre. Haré una cena. ¿Qué te gustaría traer? Yo haré el plato fuerte, pero puedes traer vinos, postre, alguna botana en caso de que llegues temprano.

Ana llenó sus pulmones y miró el reloj de nueva cuenta, como si el movimiento de las manecillas pudiera resolver algo, dar la respuesta que ella no quería dar.

—¿Qué día es la cena? —preguntó.

—Hoy mismo —su madre hablaba con tono despreocupado.

Faltaba una semana para el cumpleaños de su padre, era algo que tenía muy presente. Lorenzo. Lo quería más que a su madre o a su hermano. En realidad, a él sí lo quería, le caía bien. Lo pensaba más, con nostalgia. Algo del pasado los unía y ella se sabía querida por ese hombre. Era amable con ella, el único de la familia que se le aproximaba con calidez, con un tacto suave y oloroso a colonia. Su madre cuidaba con especial esmero las celebraciones, lo planeaba con anticipación para que nada fallara. Buscaba confrontación. Con delicadeza, haciendo un esfuerzo para que no se notara en su voz la sucesión de pensamientos y molestias que le generaba esa invitación, dijo:

—Llevo vino y postre. ¿Para cuántas personas? ¿A qué hora llego?

—Estoy citando a las ocho, pero puedes llegar antes si quieres. Trae un buen vino. Una botella está bien.

—Estaré ahí a las ocho —respondió Ana sin hacer acuse de recibo y antes de añadir—: ¿puedo llevar a alguien?

Hubo unos segundos de silencio y luego la respuesta:

—Ojalá llegues antes. Sí, puedes venir acompañada. No pasa nada. Te veo en la noche. Adiós.

Ana dijo un “adiós” que no llegó completo al otro lado porque su madre ya había colgado.

Era noviembre pero la ciudad no se había enterado: los huracanes de las costas daban coletazos a la capital. Era un año de aguaceros. La lluvia golpeó con más fuerza el techo y le trajo recuerdos infantiles que se mezclaron en su cuerpo con la sensación que la llamada le había dejado. Hasta hacía unos pocos años, casi todos los festejos se celebraban de forma ritual en la casa que ahora habitaba, entre esas paredes que la tenían a ella como habitante, como única receptora de su tibieza, sus eventuales mohos, sus crujidos y luces.

Pensó en llamarle a Héctor en ese mismo momento y requerirlo para la cena. Dos mensajes habían entrado a su celular en la

madrugada preguntándole cómo estaba, cómo pasaba la noche. Había respondido a ambos casi de inmediato, porque su cuerpo se estaba acostumbrando a reaccionar al sonido que emitía el aparato cada vez que él le escribía. Era algo metálico o cristalino, como el golpe de una moneda contra una copa, un sonido que la removía. Tomó el teléfono y abrió el directorio. Inició una llamada que canceló de inmediato. Era incapaz de invitarlo. No quería repetir una escena como la de la casa de Juan José. Él podía invitarla a ella. Ése era el orden ya establecido.

Héctor no tenía rutinas. Eso decía. Hablaba de una forma de trabajar distinta, nadie que no fuera artista podría entenderla; al menos, no con facilidad. No lo dijo con esas palabras. Lo que hacía era insertar en sus conversaciones con Ana frases en las que era obvio ese contenido, pero de forma aislada, como si le diera pequeños sorbos a su propio discurso. Su proceso creativo era complejo, decía, porque necesitaba una concentración plena. Le dijo que, aunque se despertaba diariamente con distinto horario, trabajaba siempre las mismas horas en un día. No abundó demasiado ni en el proceso ni en las actividades, sólo determinó de manera tajante la diferencia de ritmo que tenía con alguien que, por ejemplo, trabajara en una oficina. Lo de él era un tiempo completo distinto. Diferente al de ella, por ejemplo.

La primera vez que escuchó ese discurso de forma más completa, Ana quiso disentir. Los diseñadores, los *copys* y los redactores, los editores y los ilustradores… ninguno de ellos podía hacer su trabajo sin disciplina, dijo Ana. Lo mismo pasaba con los autores a los que encargaban trabajo, incluso otros fotógrafos, como él. La planeación y las estrategias de José María y Rosaura exigían entrega y concentración y, cuando no las había, los proyectos se iban directo al carajo. Héctor la escuchó con una sonrisa en los labios, apenas se le veían los dientes. Asintió con la cabeza, con dulzura, como si tratara con una niña, le tomó la barbilla y le dio un beso muy breve en los labios. Silencio: así guardaba silencio. Carne contra la suya.

En su casa, Héctor la conducía siempre por el mismo trayecto: de la entrada a la cocina y, de ahí, a la sala. Él siempre se sentaba en el sillón más largo (azul) y, tomándola de la mano, la colocaba en distintos sitios, usualmente en un *love-seat* (verde). A veces se besaban ahí —Héctor se inclinaba hacia ella o la jalaba para que se sentara junto a él, después de unos momentos de contemplarla— o, llevándola una vez más de la mano, iban al cuarto donde estaba la televisión, donde también catalogaba los negativos, señalaba sobre hojas de contacto las imágenes que entregaría impresas en algún trabajo o que usaría para sí mismo. Ahí la sentaba en una silla y le indicaba con un

gesto que era hora de proceder. A veces, la llevaba a su recámara, y la acomodaba sobre la cama, aprovechando que ella era más pequeña que él, menos fuerte y, ahora, dócil.

En su estudio, Héctor hacía marcas en papel y edición en una computadora que esperaba casi siempre encendida sobre un restirador. La llevó a su lado, a la pantalla, a las hojas de contacto, a los pequeños visores de las cámaras… Se quejó con amargura de los retrasos que había traído la tecnología para el mundo en el que a él le gustaba trabajar. Su colección de cámaras análogas vivía en maletines de cuero gastado, dentro de un mueble especialmente diseñado para contenerlos.

En esas tardes iniciales, él le enseñó a marcar las hojas de contacto, a catalogar las tiras de diapositivas y a vaciar la información en un documento en la computadora. Ana, con su predisposición al orden, comenzó a disfrutar ese proceso y a sentirlo como una parte imprescindible de sus visitas a esa casa. Se dio cuenta con inquietud de la traslación que había sufrido su interés, del cambio sutil en sus afectos y necesidades. Tocar las hojas de contacto, ver con sus propios ojos lo mismo que él veía, se volvió algo prioritario, más importante que su propio trabajo.

Regresó a eso cuando se sentó en su propia cama. Los mensajes de la madrugada estaban aún en el celular, había decidido no borrar ninguno. Nunca. Que se acumulara esa historia para revisarla más tarde: eran palabras que sí le interesaban. Que hubieran entrado a esas horas quería decir que Héctor no había dormido en la noche, que probablemente estuviera por acostarse apenas, sacando pendientes o haciendo alguna otra cosa de las que a Ana le parecían un misterio: ¿limpiaría él esa casa inmaculada?

“Hermosa: si me llamas y no te contesto”, le había dicho él, cara a cara, “es porque estoy ocupado. Usualmente, muy ocupado, ya sabes cómo es la cosa…”. Llamarle suponía varios riesgos que Ana pocas veces estaba dispuesta a correr: una negativa, el vacío de alguien que no contesta, la zona incómoda en la que nada hay que decir porque el otro no quiere escuchar. Sin saber por qué, contó el tiempo que llevaban viéndose. Contó las veces que se habían besado y las veces que habían tenido sexo, como se cuentan las posesiones que uno atesora cuando son pocas. Pensó en los espacios que había insertado en sus demás relaciones. Iba de su oficina a casa de Héctor o iba con él a cenar, al parque también, aunque ya mucho menos. Cuando no era así, prefería la soledad de su casa o la vecindad de sus compañeros de oficina, con los que limitaba cada vez más las conversaciones. Veía

a distintas personas en juntas, comía con Lucas o con Ximena, hablaba también con José María, pero había renunciado a una parte de sus hábitos, especialmente a la visita semanal o quincenal a Rolando. Prefería no verlo, no quedar con él. Lo escuchaba largamente por el teléfono. Él se lamentaba, la extrañaba, le pedía que lo viera, le pedía hablarle de las cosas de las que siempre hablaban. Ana le solicitaba que le llamara al fijo: de esa forma liberaba la pequeña pantalla para sí.

No pensaba llegar sola a casa de sus padres, necesitaba alguien a su lado. Marcó el número de Juan José y esperó una respuesta.

—¿Te conté de Maribel? —Héctor inclinaba la cabeza cuando quería contar algo que lo emocionaba. Estaban en su estudio, bebiendo mezcal y acomodando diapositivas en las hojas de plástico suave, transparente, que irían después a una carpeta etiquetada. Ana tenía una letra pareja y homogénea que ahora ponía a trabajar marcando cuidadosamente, según las instrucciones de Héctor, el lugar al que correspondían las imágenes, la fecha y el tipo de toma.

Ana levantó la mirada de su labor y negó con la cabeza. No, no le había contado de Maribel. Guardaba con celo su información, hablaba sobre todo del trabajo, de las imágenes que ahora estaban frente a ella. De poco más. No era que guardara silencio: más bien, elegía un tema en cada ocasión y lo abordaba desde el principio hasta el final. La falta de ética profesional, un proyecto que tenía en mente, el predicamento en el que se encontraba… Le preguntaba —como se pregunta a interlocutores de sobremesa, sin importar su cercanía— qué opinaba de tal o cual cosa. Esas preguntas no eran invitaciones. No esperaban una respuesta. Eran él: cómodo consigo mismo.

Ana ponderó su mirada atenta mientras negaba con la cabeza, con el cuerpo entero. No había escuchado de Maribel y prefería no escuchar nada al respecto: hablaban sus ojos negros y subrayados, sus hombros, su pelo, sus pechos dentro del brasier. No su boca. Héctor asintió, tomó un poco de aire y lo soltó con un bufido:

—Pues Maribel tiene unos terrenos en el Valle de Guadalupe, bodegas. Hace un vino delicioso, y quiere que vaya para allá a tomar fotografías. Fui apenas en la vendimia, quiere que vuelva. ¿En serio no te conté que fui para allá y estuve con ella? Sus bodegas son preciosas, hay unas cabañas a un lado. Ésta es una época buenísima para visitarlas. Me comprará algunas piezas, le haré una presentación allá.

Ana sostuvo el plumón en el aire, parecía que iba a pintar el espacio que los separaba. Buscó sus ojos: habían dejado de mirarla, los había perdido entre diapositivas. A esas alturas, ella ya se había familiarizado con los cicloramas enroscados al final de una pared que no hacía esquina con el suelo en esa misma habitación, con los tripiés; conocía ya los caballitos de madera que Héctor había utilizado para

una serie de tomas en blanco y negro y los fierros retorcidos empleados como paisaje para unas tomas comerciales. Los miraba sin verlos demasiado. Las palabras del fotógrafo llevaron a la incomodidad de estar en un espacio ajeno. Y ese vacío a su realidad: su letra impecable, sus horas de trabajo, todo enfocado a algo que era incapaz de aprehender. En su garganta el fuego, en el estómago algo que estaba adquiriendo vida propia. Cruzó por su mente la silla vacía de su oficina, el celular apagado para no recibir mensajes, quejas…

—¿Maribel? No, no me has hablado de Maribel —dijo. Y añadió casi de inmediato—: ¿es amiga o novia o las dos cosas o ninguna de las anteriores?

Él se encogió de hombros:

—Yo diría que Maribel es mi conocida, nada más. Bueno, no… también es una clienta. Es de las que compra mucho de un jalón y me recomienda con sus amigos, socios, clientes. Qué raro que no te haya contado. Se me habrá pasado.

Agosto. La vendimia sucede los agostos. Y él no había mencionado ese viaje en sus relatos, no había dicho nada. Era un mes que ella quería atesorar porque habían avanzado: habían vuelto al origen de su relación, habían estado juntos, por fin algo más que besos. Septiembre caminaba veloz y ella aún no podía catalogar su relación física con Héctor. Por eso llevaba un estricto conteo de lo que sucedía cuando tenían contacto.

—No, no me platicaste. ¿Vas a ir?

—Claro que voy a ir. Voy a donde me invitan. Vivo de lo que hago, Ana, no tengo un sueldo mensual. Más me vale trabajar cuando me invitan.

—¿Te pagan todo?

—¿Por qué te importa eso? —preguntó él con el ceño fruncido.

Ana guardó silencio unos segundos y luego negó con la cabeza. Susurró: “Perdón”. Héctor se paró y fue hacia la ventana, pareció absorber con la cara, por los ojos, la luz difusa que entraba.

—¿Me vas a invitar? —dijo ella. Invitarla por primera vez a uno de sus viajes. Llevarla, estar juntos. Ana trató de contener la reacción de su cuerpo. ¿Qué pasaría si él decía que no? Se sintió capaz de vomitar ahí mismo.

Él se giró para verla y luego a la ventana. Inclinó la cabeza y respondió con un tono al que le faltaba un encogimiento de hombros:

—Si quieres… A lo mejor te aburres, porque voy a trabajar. Pero si quieres, puedes venir, claro. Pensé que tenías mucho trabajo, tú sabrás mejor lo que te conviene.

Ana dejó el plumón. La falta de costumbre le robó palabras y posibilidades. Se levantó con cuidado y hasta entonces se dio cuenta de que no sentía la posibilidad de acercarse a él y tocarlo: abrazarlo por detrás, iniciar algo más íntimo.

Héctor dejó la ventana y se le acercó.

—No estaré mucho tiempo fuera. Unos días apenas —dijo, tomándola de la mano. Luego se echó para atrás y preguntó—: ¿quieres agua?

Ana asintió. Él se le aproximó un poco más. Ella llevaba puesta la misma chamarra de piel negra y fina que tenía cuando lo conoció y que ahora crujió suavemente con los brazos de él apretándola contra su cuerpo. Llenó con un delicado olor vacuno el beso que se dieron antes de que Héctor se alejara un poco y extendiera hacia ella su mano. Le metió dos dedos a la boca, le separó las mandíbulas y tomó su lengua. Luego se inclinó hacia ella y, con sus labios, haciendo vacío, la jaló, la hizo reverberar.

—Antes del agua, quiero mujer —dijo.

Ella suspiró. Entraban a un lenguaje familiar, que podía darle un poco de sosiego previo al desconsuelo. Le dirigió una sonrisa que no fue devuelta. Héctor la tomó por la cintura y la llevó a la sala. La paró frente a sí, de espaldas. Ella comenzó a quitarse la chamarra, él se lo impidió. Otra vez, otra vez sucedería así. Con la mente casi en blanco, sintió cómo le aflojaba el cinturón, le desabrochaba los pantalones, le bajaba el bikini negro… Trató de tocarlo, por instinto. Quería girarse porque consideraba que ya había pasado esa prueba antes, con éxito. Él la detuvo con violencia. Extendió el brazo izquierdo para abarcarla, atenazándole los brazos, fijos a su cuerpo. Lo sintió besarla en el cuello, en la nuca, sintió saliva en una oreja. La boca volvió al cuello, con fuerza. Unos dientes contra su piel, presión, dolor. La firmeza del abrazo no le permitía moverse o girarse, sólo quejarse. Alcanzó a decir “No” cuando quería decir algo que había dicho o pensado o susurrado o necesitado con anterioridad: “Así no”. Así no. Escuchó el familiar crujido del empaque de aluminio forrado en plástico y, poco después, lo sintió dentro.

AMISTADES

Había dos llamadas perdidas de Juan José, una en el celular y una en la contestadora de su oficina. Ana, de pie, movió el cursor de la computadora para revisar sus correos y se sentó en su silla giratoria.

Se acercaban las seis de la tarde. Desde finales de octubre, el sol ya comenzaba a mostrar prisa por irse y en ella se había instalado una nostalgia; sentía que en algún lugar de su interior comenzaba algo parecido a la humedad de las paredes, un rincón que empieza a abombarse, cambia de coloración, tiene un aroma distinto y una textura nueva. Salitre. Manchas.

Se sorprendía extrañando los tiempos en la agencia de Ledesma y debía obligar a su memoria a recordar la realidad del desgaste que implicaba ese trabajo. Recordaba entre brumas la vida con Pablo. Por las noches, antes de acostarse, se pensaba aún casada con él. Exprimía entonces sus recuerdos para entender que no eran pareja, que tenían una relación más allá de eso, con un amor distinto. Pensaba también en Rolando, en todas las posibilidades que ella se negaba a explorar a pesar de sentirse tan cómoda con él, tan bien a su lado.

Desde el festejo de su padre, Ana no había visto a Juan José. Salía cada vez menos, concentrándose en dos cosas: una era su trabajo. Se sentaba durante horas frente a la pantalla. Había hecho de las respuestas a los correos electrónicos una especie de ritual: respondía con gran velocidad, sin mirar el teclado; anotaba siempre los puntos que quería dejar claros de manera muy escueta y ordenada. Numeraba los temas a tratar en ese correo: 1.-, 2.-, 3.- o a), b), c)… Los chicos de su equipo y los eventuales acudían a ella cada vez con mayor frecuencia para consultarla, inseguros. Era el precio a pagar para tener el control del espacio que le tocaba gobernar en la sociedad: quería ganarse el derecho a faltar a las oficinas cuando le diera la gana.

También se concentraba en Héctor. Cuando no lo veía, lo pensaba. Lo suponía.

Escuchó el mensaje, la voz gruesa de su amigo. Oyó cómo se movía la barba tupida contra la bocina. Sólo quería saludar, comentar el punto. A Ana le hubiera gustado que el punto a tratar fuera su familia, pero esa conversación ya había sucedido y él no era repetitivo.

Sus padres sentían por Juan José algo cercano a la adoración; su madre le insistía, después de verlos juntos, que lo hiciera su pareja, que se casara con él para que ninguno de los dos desperdiciara el resto de sus años jóvenes dedicándolos únicamente al trabajo. Podrían tener hijos, estar acompañados, porque se querían y se veían bien uno al lado del otro. Ana no tenía ganas de entrar con su madre en explicaciones, le parecía un sinsentido. Creía que, en parte, era una forma más de incordiarla, una incomodidad más que quería aplicarle. Porque, a esas alturas, su madre debía saber… suponer, al menos.

Su amigo carecía de amaneramientos; su voz ronca y redonda, su tamaño y la mirada melancólica de sus ojos lo hacían atractivo para las mujeres. Era viril, sólido. Y tenía debilidad por los hombres, especialmente por uno. A diferencia de Ramiro, no deseaba experimentar con mujeres; llevaba con ellas el contacto más sutil de la amistad.

La cena familiar resultó ser menos una tortura que un recordatorio de lo que significaba estar bajo el escrutinio materno. Ana estaba segura de que su padre había tenido, si no varias, al menos sí un par de relaciones extramaritales. Era un hombre que parecía satisfecho. No tenía la energía de su mujer —una corriente eléctrica encerrada en un cuerpo delgado, tensión pura—, pero tampoco se dejaba arrastrar por ella, no la dejaba abrumarlo demasiado. Ana pensaba que si él se hubiera quedado únicamente con su madre, tarde o temprano habría salido mellado, torcido por esa voluntad rígida. Era un hombre que viajaba por trabajo o que decidía pasar algunos días sin Ana María en su casa de fin de semana en Valle de Bravo, a la que ella no iba con mucha frecuencia porque el bosque no le ofrecía las ocupaciones que necesitaba, la dosis de desencanto que sólo encontraba en la ciudad. Lorenzo estaba por comprarse una casa en Cuernavaca porque, decía, el clima más cálido de ese lugar y su altura eran precisamente lo que necesitaba. Esa decisión —que Ana sabía que llevaría a cabo— era una forma de confrontar a su mujer: ella detestaba los lugares donde era necesario llevar zapatos descubiertos.

Vino y un pastel de chocolate amargo, colocados en una de las mesas que su madre preparaba, con la disciplina y el rigor de un militar de la estética, para los eventos especiales. Nada estaba fuera de lugar; era a la vez hermoso y temible. Juan José y ella se integraron más o menos rápido a un convivio que parecía recepción de embajada.

Antes de que pasaran a la mesa, su hermano Miguel se le acercó. Era más alto que ella, más delgado. Le sonrió a Juan José primero y le estrechó la mano. Luego se giró hacia su hermana y la besó como si

fuera una conocida de la familia. Ella no se sentía cercana a él.

Ese espacio rigurosamente vigilado no parecía aceptar un cumpleaños, pero eso no los amilanó. Felicitaron ambos al festejado —Ana le dio un abrazo largo a su padre, más de lo que acostumbraba—, saludaron, platicaron, se sentaron a la mesa y, en cuanto fue oportuno, se fueron casi sin despedirse.

Decidieron irse a beber unos tragos después de esa cena, en un bar de luces tenues cercano a casa de Juan José. Hablaron sin parar de Lorenzo y Miguel, de los tíos y los primos. Ana María se llevó las palmas: se veía perfecta, muy bien arreglada. Aunque su amigo no fue particularmente duro con ninguno de los miembros de su familia, Ana notó que desaprobaba ese trato frío, la tirantez con la que se hacían las cosas ahí.

Le llamó al celular y por fin tuvo suerte.

—Hola, mi rey —dijo ella al escuchar la contestación.

—Hola, Anita —respondió él contra la costumbre que tenía de repetir los saludos que ella proponía.

—¿Todo bien? —Ana sintió que se le hundía el pecho. ¿Qué había pasado? Pensó en Héctor y la inquietó relacionar un saludo frío —el de su amigo— con él.

—Todo bien, pero podríamos vernos hoy, ¿no? Hace mucho que no te veo.

Ella trató de decir: apenas una semana, no más. Guardó silencio porque entendía la referencia: verse había sido recuperar casi nada de lo cotidiano. Se sonrió. Una vez más, abandonaba las cosas de su vida para ir detrás de algún hombre. Y lo invitó a cenar.

Hay relaciones que mejoran con la ausencia. Ana pensaba eso de su vínculo con Pablo. La suavidad de los primeros años, que le había resultado anodina viviendo con él, le parecía ahora algo cercano a la dulzura, un abrazo anticipado, la calidez y la constancia.

Lo miró desde la ventana de su habitación. Adivinó tras la reja sus piernas delgadas y flexibles, su torso todavía esbelto, y se sintió satisfecha. Salió a recibirlo. Había prometido llegar con la nena, pero venía solo, con un racimo de flores que le extendió antes de dejarse abrazar.

Pasaron a la sala. Pablo miraba ese lugar como sólo un arquitecto puede hacerlo. Le había recomendado a una colega suya para la restauración de la casa y había supervisado que no hubiera excesos en los costos. Le había dado consejos y se había quedado con ella a pensar cómo respetar los espacios mejorándolos, adaptándolos a los requerimientos modernos.

La nostalgia. Volvió a picarle a Ana en la sien, en el cuello, en el plexo solar. La ayuda y la supervisión, el tiempo valioso de un arquitecto comprometido, habían formado parte de su vida antes de que Pablo se casara de nuevo, del nacimiento de la bebita, de Héctor. Ahora la posibilidad de que pasaran varias horas juntos, decidiendo el porvenir de las paredes, estaba aniquilada.

Él la miró sonriente, tratando de colarse a sus pensamientos. Estaba ahí porque ella lo había pedido. Se había vuelto obsesiva con la protección de su intimidad. No quería a nadie en su casa salvo a la mujer de la limpieza, que era como una sombra. La reclusión. Eso había empezado unos meses atrás; prefería pasar horas en el departamento de Héctor, familiarizándose cada vez más con sus muebles, con el reloj de pared que parecía una fotografía del tiempo remoto de sus infancias. Lo había llevado, claro, a conocer su casa, a ver lo que había sido de su abuela y ahora era de ella, lo que había recuperado y querido desde siempre. Lo había llevado a conocer sus cuadros cuidadosamente enmarcados, las figurillas de Netsuke encerradas en capelos, los tapetes tibetanos, las lámparas sobrias y caras. El fotógrafo había revisado todo con una ceja elevada, un

encogimiento de hombros, una expresión indefinida que, como la sonrisa, también le marcaba los hoyuelos en las mejillas. Olfateó, tocó y sentenció: “No tenemos el mismo gusto”.

Ahora, lo acompañaba a lo que él le pidiera sin saber muy bien por qué. Ese imán, la fuerza gravitatoria que ejercía sobre ella, era algo que Pablo no había tenido y que Ana le confería ahora, después de tanto tiempo de conocerlo, desde otro lado.

Caminaron juntos a la cocina y ella sirvió dos vasos de agua. Era viernes por la tarde y Andrea, la mujer de Pablo, se había ido a un viaje con sus amigas. Irían unos días a San Miguel de Allende, a la casa de una de ellas, próxima a casarse. Él tenía a Paula, la bebé, pero la había dejado en casa de sus padres, junto con una batería de mamilas con leche materna, para estar con Ana. Ella, ahí, por un momento, pensó que podía besarlo, meter su lengua a la boca que él ahora abría para beber agua y luego llevárselo a la cama. Habían hecho el amor cientos de veces antes, en su matrimonio, sin que eso dejara una estela de lujuria en ellos, una sola ceniza ardiente. Pensó que podría acostarse con él sin problemas, aunque no se sintiera excitada. Necesitaba sentirlo más cerca, tenerlo próximo. Pablo percibió el curso de su mente y de inmediato se hizo para atrás antes de regalarle una nueva sonrisa.

—Anita, Anita… —dijo, como barrera de contención.

Ella dio un trago largo a su vaso de agua y lo tomó de la mano para llevarlo a los lugares que él no había visto arreglados. La labor que quedaba por hacer era aún muy intensa. Ana se dio cuenta de que esos últimos meses las cosas no parecían haber cambiado mucho. Orquídeas en tiestos saludaban bajo las ventanas del pasillo que llevaba a la cocina.

—¿No han floreado? —dijo Pablo, señalándolas.

Ella negó con la cabeza. Desde hacía un par de meses no dedicaba suficiente tiempo para que crecieran esos botones que presionaban con fuerza hasta estallar en corolas pálidas con centros palpitantes, vulvosos. Las hojas verdes eran como lenguas que lamían su camino, a la espera de mayores cuidados. El jardín padecía de un síndrome similar: los helechos crecían sin control y sus melenas desbordaban por encima de las malamadres; la enredadera de jazmín se trepaba ya al cuarto de servicio, descocada. Faltaba que Ana se enfocara algunos días a atenderlo de la mano de un jardinero. Otros detalles, sin embargo, mejoraban.

En el pasillo que iba del comedor a la cocina, tres largas duelas brillaban con un color distinto al del resto. Después de la cepillada y

pulida que se le había dado a toda la madera vieja, Ana decidió que esos tablones en particular debían mantener un color diferente. Pablo, que las conocía y sabía su historia, que había abrazado con cariño la señal que las duelas rotas habían dejado en la carne de Ana, las señaló al pasar, con una sonrisa.

Pablo habló de Andrea (era una maravilla siempre y cuando no tuviera la regla o se sintiera relegada: "Si un día la beba me prefiere a mí, nos jodimos todos"), de Paula (el amor era, dijo, algo que no se ha vivido hasta que hay un hijo de por medio, hasta entonces), de sus propios padres (una bomba de tiempo, que estallaría más temprano que tarde, porque no sabían cuidar de su salud). Poco a poco la plática conformó su propio ritmo, fue y vino: de la casa y lo que Ana lograba hacer con ella a los avances de Paula con sus ojos, sus manitas, su boca succionadora; del viaje que hicieron juntos a Londres, cuando él decidió estudiar una especialidad en urbanismo por allá y que determinó su separación; de la forma de ser de Juan José y lo aleatorio que podía ser Ramiro; de la ciudad que ahora vivían, tan diferente a la de su primera infancia y juventud.

Luego él anunció que debía irse, preocupado por la hora y por su hijita. La noche dominaba el cielo. Ana lo despidió y cerró la puerta con alivio. Aunque la tranquilizaba, también le exigía que dejara en paz el teléfono celular. Sin Pablo en casa, podía volver a la vida que llevaba en su pequeña pantalla. Y sí, ahí estaban: los mensajes que siempre recibía de Héctor cuando algo que no fuera él la ocupaba.

Durante una semana entera, desde su última conversación con Juan José, había vigilado su obsesión por el aparato. Una regla para sí misma: no podía acudir al celular si no sonaba. Pensaba cumplir su propia instrucción, al menos en parte.

Su reunión con él le había resultado difícil, un peso que no había sospechado. Su amigo estaba en una disyuntiva, quería resolverla y definir un rumbo muy específico para sí. Lo dividía un trabajo que había empezado a detestar y una relación que de nuevo, como unos meses atrás, lo desgastaba. No era un hombre impulsivo. Sus decisiones, sin embargo, parecían las de alguien con necesidades distintas a las suyas. Su puesto lo obligaba a estar siempre en el ajetreo y se había enamorado de un hombre que no conocía la calma y que tendía a estados de ánimo pendulares.

Ana quería ayudarlo, ofrecerse como distracción y fuente de consejos. Sólo que ya no estaba en ella. Entre su pecho y su espalda había un dolor constante que sólo se le disolvía en sueños o cuando lograba concentrarse en su trabajo por más de veinte minutos seguidos. Procuró su mejor esfuerzo, quiso prestar atención, pero Héctor estaba de visita en su cabeza una vez más. En circunstancias normales, no habría dudado en llevarse a Juan José a cenar a un restaurante caro, ordenar por él, pagar la cuenta, llevarlo a su casa después de escuchar muy atenta sus tribulaciones, abrir una nueva botella de vino en la cocina de su amigo y bebérsela con él hasta sentir todo el volumen de su cuerpo —sus manos anchas, su pecho expandido y velludo, su espalda inmensa— dulce y agotado. Eso mismo era lo que él había hecho por ella en distintas ocasiones.

Tan sólo pudo ofrecer un café expedito, sus piernas moviéndose de manera compulsiva, como si la prisa la atenazara: mucho menos de lo que él merecía. Era mejor no ver al amigo que la había apoyado y querido tanto tiempo, porque algo en ella se desplazaba. Algo se le dislocaba, estaba a punto de romperse.

Ya en su casa, creyó escuchar la voz de Juan José retumbando en los cuartos vacíos, como una premonición. “La amargura”: es ahí donde todo se jode. Prestó atención a los sonidos: un tic tac lejano, en

la cocina, coches transitando; también los crujidos de las duelas contrayéndose, los sonidos del jardín: plantas creciendo, insectos moviéndose de un lado al otro, aves. Estaba sola, con la certeza de una palabra que retumbaba en esas paredes ahora encaladas. Amargura. *Unhappiness*.

El departamento de Nash era pequeño y luminoso. Ella, como casi todo el círculo central de Ana, prefería vivir en un lugar que tuviera algunas décadas de construido. Rechazaba de tajo las edificaciones nuevas en buena medida porque implicaban la destrucción de casas y propiedades que tenían, según sus palabras, “mucha más onda”. Los edificios viejos tenían defectos con los que era más fácil negociar que con los nuevos: sus paredes eran gruesas, sus techos altos y los ventanales dejaban entrar la luz.

Estaba en la calle de Romero de Terreros, en la colonia del Valle. Era un sitio más o menos caótico, que ella mantenía siempre cambiante, como su pelo. Cuando iba a visitarla, Ana la veía recoger algo del suelo como si apenas con una nueva presencia se diera cuenta de que había un pantalón, una bolsa del mercado o unas pantuflas ahí, a la mitad del paso.

Dos gatos presidían sobre la sala. Estaban siempre echados sobre un futón apenas cubierto por distintas telas pintadas con batik que, de tanto en tanto, se iban a la lavadora. Los animales se llamaban Jasón y Medea y se instalaban siempre muy cerca del visitante en turno.

—¿Quieres que los guarde? —Nash, en plan de anfitriona, hablaba de sus animales como si fueran zapatos.

Ana, sentada ya junto a ellos, negó con la cabeza. Esos gatos le gustaban. Le parecía increíble lo pequeños que sentía sus huesos cuando los tocaba con firmeza. Tenían tanto pelo y tan esponjado, que daban la impresión de ser unas bestias gigantes, en especial Medea. En cuanto los apretaba contra sí o tomaba una de sus patas con los dedos, presionándola, era obvia su pequeñez y fragilidad. Los gatos se movieron de su sitio y subieron a su regazo. Ana tomó a Jasón. Pensó primero que podía quebrarle uno de los cuartos traseros, dándole un buen apretón. Sería fácil, un movimiento sencillo. Unos momentos después, dejó de pensar para sentir: deseaba hacerlo. Asustada por su impulso, subió los brazos y los recargó en el respaldo del futón. Los gatos ronroneaban casi sobre ella.

—Entonces… —dijo la semióloga sentándose frente a ella, en un sillón de lectura, con tapiz morado y respaldo alto y ancho—: este tipo

y tú salen. Van a cenas, ven a los amigos. ¿Y qué son? ¿Qué es Héctor? ¿Tu... qué?

Ana recordó a Juan y Ramiro. "¿Son novios?" No había una respuesta para eso. ¿Amantes? Pensó en Rolando. En los hombres cuyas particularidades se le borraban en ese momento preciso quizá porque se había ido a la cama con ellos una única vez, si acaso un par; hombres que servían a un propósito más allá de la amistad o el amor o el noviazgo. Su mente regresó a su punto de partida: Rolando. En todo caso, era Nashelly quien podía dar con la palabra adecuada para referirse a Héctor, con quien había coincidido en algunas ocasiones, en plan social. Claro, no muchas porque iban sólo a los lugar que él elegía, a solas los dos. La había sentenciado: no iremos más a casa de Juan José, no saldremos con ese grupo. Así que casi siempre estaban en el departamento de la Condesa, impecable y frío.

Los paseos, las salidas, las visitas… todo eso lo planeaba él. Porque cuando la sugerencia era de Ana, algo fallaba, algo salía mal y la cita se tornaba incómoda incluso para ella: lo notaba desde antes de que él lo señalara, aun cuando no le dijera nada. Sucedían cosas de las que no era consciente en otras ocasiones. Si ella recomendaba un restaurante, ocurría: un plato que llegaba demasiado tarde, un mesero distraído, un costo desproporcionado o ruido irremontable en la mesa de junto. Elementos para el desasosiego. Así que se había predispuesto ya a que él decidiera y a seguirlo en esas decisiones: se ahorraría angustias.

Su amiga la miraba con sus ojos cafés, rasgados, de pestañas abundantes. "Ojos de animal", pensó Ana y bajó el rostro para acariciar a los gatos que tenían las patas delanteras subidas sus piernas, la cabeza apoyada cerca de su cuerpo. Se le había pasado el impulso y ya podía tocarlos sin temor. Medea se recargó contra su vientre. Los dos ronroneaban con fuerza.

—¿Vine para un interrogatorio? Me siento acosada por ustedes.

—Sí, es un interrogatorio —respondió Nashelly, seca. Agregó, moviéndose en su asiento—: ¿ustedes? ¿Nosotros? ¿Quiénes somos nosotros? ¿Ramiro y yo?

Ana levantó la vista y asintió. Luego paseó la mirada por ese departamento lleno de libros, plantas, objetos que bien podían ser rituales o adornos.

—Qué importa qué somos Héctor y yo. ¿A quién le importa? A mí no. A él tampoco.

Nashelly resopló. Luego se puso de pie y abrió uno de los ventanales.

—Tengo unas ganas locas de fumar —dijo Nash—. Pero ya lo dejé. Y no pienso regresar sólo porque me pones nerviosa.

Caminó hasta Ana y tomó a Medea de su regazo. La gata protestó. Ana entonces habló en un tono cortante, como si desprenderse del calor del animal le hubiera hecho daño:

—¿Cuántos años tenemos, Nash? Ni en secundaria me interrogaban mis amigas. No mames. ¿Cuál es el tema? ¿Qué importa qué somos? ¿Qué te importa a ti, en todo caso? ¿Te pregunto yo qué pasa con Daniel?, ¿lo cuestiono de alguna manera? Eres mi amiga, no de Héctor. Te da lo mismo si soy su amante o su esclava…

Esa palabra. Gracias a ella, su mente viajó entonces hasta Elías, el encuentro final: el desencuentro. Elías… ¿había sido su novio? ¿Y Pablo?, ¿qué era Pablo ahora? No un novio pero tampoco un amigo: familia, casi carne propia. Amantes, novios, amigos. Y la esclavitud: a qué, a quién…

—Muy bien —dijo Nashelly con la mayor seriedad—: te voy a decir qué pasa. Tu novio, o lo que sea, no me gusta nada. De veras. No me gusta. Punto. No te hace bien, hay algo que me… me subleva, yo creo. Y te lo tenía que decir porque así soy yo: digo las cosas. No me vas a salir con que no me conoces. Porque podía callarme, como se calla Juan, y no decirte nada. ¿Te has fijado en lo que te hace este idiota? ¿Has visto? Ana, tienes que verlo. ¡Estoy tan encabronada! Contigo, con él…

Desde la calle entraron los sonidos confusos de la tarde, cuando el día laboral ha terminado y se reorganiza la ciudad. Nashelly caminaba de un lado a otro, con energías eléctricas, animada por su intrepidez. Diría todo lo que se acumulaba en su mente, sin filtrarlo, porque era mejor para ella. Tal vez no para Ana: para ella.

—Tampoco me gustan sus fotografías. Es un fotógrafo… vacío. Eso es. No es un artista real. Tú lo sabes, ¡lo sabes! ¡No mames, lo sabes! Conoces a artistas verdaderos, ¿para qué creerle a un tipo así? Con un poco de práctica, tú o yo podríamos hacer fotos iguales.

Ana negó con la cabeza. Su mirada, fija en los movimientos de su amiga. Sintió envidia: de las energías de Nashelly, de su claridad, de reconocerla como había sido siempre, de su pasión para decirle las cosas. Jasón dormía a un lado suyo, con el cuerpo torcido en tres distintas direcciones. Lo tocó suavemente y el bicho maulló apenas antes de ronronear. Si algo había aprendido de su amiga en el trabajo con Ledesma era que le costaba mantener la boca cerrada. En un principio, eso las metió en problemas. Entonces Ana hizo pininos como negociadora, mediando entre Nash y Marco Ledesma. Siempre

estaba de acuerdo con la semióloga, pero se negaba a poner en riesgo su trabajo. Se modulaba a sí misma porque quería imponer eso en su amiga. Nash era, a la vez, un reflejo de lo que podía ser y de lo que prefería no ser.

Ledesma, como decía Juan José, era "corto de entendederas" y no se daba cuenta de lo que pensaban de él sus dos empleadas ni de la forma en la que manipulaban la situación. Eso le daba espacio a Ana para manejar las cosas, un espacio diplomático para sí misma. "No es listo, es astuto", habían convenido ambas. Astuto. Como un gato. Como un animal que caza: "*A predator*" en la excelente pronunciación de Ramiro. Sus pensamientos viajaron de inmediato a Héctor.

La verdad que no se dice empieza a parecer menos cierta. Nashelly le estaba ofreciendo una oportunidad para decirla. Ana podía aprovechar la situación y empezar contándole que, cuando ella hablaba, no la miraba a los ojos o asentía con evidente distracción, con los pensamientos en otro lado y no en lo que escuchaba. O que no recordaba las cosas dichas, lo que ella le narraba. Ana podía decirle, antes de los besos, en el sillón azul, algo de su vida íntima, de su trabajo, de su pasado. Si volvía a mencionarlo días después Héctor fruncía el ceño, sin que pasara siquiera una nube de reconocimiento por sus ojos. No quería saber de sus padres, no quería enterarse de las vicisitudes de sus amigos o de la falta de congruencia que ella sentía ahora con su vida laboral. Podía decirle, también, ahora que su amiga la miraba con los ojos ávidos, que era imposible acariciarlo o que él la acariciara. Que tomarlo de la mano era impensable a menos de que él avanzara la suya, con las implicaciones que llevaba. Que la forma en que la miraba la hacía sentirse ajena a sí misma, poco orgullosa, insegura. Porque podía decir "Tus tetas son maravillosas, son mías" y luego morderlas; podía darle una nalgada seca y, más tarde, mirar ese trozo de carne como si fuera algo repulsivo.

Podía hablar: contar que él giraba la cabeza, cuando estaba sobre ella, hacia donde sus ojos no tuvieran contacto. Y que le impedía moverse como le gustaba, que no le preguntaba si había tenido un orgasmo, que daba por hecho todo lo que sucedía entre ellos. Que no le hacía el amor como se lo había hecho Pablo: con dulzura, con cariño, con cuidado. Que no se lo hacía como Rolando: con pasión y habilidad, con esa conexión que los unía más allá del cuerpo a través del cuerpo mismo. Que no aspiraba su olor, deleitándose en él. Que no le acariciaba el rostro con afecto ni hablaba de sus sabores: el de su boca, en el sus pechos, el de su vulva. Que la miraba serio hasta que ella pedía una disculpa por nada. Hablar.

En lugar de eso, dijo:
—Nashelly: a la que le tiene que gustar es a mí.

Elías. El nombre remitía a cosas desconocidas. ¿Por qué no Francisco o Carlos? Sergio o Alfredo, como sus tíos… o Miguel, como su hermano. Los de Elías tenían nombres aún más raros: Ariel, Ezra. Los conocía de vista, así que sabía que eran hombres y no mujeres. Aunque a ella le parecía que esos dos nombres quedarían bien puestos en chicas. Incluso pensó que su nombre, tan sencillo, se beneficiaría asociándolo a algo complejo como Ezra: Ana Ezra.

Elías: el más joven de los tres, un muchacho al que con los años le crecerían patillas y se le caería el pelo de la coronilla, tendría una barba tupida y repetiría los remolinos de la cabeza en el pecho; un chico silencioso y apartado de todos, que prefería quedarse en casa en lugar de salir con sus hermanos al parque a jugar futbol o subirse al automóvil a dar vueltas. Ana observaba los movimientos de esa familia desde su casa, protegida tras las cortinas del cuarto de sus padres. No le parecían personas muy interesantes o peculiares, eran similares a todos los que por ahí vivían. Familias como la suya, que no daban pistas de ser ni misteriosas ni entrañables. Sólo él era diferente, de un modo confuso, difícil de describir.

Ana había intentado besarlo en sus encuentros. Él seguía llevándola a su cuarto: le vendaba los ojos (con una venda más sofisticada, que él mismo había elaborado) y la conducía por los hombros hasta sentarla en la cama. Ella anhelaba ese momento mientras estaba en la escuela o a la hora de la comida; esperaba ese momento mientras veía la televisión o se cepillaba frente al espejo. Así que, para encontrárselo y poder estar a solas con él, había desarrollado dos estrategias: la primera tenía que ver con sus obligaciones escolares y domésticas. Apenas terminaba de comer, se lanzaba a hacer la tarea y recoger todas sus cosas, con la barriga abultada, para acabar antes de que dieran las cinco de la tarde. Eso le permitía salir y deambular un rato por ahí, cerca de donde él paseaba. La segunda tenía que ver con su atuendo: siempre usaba faldas o vestidos. A veces con calcetines y botitas, a veces con sandalias, a veces con medias que le llegaban hasta el ombligo y partían su cuerpo en dos. Elías encontraba fáciles de tratar a esos vestidos anchos, holgados, con tirantes cuadrados que

se resbalaban con frecuencia. No importaba que hubiera una camiseta o un suéter debajo, no importaban siquiera las medias a la cintura. El vestido salía con facilidad por la cabeza y el resto era un trabajo placentero.

Ana se dejaba hacer, siguiendo las punzadas que sentía y que le indicaban cosas nuevas a las que aún no ponía nombre. Sus pechos parecían crecer con las caricias, semana a semana. Sus areolas amplias, rosa pálido, parecían ensancharse. Llevaba corpiños que cada vez le quedaban más ceñidos y que él sobaba con intensidad, como si la tela le interesara de una forma especial, antes de sacarlos y llevarse a la boca los pezones o de presionarlos con dos dedos, suavemente.

Fueron desarrollando habilidades. Ella lo tocaba también. Por encima del pantalón unas primeras veces para él muy perturbadoras: mojó su ropa, bufó en lugar de gemir. Le quitaba las manos, la obligaba a estarse quieta. Ella logró, sin embargo, cambiar eso. Poco a poco la fue dejando moverse a su antojo, cambió los bufidos por gemidos suaves y largos, por respiraciones agitadas, como las de la propia Ana. Ocho encuentros pasaron antes de que estuvieran desnudos, uno al lado del otro.

Ana aún llevaba la venda, corrida y chueca. Se la quitó para ver el cuerpo que tenía a un lado. Aunque lo conocía por partes, porque en algún punto de cada encuentro se descubría los ojos, mirarlo desnudo en su totalidad la hizo verlo de una manera diferente. Le pareció delgadísimo, sutil, a pesar de los vellos negrísimos que poblaban el pubis y que subían en línea recta hasta el ombligo. Apenas una mancha vellosa aparecía en el pecho.

Ella tenía una piel suave, blanquísima, líquida. Se podía adivinar el futuro de sus pechos. Tenía la espalda superior ancha, como si fuera nadadora; el vientre lunar y cálido; el aviso de unas nalgas poco femeninas.

Se tocaron con cuidado. Sus manos, ya más entrenadas, acariciaron primero la piel lisa del costado, los muslos, las pantorrillas (las de ella también sin afeitar), los hombros, la espalda. Él la mordió con cuidado en un pecho, en la cicatriz que le había dejado su accidente; la mordió junto a la axila después de aspirar su aroma a hormonas juveniles, de muchacha en desarrollo. Ella lo puso bocarriba, le tocó el pene erecto con las dos manos, se lo llevó a la boca con torpeza. En respuesta, él se giró para besarle la vulva y, con la misma inexperiencia, lamió lo que encontró a su paso. Se miraron, se frotaron uno contra el otro: los muslos, las caderas les servían bien para sus propósitos.

Los besos en la boca, sin embargo, parecían vedados, como si

pertenecieran a una dimensión que no podía gozarse en ese cuarto, en cuyas paredes convivían pósteres de Nirvana y David Bowie, que Ana no escuchaba y apenas conocía.

Sus jóvenes cuerpos estaban enmarcados por libros guardados en huacales apilados, de madera cruda; por cuadernos forrados en plástico transparente; por una guitarra eléctrica y ropa tirada sobre un sofá de una sola plaza.

Tampoco las conversaciones eran parte del esquema. Se limitaban a instrucciones, guías, apreciaciones. Los dos estaban ceñidos al lenguaje limitado de la pubertad, pero él tenía mejores formas de expresar las emociones que implicaban ese intercambio. Usaba frases cortas, positivas, claras. Ella, en cambio, era incapaz de articular palabras congruentes que no fueran la aceptación: sí.

Los besos para Ana vinieron hasta después, con otros cambios y otros hombres, con el final de ese inicio.

Por primera vez dormirían de manera pacífica, juntos, como pareja. Juntos en la misma cama y no como en el hotel una noche de fines de junio o en la casita de Tlayacapan. No, no. Una noche juntos en la cama de Héctor y, al menos por un rato, abrazados. Con un costo: Ana pagó un precio para llegar ahí.

No estaba en el departamento de la Condesa por casualidad. Desde sus oficinas de Sigman le había marcado varias veces, al teléfono fijo y al celular, para buscarlo. Dos recados simpáticos y no más, todo en un murmullo repetido a sí misma previamente. Sé *simpática*. Se arrepintió de sus palabras al dejar el primero. Cuando estaba por dejar el segundo, escuchó la voz de Héctor del otro lado. El desconcierto: ni había salido ni estaba en una junta como para no responder a sus llamadas. No sabía cómo tratarlo a pesar del tiempo que llevaban juntos. ¿Juntos? Imposible. Ana prefería no formular siquiera ese término: juntos.

—Estaba pensando en ti —dijo él—. De hecho, llevo todo el día pensando en ti.

¿De verdad? Ana no hizo la pregunta. La planteó y dejó que se disolviera en el aire de su oficina, que chocara contra las plantas. Él, parecía, siempre pensaba en ella. Con el auricular en la mano, ella se dio un par de golpes en plena frente, el ceño fruncido: todo el día, todo el día pensando en ti.

—Imagínate… —dijo al fin, y escuchó la sonrisa del otro lado y un suspiro.

—Es en serio, pensaba en ti. ¿Cuándo vienes? Deberías venir ahorita mismo. Deja lo que estés haciendo y ven corriendo. Acá te espero.

Varias acciones que parecían una misma: mirar el reloj, mirar la bandeja de entrada en su computadora, los papeles acumulados a un lado suyo, en una reja; mirar también el sol y sus intenciones y, de reojo, lo que sucedía fuera, en el pasillo. Viernes.

—Voy para allá —dijo más rápido de lo que hubiera querido.

Contestó dos correos sin leer bien sus respuestas, sin revisarlas con meticulosidad. Calculó que no pasaba nada si se iba porque tenía ya

muy listo el trabajo pendiente. Sólo que… Debía ir a su casa. Hizo un cálculo rápido: podría ir por una muda de ropa. Tal vez se quedara a dormir ahí, con él. Salió de la oficina sin despedirse. Llegó a su casa, en sentido opuesto a la de Héctor, y preparó una maleta pequeña. En el bolso tenía un poco de maquillaje, le pareció suficiente. Arrojó la maleta a la cajuela de su auto: no quería que él la viera de entrada. Por su mente no cruzó que él nunca la esperaba fuera, ni la recibía cuando llegaba; que no la acompañaba a su auto cuando se iba.

Tocó el timbre porque prefirió eso a usar sus llaves. Él la recibió despeinado, con la cara un poco hinchada y la barba crecida:

—Estaba en pijama, mírame.

Ella sonrió con alivio. Un buen estado de ánimo. Miró sus pants raídos, una playera que había tenido un pasado blanco, unos calcetines que tenían rayas de colores. La ropa que usaba cuando se veían estaba siempre gastada, decolorada, eran las prendas de un pintor de brocha gorda.

En la sala, estuvieron un rato sentados frente a frente, cada cual con una copa del vino que Héctor tenía abierto desde antes de recibirla. Por una vez, Ana se sentía energetizada a su lado. La invitación había transformado su actitud. Quería hablar con él, decirle cosas, contarle de su casa e invitarlo a ir de nuevo, tantos cambios…

Empezó a decir algo. Habló un poco de Lucas y luego, un poco caóticamente, de Nashelly y sus gatos. Él la miró en silencio y luego la interrumpió.

—No sé si sabes —dijo con tono grave—. ¿Viste lo que pasó?

Una tragedia. Una crisis humanitaria lo tenía afectado. De ahí, saltó a la política, a los últimos sucesos de ese mundo que habitaban y que estaba por colapsarse. Habló largos minutos, sin parar, y luego guardó silencio sin esperar respuesta. Se puso de pie y encendió el aparato de música. Leonard Cohen. Ella pensó en las protestas airadas de Ramiro cada vez que escuchaba la voz profunda y el trasfondo sórdido de la poesía del canadiense.

Mientras daba pequeños sorbos a su vino, miraba a Héctor y después a su alrededor. La interrupción y la plática la habían sacado de su entusiasmo inicial. Tomó aire y otro trago de vino más largo.

—Y dime, Ana… ¿tú qué? ¿Dejaste a un novio para venir a verme o qué?

La sorpresa llegó con la pregunta. También un revuelo en el estómago, una incomodidad para la que no tenía palabras. No pudo pensar en una respuesta. Notó que enrojecía y lo miró a los ojos. Él le ofrecía una sonrisa amplia y satisfecha.

Rolando. No lo había visto desde finales de septiembre. Era un hombre confiable que tenía una relación rara con una esposa con la que no vivía, a la que no quería y que no le gustaba, pero de la que se sentía responsable. No deseaba divorciarse de ella o no podía. Era lo mismo. Aunque tal vez sí, tal vez todo dependía de algo más. De ella misma, por ejemplo, de la relación que pudiera cultivar, del tiempo que quisiera dedicarle, de si estaba dispuesta a renunciar a espacios como el que Héctor le ofrecía. ¿Y cuál era la diferencia entre el periodista y el fotógrafo que la miraba divertido, con sus pestañas pobladas y su barba a medias? Era como si hubiera resuelto un misterio que fuera, a la vez, una buena broma. Ana sintió tensión en el cuello y dio otro trago. Había una pequeña maleta en la cajuela de su auto porque a ella, a ella le gustaba planear las cosas, tenerlas por anticipado. Pensó en decírselo, pero en su mente las frases, las preguntas, conversaciones enteras, se disolvían antes de llegar a ser pronunciadas. ¿Era eso el miedo?

Héctor se le acercó, le quitó la copa de la mano e inclinó la cabeza para besarla, su lengua buscándola, sus labios chupando. La atrajo a su cuerpo, la tomó de las caderas, la besó con intensidad. Le tocó los pechos. Chupó también su cuello, como si tuvieran veinte años. Luego se separó dejándola inclinada y se fue a la cocina. Le hizo una seña para que lo siguiera. Ahí abrió otra botella de vino y comenzó a servir dos vasos con agua. Las copas vacías estaban en la mesilla de la sala. Ella miraba cada acción en silencio, con los labios enrojecidos y los taninos asentándose en su interior. Él giró la cabeza y la vio a los ojos, la tocó de nuevo: apretó los pezones por encima de la blusa de algodón muy suave, por encima del brasier que tenía un encaje delicado.

Como había hecho una ocasión previa, la tomó de las nalgas y la cargó. La puso a un lado de la tarja. Tenía planes. Hizo una seña con la mano, la palma extendida al frente, como las que se les hacen a los perros para indicarles que el amo tomará una decisión, hará algo que la bestia debe tolerar porque es su papel. Le quitó el suéter esponjado, que estaba abierto al frente. Le desabotonó la blusa y desabrochó el brasier. Dejó los pechos libres sólo después de golpearlos ligeramente, darles unas palmadas como si fueran cachetes. (De pronto, unas ganas inmensas de devolverle las palmadas, pero no.) La obligó a subir las caderas y le quitó los pantalones, el calzón breve. La dejó únicamente con los tacones puestos y la giró, para mirarla casi de espaldas. Dijo: quieta. Lo dijo en una voz baja, silenciosa, y Ana sintió que eso era una orden *verdadera* que la obligaba a pararlo todo, hasta los

pensamientos. A pesar de eso, giró un poco la cabeza y alcanzó a verlo moviéndose rápido, alcanzando una cámara de las que estaban siempre a la mano en esa casa.

Se acercó a ella con la cámara en la mano. Se desabotonó el pantalón, se abrió la bragueta y sacó su pene erecto. Lo acarició con la mano derecha, la izquierda sostenía la cámara. Cuando terminó, le dijo, como había dicho antes, en un tono exacto, médico, tajante:

—Vístete.

Ana obedeció. Saltó al piso, se vistió, acomodó su ropa y a sí misma. Había sentido calor y ahora el frío la abrazaba. Tomó una toalla de papel, la humedeció en la tarja y se hincó para limpiar con ella la mancha blanquecina y espesa que había quedado en el suelo. Mientras limpiaba hasta el último rastro pensó en esas imágenes: ¿se había fotografiado él mismo?, ¿eran fotografías más bien de ella?, ¿de su vulva y su cuerpo desnudo y doblado? Al terminar, se enderezó para buscarlo con la mirada, para que la aprobara. Él la guió a la sala, acomodó la cámara en la mesilla. Se sentaron uno cerca del otro, sin tocarse.

Entonces ella hizo una pregunta sin pensarla bien, sin estar preparada para una respuesta. O sí, al revés: con una idea fija, con una respuesta propia, con miedo anticipado.

—¿Y tú? ¿Dejaste una novia para recibirme?

Juan José había llegado a una solución por su cuenta. (“Supongo que siempre es así. Estamos solos y todas esas cosas.”) Esto quería decir: mi tránsito personal, transformador, fue sin tu ayuda, sin ti. No tenía, sin embargo, reclamos en el tono de la voz.

—¿Dónde te metes? —le dijo cuando la vio. Habían quedado de verse en un café cerca de Sigman para que a ella le quedara cómodo y no dejarán pasar más días. Ana salió corriendo de su oficina para encontrarlo. (“Se te está haciendo costumbre”, le dijo Ximena cuando la vio en un pasillo, al salir: “Huir de aquí, se te está haciendo vicio”.) Quería alcanzar a su amigo antes de probar suerte en casa de Héctor. Antes de llamarlo y ver si podía pasar, quedarse ahí de nueva cuenta.

—¿No te llamó Ramiro? —preguntó Juan José después de los saludos. Miraba a su alrededor, como buscándolo—. Está por llegar. Quería verte, porque hace años que no nos vemos los tres juntos y no ha sabido nada de ti.

La convivencia cotidiana era difícil, pero él había hecho una apuesta. Habían repetido el ciclo: casas separadas, la misma casa, casas separadas. Pero no importaba que durmiera cada cual en su territorio o que estuvieran bajo un mismo techo: lo complicado era el día a día. En todo caso, había decidido una cosa: lo intentaría. Y Ramiro estaba de acuerdo, tampoco quería dejar esa relación. Lo que tenían en común resultaba difícil de discernir a primera vista, en ocasiones para ellos mismos. Ana lo entendía. No, no sólo lo entendía: empezaba a obsesionarse con el tema, quería saber más de eso y ver si podía aplicárselo a sí misma. ¿Se puede vivir con alguien con quien tienes diferencias profundas?

—¿Cómo decidiste que sí eran el uno para el otro? —el tono dejaba espacio para una broma, para que sus palabras se leyeran con algo de ironía. Juan José sonrió y se encogió de hombros.

—Fue el amor, supongo… —dijo después de un breve silencio—. El amor, que siempre sí existe.

El amor. Para Ana, esa palabra no tenía matices concretos, era algo intangible: retazos de personas, gestos, momentos perdidos de la infancia, episodios únicos e irrepetibles, algún nombre aislado. El

propio Juan José aparecía en su mente si pensaba en amor. Pablo. Y Rolando. En muchas ocasiones también Nash. Su padre. Pensó en el lugar que ocupaba Héctor. ¿Estaba entre los diez primeros? ¿Había diez espacios posibles? Dijo, pensativa: "El amor existe". ¿Su madre? ¿Su hermano? ¿Su abuela, lejana, muerta, dura? Un descubrimiento, una duda. "Tal vez: existe pero no lo identifico. Existe y no sé qué hacer con él".

Acababa noviembre y ella quería aprovechar los días antes del último mes del año; aprovecharlos para ver a sus amigos, para combinar sus visitas a la casa del fotógrafo con otros encuentros. Porque estar con él era estar encerrada. Héctor, el amor. Tal vez estaban relacionados y ella no lo podía ver. Hacía tanto que no se sentía enamorada. Pensó en eso: ¿Pablo?, ¿Rolando? ¿Se había enamorado de ellos? Se sorprendió de que la gente supiera identificar el sentimiento con claridad, que pudiera poner sobre él un dedo, señalándolo.

Ramiro llegó corriendo. Una estela olorosa a loción de sándalo y cedro llenó el ambiente. Ramiro: impecable y sonriente. Chula. Reina. Corazón. Hablaron de naderías. Del viento que había adelgazado y podía sentirse calando, sobre todo por las mañanas. Los temas fueron básicos. Cosas generales de Sigman, el próximo viaje al mar (Ana volvía a Peñasco); Ximena, la bella rara, embarazada de nuevo, que pronto se iría a Alemania. Y Nashelly, que seguía con Daniel y que estaba por adquirir otro gato, adoptaría. ("¿Cómo le va a poner? Que mejor consiga dos y les ponga Edipo y Yocasta": Ramiro.) También hablaron de Rosaura, que quería comerle el mandado a José María, enloquecido con la conservación.

Ana, después de su viaje a Altar, asesoraba a José María con gusto en todo lo relacionado con la fundación. Había comenzado a disfrutarlo, a ver más en serio el tema. Ponía a sus investigadores a trabajar, veía a qué podía enfocarse la organización que Sigman estaba por arrancar, además de su foco en la zona desértica.

Fuera de eso, sentía reticencias frente a lo que sucedía en su trabajo, un rechazo que le parecía poderoso. No quería meterse a revisar temas de clima laboral con sus clientes; supervisaba por encima y de mala manera la organización de fiestas; detestaba la historia de las empresas para las que trabajaban y de las que se desprenderían nombres, lemas, marcas, documentos. Eran historias que siempre le parecían narraciones vacuas, que era necesario adornar, como si se tratara de gestas heroicas. A últimas fechas prefería el silencio: en muchos casos, en suficientes disyuntivas,

prefería callarse. Ahora también. De pronto, sus amigos sabían cosas de su empresa que ella desconocía. El sentimiento que la había atacado frente a Pablo antes del bautizo volvía. Celos. Amor.

—¿Qué ha pasado con Chihuahua? —le preguntó Ramiro de pronto.

Rosaura y José María se habían enfrentado por ese tema. Los socios y los abogados, encogidos e incómodos, fueron testigos de algo frágil que se había roto entre los dos líderes.

Ana contestó:

—Nada. O sí… todo bien. No pasó nada malo, quiero decir. Nada que ponga en riesgo a la empresa o a ninguno de nosotros. Pero José María y Rosaura no están en su mejor momento, tienen una relación tensa —respondió Ana.

—Rosaura es una perra, ya te lo había dicho antes. Ni siquiera me tienes que explicar —dijo Ramiro con autosuficiencia. A Rosaura le había dado por tratar mal a la gente y se daba vuelo con Ramiro, que de por sí tenía la mecha corta.

—Me habla en unos tonos… —Ramiro se sentía obligado a justificar su encono. Tenía razón. Rosaura era déspota con casi todos. Como a Ximena y a Sigman, algo estaba pasándole. Ana se dio cuenta de que se le escapaba la situación de los demás y, por unos segundos, percibió de sí misma una ausencia. Pensó que tal vez su sociedad estaba a punto de disolverse.

—Y tú podrías hacer lo que quisieras si esa empresa se acaba. Podrías vender tus acciones, empezar un negocio propio o contratarte en otro lado. Eres talentosa, inteligente, guapa…

Ana bajó la cabeza y sonrió, se sentía intimidada por esas palabras. Ramiro rompió su silencio:

—¿Pero quién resolvió el tema de los chihuahueños, en específico? No me digas que los abogados.

—Chihuahuenses… —corrigió Juan José.

—Es lo mismo, Ana entendió. ¿Quién fue el valiente?

—¿Quién va a ser? —Juan hablaba de nueva cuenta—: el mismísimo señor Sigman. ¿O no?

—Y Lucas… —añadió Ana.

—Ah, Lucas… —dijo Ramiro—, qué bombón. Uf, me lo comería mañana, completito, frente y vuelta. Yo creo que él no lo sabe, pero es un bombón absoluto, ¿no? ¿No es uno de tus novios? Por cierto, ¿y Héctor? ¿Cuándo nos invitas a verlo? Porque salen, ¿no? Ustedes dos, todavía…

Ana sintió un vacío en el estómago. Hablar de Héctor era discutir

cosas innecesarias. ¿Qué podía decirles? Murmuró entre dientes, comiéndose una sonrisa: “Mis novios…”.

Ramiro sabía muy poco sobre Rolando y el periodista lo hacía sentir en desventaja. Pero se daba cuenta de que sus amigos percibían en ella algo distinto con Héctor, algo más, algo que no estaba presente con Rolando o ningún otro.

—Ana… ¿Ana? Ya, no te hagas la interesante. Un día nos vamos a cenar los cuatro y la pasamos bien, verás —dijo con entusiasmo y, volteándose a ver a Juan José, preguntó—: ¿o no? ¿Puede ser en la casa? ¿Otra cena?

Juan José dijo, con su voz ronca y cálida, con su tono pausado:

—Sólo esperemos que, en la próxima cena, Héctor sí se quede hasta el final, ¿no? Que no te deje ahí, sentada. Eso es como plantar a alguien. Peor.

Ella sonrió de nuevo y sintió que le pesaban los hombros. Tuvo ganas de terminar su reunión, salir de ahí a la carrera e irse en busca del fotógrafo. O de Rolando. De tener un hombre sobre ella; dentro, un hombre dentro. Sorteó las posibilidades y, en su fantasía, recurrió de nueva cuenta a Héctor: no sabía jamás qué esperar. Pensó —extrañada, como si fuera algo que le hubiera pasado a alguien más— en las ganas tan grandes que un rato antes había sentido por encontrarse con Juan. Ahora quería irse, irse ya.

Héctor había tenido muchas mujeres. No recordaba cuántas. No sabía para qué Ana quería tener esa información. Él no preguntaba. Ése era su discurso: él no llevaba una cuenta, no era un asunto importante, no tenía relevancia para nadie. Lo que ella hiciera o hubiera hecho, bajo la circunstancia que fuera, le incumbía sólo a ella, nada más. Es lo que deben pensar las personas cuando están con alguien: se comparten sólo fragmentos, y el pasado y el futuro no tienen relevancia.

Ana se sentía perdida en esas palabras. No recordaba que su pasado fuera un problema a tratar con sus parejas; el futuro, sólo cuando se trataba de proyectos compartidos. Con quienes ahora consideraba sus únicas parejas: Pablo, Rolando. La sombra de otras mujeres no había formado parte de su relación. ¿Cuántas? ¿Cómo? No importaba. Claro, había figuras concretas: Patricia, Andrea. Esposas verdaderas, de carne y hueso. Pero un conteo… Eso surgía apenas ahora, con Héctor. Antes era inexistente, no eran siquiera ausencias o vacíos: eran nada. Le dolía que él señalara la irrelevancia del tema haciéndolo presente. También que dijera nombres o hablara de esas personas como si en cualquier momento pudieran atravesar la puerta, sentarse a su lado, besarlo en la boca, saludarla.

—Con ella sí fui feliz —dijo él, con los ojos cerrados.

Estaban pecho contra pecho; ella encima de él, mirándolo. Héctor cerraba los ojos. Poco antes, los había paseado por la ventana, por sus recuerdos. De vez en cuando, la acariciaba: el pelo, la tela suave que le cubría la espalda. Era domingo por la mañana y hacía frío.

Ana cerró los ojos y suspiró.

—¿Ves cómo te pones? —dijo él.

—¿Cómo?

—Triste o no sé cómo…

—No, no; no es eso, es que estoy cansada.

Él se incorporó sobre la cama y le acarició el cuello, una mejilla, la parte superior de los hombros. Paseó sus dedos sobre esa zona con suavidad.

—Ven, dame un besito.

Ana acercó hacia él su cara y lo besó apenas en los labios.

—Un buen beso, dame un buen beso… Sólo ya sabes cómo no.

Tenía muy presente qué no debía hacer o, más bien, cuándo no debía hacer ciertas cosas. Era la primera vez que ese tema se ponía en palabras. Antes fueron gestos, detalles, movimientos. Por ejemplo, le detenía la mano cuando ella comenzaba a acariciarle el pene: así no, no todavía. No importaba qué tanto ella lo deseara o cuánto tiempo llevaran besándose o si él la tocaba a su gusto o la besaba de manera experimental.

Hacía varios días que no se veían y que él no respondía cuando ella le marcaba. Dijo no tener señal, estar donde no había un número fijo. Se había comunicado por correo electrónico en un par de ocasiones y hecho una breve llamada desde el punto sin nombre al que había ido para tomar las fotografías de un catálogo de moda. También le había mandado dos o tres mensajes de celular, con imágenes. Ahora estaban muy cerca y ella lo veía como a un objeto nuevo.

Si bien las tomas de moda no eran su trabajo principal, sí eran uno de los que más dinero le dejaban. Solía quejarse de lo arduo que era el esfuerzo, particularmente en locaciones exóticas, pero tomaba siempre lo que le ofrecían. Antes de ese viaje habían tenido sexo. De pie, como si no hubiera sillones o cama. Rápido, antes de salir a cenar. Los pantalones a los tobillos, la falda sobre las caderas, por encima de las nalgas, las botas puestas. Y en la cena, sentados lado a lado en una cabina a la que le daba una luz tenue, él habló de su salida al día siguiente:

—Me voy, salgo mañana, son un poco más de diez días. Estaré pensando en ti. Cuando no te veo, te extraño como desesperado. ¿Te he dicho eso antes?

Ana quiso preguntar, en ese momento, por qué no le había dicho otra cosa: hacía cuánto que sabía del viaje, a dónde era, con quién se iría. ¿Solo? ¿Con compañía? ¿Quiénes iban? También señaló para sí misma: no me toca la pierna, no me toma la mano. Atinó a mirarlo con la sonrisa que repetiría a su regreso, una sonrisa que parecía masticada, un poco rota. (“Si fuera Pablo…”) Sus pensamientos rondaban el pasado, viajaban en desorden por lugares, fechas. Esto no pasaba con otros hombres; con nadie, en realidad. Pensó en lo intolerante que se había vuelto con su madre y su hermano: no aguantaba siquiera un par de minutos al teléfono con ellos, no podía soportar el menor de los desplantes a los que eran afectos. Esto que le pasaba era otra cosa, algo que no hilaba consigo misma.

Ahora, con Héctor junto a sí, pensó en las imágenes que le llegaron al celular en los días de su ausencia. Aunque le resultaron más o

menos indescifrables, le devolvieron la sensación —en la garganta y el estómago— de tener una serpiente reptándola por dentro. Las fotos estaban acompañadas de palabras vagas, nada personales, con una redacción tentativa: “mira qué chingón”, “así nos va”, “Esto es chamba seria!”. El fotógrafo elegía trozos absurdos de la piel de un brazo, pedazos de suelo o pared, el cielo cruzado por nubes.

Héctor avisó desde allá, por mensaje: se tomaría unos días más para visitar a su galerista en San Antonio. Tenía tres galeristas, todas mujeres: una que vivía entre Tijuana y San Diego, una en San Antonio y la última en la Ciudad de México. A una de esas galerías, ella no sabía bien a cuál, habían ido a parar sus fotos con el torso desnudo; las fotos de su pecho, su clavícula, las pecas sobre su piel.

—¿Entonces? —preguntó él después del beso, poniéndose de pie—. ¿Sigues enojada conmigo?

—Que no estoy enojada.

—Tú me preguntaste qué pasó. La verdad es que no sé qué pasó; no sé bien cómo se terminó, no lo recuerdo. Pero sí te puedo decir que era feliz con ella, muy feliz. Eso es lo que querías saber, ¿no?

Ana suspiró a su pesar. La felicidad. Algo turbio y peculiar en boca de Héctor. Se paró y rodeó la cama con pasos cortos. Él la miraba complacido, con una sonrisa amplia cruzándole la cara, el rostro satisfecho de quien tiene lo que quiere. Le buscó la mano al sentirla cerca. Ella se la tendió antes de anunciar que iría al baño.

Cruzó el pasillo para llegar al baño de azulejos verdes. Llevaba puesta únicamente una sudadera. Se asomó primero a la cocina. Ahí, a su llegada, había encontrado sobre el mostrador dos copas con restos de vino y un cenicero recién vaciado: el aire olía a cigarro. Una de las copas tenía marcas de bilé. Las copas seguían ahí y se les habían sumado dos más, en las que ellos habían bebido la noche anterior. Ana no preguntó quién había llegado a visitarlo antes que ella. Él nada dijo.

En el baño pudo verse en un espejo de cuerpo entero. Levantó la prenda que llevaba y se miró de frente y luego de perfil, insatisfecha. Héctor no le había preguntado por su cicatriz: la había visto tantas veces y nunca la había mencionado. Era grande y, con los años, se había definido cada vez mejor: parecía en verdad una estrella, casi trazada a voluntad sobre su piel. Las líneas que la atravesaban bien podían ser una constelación, eso decía Rolando. Una que llevaba al Paraíso.

Sintió el frío calándola mientras orinaba. La mujer que lo había hecho feliz se llamaba Estela. Ahora lo sabía, aunque a eso llegó

después de varios intercambios de información confusa, cuando él empezó a soltar nombres cada tanto, asociándolos con rasgos específicos que siempre rondaban su plenitud, su felicidad, un mejor estado del ser: esto o aquello de tal o cual mujer había logrado darle momentos de éxtasis. Una era gran cocinera, otra tenía el ingenio a flor de piel, una más era sensual y directa, otra era la mujer con los ojos más hermosos del planeta, con un iris inmenso y misterioso. Ana sentía el impulso de preguntar qué aportaba ella a ese panorama de maravillas. De decir: ¿y mis ojos?, ¿qué piensas de mis ojos? Los sabía grandes, hermosos. ("Ojos hipnóticos", decía Rolando.) En vez de hablar, Ana guardaba un silencio furioso, seco, herido.

Estela fue amiga de la madre de Héctor, aunque era unos años mayor que ella. Así que le llevaría a Héctor unos veinticinco años, tal vez más. Según él, el divorcio aficionó a su madre a hacer reuniones en su casa. Se veían con ella muchas amigas sin pareja, mujeres que trabajaban como secretarias o en puestos administrativos, todavía jóvenes, algunas guapas. Estela no.

—Era fea —dijo él en algún momento—. No algo que asustara, sólo que no era bonita para nada. Tenía la nariz ancha, un poco deforme en la punta. Creo que tuvo un acné muy malo, algo así. Tenía marcas por toda la cara, hoyos. Y su cuerpo no era bonito, ni estético, no te creas. Barrigona, sin nalgas, aguada. O sea, sí, fea.

Ana volvió de puntas a la habitación. Él tenía los ojos cerrados, estaba de lado, cubierto por el edredón. Ella aprovechó el momento para taparse mejor: calzones, unos pants viejos de él, que le quedaban demasiado holgados, unos calcetines. Se acostó a su lado y lo abrazó. Era más grande que ella, más ancho y alto. Él palmeó la mano que le quedaba más cerca de las suyas, unas palmaditas apenas, y regresó a su posición inicial.

Estela y la felicidad. Según él, una de las reuniones de su madre terminó en algo así como una pijamada. Las mujeres hablaban casi a gritos, tomaban (alguna sabía hacer cocteles como profesional), se abrazaban. Él fue, como siempre, un testigo casi mudo porque era prácticamente un niño. Un chamaco joven que vivía con una mujer divorciada, admirada. Las amigas lo halagaban, lo mimaban, se lo sentaban en las piernas y jugaban con su pelo frente a una madre que parecía, en palabras de Héctor, complacida.

El departamento era pequeño, un lugar chiquito con dos recámaras amplias y otra pequeñita, como una covacha, al fondo, pasando la cocina. Ése era el cuarto del púber.

Ana pensó y repasó muchas veces las palabras que había

escuchado: “Ella vino por mí al cuartito. Me despertó, me dijo qué tenía que hacer y cómo. Era de las que gruñen un poco cuando cogen, ¿sabes? Como hacen los cerdos cuando buscan comida. Luego se quedó dormida a mi lado, roncaba. Y nos seguimos viendo”.

Le resultaba difícil entender la situación, imaginarla. Ahora Héctor roncaba, emulando la memoria de su mujer ideal. Ana sentía contra su pecho la espalda masculina, sus estertores. Sentía también deseos de salir de ahí, de estar en su casa. En vez de eso, acercó su cuerpo más al otro, trató de entrar en calor y de encontrar en el sueño algún alivio.

RENUNCIAS

Estaban ya acoplados. Todo parecía fácil. En la calle, un saludo apenas, una caminata en silencio, la casa, la venda: unos pasos hasta llegar a la habitación. A partir de ahí, el ritual se ampliaba, las manos recorriéndose mutuamente, en gestos multiplicados; una exposición sensorial a la que ambos se entregaban.

El cuerpo de Ana vivía con mucha antelación esas sensaciones: la excitación. Mezclaba ansiedad y anticipación gozosa cuando estaba en otra actividad que no fuera ver a Elías. Una cosa cualquiera —el roce de su muslo con la mesa del antecomedor, el agua de la regadera golpeándole los pechos, el sonido de las sábanas cuando tendían las camas en su casa— producía en su cuerpo una reacción en cadena. Por entonces, aún no se atrevía a emplear sus manos, sus dedos, para resolverlo por su propia cuenta. Se sentaba en alguna silla y balanceaba hacia delante y atrás las caderas, abriendo y cerrando las piernas, para que las descargas se sucedieran una a otra, siempre con él en mente.

Elías seguía reacio a entregar sus labios, su lengua, su boca entera: los besos no. Fruncía el ceño y arrugaba las comisuras. Era hábil con los dedos y había aprendido a hundir su lengua en las áreas húmedas o mullidas de Ana, pero parecía que la idea de dos lenguas chocando lo sobrepasaba.

Hablaban poco, con palabras sueltas, aisladas, no siempre con sentido. La voz era un vehículo inútil, que solían reservar para el saludo y la despedida. Cuando no estaba con él, ella tenía preguntas que hacer (los pósters, la música, la ausencia de familiares). El olvido besaba su frente en cuanto se sentaba en la cama, se recostaba, sentía sus manos y bebía su olor. Él avanzaba sobre ella, hundía la cara en sus axilas y luego le ponía cerca de la nariz las suyas, cubiertas de vellos erizados. Ana permitía sus dedos y su lengua, la palma de sus manos —más ancha de lo que parecía posible en ese cuerpo—, sus piernas, sus movimientos secos o bruscos, los balanceos y vaivenes. Se sonreían en silencio.

Cuando, unos años después, perdió la virginidad de una manera más tradicional con otro hombre, recordó con melancolía el recorrido

puntual que Elías había marcado en su memoria. Porque su vecino la acariciaba con el pene erecto y le permitía tocarlo como quisiera; porque, a pesar de ser renuente a que sus labios se tocaran, la llenaba de besos pequeños y rasposos en las pantorrillas, en las nalgas, en la ingle, en los pechos, en el costado, en el cuello. Deslizaba sus dedos dentro de ella con cuidado, sin quitarle los ojos de encima, vigilando cada una de sus reacciones, asombrado y satisfecho por las oleadas de placer que provocaba. Y cerraba los párpados cuando ella recorría su erección con las manos o con la boca. Suspiraba, murmuraba algo para sí mismo, sonreía discreto. La abrazaba al despedirse. "Adiós. Nos vemos pronto. Adiós."

No se lo preguntó entonces, ni porque el sentido común dictara la imposibilidad de esos encuentros sin sobresaltos. Nunca pensó: ¿Cuánto va a durar esto? Jamás formuló un miedo porque no lo tuvo ni siquiera cuando él se le acercó una tarde en la calle, nervioso, tenso. Hacía un par de semanas que no se encontraban: la evitaba. Aún así, al verla y ver su entusiasmo, le dirigió una sonrisa efusiva, generosa. No tiene relevancia, importa que nos sigamos viendo, aunque sea de vez en cuando. Para eso. A Elías, la cabeza parecía pesarle esa tarde. Se tomó el cráneo con ambas manos. Movió su cuello de un lado a otro, con los ojos cerrados, presa de una tormenta.

En vez de caminar directamente hacia la casa, hacia la habitación presidida por Bowie, por Cobain, avanzó calle abajo, sin prisa. Ella lo siguió. Después de un trecho que a Ana le pareció larguísimo llegaron a un parque pequeño, se pararon cerca de un puesto de periódicos, mirándose en silencio. Ella notó el ceño fruncido, la ansiedad en la respiración agitada. Dio un paso de lado, para acercarse a él. Entonces Elías le tomó la mano derecha con las suyas, húmedas y pegajosas, llevándola a su pecho. Luego hizo algo inesperado: le plantó un beso en los labios, uno veloz, antes de abrazarla con fuerza y contenerla en ese abrazo.

Después dijo: "Vamos".

Caminaron de vuelta, en silencio, hasta la casa de él. Entraron como siempre. Ana se detuvo en la sala y esperó a que le pusiera la venda porque, sin ella, algo fundamental de esos encuentros se perdía. Se dejó conducir, con una sonrisa en los labios y el cuerpo hinchado ya de excitación y gozo. Cerró los ojos porque conocía el camino y porque lo que le interesaba no podía vislumbrarse siquiera por los huecos que siempre quedaban entre la venda y su cara. Aunque ese día estaba más apretada que de costumbre, mucho más apretada, se sentía segura porque pronto se la quitaría y podría tener el cuerpo

delgado de Elías, sus vellos, su rostro, preso entre sus pupilas.

Un hueco. Un vacío intencional. La ausencia de sonido que acompaña a las personas conteniendo la respiración, los latidos acallados a la fuerza, las risas o los susurros engullidos. Eso fue lo que notó en cuanto entró al cuarto y, más pronunciado aún, cuando se sentó en el borde de la cama. Por primera vez notó que los resortes chirriaban, que crujía algo en algún lugar… ¿el suelo?, ¿las patas de la cama? Se llevó la mano derecha a la cara, para desanudar la venda que la hería, pero sintió que le apresaban la muñeca con fuerza, impidiéndoselo.

—¿Qué pasa? —su pregunta le sonó inútil y no obtuvo respuesta. Sintió a su lado el cuerpo frágil, tembloroso de Elías, y sintió después su mano helada posársele en el muslo descubierto. Seguía húmeda, pegajosa de ansias y miedo. En vez de recorrerla con la habilidad encontrada en los últimos meses, la palpó con torpeza en un viaje lleno de accidentes.

—¿Elías? —dijo Ana, porque sabía que tenían un vínculo y apelaba a él para que lo que estaba por pasar no pasara—. Elías… —repitió ya sin pregunta.

Sintió en su boca otra, tosca, fuerte. Sus labios se abrieron a la fuerza hasta que giró la cabeza para alejarla. Su muñeca seguía asida, así que empujó el cuerpo que se le abalanzaba con la mano izquierda y, muy pronto, con los pies, la fuerza completa de sus piernas juveniles. El empujón fue contraproducente. En segundos, antes de que pudiera hacer algo para defenderse, sintió sobre su cuerpo manos, bocas. Dedos que la recorrían. El silencio dio paso a risas, carcajadas tensas, no felices. También a la voz tenue, más ronca de lo que ella recordaba, de Elías: “Ya, ya, ya. ¡Ya! ¡Ya párenle, cabrones! Esto no. No es lo que acordamos”.

Entre ellos no habían acordado nada en realidad. Eso lo pensó Ana mucho tiempo después. No era posible que hicieran un acuerdo. Eran más, mayores, muchachos que querían ser hombres. Porque no podía permitirlo y porque, si flaqueaba, se arrepentiría de los momentos que atesoraba con Elías, dio patadas con toda su fuerza, se defendió con los dientes, con los codos, las caderas, la cabeza. Cuando se liberaban sus muñecas, soltaba manazos y puñetazos. Se recorrió un poco la venda y pudo ver una mórula de cabezas, pelo, manos, brazos, pantalones de mezclilla desabrochados, playeras sudadas, miembros erectos. Uno de ellos hacía esfuerzos constantes por taparle de nuevo los ojos. Otro llevaba con insistencia su pene a la boca que lanzaba dentelladas. Ella sentía labios y lenguas en sus pechos descubiertos a

la fuerza, en su pubis, en su ombligo: bocas que chupaban, mordían, jalaban; dedos que hurgaban de manera brutal, con tosquedad, para encontrar sus mucosas, tocar su clítoris, manos que pellizcaban sus pezones sin apreciarlos. Le dolía, el dolor empezó a nublarle la razón. Tenía la ropa enredada: en la cintura, a la altura de las clavículas, en los muslos y los tobillos. Falda, blusa, suéter, brasier, calzones, calcetas.

Los jóvenes hablaban entre sí. Trataban primero de calmarla y después de aplacarla, porque ella se había vuelto feroz. Empezaron a gritarse unos a otros, palabras sueltas, groserías, instrucciones. Elías no estaba en ese enredo. Ana lo localizó parado en una esquina, con los brazos cruzados frente al pecho, una mano cerca de la boca, la cabeza gacha, los hombros caídos. Le buscó los ojos, aunque pronto tuvo que girar la cara de nuevo para no perder el foco de su campo de batalla, para defenderse.

El sonido de cuerdas hechas con rizos metálicos, el golpe seco de algo que se rompe contra el suelo y unos gritos: "¡Ya!, ¡ya! ¡ya!". El tono subió, se convirtió en algo agudo, seco. Un momento más de forcejeo, un jalón, una lengua, una mordida y luego nada.

Ana cerró los ojos: no quería verlos. Ya había visto lo necesario. Un hermano de Elías, el mayor, y tres amigos suyos, muchachos de la cuadra. Conocidos a los que saludaba con un gesto apenas cuando los veía pasar y que podían o no devolverle el saludo. Escuchó sus voces —entre roncas y agudas, cansadas— decir nuevas groserías, oyó cómo se golpeaban (quizá en los brazos, en el pecho, en los hombros: tal vez palmadas de susto mezcladas con deseo y entusiasmo… ¿palmadas de triunfo?). Luego risas más o menos lejanas, que desaparecían. Hasta entonces le extrañó de veras la ausencia del resto de la familia, de la madre, el otro hermano, la sirvienta. No era normal una casa tan vacía. En la suya eso habría sido imposible. Sus encuentros en ese cuarto no hubieran sucedido.

Se enderezó y se miró. Quería verificar su estado, ver si compaginaba con la percepción que tenía de su cuerpo. Trató de acomodarse la ropa con dedos temblorosos. Elías se le acercó y la ayudó con cuidado a bajarse la falda, ponerse los zapatos, acomodarse la blusa, ponerse el suéter. Aunque sintió un rechazo inicial, una rigidez en su cuerpo, Ana la dominó para que él la ayudara. No podía moverse bien por el dolor y la tensión y, además, necesitaba algo que la integrara un poco. Elías le acarició el pelo, revuelto y húmedo —de sudor, de saliva, de sangre y semen— y le puso una mano en los hombros. Luego le tocó la cara llena de lágrimas y rasguños. Ella

hubiera querido sonreírle, sentía algo parecido a lo que sienten las personas cuando se caen y son observadas: una suerte de risa involuntaria, como si todo fuera parte de un montaje. Quiso decir algo; preguntarle, por ejemplo, por qué había pasado eso, si él lo sabía y desde cuándo tenía ese plan. Ninguna palabra salió de su boca.

Se puso de pie y le echó una última mirada a Bowie, a Nirvana, a la guitarra recién rota y arrojada al suelo, a la cama arrugada en la que no volvería a recostarse nunca y en la que el chico melancólico y casi mudo que la veía entre asombrado y compungido dormiría muchas noches más.

Caminó en silencio hasta la puerta, la reja de la casa, la calle: hasta su casa y su cama.

—¿Y qué significa esto? —dijo Ana con los ojos aún cerrados. Héctor estaba reclinado sobre ella, en el sillón de su sala.

—¿Qué significa? —dijo él con cara de auténtica sorpresa. Miró en distintas direcciones y preguntó de nuevo—: ¿qué significa qué?, ¿de qué hablas?

Ana entornó los ojos y sonrió. Tenía las manos frías y las palmas húmedas. Se las talló sobre los pantalones y lo miró nerviosa.

—¡Esto! —dijo abriendo los brazos y señalando la sala y hasta donde abarcaba la extensión de su cuerpo. Héctor la miró con una ceja arqueada, los hoyuelos marcados por el desconcierto.

—Qué significan todos estos besos —dijo ella finalmente.

—Ah, los besos.

—¿Mala pregunta?

—No, no, para nada. ¿Por qué habría de ser una mala pregunta? No es algo que haya pensado. No tengo mucha respuesta. Y te voy a seguir besando.

Ella no opuso resistencia. La besaba y ella dejaba de gobernar sus propias manos, que lo exploraban. La besaba y ella aflojaba las rodillas bajo el peso de ese cuerpo sobre el suyo y deslizaba la cadera hacia abajo en el sillón y echaba delante la pelvis, con la libertad que no tenía cuando estaba sin ropa.

Hacía una semana que se besaban a diario en ese sillón. Ya no eran las visitas eventuales —aunque muy frecuentes—, no eran más las salidas a cenar y las despedidas que podían terminar en un revoltijo de humedades y gemidos o en un beso largo de las buenas noches. Tampoco eran planes de fin de semana, con ella cargando cosas en la cajuela para estar un poco más cómoda. Se anunciaba el cierre del año, y ella sólo pensaba en usar la llave del departamento de Héctor. Sabía que su celular sonaría, que recibiría un mensaje o una llamada diciéndole la hora. Nada más. A veces, un beso acompañaba ese mensaje. A veces decía: “Quiero mujer”. A veces sólo una hora: 3:00, 5:30, 4:00…

Ana estaba dispuesta a una confrontación con José María, a que le reclamara sus ausencias de la oficina; estaba dispuesta a trabajar las

mañanas de los fines de semana y a estar de pie muy temprano con tal de tener las tardes para Héctor. Con tal de estar disponible cuando él lo quisiera. No quería decirle que no a nada.

Rolando. Pablo. Juan José. Sus padres. Nash. Todos podían irse al carajo. Quería estar sólo con él, tenerlo cerca, olerlo, tocarlo, sentir el roce de su barba a medio crecer. Quería esa sensación que no duraba mucho porque él se iba, siempre tenía algún lugar al que llegar. Quería estar con él aunque fuera a medias, con sus reglas; aunque tuviera que pedir perdón.

Todos los días de esa semana, sin falta, Héctor se había enderezado, después de tenerla debajo, devota, y le había acariciado la mejilla como se hace con los niños distraídos o las mascotas, para ponerse de pie antes de platicar sobre algo que le rondaba la cabeza.

Ella permanecía unos segundos como si aún lo tuviera encima, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Después se enderezaba, poco a poco; recuperaba el aliento y se acomodaba el pelo revuelto para poner atención a lo que él le decía, a sabiendas de la continuación: un aviso veloz, una breve despedida, ella tomando sin prisa sus cosas para salir a la calle, a su casa, a sus pensamientos.

Ahora, sin embargo, decidió parar al menos por unos momentos y cambiar la jugada. Sintió primero miedo. Algo revuelto en el estómago vacío y la visita del reptil. Una boa, con fuerza y sin veneno, subiéndole por la garganta. Retiró su cara de los besos, quitó su boca de la otra, tan deseada, y preguntó:

—¿Por qué sólo aquí y así?

Héctor suspiró con fastidio, como si se tratara de un tema repasado una y otra vez, miró su reloj de pulsera y se sentó.

—No sé por qué, Ana —dijo, con el tono de quien debe explicar de nueva cuenta una situación incómoda—. Así me nace… o me nacía.

Más de una semana sin penetrarla, sin desnudarse para ella y sin que ella se desnudara para él. ¿Cuánto tiempo así, con ese juego de niños? Debía llevar mejor la cuenta, retomar una contabilidad puntual de sus encuentros íntimos. Sólo que ahora estaban los besos, apasionados, intensos. Y estaba el departamento ordenado, el teléfono sin sonar. También estaban dos tazas de té antes de que ella llegara o dos copas de vino ya vacías o el olor a cigarro, algunos detalles fuera de lugar en esa casa impecable (y le daban ganas de revisar los botes de basura, buscar ahí respuestas).

Lo miró con tranquilidad. A su mente llegó Rolando y la habitó con sus recuerdos: no podía tener cerca su cuerpo sin tocarla, sin tocarla verdaderamente. No por encima, sino sintiéndola, piel con piel. Con él

se acostaba, en una cama, durante horas, borrachos los dos de sexo.

Héctor miraba hacia el frente, con un gesto cansado. Lo vio llevarse una mano al pelo, detenerla ahí un rato y pensó: "Estamos empezando una pelea. Una discusión". Una pelea, de pareja, le pareció entonces una promesa.

—Perdón, perdóname. Es que quiero más —dijo por fin y su voz rompió el silencio del reloj que daba siempre la misma hora—. Quiero eso que ya hemos hecho. Quiero más.

Ana tenía una cosa en mente: estaban empezando, llevaban muy poco tiempo. ¿Cuándo había sido el arranque? En el verano, pero no importaba la fecha precisa. El inicio de cualquier relación era siempre enloquecido, intenso. Eso duraba meses, hasta años. Incluso con Pablo había sido así. El inicio era siempre físico, era la atracción que después se convertiría en algo distinto. Unos hombres saben mejor que otros cómo administrar sus propias energías, pero en su experiencia era inevitable que los primeros encuentros fueran sólo piel, carne, saliva, sudor, jadeos. Héctor la miró sonriente, con una sonrisa que hizo que el reptil subiese un poco más, moviéndose por su garganta. Le besó la frente e hizo el anuncio esperado:

—Pues será otro día, belleza, porque ahora me tengo que ir. Tengo una cita urgente. Voy corriendo al baño y salimos juntos, ¿te parece?

Ana lo escuchó lavarse los dientes y orinar. Sintió sus propias manos nuevamente sudorosas y las talló una y otra y otra vez contra su pantalón. Saldrían juntos, ¿a dónde? Él iría solo, no la requería. Tenía una cita urgente. Pero ella había cancelado actividades, el trabajo que ya se le había vuelto caótico en la cabeza y que le daba buen dinero y donde, hasta hacía no mucho, era eficaz y exitosa. Lo vio regresar del baño, buscar con la mirada algo (una chamarra), ponérsela y ajustar con el pensamiento su lista de pendientes —el ceño fruncido, los ojos entrecerrados—. Olía a loción, se había pasado un cepillo por el pelo revuelto. Se veía bien, energético.

Levantó los ojos y la miró, como si apenas se diera cuenta de su presencia. Ella tomó su bolsa y caminó hacia la salida. Él cerró la puerta del departamento, agitó las llaves unos momentos en el aire y metió la mano derecha con ellas en la chamarra. En la calle miró el cielo, ya oscuro, y luego a ella. Le sonrió apenas y dijo con algo parecido a la alegría: "Nos vemos pronto", antes de darle un beso en la mejilla y caminar con determinación. Ana se quedó ahí, frente a la puerta del edificio, unos segundos, viéndolo alejarse. Sentía el roce de su barba en la piel (no en los labios). Se iba sin ella. No quería preguntar más y no quería saber. (Supuso la voz de Nashelly: "En ese

mismísimo momento yo lo mandaba a la chingada".) ¿Hacía cuánto que no veía a Nash?

Ya en su coche pensó en ir a visitar a Juan José; tan sólo llegar a su casa, sin avisar. Luego en llamarle a la propia Nash para incluirla en algún plan. En lugar de eso, se dirigió a Sigman. Las secretarias ya habían salido. La oficina de José María estaba a oscuras, se escuchaban las voces (las risas) de los muchachos que estaban de eventuales. Subió las escaleras al cuarto que le servía de oficina. Estaba inmersa en pensamientos sin rumbo —en los objetos que amueblan casi todas las mentes, difíciles de discernir— cuando escuchó su nombre repetido:

—¿Ana? ¡Ana! ¿Ya te perdimos?

Lucas la miraba con sus ojos inmensos, claros, y una ancha sonrisa. Sus rizos estaban desbordados, convertidos en un remolino en la parte alta de su cabeza. Tenía las mejillas sonrojadas, parecía de regreso de un maratón. Ella tardó en enfocarlo, en salir del sitio en el que estaba: Sigman, su oficina, Lucas.

—Qué pelos. ¿Qué te pasó? —dijo, toda sonrisas.

—Ah —dijo él, haciendo un esfuerzo por arreglarse un poco—, estuve ayudándole a don Lázaro a cargar unas cosas. Me llené de polvo. Traigo el pelo horrible, ¿no?

Ella volvió a sonreírle. No, no le parecía horrible. Se veía guapo, vital, joven y despreocupado. Dijo:

—Un poco desastroso, nada más…

Lucas volvió a aplacarse el pelo con las dos manos, se sacudió la ropa con fuerza y terminó de entrar en su oficina.

—¿A qué te dedicas? —preguntó.

—Iba a revisar pendientes. Tengo un montón de cosas que no he visto, quiero adelantar algo para mañana. ¿Visitarás Altar con nosotros?

—Sí —respondió él, ahora cruzaba por atrás de la espalda sus manos, con la mirada puesta sobre el escritorio de Ana, desorganizado.

Ella se dio cuenta y comenzó a separar papeles, carpetas…

—¿Ana? —preguntó él, con una voz que sonó a la vez tímida y juguetona—, ¿estás bien? ¿Puedo hacer algo para ayudarte? Tu escritorio no es así, no era. Oye, y tengo que decirte la neta: por acá dicen cosas.

Lo miró a los ojos. ¿Qué cosas dirían?, ¿qué podían decir? Que faltaba, que no estaba entregando a tiempo, que se le iban detalles. Pero había un equipo que se hacía cargo de las entregas, a las que

daba seguimiento, supervisión y el visto bueno. Y ella había ido a todas las juntas, las solicitaba en la mañana. Se desvelaba revisando correos electrónicos, madrugaba para cumplir con lo que le tocaba. Eran tiempos de vía remota, no era necesario *verla.* Tampoco eran épocas de mucho movimiento en la oficina: finales de noviembre servía para cerrar acuerdos que traerían negocios en enero, febrero.

—¿Qué dicen? —preguntó, asombrada del tono de su voz, frágil, quebradizo.

—Que has cambiado, eso dicen. No te diré quiénes, ¿para qué? —Lucas se divertía.

—¿Y tú qué piensas? —dijo Ana, enderezándose en su silla, consciente de su cuerpo, de su pelo, de su olor.

Él ensanchó los labios, su sonrisa fue casi sonora.

—Yo podría ayudarte… —dijo con la voz ronca y mirándola fijamente.

Ana reconoció el tono. Reconoció la forma en que Lucas le hablaba, la manera en la que se movía. Era cuestión de aceptar la oferta o rechazarla. Pensó en Héctor, en su salida relámpago. ¿De qué forma estaba con otras?, ¿igual que con ella? ¿O las trataba distinto, mejor? Su socio se le acercaba lentamente, como si la oficina estuviera a oscuras y él no supiera dónde encontrarla. A su lado, extendió una mano para tocarle la cara, la mejilla. Ana, sentada, sintió sus dedos cálidos, más firmes de lo que esperaba. Levantó la mirada para encontrarse con él y sonrió, con una timidez que al principio fue fingida pero que, cuando los dedos avanzaron hacia su nuca y acariciaron con torpeza su cabello, fue auténtica.

—Lucas…

Él no respondió con palabras. Hizo un sonido nasal, una especie de murmullo interior: “Mmmmh”. Algo que podía significar placer anticipado o duda. Era el momento de tomar una decisión. La voz de Nashelly llegó a ella, como transmitida directamente a su cerebro: “No son tantos. Puedes contarlos si sumas dedos y extremidades, ¿no? Estás en lo razonable… Además, a quién le importa si te acostaste con veinte o sesenta. A nadie, Ana”.

La idea la remitió a los nombres que Héctor pronunciaba, la lista que le recetaba con regularidad, como si deseara que ella tomara nota. Muy bien: él tenía su lista, ella la suya. Sólo que Ana la conservaba en la memoria, era algo que a nadie más le correspondía. No incluía en ella a los provisionales porque, incluso cuando fueran encuentros muy agradables, perdían sabor sin la continuidad. Los que estaban al frente de su lista eran una fracción del total, pero eran los que importaban:

Elías, Pablo, Rolando, algunos otros. Y Héctor.

Lucas podía ser el siguiente —o no—. Se sintió en una filmación: imaginó lo que verían los vecinos desde sus ventanas si los enfocaran. La mano de Lucas pasando de su mejilla a su nuca y a su mandíbula, su cabeza inclinada hacia ella y la de ella elevada hacia él. Los genitales de Lucas a la altura de su boca, la intención clara de que algo sucediera. Héctor podría ver esa escena, fotografiarla. La convertiría en algo magnífico: las dos personas parecerían multiplicadas, se leerían más cosas en esos gestos de las que pasaban en realidad. Porque lo que pasaba era nada.

Ana se echó para atrás, tomó la mano que la tocaba y la besó suavemente, apenas un roce de sus labios sobre la piel. No podía, no podía. Algo mataba en ella los deseos y las necesidades que podrían salvarla. Sintió que la inundaba la ternura: era un hombre más joven; un hombre sencillo con un misterio. Se puso de pie y le dio otro beso, ahora en los labios: también un roce, un gesto amistoso que se hacía cargo de la atracción mutua. Él la tomó de la cintura y se inclinó para besarla, pero ella lo rechazó con suavidad.

—No… —dijo sin mirarlo. Estaba dispuesta a dar explicaciones aunque no tuviera claro qué pasaba, qué quería, por qué sentía un animal subiéndole por la garganta cada vez que pensaba en hacer su voluntad. Pero él no las pidió. En vez, sonrió con afecto y la atrajo hacia su cuerpo, abrazándola con fuerza.

—Muy bien. Estamos todos cansados, hay que irse a casa —dijo. Elevó la mirada para enfocarla, la apuntó con un dedo—: Ponte a trabajar, haz lo que tengas que hacer y llévate a José María a tomar un café, reúnete con él para ver qué necesita. Luego con Rosaura. Sé lo que te digo. *I've got you, babe*.

Sonrió, un gesto amplio y afable. Se sacudió el pelo con la mano y se marchó.

Nash llevaba una trenza mohicana que cruzaba su cráneo desde la frente hasta los omóplatos. No sólo tenía mucho pelo, sino que le crecía a velocidades pasmosas. En la punta, el cabello estaba teñido de azul cobalto, así que el final de la trenza parecía un pincel recién sumergido en pintura. Se reunían por primera vez en mucho tiempo. Eso lo dijo Nashelly, con el tono regañón que Ana conocía tan bien. ("Siglos, no puede ser…") Se arrepintió casi enseguida de haberla convocado. Quería contarle de sus comidas, por separado, con José María y Rosaura, quería verla. Ana la encontró con la espalda rígida, esperándola en su asiento. Se le acercó, consciente de su retraso, para saludarla con un beso rápido en la mejilla y vio cómo se transformaba su rostro, cómo pasaba de un rictus amargo a la dulzura plena.

—¡Hey! —dijo Nash con voz suave, después de recibir el beso, con la sonrisa amplia y los codos abiertos, extendidos por encima de la mesa.

—Hey —respondió Ana, con menos entusiasmo, con las pocas energías que le quedaban.

—¿Todo bien? —la pregunta de la semióloga le parecía una repetición: alguien más le había preguntado eso apenas unos días atrás. ¿Quién? No lo recordaba. Más de una persona, probablemente.

—Claro, todo perfectamente. ¿Y tú? —Ana, ya sentada, se reclinó en su asiento y echó la cadera al frente. Sentía los hombros pesados y un sueño que no era natural. Había dejado los anticonceptivos —porque sus visitas a Rolando se habían vuelto esporádicas, no confiaba en Héctor lo suficiente para prescindir del condón y, además, suponía que las hormonas estaban cobrándole una cuenta a su cuerpo—. Anotó en su mente: tomar vitaminas, y preguntó—: ¿Tú tomas vitaminas?

Nashelly frunció el ceño, sus ojos marrones, de pestañas abundantes, se enfocaron en Ana.

—¿Qué? ¿Vitaminas? No, no tomo vitaminas. Como bien, salvo cuando como basura. Pero no como *tanta* basura, sólo a veces. Y ahí sí me atasco. ¿Pero por? ¿Tienes algo? ¿Hay que tomar vitaminas?

Ana sonrió a su pesar y negó con la cabeza:

—No, pero tengo mucho sueño y me siento cansada. No es que esté

trabajando más de lo que siempre trabajo: es lo mismo. Pero me siento cansada todo el tiempo. Ahora, por ejemplo, me siento exhausta. Si pudiera, me dormía aquí.

Nash no sonreía. La miraba con intensidad, revisándola:

—Tienes que ver a un médico. No es normal. Sabes que eso es un síntoma, ¿no? O sea, puede ser un síntoma: apenas el reflejo de lo que está pasando en realidad. Una señal. Indicios.

—No está pasando nada. Sólo estoy cansada.

—¿Por qué estás cansada? Dices que trabajas lo mismo. Algo te está cansando. Puede ser algo *dentro de ti* a lo que no le estás haciendo caso.

Ana asintió. Recordó la sensación del reptil subiéndosele por la garganta, cruzándole las vías del organismo, deteniéndose de vez en cuando en su estómago, cerca de sus pulmones. Una anaconda personal. Una horda de pequeñas culebras. Un dedito presionándole el esternón.

Ordenaron. Pidieron una botella de vino. Era una comida y había que volver a trabajar, pero Nashelly quería exprimirle información y consideraba que la botella sería su aliada. Se dijeron naderías en lo que llegaban los platos y luego Ana le contó primero cómo le había ido con Rosaura.

Se habían juntado en un restaurante, como ahora hacía con Nash. Sólo que el que visitara con Rosaura era más caro porque, en los últimos tiempos, los gustos de su socia tenían esa inclinación. Hablaron de los proyectos y de lo que seguía en adelante para Sigman. Ana tuvo que explicar que pasaba por un tránsito peculiar al que no podía ponerle nombre, que no se sentía ella misma. No era nada específico, nadie cercano había muerto, no tenía ninguna razón de peso. Simplemente algo se transformaba en su interior. Sus palabras la sorprendieron en ese momento y volvieron a sorprenderla mientras le contaba eso a Nash. Explicó bien qué era lo que hacía, cómo avanzaban sus proyectos, cómo trabajaba desde casa.

Rosaura tenía una agenda personal muy clara. Quería crecer la empresa, hacerla cada vez más redituable, y sentía que José María no estaba en ese plan. Ana sabía que la empresa *era* redituable. Recibía dividendos dos veces por año y bonos de productividad, además de su sueldo. El dinero fluía, pero Rosaura parecía estar en una racha voraz.

Con la plática, la comida y el vino, la anaconda se fue, se fueron los reptiles, hasta que sonó el celular. Su celular. Ana brincó: ¿tenía una junta y la había olvidado? ¿Qué podía ser? Contra su reciente costumbre —el trato que había hecho consigo misma— lo había

dejado encendido en la comida, puesto sobre la mesa. El vaso de agua vibró con el retintín. En la pantalla minúscula apareció el nombre: Héctor. Miró fijamente esa pantalla y ese nombre y luego vio a Nash: sus ojos clavados en ella, a la expectativa. Con la mano izquierda tapó la pantalla y dijo: "¿En qué íbamos?"

Su amiga sonrió y negó con la cabeza, como si le acabaran de contar una travesura. Preguntó:

—¿Por qué no quieres hablar con tu novio? ¿Le dijiste que vendrías conmigo y quiere verificar si te portas bien?

Ana tomó aire para hablar, pero Nashelly cortó su posible discurso:

—¿Te dije que me lo encontré? Me lo acabo de encontrar hace unos días.

El silencio. Todo el restaurante guardó silencio. Cesaron las conversaciones, los cubiertos se movieron sin sonidos. También se callaron la calle, los pájaros, el viento. Sonaba únicamente una voz femenina y el ruido interno de la sangre bombeando cerca de las sienes, viajando por los temporales o descendiendo hacia el cuello palpitante.

—¿Cuándo? —no se le movería un pelo, ni un músculo que no fuera necesario para formular la pregunta.

Nash se encogió de hombros, mirando su plato. Los aretes que traía puestos eran largos y se bambolearon cuando negó con la cabeza (el metal negó por tiempo más prolongado).

—No me acuerdo bien. Hace como cuatro, ¿cinco días? Tal vez menos, ¿tres? Tal vez más. No me acuerdo.

—Tienes una memoria impecable, ¿cómo no vas a acordarte?

Nashelly elevó la cabeza y frunció un poco el ceño:

—¿Todo bien?

Hacía cuatro días que Héctor no respondía su teléfono y le enviaba nuevamente mensajes crípticos y correos electrónicos sin sentido. No estaba en la ciudad y por eso no se podían ver. El viaje había durado más de lo planeado. Nash se equivocaba.

—¿En dónde?

—Por aquí —respondió su amiga con un gesto que implicaba lo mismo ese restaurante que la colonia y la ciudad entera.

Ana arqueó las cejas: una nueva pregunta que no había que plantear. Pero la semióloga no quería soltar prenda. La vio llevarse un bocado y masticar con lentitud; limpiarse con la servilleta de tela y dar un trago a su copa.

—Por aquí, sobre esta calle. Amsterdam. Más allá, caminando —dijo al fin—. Cuando digo que por aquí es que es por aquí, no tienes

que hacer caras. Yo caminaba, él caminaba. Lo reconocí, levanté una mano, no me saludó: fin de la historia. Siempre he dicho que es un grosero, un mamón y que te hace mal, pero a lo mejor además es miope. No sé. Tú sabrás mejor.

Sí. Mejor. De pronto pensó en Rolando, en las tardes pasadas con él, las noches, en el placer que le daba y la emoción que le provocaba; también en algún otro hombre, un fin de semana de agosto cuando Héctor no estaba. Así que él tenía derecho a lo que fuera. ¿O no? Todos eran libres, no había compromiso. Era hora de cambiar de conversación, de desviar ese flujo que la empujaba una y otra vez al mismo lugar. Los reptiles en la garganta, subiendo desde el estómago, anidados en su entraña. Su mesa, el restaurante, los meseros: todos sumergidos bajo un torrente que no tenía nombre y Ana quería parar eso de una buena vez. Preguntó:

—¿Qué piensas que debo hacer en Sigman?

Héctor tenía los ojos cerrados. Estaba echado de espalda sobre el sillón más largo de la sala. Así, era más obvio el aumento en el volumen de su vientre. Resaltaban también sus brazos —larguísimos, casi desproporcionados—, con unos músculos hinchados por la genética: no hacía ejercicio de manera regular. O no que ella supiera. Respiraba con calma, como si estuviera dormido. La playera le trepaba por encima del ombligo, los vellos en su piel hacían un remolino en ese orificio. Aunque había subido de peso, los pantalones le quedaban holgados.

—Estoy molido. No puedo hacer nada hoy, nada de nada. Ni comer siquiera. No creo que pueda dormir, tampoco.

Ana, sentada en la orilla de otro sillón, esperaba. Una invitación: eso hubiera sido lo sensato, lo que resonaría con ella. Pero, de nuevo, no se atrevió a hablar. Pensó en lo que le diría Nashelly, cada vez más propensa a ejercer una peculiar versión del psicoanálisis. ("Loquera de banqueta": Juan José.) Porque para sí misma era imposible no darse cuenta del cambio en su postura, su forma de sentarse. Ni, por supuesto, de los silencios. No le pasaba desapercibida la resistencia que sentía a decir lo que pensaba, como si eso fuera a llevarla a un lugar terrible del que no podría salir. En eso estaba ya. Salir, de cualquier manera, tampoco era una opción.

—Maribel me escribió —dijo él, aún con los ojos cerrados—. Hace mucho que no la veo y la veré en estos días. Me dijo que las últimas imágenes que le mostré le parecían el mejor trabajo del mundo. Eso dijo: del mundo. Me encanta que hable así, ya sabes que es una mujer importante. No me importa si no es cierto, lo dice *ella*, ¿ves? Me escribió un correo muy largo, muy generoso.

Ana sabía ya cómo era Maribel, aunque nunca la había visto en persona. Daba lo mismo. Era una pieza importante de ese rompecabezas. Una mujer más. Le hubiera gustado saber qué tenía en mente Héctor. No lo nombraba de otra manera, en sus adentros, sino por su nombre de pila. Era incluso capaz de decirle "HéctorLucero" de corrido cuando pensaba en él, en lo que quería contarle o cuando deseaba acordar una cita para un encuentro. Cuando le hablaba de

otras mujeres y la comparaba con ellas, cuando le decía lo que habían significado para él, ¿qué tenía en mente? Llevaba unos días refiriéndose a ellas sin recurrir a su pasado, a los pozos húmedos de su memoria. Simplemente las mencionaba. Mantenía con todas un contacto frecuente, tal vez más en su cabeza que en la realidad. Tal vez más frente a ella que cuando estaba solo. Ana sentía que le ardía la boca del estómago y le dolía el centro del tímpano cuando él le compartía esa frecuencia. Veía a Pablo con regularidad, estaba siempre enterada de lo que le pasaba en la vida y no podía estar tranquila sin saber cómo se encontraba. No se sentía libre de juzgar. Pensó en los hombres previos a Pablo: le hubiera gustado mantener con ellos algún contacto, pero ahora le quedaban lejos. Le despertaban una sensación cálida, algo que latía con sus recuerdos. Elías mismo era una huella suave y delicada y espinosa. Lo había buscado un par de veces sin éxito. Vivía fuera, en otro país, con otras ocupaciones y un matrimonio. Eso era todo lo que sabía. Nada más. Vivía también dentro suyo, especialmente cuando ella estaba con algunos hombres, de algunas maneras. Se corrigió: especialmente con Rolando, cuando ella lo abrazaba con las piernas. Elías había dejado de hacerse presente con Héctor, habían desaparecido las ráfagas del inicio. (Estaban, si acaso, los otros: los que llegaron después, esa última tarde. Algo podía reverberar en ella, cuando su piel tocaba la del fotógrafo, cercano a lo que en su pubertad sintió el día que los tuvo a todos sobre su cuerpo. Sólo que ahora había una diferencia: la necesidad.)

Un par de semanas atrás, a cuenta de nada, recibió como saludo, al llegar a casa de Héctor, un "Hola, caderona". Ese adjetivo, que venía de la mano de una sonrisa con hoyuelos, se sumaba a una lista. *Caderona* se acompañaba de juicios sobre su nariz de punta redondeada o la densa negrura de su pelo ("Uf, cuando te salgan más canas como ésta") y lo poblado de sus cejas oscuras; sobre el tamaño y el peso de sus pechos que dejarían esa redondez en algún punto no muy lejano, la forma de su trasero, el grosor de sus labios.

A Ana no le inquietaban sus caderas, que no eran estrechas pero de ninguna manera anchas. Sabía que su cuerpo era muy atractivo con pantalones de corte alto, vestidos rectos o ceñidos a la cintura, con faldas en *A*. No era caderona, no, no. Eso no la preocupaba. Lo que le inquietaba, más bien, era reírse ante el término: su entusiasmo para celebrar de inmediato esa palabrería y todo lo que le comunicaba. ¿Nariz de bolita?, risa. ¿Qué haremos con estos pechos en unos años, a dónde mirarán los pezones si no es al suelo?, risa. ¿Nalguita caída?,

risa. En cuanto se le escapaba la carcajada —involuntaria, asustada— trepaban las serpientes anidadas en su estómago.

Sabía —de una forma casi técnica, por una recolección de eventos más que de sensaciones— que la noche del hotel y la madrugada de su primer encuentro él había encontrado en su cuerpo un terreno deseable, zonas para el placer y el juego. Desde antes: la había mirado. Sabía también que le bastaba, a veces, tenerla cerca para desnudarla y penetrarla porque algo en ella lo excitaba, lo calentaba. Tenían encuentros difíciles de catalogar. O, sencillamente, difíciles. Un día, Héctor podía detenerse en sus pechos y terminar encima de su piel blanca y pecosa. Otro día no los tocaba ni una vez, a pesar de que ella le llevara hacia ahí una mano. Un ágil movimiento bastaba para que él la devolviera a la cadera o a la espalda o a cualquier otro sitio. Repetía tan sólo alguna postura o algo más —una urgencia, tal vez— teniéndola de espaldas, procurándose un orgasmo rápido. Era imposible esperar nada, tener alguna certeza. Era imposible, también, pedir un cambio: aquí, así, eso no. Él reaccionaba movido por mecanismos para los que ella no tenía referente. Podía parar del todo, podía seguir como si fuera un sordo, podía, incluso, soltar una risita que a ella, de refilón y desde la extrañeza, se le contagiaba.

Maribel flotaba como algo parecido a una promesa. No una amenaza, sino los planos del futuro desdoblados frente a ella. Ciertas cosas ahora le resultaban recurrentes: imaginar, suponer. Los nombres se coleccionaban en su cabeza: Elena, Maribel, Melina y Mónica (hermanas gemelas), Lorena, Josefina, Edurne, Martha, Cécile, Victoria, Margritt, Leonor… ¿Quiénes compraban y vendían su trabajo?, ¿quiénes ayudaban o eran únicamente amigas? ¿De quiénes eran los vasos de agua, las copas de vino, la colilla de cigarro, los anillos de plata, la blusa negra que había encontrado un día en el clóset? De quién era lo que aparecía en casa de Héctor de vez en cuando. ¿Y quién tenía un juego de llaves completo?, ¿quién acceso al sitio en el que estaban las luces y el equipo oculto?

Los nombres se acumulaban junto con los lugares: Victoria en Buenos Aires, Leonor en Madrid, Edurne en un punto innominado de Europa, Cécile en Canadá, Lorena en las afueras de la Ciudad de México. Maribel en el Valle de Guadalupe. Viajes. Un boleto de avión, una salida rápida, un proyecto que terminaba prolongándose casi invariablemente.

Días antes, semanas, la pregunta la había tomado a sí misma por sorpresa, en parte porque se repetía y en parte porque ninguna respuesta habría sido satisfactoria:

—¿Cuándo me vas a llevar a un viaje?

¿Cuándo? ¿Para qué? Ana sumaba en su agenda las salidas, a pesar de que Nashelly le había demostrado que no necesariamente en la de Héctor. Él podía ausentarse de su relación, largarse a un sitio cualquiera de alguno de los hemisferios. O podía decir que se iba, tan sólo decirlo. Había una puerta con tranca para la que ella no tenía llave. Los escasos indicios de sus salidas —una maleta, un regalo que podía provenir de cualquier lugar de un planeta globalizado, de cualquier aeropuerto o librería— estaban siempre ocultos, puestos en un pasillo, guardados. En cosa de días, horas, desaparecían y ese sitio volvía a estar prístino y ordenado.

Los ojos entornados, cargados de una paciencia nueva, para responder esa pregunta. Y la respuesta: "Cuando quieras, Ana. Cuando tú quieras".

Ella quería ya mismo, quería siempre ir con él, viajar a su lado, visitar esos sitios a los que él iba y que, en sus palabras, casi no conocía porque se dedicaba a trabajar. Había algunas imágenes, nuevos cuadros apilándose en el estudio, a veces en el comedor, y Ana apenas podía entrever, de vez en cuando, qué representaban. Una clavícula que no podía verse bien porque estaba envuelta en espeso plástico burbuja, el ojo de un animal viviente (un ojo atento), objetos sin vida que parecían tenerla. Todo eso enmarcado, envuelto, etiquetado.

Ya no la requería para que, con un plumón y su caligrafía de imprenta, marcara las hojas de contacto. Entraban como por casualidad al estudio y pasaban la mayor parte del tiempo en la cocina, la sala, la recámara, el baño y, en contadas ocasiones, el patio. Cada vez con mayor frecuencia, él se encerraba a ver asuntos en la computadora o en sus hojas de contacto; revisaba correos, presupuestos, asuntos laborales mientras ella estaba ahí. La citaba a cualquier hora: en la mañana, en la tarde, por la noche. Durante esas citas, recibía llamadas telefónicas y hablaba con tranquilidad, como si estuviera solo, durante el tiempo que le diera la gana. A veces, con alguna mujer sin nombre que lo hacía reír con coquetería.

Cuando él se ocupaba de lo suyo, Ana salía sola a paliar sus inquietudes, a domar a las víboras, mirando las plantas de la jardinera. La vegetación crecía en desorden. Ése era el único lugar que no estaba bajo estricto control en el territorio de Héctor. ("Porque una casa es un sitio que se vive, ¿no?, un sitio donde hay sábanas y toallas sucias en una canasta y algún calcetín que se perdió bajo la cama", le diría ella, mucho tiempo después, a Juan José.) La vegetación la hacía

sentir contenta porque tenía, dentro de su caos, una estructura. Era obvio que le daban mantenimiento eventual, aunque sin ánimos de contenerlo. Era un año de aguas, tormentas, viento, granizo a deshoras, que modificaba a ratos el paisaje del patio.

No duraba mucho tiempo en sus cavilaciones vegetales porque pronto él la buscaba. Decía: Ana, Ana, Ana... y ella lo escuchaba con un vuelco del corazón pararse, dar vueltas, buscar su compañía. Dejaba entonces las plantas y sus rumores para irse con él. El ritual había mutado. Ya no era llegar, unas copas, un té, plática, sillón, penetración o besos. Los mensajes que le enviaba al celular o al correo electrónico le hablaban de una intensidad que pronosticaba urgencias, pero era un termómetro fallido porque esa necesidad desaparecía, como en sordina, una vez que ella pisaba el departamento inmaculado.

Llegaba y tocaba el timbre. Escuchaba la voz desde lejos avisándole si podía pasar o si iría a abrirle. "¡Pasa!" indicaba que debía usar su llave. Entraba y lo buscaba. Él estaba en el estudio o en el baño o en su recámara o ahí mismo, tirado en la sala. Y todo podía suceder. Por ejemplo: él, tumbado en la cama, mirando el techo. Ella acercándose despacio después de pasear sus ojos rápidamente por la casa en busca de pistas, llena de sospechas, enterrándose los reclamos. Él diciendo tan sólo "Hola" para recibir un "¡Hola!" más entusiasta, que quería ser contagioso y mejor. Él tomándola por la falda o el pantalón, sin mediar más nada que un simple gesto de los hombros, atrayéndola para desnudarla de prisa, sin preguntas o más saludos. Ella, disponible y dispuesta. Después, de nueva cuenta la ropa puesta y frases como: "Voy a mi estudio, ¿te quedas un rato o qué?" o "Tengo mucho trabajo, ¿te veo mañana?" o "Si me esperas a que termine unas cosas vamos a cenar, sólo que no sé cuánto tarde".

Vería a Maribel. Le vendería sus fotografías, el arte que hacía con la mirada. Pagaría con eso una cena o una comida para Ana (que cada vez comía menos). Pagaría con eso una botella de vino que se beberían antes de que él dijera su mantra ("Quiero mujer") y la atrajera hacia su cuerpo y le quitara la ropa y le detuviera las manos o le exigiera que la lengua no, que cuidara sus dientes porque eso no, así no.

Su madre al teléfono de la oficina. Le costaba trabajo ponerle nombre a la sensación que la invadía cada vez que escuchaba el tono cortante y los reclamos por la línea telefónica. Cuando hablaban, Ana pasaba siempre por el mismo proceso y le hubiera gustado tener un nombre para etiquetarlo, pero la eludía. Primero se enojaba, más tarde comenzaba a angustiarse y, en una transición veloz, se desesperaba y lo único que quería era terminar la plática. Nada bueno tenían que decirse. Estaban fuera del área de intersección, no encontraban formas de conectar. Sin embargo, Ana había adoptado la forma de sentarse de Ana María. La espalda recta, las caderas más cerca del borde del asiento que del respaldo, como si estar sentada fuera un asunto de segundos, que debía terminar de manera abrupta. Podía notar eso y estaba segura de que otras cosas similares la habían infiltrado, como pequeñas dosis de veneno; estaban dentro de ella junto con el nido de reptiles que se negaba a dejarla.

—Quería saber si estabas bien, porque no he sabido de ti. De Miguel siempre sé. Pero de ti no. Me preocupo… Hay que saber dónde están los hijos.

Ana guardó silencio unos segundos. No sabía cuándo vería de nueva cuenta a Héctor. No sabía cuándo tendría un momento para sí, cuándo se otorgaría uno. Estaba concentrada en trabajar: hacía un esfuerzo por entregarse únicamente a su trabajo y retomar el ejercicio abandonado unos meses atrás, porque sentía que su cuerpo y su trabajo se le estaban escapando de las manos. Miró los papeles en su escritorio y de reojo la computadora. El trabajo parecía multiplicarse por las noches, como en una pesadilla. Apenas unos minutos antes de la llamada, había visto atravesar a Ossir Nassim por el pasillo que conducía a la oficina de José María. Los negocios eran los negocios. Ella iría a esa junta con ese hombre al que Sigman despreciaba. Escucharía una nueva propuesta, le vería el rostro cuando describiera qué era de su proyecto fallido. Habría algún nuevo trato.

—Estoy bien —respondió sin entusiasmo y se arrepintió de inmediato por no haber impreso a su voz energías suficientes como para al menos confundir a Ana María y hacerla sentir que su

preocupación era innecesaria. Lo era, por supuesto; aunque también era poco probable que su madre estuviera auténticamente preocupada —. Estoy súper bien y súper ocupada. Pero… ¿por qué no hacemos algo? Paso a verte a tu casa, en los próximos días. Dime cuándo te queda bien y yo llego ahí, cenamos tranquilos los tres. Invita a Miguel, si quieres. Algo sencillo.

Escuchó la incomodidad del otro lado y pudo imaginar, casi sentir, cómo se tensaba el cuerpo materno, lleno de fibras y huesos.

—Vamos a ir a Valle, tu papá y yo. Hace años que no vamos —la voz era quebradiza, había perdido la autoridad inicial.

—¿Cuándo salen? —preguntó Ana envalentonada, de pie, asomada para alcanzar a ver algún movimiento que le indicara si la junta había comenzado—. Puedo ir antes de que se vayan o a su regreso. Hasta puedo llegar a Valle, ¿no?

Del otro lado hubo un silencio pesado, muerto sobre las palabras; el peso de la confusión y la distancia. Después la voz de su madre, cargada de cautela:

—Me parece bien. Veámonos en estos días. Yo te llamo, ¿sí?

Ana dejó de escucharla porque un sonido agudo interfería con esas palabras, el timbre del teléfono irrumpía en su llamada. Era requerida.

—Mamá, me tengo que ir. Tengo que colgarte ya.

—Bueno. Entonces nos hablamos, Ana. Cuídate.

Colgó, se alisó los pantalones y la blusa, se olió debajo de las axilas y salió al pasillo. Su teléfono repicaba. Se asomó por el barandal y le indicó a Brenda que iba hacia allá: a la oficina grande. No era necesario que le marcaran. Sintió una ligera náusea. “Cuídate”, así le decía ella misma a sus conocidos cuando se despedía, incluso a quienes no le eran nada familiares.

Vio por el ventanal la espalda de Ossir, ancha y atlética. Miró el copete entrecano de José María y distinguió, de pie, a Lucas. Tosió al abrir la puerta, una tos impostada, algo que servía para no prolongar los saludos.

Sigman ya le habría comunicado por entonces a Nassim el avance de su fundación. El joven empresario de dientes prístinos tenía esa información desde antes, sin duda. Nada se hacía en esos ambientes que fuera realmente sorpresivo. José María quería invitar a Ossir a sumarse a su idea de salvar el entorno, invitarlo a dirigir sus empresas a otro lado, a manejar mejor los dineros de su padre.

Ana sabía por experiencia que a ningún gobernante le interesaba de forma auténtica lo que sucedía en las áreas naturales de su estado. Había tratado con suficientes para entender que era un desinterés

asociado al cargo, casi un requisito. La ignorancia, la mezquindad y la desidia venían desde la cantera en la que se formaban esas personas. Era gente mínima, con poder. Nassim le vería poco provecho a sumarse a la conservación, pero quedaría testimonio de su buena voluntad.

Se saludaron con cortesía y ella notó en su cara algo semejante al rechazo. Lucas la miró con seriedad, los ojos como platos; parecía esperar de ella una metedura de pata monumental. Como no era la misma a últimas fechas y tendía a la agresión, era comprensible que pensara así. Los eventuales le huían, las secretarias se estremecían con su trato, con sus indicaciones a medias.

Sintió sobre sus hombros el brazo protector, regulador de Lucas. Si comenzaba a volverse loca, sólo tendría que desplazarla a la salida. Pero no sería necesario. Ana sintió coraje asociado a la situación: todos eran hombres, se comprendían en un código distinto, elemental y burdo, que la excluía de entrada. A ella y a cualquier mujer del equipo. Pero era ella quien estaba ahí.

El cansancio. Lo sentía surcándole las pantorrillas, subiéndole por las caderas, haciendo nido en sus hombros y en su cuello. Era un cansancio sin razón, uno que parecía proporcional a sus horas de asueto, al tiempo pasado fuera de la oficina y con la mente en otro sitio. Le dolía la espalda y sintió, como en el restaurante al que había ido con Nashelly, que podía echarse a dormir ahí, en el suelo, al pie del escritorio de José María.

Ya en su oficina, escuchó el celular. Un vuelco primero: en la panza, una contracción súbita en sus genitales, un aliento en su pecho. Era Rolando.

El deseo. Algo inmaterial y confuso que sólo tenía traducción posible en el cuerpo, en acciones concretas. Sin embargo, se sentía con mayor intensidad antes o después: el anhelo. La imagen precisa de un hombro, el recuerdo de un olor recién aspirado, el sonido de las no palabras, de un silencio que podía decirlo todo o nada, de murmullos sin traducción y sin sentido.

Miró a Rolando con perplejidad. ¿Quién era este hombre? Le pareció más atractivo que antes (quiso olerle el bigote) y sintió, al mismo tiempo, una especie de odio, un rencor profundo, soterrado. Estaba frente a ella y detenía con una mano la puerta abierta, invitándola a pasar con su gesto. Ese departamento le era familiar pero jamás lo había mirado con el detalle con el que miraba la casa de Héctor. Se adentró en la sala y la sobresaltó el tono azul plomizo del tapiz en los muebles. ¿No había sido verde apenas? Todo le parecía un poco nuevo y un poco extraño.

Rolando avanzó hacia ella y le preguntó si quería algo. Ana negó con la cabeza.

—Yo necesito un whisky —dijo él, y caminó dando grandes zancadas hacia la cocina.

—¿Me traes agua? —preguntó ella cuando ya lo había perdido de vista.

Él respondió afirmativamente y volvió con tres vasos: dos de whisky y uno de agua, para Ana.

—Creo que debemos brindar. Hace mucho que no nos vemos —su tono de voz era grave, no el que solía emplear con ella, risueño o seductor.

Ana sintió de nuevo un vacío, un vuelco. Esperó un momento para ver si se congregaban en su cuerpo las salamandras, alguna serpiente, pero eso no sucedió. (“Una tortura distinta…”, dijo para sí, “es lo que me va a pasar”.)

Sentados uno frente al otro, chocaron los vasos. Ana veía, a espaldas de Rolando, algunas luces de la ciudad. Su teléfono podía sonar en cualquier momento: eran pasadas las nueve de la noche, un tiempo que se volvía ya pleno dominio de Héctor. Alcanzaban a verse

habitaciones encendidas, gente desplazándose de un lado a otro en sus espacios íntimos, preparándose para el descanso y las actividades propias de la noche. Ana quiso estar en otro departamento, ser otra. La madre de tres niños pequeños, preocupada por las tareas, por la hora del desayuno.

—Quiubo —dijo Rolando— ¿estás bien?

Ana sonrió sin poder evitar que su sonrisa se contaminara de desconcierto, cansancio. De algo que no podía señalar.

—No te he visto en tanto tiempo —dijo él, reformulándose. Su voz sonó, por fin, conocida, la voz querida.

Ella negó con la cabeza para reafirmar: sí, muchísimo tiempo sin vernos. Una eternidad. Quiso sentirlo, oler su aliento y sus axilas, y sentir los pelos de su bigote raspándole la piel. Se desplazó un poco en el sillón para aproximarse. Él no se movió. Así que ella deslizó las caderas al frente y abrió un poco las piernas, avanzó más hacia Rolando, que seguía quieto en su lugar, dando sorbos al whisky.

Ana detuvo sus movimientos y dijo:

—Esto me va a doler, ¿cierto?

Rolando la miró y ella sintió que descubría apenas esos ojos, que podía leerlos apenas. La dulzura, el placer y, sí, el dolor. Ahí estaba todo. También el amor, a destiempo o sin una forma fija, una más clara para abrazarlo cuando fuera posible. Ana era sólo fragmentos y dudas. Podía ser ella, podía venir de ella el rechazo que ahora cristalizaba en lo que él estaba a punto de decirle. Lo vio inclinar la cabeza, tallarse un poco la frente y luego revolverse el pelo. En su mano izquierda sostenía el vaso con su bebida. Dijo algo que sonó como a quejido, aunque tal vez fuera ansiedad. Luego dijo:

—Ana, Ana… —Sus ojos se volvieron hacia ella, también una sonrisa quebrada—. Me gustas mucho. Y luego esto… —señaló su propio departamento, se incluyó en el gesto—. pero no quieres estar aquí. No quieres vivir conmigo. Tampoco me quieres en tu casa. No quieres a nadie ahí. Llegas acá sólo para irte, con prisa, con pocas ganas de…

Ella respingó en su asiento. La verdad de esas palabras le resultaba incómoda; aún más porque nunca se había planteado así de abiertamente la situación. No habían aquilatado propuestas, ni medido realmente consecuencias. ¿O sí? Sí. Había sucedido. Él mismo lo había planteado, más de una vez. Lo había escrito, lo había dicho apenas…

—Desapareces por temporadas, no me contestas el teléfono o los correos. Y, mira, no es un tema de celos. No soy posesivo y no quiero

ser tu dueño: no podría. Pero tampoco quiero estar así, ¿me entiendes? ¿Recuerdas que hace unos meses te invité otra vez a quedarte aquí, conmigo?

Ella asintió. Lo recordaba. También su respuesta, la negación. Era claro que él esperaba palabras y no gestos para hablar más y entrar en detalles. Pero Ana no pensaba dárselo. Quería que batallara al buscar las frases que le explicaran con precisión por qué ahora, por qué elegía de pronto lo que deseaba para su propia vida, qué le había pasado y qué buscaba. ¿Cortar la relación? ¿Prolongarla? Hacía años que se conocían y que se veían, ¿por qué el cambio?

Rolando seguía en la misma posición: la cara ladeada, las piernas abiertas, el vaso en la mano izquierda. Ana se movió aún más hacia el cuerpo del otro. Esperó unos segundos. Como no percibió rechazo, avanzó hasta rozar con su muslo el del periodista. Le quitó el vaso de la mano y lo puso junto al suyo, en la mesita. Acercó su cara hasta tenerlo frente a sí y lo besó. Si se iban a terminar las cosas, debían desandar el camino andado. El principio y el final debían ser iguales, un círculo: un ciclo. Le susurró al oído: “Trae un condón”, y lo besó en los labios.

Fue como había sido antes y aún mejor: nada que pueda ponerse en palabras. Eran buenos en eso, eran expertos en el cuerpo del otro y les salía bien, se acoplaban a la perfección. Y Ana pensó de pronto que algo así no podía terminarse, nada semejante debe terminarse —o no de una manera definitiva.

Rolando trató de armar un discurso cuidadoso que, a pesar de la elocuencia que lo caracterizaba, fue vago y tentativo. Patricia lo había requerido de pronto y él se había dado cuenta de que necesitaba romper con su exmujer toda relación. Al decirlo, era ambivalente: con sus propias emociones, con lo que esperaba de sí mismo, de ella. Ana pudo verlo con cuidado y tuvo una percatación: ese hombre la quería ahí. No a la otra: a ella. Era curioso, pero Nashelly parecía ser la única de su grupo en utilizar el español para comunicarse. Él se interrumpió y dijo, como había dicho unos meses atrás: “Quédate. Quédate esta noche. Quédate todas las noches”.

A Ana la sorprendió sentirse distante. Durante un par de horas, nada en el mundo había sido más cercano o más importante que él, que su cuerpo, que su olor; nada más angustiante que la posibilidad de que se rompiera para siempre lo que tenían. Y, de pronto, algo se movió con la invitación, algo que impuso distancia. Se dijo: “Soy yo”. Eran unos pasos lo que se había desplazado en su interior, pero lo dejaban todo casi fuera de su propio alcance. Eso se le había vuelto

una costumbre: las cosas cercanas, fuera del alcance.

Ya vestidos, reorganizados en su cuerpo, olorosos y felizmente cansados, se abrazaron cerca de la puerta. Ella, adelantándose, le plantó un ligero beso en la mejilla que la hizo pensar en Héctor. Sintió hundido el vientre, los reptiles cerca de la boca del estómago. Él la tomó de la mano, trató de mantenerla a su lado, de que le dijera algo, de que aceptara. Ana negó con la cabeza. Primero con suavidad, luego con firmeza. Entonces se soltó del cálido contacto que la asía, de la prolongación de un abrazo, de la propuesta que dejaría ir para siempre, y se dio la media vuelta. Él se quedó de pie en la puerta: lo miró poco antes de bajar los escalones. Lo encontró frágil, vulnerable y dudó unos segundos: podía volver, abrazarlo de nuevo, pasar ahí la noche. Podía volver y, con su estancia en ese departamento, definir los planes de Rolando. En vez de eso se dijo: “¿Quién quiere cambiar esta relación? Yo. Soy yo”. Esbozó una sonrisa apenas y bajó las escaleras.

—Ana, este cabrón te trata mal —Juan José no tenía ganas de rodeos. La había recibido unos minutos atrás, se veían por primera vez en semanas y era la primera reunión con tiempo y holgura que planeaban desde inicios de noviembre.

Sí se habían encontrado, pero de pasada, en la calle. Ahora estaban juntos, en ese sitio tan familiar. En la mesita de centro había una botella de vino y dos copas. En lo que Ana se acomodaba él abrió el tinto y lo sirvió. Brindaron y entonces él dijo: “Este cabrón te trata mal”.

Ella lo observó. Estaba más delgado, se veía más joven. Según él, una gastritis galopante lo había forzado a ponerse a dieta. Había dejado de beber, pero estaba dispuesto a sacrificarse por ella. Se había cortado el pelo y llevaba una barba cuidada que quería parecer desaliñada. Ana suponía que la razón era un próximo cumpleaños para el que quería verse impecable.

Hablaban muy poco. Al inicio, él llamaba pero dejó de hacerlo enfrentado a una negativa casi permanente, así que ella comenzó a buscarlo, de vez en cuando. La última vez, le había contado sobre la sensación en su vientre, en su esternón, en su garganta. “Como víboras”, dijo. “Gastritis, como yo”, sentenció él.

Ana decidió no acusar de recibo y alabó su apariencia.

—¿Te gusta? Qué bien —dijo él con una amplia sonrisa y una ligera inclinación de cabeza—, qué bueno. Pero es muy grosero de tu parte que limites mi dosis de ego. Deberías aparecerte más para estimularme.

Ana se puso de pie, con la copa en la mano, inquieta, deambulando de un lado al otro, mientras él la miraba con preocupación.

—Ana, ¿quieres que lo repita?

Ella paró en seco su andar y le buscó los ojos. Juan José estaba reclinado en uno de sus sillones, hundido en el respaldo. Sostuvo la mirada de su amiga y, sin más, le dijo:

—Te voy a describir. Voy a describirte como te veo, un sábado en la noche, con todo mi cariño. Después, voy a decirte cómo eras hace dos meses y hace un poco más de un año. Tú sacarás las conclusiones.

Procedió a hacer una lista. Incluía las uñas rotas, los pellejos en los dedos, los jirones de piel: la manicura ya olvidada. El pelo negro, espeso y abundante que ahora se recogía en una coleta simple y no cuidaba: más para rechazar que para invitar. El peso. Esos pechos fabulosos se beneficiaban de un peso estable, perder kilos los hacía languidecer y les quitaba el atractivo que tenían, para hombres y mujeres. No podía seguir así, adelgazando cada vez más. Y el ceño fruncido: esa muesca permanente en su cara. También lo que parecían moretones en los brazos o en el cuello, la postura menos erguida, ese andar en círculos incesante que inquietaba a quienes la tuvieran cerca, andar de hiena. La ausencia de todo y todos. Los vómitos. La falta de apetito. Le habló, finalmente, de su monomanía. Dijo que había cedido su riqueza por nada a cambio, que se había entregado.

Ella se desplomó a su lado, en el sillón. Sin girarse a verlo, sin moverse, dijo:

—¿Tú crees que Héctor tiene otra novia?

Juan José se enderezó en su asiento y enarcó las cejas. No formuló una pregunta o un comentario innecesarios.

—Quiero decir… —Ana trataba de explicarse— ¿crees que se acueste con otra de forma recurrente? ¿Otra que no sea yo? ¿Más de una?

—Ana —dijo Juan— ¿no escuchaste nada de lo que acabo de decirte?

—A lo mejor me lo dices porque lo has visto con alguien más y es eso, justo, lo que prefieres ahorrarte.

—Ana, Ana… —Juan José negaba con la cabeza y dio unos manotazos en el aire con exasperación— la cosa es que eso no importa. No importaría si fuera el caso…

—Entonces lo viste con otra… Y sí importa. A mí me importa.

Él se paró y dio unos pasos largos, mientras sacudía la cabeza. “No, no, no…”, repitió en voz muy baja, más ronca que de costumbre.

Ella podía ceder en muchas cosas, pero no quería hacerlo en algo así. Si Héctor se veía con otras mujeres, lo hacía en lugares públicos, no era discreto como Ana misma había sido con Rolando, con los poquísimos encuentros adicionales que había tenido después de conocerlo. La pelirroja del restaurante, Maribel, las mujeres que, seguramente, lo habían acompañado a la selva o a Tijuana a retratar animales disecados, a Chihuahua y a Europa. No las tenía, como a ella, limitadas a un espacio cerrado, íntimo. Las llevaba a hoteles, como en su primera noche juntos, a restaurantes grandes, a caminar al parque. A lo mejor les hacía lo mismo, a veces con condón, a veces sin

condón y sin importar el pasado de cada quien. ¿O era distinto? ¿Ellas sí le gustaban en serio, las quería de verdad, como a Estela? ¿Las trataba con deferencia y cuidado en lugar de…? Estaba segura de que visitaba con tranquilidad los lugares que le gustaban, cercanos a su casa; todos esos sitios a los que Ana había dejado de ir para no encontrárselo con alguien más. Se detuvo un momento, detuvo todo el flujo de su pensamiento. Giraron por su mente los últimos meses, las palabras de su amigo, el discurso de Nashelly, lo que sucedía en la oficina. Y pensó: si ella tenía derecho a coger con quien quisiera, ¿él por qué no? Sólo que los derechos cambiaban, mutaban, no había reglas y no había palabras. Rolando le parecía ya una memoria, la suavidad de su tacto y la apertura de su sonrisa más un deseo que una realidad. Pablo le dejaba recados cada vez más ansiosos a los que ella respondía de forma breve y eficiente. Nash, Ramiro, Juan José: un puñado de reclamos y de agobios. Si no se enfocaba en el trabajo, todo se le desharía muy rápido, un mazapán desmoronado. Su vida estaba tijereteada, convertida en algo que no le pertenecía más. José María estaba por no tolerárselo, eso quedaba claro.

La memoria: una trampa constante. Retomó, mientras su mente divagaba por entre los muebles y los rincones de esa casa querida, su último encuentro con Elías. Él había sido noble, un muchacho obligado por el hermano mayor. ¿O no? ¿Había sido Elías quien los puso en su camino? Ana sacudió la cabeza. Juan José hablaba y hablaba, con el tono que se emplea para tranquilizar a los niños, explicándoles algo que queda más allá de su capacidad de comprensión. Algo que podrán entender cuando se despeje su mente de las telarañas infantiles y se enfrenten al horror de la vida adulta a la que deberán acceder guardándose los miedos.

Ella clavó los ojos en la alfombra de la sala y luego en Juan José y lo vio menos atractivo que a su llegada: menos guapo, menos simpático, menos inteligente. Lo vio como un hombre que necesita perder peso para sentirse mejor, un hombre solo y, ¿por qué no?, triste. Como todos los hombres que han pasado los cuarenta, que ven cercana la franja de los cincuenta. La vida les sucedió antes. Y a ella: estaba sucediéndole en ese momento, estaba a punto de trascenderla si no hacía algo al respecto. Su copa estaba casi intacta porque el sabor del vino se moría entre sus labios; en cambio, su amigo había dado cuenta de más de la mitad de la suya. Pensó, al ver el cristal casi lleno, el líquido oscuro y rojizo dentro: “ni siquiera este disfrute puedo tener”. Puso la copa sobre la mesita de centro y se paró para estirarse.

Se movió con rapidez y lo presintió antes de que pasara. Lo vio

antes de verlo: el borde de su saco de amplios faldones se llevó la copa al suelo. El cristal roto por todos lados, trozos con líquido que manchaban la alfombra bajo la mesilla de centro, un silencio más fuerte que el estruendo original. Sin poder evitarlo, sonrió. Después soltó una carcajada que hizo que Juan José inclinara la cabeza de lado y que lo impulsó como un resorte. Sintió que la abrazaba: un contacto que ella no quería, que prefería no tener. A su lado, él trató de aproximarse más a su cuerpo, de jalarlo para que ella descansara sobre su pecho la cabeza. Un segundo, no más. No pudo más.

—Perdón —dijo zafándose, todavía con risa— te ayudo a recoger. Qué mensa, burrísima que soy. ¡Lo siento!, ¡perdón!

Estaba inclinada, con las rodillas en el suelo y el torso echado para adelante, tratando de recuperar pedacitos mínimos y transparentes.

—Voy por algo para limpiar. Espérame. No hagas nada, te vas a lastimar.

—No me lastimo.

Ella tenía ya los trozos grandes, apresados y húmedos, entre sus palmas. De rodillas estaba mejor porque, aunque lo intentaba, no podía dejar de reírse. Una risita suave, como las réplicas de los temblores; risa constante, que hacía que vibraran sus costillas y amenazaran con escurrirle los ojos y la nariz.

—¿Estás bien? —dijo Juan José cuando volvió a su lado. Se hincó junto a ella. Ana era un grupo de costillas y un diafragma que rebotaban en su cavidad, en una vibración constante y contagiosa. Él comenzó a reírse también. Pronto estaban con el trasero en el piso, las piernas extendidas, las carcajadas libres y sueltas.

Abandonada a sí misma, abandonada de ideas y de recuerdos: una mujer que era risas vacías. Las piezas de vidrio, aún entre sus manos, se sentían firmes, deliciosas. Apretó un poco más, un poco más, hasta sentir la carne que se rompía, y luego soltó, ya recuperándose del ataque, boqueando, todos los pedazos dentro del recogedor que había traído su amigo. Se miró las manos, manchadas de vino, apenas unas gotas de sangre. Una muesca acá, otra allá. Nada grave.

Juan José terminó de barrer, pasó un trapo húmedo por el tapete. Fue por una aspiradora de mano para eliminar los diamantes de cristal que hubieran quedado. Curó con agua oxigenada la mano de su amiga. Ana se sacudió los pantalones, el saco.

—Te traigo otra copa, espérame —dijo él, camino a la cocina.

—No, no —ella escuchó su voz como desde la distancia—; ya no quiero más vino. No quiero nada. Creo que estoy cansada, ya me voy, mejor.

Él volvió y la miró desde el vano de la puerta. ¿Irte?

—Estoy cansada.

—No quería ofender… —dijo él, con los brazos colgando a los lados, como vencido. Guardó silencio unos instantes, un momento de reflexión, antes de añadir—: Pero, Ana, para ya. Para esto, de verdad. Mírate, mírate. Si lo paras, ¿qué es lo peor que puede pasar?

¿Qué es lo peor que puede pasar?

Tocó el timbre una segunda vez y sabía que tocaría una tercera. Mientras tanto, el nido de serpientes estaba bien plantado justo debajo del esternón. Reptiles de todo tipo, un herpetario. Trepaban con suavidad, a cada segundo y de forma curvilínea, por su garganta. Si se descuidaba, terminaría vomitando en el pasillo o, en el mejor de los casos, en la banqueta afuera de la casa. Se contuvo. Su celular sonó y rebuscó en su bolsa con desesperación. Ximena. Dos llamadas perdidas. Una más, anterior, de Pablo.

De nada servirían sus llaves: la tranca estaba puesta. Y de nada servía una cita previa. El celular en la mano podía confirmarlo. El mensaje decía: "A las siete en mi casa". No era una invitación, porque ella había mandado los primeros mensajes de saludo y de solicitud. Era una respuesta y era puntual y clara. A las siete. Eran ya las siete con quince. Ana había llegado en punto, esperado un rato en el automóvil, escuchado una, dos canciones en el radio. Quería hacerlo esperar, que pensara en ella mientras estaba por recibirla. Bajó del coche sabiéndose arreglada y elegante: ese día se había pintado, peinado con cuidado (una coleta), detallado su maquillaje. Sólo que él no estaba.

Tocó la tercera vez para sí misma. Para escuchar el timbre en su vientre, usarlo como encantador de serpientes. Ese timbre podía engañarlas, que se quedaran quietas donde estaban. No podía vomitar ahí. Inhaló y caminó hacia fuera, hacia el coche, con el celular en la mano y la bolsa colgando del hombro. Sus pasos tomaron un camino propio, uno mejor. Daría una vuelta a la manzana, se iría por un lado distinto, avanzaría disfrutando del anochecer, del sonido cada vez más laxo de la ciudad. Los jueves son el prólogo que anuncia el final de la semana. El movimiento mismo de la ciudad —ese animal que se mueve, se despierta, se repliega— se modificaba en cuanto daban las seis de la tarde de un jueves cualquiera. Ana pensó: "Debería sentir hambre". Sentir hambre porque, a esa hora, llevaba ya once sin probar alimento. Sentir sed. Lo que sentía, más bien, eran deseos de beber algo (un whisky) a pequeños sorbos, para que las serpientes bajaran lentamente a su guarida y permanecieran ahí.

No comía y bajaba de peso. Cambio de talla de brasier. Cambio de talla de pantalones. Las blusas más holgadas. Eso iba de la mano con el cansancio acumulado que se dejaba sentir en los pies, en las pantorrillas, en los hombros. Los mensajes iban y venían de nuevo. Siempre que ella renunciaba a mandar uno, aparecían dos o más, reproduciéndose rápidamente. Habían empezado la noche previa, atenazándola justo cuando estaba por conciliar el sueño. Una de la mañana y nada sereno. No los sonidos de su cabeza, al menos. Nada de vitaminas. Ni una visita más al médico. Todo eso estaba enterrado en el pasado remotísimo. Pensaba —en su cama, envuelta en un edredón de plumas que disfrutaba ahora con el frío de la noche— en qué debía hacer de su vida. En un futuro posible, en una locación lejana, en otro país. ¿Con quién? Sola. Los mensajes eran un imperativo, el aquí y el ahora. No exigían una respuesta en sí mismos pero Ana no podía dejarlos caer en la nada, en el olvido del sueño. Era mejor hacerse cargo y atenderlos. (“Qué haces?”, “con quién estás?”, “Tengo trabajo pero me aburro”.) De nuevo, sus respuestas excedían lo solicitado. Se daba cuenta, se hacía cargo… y no podía parar. Respuestas larguísimas que conservaría en la memoria de su teléfono durante un tiempo considerable; que permanecerían ahí, almacenadas, incluso cuando ya había terminado todo y que, muchos meses más tarde, le parecerían suplicantes, disparatadas, absurdas, locas. En ese momento hablaban por ella y por los enjambres, los nidos, lo que de revuelto había en su cuerpo.

Fijar una hora fue lo complicado porque primero vinieron todos los pretextos conocidos, sin los nombres familiares. Dijo que no podía verla a tal hora porque… Ni a tal otra porque… Pero habían quedado ya, desde el día anterior: a las siete.

Sentía pesado el cuerpo, pesados los hombros, las piernas más densas sin importar la pérdida de peso, la zona coccígea frágil. El intercambio era un ritual por el que sacrificaba horas de sueño o de caminata; el intercambio, la ida y vuelta de mensajes parcos o redondos, era lo que la activaba.

Los negocios de la calle estaban iluminados con colores alegres. Podía ver a la gente en sus casas, luces que se encendían y se apagaban en distintas habitaciones. Alguien se asomaba por una ventana con un cigarro encendido, alguien pronunciaba un nombre con cariño, un grupo de personas se sentaba a una mesa. Risas, vajilla que choca, un perrito ladrándole a la luna o a los vecinos, un motor que se enciende y el sonido distintivo de un beso que se da cerca de una mejilla pero que se estampa en el aire.

Sonó su teléfono. Vibró en su mano primero y luego vino el timbre. La desconcertó tanto que estuvo a punto de tirarlo al piso, de darse con la nariz en un poste.

Él.

Contestó después de varios timbrazos, ansiosa por no perder la llamada. Contra su voluntad, obvió el saludo:

—¿Dónde estás?

Escuchó del otro lado la respiración densa, un bufido. Intuyó una sonrisa.

—En mi casa. ¿Y tú?

Pensó: "Estuve en tu casa a la hora indicada. Sola".

—Muy cerquita, dándole la vuelta a la manzana, porque no estabas.

—Sí, ya sé. Oye, pues ven. Acá estaré. Abre con tus llaves.

Ana entró a un cafecito y compró, a las carreras, con urgencia, dos panqués cubiertos con chocolate. Los dejó encargados en el mostrador y pidió usar el baño. Se dobló sobre la taza y vació la nada que tenía dentro. Un hilo amarillo colgaba de su labio inferior. Lo atajó con el poquísimo papel de baño que quedaba en el surtidor. Se enjuagó la boca, hizo buches. Masticó uno de los chicles de menta que había empezado a llevar consigo a todos lados. Retocó el lápiz labial y aprobó el particular (desaprobando el general).

Abrió con la llave. Él no estaba en la sala. Vio encendida la luz de la cocina así que caminó hacia allá. Dejó los panqués cerca de la tarja. Vio dos vasitos tequileros ahí. Las serpientes se rebelaban dentro suyo. Salió de esa habitación y lo buscó, mientras mascaba el chicle con una intensidad que lastimaba sus maxilares.

—¿Hola?

—Acá —dijo una voz que le sonó distinta. Lo encontró en el patio, con la manguera apagada en la mano y en bermudas. Hacía frío, más frío cerca de las jardineras que en la calle. Frío de mediados de diciembre, cuando anochece en la ciudad. El suficiente como para que ella llevara botas, medias de lana peinada y una chalina gruesa por encima del suéter y la chamarra. Héctor tenía el pelo tan revuelto que parecía recién levantado de la cama. La miró con ojos adormilados y una sonrisa plácida en los labios.

—¿Dónde estabas? —dijo ella, una vez más.

—Salí. Se me barrió la cita. Se me fue, nomás…

Para ser justos: él preguntaba muchas veces pero no exigía nada a cambio. O sí. Preguntaba dónde, con quién, por qué, cuándo vienes —siempre por el celular. A veces con mensajes de voz. A veces con una

llamada telefónica. Cada vez que ella se distraía, aparecían esos mensajes, multiplicados. Pero, cuando la tenía cerca, las preguntas desaparecían; era como si los paraderos de ella no le interesaran o como si ya tuviera la información que requería.

Ana quiso ir de nuevo a la carga: dónde estabas y complementar: con quién. El silencio llegaba desde muy abajo y tampoco eran necesarias las palabras. Caminó hacia el fotógrafo y trató de verlo bien, de apreciarlo en su justa medida, como había hecho con Juan José hacía no mucho, con Rolando. Él accionó la manguera y comenzó a regar las plantas, percibiendo lo que la figura que avanzaba hacia su cuerpo buscaba. Ella respingó, no quería mojarse. Se sentía helar y a sus botas les sentaría fatal el agua. Dio dos pasos para atrás y se recargó en la puerta que daba al jardín. No lo había visto así antes, en una labor doméstica. Estaba segura, sin embargo, de que no era él quien recogía el tiradero de la casa. Como había notado ya, él no lavaba las copas, los caballitos, los platos del fin de semana, los ceniceros con los cigarros a medio terminar de alguna desconocida: dejaba que se apilaran en la tarja porque alguien, después, los limpiaría.

Perdida en los destellos que emitía el chorro que salía de la manguera, iluminada por la luz de la cocina, Ana no lo vio girándose hacia ella hasta que sintió unas gotas en pantalón. Dio todavía un paso más atrás.

—No quiero mojarme —dijo con una firmeza que la sorprendió, la voz de su pasado.

Una broma. Eso sospechaba ella. Una divertidísima que alguien le contaría antes o después, pero que ahora no podía ver más que en la sonrisa de Héctor, ancha y brillante. Lo vio dar dos pasos más, avanzar hasta ella con la manguera en la mano, con el aspersor a presión. Antes de que pudiera meterse a la sala, escapar del agua, la sintió mojándola, empapándola en esa noche fría. Agua helada en su ropa de trabajo, en un jueves. Sus botas italianas, de gamuza, seguramente arruinadas.

Se había mojado también un poco el piso de madera, los ventanales que daban al jardín. Las bermudas del color de la bruma, la playera, los pies descalzos de Héctor también estaban empapados. Su risa era líquida, cantarina. Le buscó la mirada mientras sentía su piel contraerse, la humedad de sus prendas pegándosele al cuerpo.

—No quería mojarme, de verdad —el tono era ambiguo. La furia mutaba hacia algo que no podía entender siquiera.

—Porque no sabes divertirte. ¡Diviértete, aunque sea una vez!

¡Disfruta! Nos podemos seguir empapando, ándale.

—No, no —dijo ella—. Mi ropa, no tengo otra cosa. Hace frío. Mis zapatos…

Él caminó hasta estar muy cerca de su cuerpo y, con sus pies mojados y enlodados, se paró sobre las botas de tacón. Sus dedos y sus metatarsos sobre la superficie suave de una gamuza delicada, color gris pálido. Luego le tomó la cintura, la atrajo hacia su cuerpo y ella pudo olerlo, a tequila y a sudor, a tiempo pasado con alguien más. Por detrás de la espalda le tomó el pelo, le deshizo la coleta y jaló la melena hasta que ella se vio obligada a echar la barbilla hacia arriba. Protestaba con suavidad: "No, no, así no…". Le dolían los pies, le dolían las botas. Él succionaba ya su cuello, mordía una clavícula, descendía con su boca hasta un pecho. Se bajó de los zapatos y le separó las piernas con una rodilla. La abrazó de nuevo, la hizo encaramarse a él mientras la besaba, le abría la blusa, le lamía la areola antes de tomarle el pecho con una mano y apretarlo con fuerzas. La arrastró, casi la cargó, hasta subirla a un costado del fregadero. Ese sitio le gustaba. Le quitó toda la ropa y siguió besándola, mordiéndola, tocando su piel y su carne como si fuera de goma, apretándola, empleando sobre ella todas sus fuerzas. Pellizcos, jalones. Estaba descalza, desnuda, sentada con sus piernas rodeándole la cintura. Él la detenía si quería besarlo o la obligaba a hacerlo más. Y ella: disfrutaba a su pesar, disfrutaba de una manera para la que no tenía palabras ni un pensamiento claro, disfrutaba cargada de odio o desesperación, con los ojos cerrados.

—Quieta —lo oyó decir—, no te muevas.

Ella abrió los ojos unos segundos y luego los cerró obligada por el trapo de la cocina, húmedo, oloroso a grasa vieja, que los apretaba. Él lo ató por detrás, jalándole el cabello. Ana protestó y el fotógrafo dejó salir una risa rápida y seca. Un ruido, algo se movía. Sintió cómo la atraía, jalándola y, antes de que ella pudiera hacer o decir nada, lo sintió dentro, con la piel desnuda.

—Así no, ¡así no! —trató de echarse para atrás, de mover sus nalgas y cerrar las piernas. De quitarse la venda y dejar de sentir placer. No quería quedar embarazada ahora que no… Un bebé. Eso no estaba en su futuro, no con Héctor.

Y la salud…

Él le tapó la boca con una mano, mientras le detenía, firme, los brazos con la otra. Algunos movimientos fuertes, algo duro, un golpe dentro. Luego el sonido de alivio. Un aaaaahhhh. Soltó la presión de su boca y de sus brazos. Ella pudo zafarse, se echó hacia atrás, se

quitó la venda improvisada y lo miró. Héctor sonreía. Se había subido ya las bermudas, estaba sudoroso y satisfecho.

—No pasa nada —le dijo dándole palmadas en los muslos— seguro que no pasa nada. Es una sola vez. No va a pasarte nada. No creo ser fértil.

Lo vio observarla y supuso su propio rostro porque lo oyó decir:

—No te enojes, Anita. Todo va a estar bien, ándale. No seas así. ¿Te enojó que te mojara? Ya, anda, vamos. Ya pasó. Los zapatos se limpian. Y sí hace frío, ya lo sentí.

Ella se bajó de un salto y recogió su ropa, mojada, dispersa, sucia. Se la fue poniendo poco a poco mientras él acomodaba cosas en la tarja.

—¿Qué es eso? —preguntó al ver lo que ella le había llevado.

Los panqués. Seguían en su sitio, quietos y aromáticos.

—Son para ti. Los traje para ti. De chocolate cubiertos con chocolate.

—Ah —respondió él desanimado—, gracias. Pero no los quiero. Voy a bajar esta panza. Mejor llévatelos tú. O dáselos a alguien más. Que no se desperdicien.

La ropa estaba tan húmeda, tan fría, que a Ana le dolió la espina dorsal. Prefirió no pedir nada prestado. Héctor había acercado la charola con los dos panecillos hasta ella. Sintió que él percibía cómo sumaba fuerzas para protestar y fue entonces que habló:

—Estoy cansadísimo, bonita. Tú convocaste a esta cita, pero yo tenía ganas sólo de descansar. Mi vida es una locura, de ayer a hoy no dormí nada. ¿Está bien si nos vemos después? ¿No te enojas?

Ana Solís: muda. Sin palabras. Las había devorado la anaconda bajo su esternón. Tomó su bolsa, la charola con panes y caminó hasta la salida. Él la acompañó. La detuvo en la puerta y le dio un beso largo en la boca, suave y cariñoso.

—No te enojas, ¿verdad?

Ana suspiró.

No. No se enojaba.

José María la llamó a su oficina.

—¿Has visto a un médico, últimamente?, ¿estás enferma? —le preguntó a bocajarro en cuanto ella cerró la puerta—. ¿O es que hay alguien en tu familia que requiere ayuda? Quiero decir, si no eres tú. Si tú estás sana.

Ceceaba con más intensidad cuando estaba enojado. Sonaba como si estuviera en el cruce de Alberto Aguilera y la calle de la Princesa, discutiendo con sus amigos de toda la vida. Como si fuera a entrar a la Bodega de la Ardosa a pedir un vermú.

—Estoy bien —dijo ella, porque ya sabía a lo que él quería llegar. Sólo que no pensaba hacérselo fácil.

—Entonces, Ana, no entiendo. Es que no lo entiendo —dijo él, con los brazos arriba de la cabeza, su melena salpimentada agitándose en el aire—, si has trabajado acá todos estos años sin ninguna queja. ¿Qué es lo que te pasa, eh? Tu gente no siente dirección, todo lo que te he pedido desde hace tres semanas está apenas en proceso, incluso lo urgente. ¿Qué coño pasa?

Ana puso la atención en sus propias uñas. Juan José tenía razón. No había ido a hacerse una manicura en meses. Y sí, se las comía, posiblemente en los ratos en los que el insomnio parece sueño sin serlo. Tenía los dedos con cicatrices, padrastros arrancados. José María la contemplaba y ella sentía cómo se le clavaban sus pupilas en el cuello, en un chupetón dejado ahí por Héctor.

Levantó el rostro. No podía defenderse porque las energías parecían escapársele del cuerpo en cuanto se paraba de la cama y se bañaba. Ése era el mejor momento del día: el amanecer y sus sonidos, el reloj que sonaba impávido, ajeno a lo que pasaba a su alrededor. Sabía, en esos momentos, que se prepararía un café espeso, lleno de espuma. Que se comería un trozo de pan dulce y un pedazo de fruta, casi lo único que podría ingerir en el día, que se daría una ducha larga bajo el chorro del agua, en ese baño blanco, de mármol, con una tina profunda, que había sido de su abuela. Durante todo ese lapso que podía durar algo más de una hora, se sentía llena de fuerzas, enlistaba sus pendientes, las cosas que quería hacer; hacía planes y los doblaba

y desdoblaba, pensando cómo podría llevarlos a cabo. Borraba de su mente todo lo que podía restarle aliento, lo dejaba de lado, como si no existiera.

Pero cuando terminaba de arreglarse, de secarse el pelo dejándolo lacio y maleable o de recogérselo en una coleta sencilla, se sentía drenada. Recordaba los papeles que se apilaban en el estudio de su casa. Documentación por la que no había paseado la mirada en semanas. Estaban ahí los reclamos de Hacienda porque no había pagado impuestos (un imperativo para los socios), los estados de cuenta de la tarjeta de crédito, los estados de cuenta de una tienda departamental. Eso la llevaba a los correos que no respondía o a los que daba respuestas vagas o confusas.

Era el cansancio. Uno atroz, como no había conocido antes. Trataba de manejarlo y se iba a la cama a las nueve y media de la noche. Entonces podía sonar su celular. Podía sonar el teléfono fijo, en la mesita de noche. Podía entrar la notificación de un correo electrónico. Esos timbres o los mensajes que entraban la dejaban despierta durante horas. Pero también podía no sonar el aparato y entonces esa ausencia resultaba en angustia.

No estaba embarazada. Quizá Héctor tenía razón y no era fértil o era ella la infértil —por su particular biología, por tomar pastillas durante algunos años— y de nada le habría servido seguir casada con Pablo porque jamás habrían conseguido una familia como la que él tenía ahora. Un bebé. Sonaba a promesa incumplida o falsa. Y no todas las madres quieren a sus bebés, ni porque son pequeñas réplicas suyas y huelen perfecto, ni porque son seres indefensos. Ella muy bien lo sabía. Ni todos los nenes quieren a sus padres.

No había tomado medidas de manera inmediata. Esperó un poco, sintiéndose incapaz de moverse esa noche, al día siguiente, el fin de semana. Su ginecólogo preguntó la fecha en que debía venirle la regla y le sugirió esperar, para no llenarle el cuerpo de hormonas que podrían hacerle daño. Y el día programado sangró como siempre, sin mucho dolor ni incomodidad. En esos días después de su encuentro con Héctor empezó a vomitar desde temprano, en la mañana, en su casa. Era ese mismo fluido espeso y amarillo, algo que supuso, en un principio, el síntoma de un embarazo imposible, obviando su propia experiencia: todos los vómitos previos. Siguió igual después del sangrado, ya sin esa preocupación encima.

Le dolía que hubiera usado con ella una venda. Una falsa venda, no la cuidadosa confección de Elías. No deseaba explorarla o abrirse con ella camino hacia un terreno que tantearan juntos. La tenía para sí y

nada en su actitud hacía pensar en una invitación. La venda era como el chorro de agua, una diversión sólo para él. Igual que los muchachos que se treparon sobre ella y le metieron dedos y la chuparon y la jalaron y la lastimaron: Héctor.

Ana se revolvió en el asiento y paseó sus ojos por los objetos de la oficina de José María. Arte contemporáneo de buen gusto, cerámica de autor para contener plumas, clips, papeles, cerámica, pequeñas esculturas de bronce. Él retomó:

—Vamos a ver. No quieres ir a las comidas de negocios; eso puedo entenderlo. No acompañaste a Lucas, como habías prometido, a la cena-cata de whisky. Llegas a tus horas, eso no me ha importado nunca, pero no tengo con qué justificar tus ausencias, Ana. Que no tengo aquí nada tuyo —le dijo con un tono que navegaba entre el enojo y el paternalismo— que pueda decirme cómo te gastas el tiempo, ¿eh? Y no me molestó que no me acompañaras en el segundo viaje al desierto, eso no. Pero me parece increíble que no hayas ido a la cena de gala de la fundación. Eso, francamente…

Una cena cuando diciembre mediaba, muy poco tiempo después del episodio en casa de Héctor. Una más, que celebraría tanto el arranque de un proyecto nuevo como el fin del año. Una cena delicada porque irían todos los clientes, irían las personas que habían hecho depósitos gordos y saludables a las arcas de la fundación. Irían también funcionarios públicos, gente de los medios, opinadores, fotógrafos, artistas plásticos, escritores y activistas. Y ella no se había presentado.

Pero sí había planeado ir. Su vestido —comprado especialmente para esa noche— era negro y acentuaba sus mejores rasgos. Unos tacones negro azulados, de gamuza y también italianos, emparentados con las botas arruinadas, rematarían el conjunto. Esa noche era importante, estaba clarísimo. Fundamental. La había pasado respondiéndole el teléfono a Héctor, sin hacer caso de los mensajes y llamadas histéricos de Juan José y Ramiro, de Ximena y Lucas, del propio José María. Y la ropa, colgada en su gancho de madera, cubierta por plástico, se mantuvo intacta porque, después de unas horas de intercambiar mensajes ambiguos, con reclamos y disculpas (suyos, todos suyos), se sentía agotada. Se durmió con el teléfono en la mano, sin haberse limpiado la cara, sin lavarse los dientes.

Para eso, entonces, no tenía una excusa que pudiera hacer pública. ¿Qué diría? (“La amargura”, en palabras de Juan José.) O el odio. O el amor, como no lo había sentido antes. Tal vez el miedo. Pero, ¿a qué? Era obvio su cambio físico y pudo ver en los ojos de José María que él

dudaría de su estado de salud, le dijera lo que le dijera.

—No pude llegar… —dijo en voz tan baja, que él tuvo que inclinarse hacia ella a través del escritorio.

—¿Qué has dicho? ¿No pudiste llegar? ¡No me jodas, Ana! —Lo vio empujar unas carpetas. Sí lo conocía enojado: no con ella. Mejor: preocupado. José María estaba harto, incómodo. No eran amigos aunque fueran tal vez algo mejor: buenos colaboradores, una mancuerna laboral que funciona—. Eso es una putada y tú lo sabes —dijo tomando aire—. Tal vez debamos pensar qué es lo que quieres, ¿no es cierto? ¿Qué quieres hacer, eh?

Era una invitación. La invitaba a reconsiderar su parte. Ximena acababa de renunciar y vender sus acciones y nada les resultaría más fácil a él y a Rosaura que reorganizar un equipo. Lucas sabría acomodarse. ¿Y ella? Tal vez no tenía cabida ahí, ya no.

—No sé —respondió.

Era la verdad. No sabía qué quería, cuál era el camino que debía tomar. Esa conversación podría haberse dado mucho antes, justo después de la cena de gala o incluso antes, desde noviembre. Si no había sucedido entonces era porque en Sigman la valoraban y porque estaban sopesando su capacidad para negociar. Tenía ahorros, casa propia, propiedades rentadas, inversiones. El dinero no le causaba angustias, no. Ni siquiera lo que pasara con sus acciones ahí.

El problema, en realidad, serían las horas que le sobrarían si se iba de ahí. El tiempo que acumularía en sus manos, dedicado a sí misma. A eso le temía.

Le había marcado apenas el día anterior a su madre, sólo para saludarla. El gesto era tan inusitado, que Ana María no la reconoció. ("¿Quién habla?, ¿quién?") La llamaba ese fin de año, antes de las fiestas, porque su presencia se le había vuelto un pensamiento recurrente y circular. Porque su cuerpo y lo que le sucedía la llevaban a un viaje al pasado con el que quería saldar cuentas para exorcizarlo. Fue una conversación breve, expedita, que no cumplió con las expectativas de Ana que, desde el suceso con la venda, la manguera, había recordado a su madre en la tarde de viento, polvo y ruido en que había decidido hablarle de sus vecinos y lo que le había sucedido.

No pensaba denunciar a Elías porque, por entonces, pocas cosas le eran tan valiosas como sus encuentros. Quería decir, eso sí, que otros se habían aprovechado de su secreto. ¿Cómo explicar el asunto sin regalar el misterio? Le dio vueltas y vueltas en la cabeza. La piel de sus muslos y de sus mejillas, la de su espalda, había tenido tiempo de cambiar de tono y eran obvias las marcas —moretones y rasguños— como si fueran latigazos, que atravesaban desde la ingle hasta el glúteo, del pómulo a la comisura de los labios, de la clavícula al omóplato. Su cicatriz, ese punto de referencia para su propio cuerpo, estaba hinchada porque alguno de los chicos le había pegado (¿nalgadas?, no lo recordaba). La vulva le dolió durante días, le molestaba orinar. Los pechos, que se habían desarrollado mucho desde la primera visita a la casa de Elías, tenían también moretones, cortaditas, marcas de dientes.

Decidió que lo más sensato era explicarle a Ana María, muy pronto, que los habían tomado por sorpresa a ella y a su novio. Decidió decir eso: que Elías y ella eran novios formales, que su familia lo sabía, que él la quería y la protegía. Y que unos tipos los habían seguido y el resultado eran esas marcas en su cuerpo, dolor, incomodidad. (No podía confesarle el otro resultado. Le costaba trabajo aceptarlo, le parecía equivocado: el recuerdo de ese día, la idea de que se repitiera, la excitaba. El olor mezclado con su propia furia y la fuerza con la que los había rechazado le llegaban a ráfagas. Sentía con ellas cómo se le hinchaban los labios mayores, cómo lubricaba, sentía ligeros

calambres en los muslos, una ansiedad que le recorría la parte baja de la columna. La excitaba el recuerdo de Elías ahí, parado, observándola.)

Tenían, ella y su madre, una relación rasposa ya. Ana llevaba años sin pedir permiso ni pedir perdón. Había sido una niña alegre, era una muchachita vigorosa. No se portaba mal a propósito, no quería faltar a las normas, pero se mandaba sola, se ausentaba de casa, huía de misa, se invitaba a sí misma a reuniones con sus primos o vecinos cuando veía que Ana María quería tenerla encerrada, leyendo o dibujando. Tenía unas calificaciones aleatorias, nunca malas de verdad pero sí con altibajos notables. Decía lo que pensaba en la mesa, decía lo que pensaba sobre los problemas del mundo y la familia y la escuela sin miedo, a diferencia de Miguel, su hermano, siempre reservado. Ana María no tenía herramientas para manejar eso.

—Mamá —le dijo entonces, en el filo de su pubertad—. Mamá, tengo que decirte algo. Algo que me pasó.

Los padres no siempre quieren a los hijos tal vez porque no saben cómo. Su madre no fue capaz de entender las palabras de la adolescente que le hablaba, de interpretar ese discurso roto, construido con iguales dosis de mentiras que de verdades, cuidadosamente armado para denunciar, solicitar, implorar. Lo que se hubiera resuelto con un abrazo, con un oído atento, una visita al médico, unas palabras de aliento y sosiego, tal vez una reconvención moderada, se convirtió en el primer punto serio de discordia entre ambas. Fue el momento decisivo que parecían esperar para decantar sus preferencias: Ana con Lorenzo; Ana María con Miguel.

Un escándalo generalizado, qué barbaridad y cómo puede ser esto posible y es lo peor que me puede haber pasado *a mí*, *a mí*. El horror completo y Dios padre y Su Hijo, que todo lo ven, juzgarán para la eternidad a todas esas personas, sin importar que crean en algo distinto. También a ti, por lo que hayas hecho para provocarlos. Gritos, también, en los que se habló de un único juicio, el último, que llegaría para todos con los mismos castigos, hasta el fin de los tiempos. Jamás, sin embargo, la plática pertinente, el llamado a cuentas de los verdaderos culpables, la solución saludable de hablar con ellos y ver qué pasaba para evitar que lo hicieran de nuevo, para reparar algún daño.

Ana no volvió a ver a Elías y no pudo resolver con él nada. No pudo salir por las tardes a deambular a solas, con pensamientos que se transformaban al ritmo de su cuerpo, por las calles tranquilas en torno a su casa. Tuvo clases siempre, maestros particulares y salidas al

ballet, al piano; inglés, matemáticas, caligrafía: todo con rigor. Poco después su familia se mudaría a un lugar más amplio y arbolado, muy cerca de donde ahora ella vivía, en la órbita de la casa tutelar.

Y no, no podía resolver el pasado con una llamada. Ya no.

Pablo dijo:

—Voy a verte. A tu casa o a donde estés, ahora mismo.

El final de enero con su frío. Con las calles apenas reponiéndose del fin de año, todavía somnolientas, cansadas, abrumadas por el paso del tiempo.

Ana le sonrió al teléfono. No era más que una infección de las vías urinarias. No necesitaba nada especial, ahora que le estaba bajando la fiebre gracias a las medicinas. Estaba bien, cuidada, en su cama. Un médico la había revisado. No era nada grave.

—No me importa lo que digas. Voy a ir. O le llamo a Juan José para que te busque. O a Nash, si prefieres —hizo una pausa y añadió —: mira, me lanzo un ratito, luego que llegue alguien más. No te puedes quedar sola, no con fiebre.

Sí que podía. Todas las enfermedades de su vida habían sido episodios solitarios, casi meditativos. Por eso, tal vez, se enfermaba tan poco. Era sana, fuerte. Aunque era cierto que casi no comía a últimas fechas, se ejercitaba poquísimo, bebía más alcohol y menos agua. Quizá por eso era que… Aunque no. Ella lo sabía.

("¿Hizo algo?, ¿se lastimó con algo? ¿Con qué? Dígame, para poderla ayudar", el doctor necesitaba tener herramientas. Necesitaba que le dijera todo para recetarla y curarla.)

—Estoy bien, en serio —dijo, sintiéndose arropada por las palabras de su exmarido.

No quería explicar. No podía explicar porque, una vez más, carecía de palabras para hacerlo. Estrategia de comunicación: inútil. El diccionario de sus emociones y sus acciones: desaparecido. Los encuentros con Héctor, cada vez más aislados, habían mutado desde la noche de jueves en que ella comprara unos panqués de chocolate. ¿O desde antes? Estaban ya fuera de su natural estado; habían perdido fuerza en el ritual y habían cobrado fuerza física. Y brevedad. El tiempo que pasaban juntos era menor pero multiplicaba en Ana los rastros.

Desde las primeras veces, en los primeros días en su departamento de la Condesa, ella había perdido terreno en la resistencia a la

voluntad de Héctor. Cedió poco a poco, incapaz ya de manejarse de otra forma. (“¿Qué es lo peor que puede pasar?”, había dicho Juan José: el vacío.) Llegaba a verlo, tocaba el timbre, no usaba más las llaves. Acudía a su petición, a sus mensajes al celular o a sus telefonazos, llamadas cortas que exigían su presencia en tono seco, a veces exigente. A esas alturas, sin salidas a la calle, a un sitio distinto que ese departamento y su rigor.

Ahí, con él, se enfrentaba a sus palabras primero. Podía decirle que estaba muy delgada y que aunque al principio —cuando la vio sin ropa las primeras veces— consideraba que le vendría perder unos kilos, ahora se daba cuenta de que no era así, que se veía mejor con más carne. Podía hablarle de las estrías que se habían marcado en sus pechos por adelgazar, por ejemplo, pero de una forma que la dejaba confundida. Sus palabras empezaban como algo que podía parecer un halago. Esos pechos que eran como un postre servido en copas, que eran un merengue blanco y delicado, rotundo y magnífico, tenían ahora una mácula, algo que les restaba perfección. Y sobre eso abundaba, sobre la imperfección.

No le ofrecía nada para beber o comer, salvo que ella lo solicitara: estaba en su casa, así que, si lo quería, podía servirse agua o abrir una botella o comer algo del refrigerador. (“Haz de cuenta que aquí vives.” “Siéntete en tu casa, atiéndete.”) Conocía ya todo y todo era también de ella. Salvo esta botella, porque la voy a llevar a una cena. O ese queso, aunque me lo puedes reponer luego, traes uno idéntico, nuevo.

Después, la besaba a su gusto y ella, ya dócil, respondía a ese beso según la indicación. Más lengua, menos lengua. Abierto, cerrado.

Podía, también, no besarla para nada, en ningún momento de su encuentro. Ella se dejaba hacer y dejaba que él le quitara las prendas que quisiera porque, no, no debía desnudarse si él no lo pedía. Ni tocarlo sin petición expresa.

A veces obviaba el saludo. Le abría la puerta y, en cuanto ella atravesaba el umbral de la puerta, le bajaba los pantalones, le tapaba la boca, la penetraba. O levantaba su falda en la cocina, cuando la veía sirviéndose agua y así, sin más. A veces con condón, a veces sin condón. Ana se había hecho pruebas ya en dos ocasiones: era saludable, libre de enfermedades venéreas. Protestaba un poco, con voz que perdía energías conforme avanzaba el frío y el fin de ese año. Y algo que la hubiera divertido antes, que le hubiera gustado y excitado de una forma más redonda y lúbrica en otras circunstancias, le causaba ahora un dolor placentero y enredado. La dominaba la sensación confusa del deseo y la angustia mezclados, del miedo y el

placer, la rabia y las ganas.

Él había empezado a usar objetos también y la violencia que, ahora Ana pensaba, estaba en sus fotografías. Esos paisajes salvajes y rotos, los fragmentos de cuerpos, la mirada partida de los sujetos fotografiados, los ojos de un animal que parecía vivo pero podía estar muerto: todos hablaban de esa violencia a la que ella cedía por su propia voluntad, a la que se entregaba porque quería o porque no sabía hacer otra cosa.

Por fin, su cuerpo se había quejado. Infección de las vías urinarias. Y, a pesar de los ardores al orinar, lo dejó hacer de nueva cuenta. Acudió a su departamento y, adolorida, lo dejó hacer una, dos, tres veces. Así que ahora tenía una fiebre altísima, los riñones acongojados, un dolor en las piernas que descendía hasta las rodillas y subía luego hacia la ingle.

Pero no quería que Pablo le hablara a nadie para ayudarla porque hacía mucho que no veía a sus amigos ni hablaba con ellos más que de pasada. Se habían abrazado apenas, por separado y a las carreras, cerca de las fiestas de fin de año. Ella había recibido invitaciones para pasar con Juan José la Navidad, con Nashelly el Año Nuevo, con todos una velada antes de las celebraciones obligadas, un fin de semana en Tlayacapan. Todo había sido rechazado.

Pensó en Rolando: en la diferencia que hubiera hecho tenerlo cerca. Era un hombre dedicado y cuidadoso, que la protegía. Que la excitaba y la abrazaba y la besaba de verdad. Pero tampoco había hablado con él en semanas. Le había dejado un mensaje y un correo breve para desearle lo mejor en el año que estaba por arrancar. Él había respondido de inmediato con una llamada que Ana no atendió: dejó que sonara el teléfono, el nombre querido en la pantalla, y escuchó el recado después. Un recado que la invitaba a replantear su ausencia y que ella no contestó.

Quedaba Pablo.

—Bueno, ¿entonces? Listo, llego como en media hora, a más tardar —le dijo—. Tengo llaves, así que no tienes que pararte ni nada. Te llevaré regalos y cosas. Te veo ahí.

Adiós. Su sonrisa, tras colgar, se desvaneció pronto por el dolor y por un llanto suave que la acometió desde el punto preciso en el que vivían los reptiles bajo su esternón.

—Tengo algo para ti —dijo Héctor del otro lado de la línea—. Y tenemos que vernos. Hablar. Será rápido.

Ana sintió que se le hundía el vientre vacío. Esa zona ya recuperada, libre de dolor y enfermedad. Era una llamada al celular en sábado. Un sábado solitario y frío de mediados de febrero, que dedicaría a sus plantas. Tenía citado al jardinero, lo esperaba en unos minutos. Debían remover la tierra para que las plantas no sufrieran con las bajas temperaturas y el clima desorganizado de ese mes ("Febrero loco…"). Era necesario forrar los helechos con plástico, quitar lo que se había quemado con las heladas para que el daño no fuera mayor y para que, en la primavera, hubiera plantas inmensas, abundantes, verdes. Pensó en su jardín, ese espacio que le daba un placer sencillo y directo, y supo que renunciaría a él ese día.

Aprovechaba los días ahora que estaba en una pausa laboral. Un tiempo sin paga y sin responsabilidades. José María no pensaba soltarla tan fácil y estaba buscando, ella lo sabía, una manera de atraerla con otra propuesta. Pero era mejor dejar su lugar, que alguien más lo ocupara. Que Lucas creciera ahí, ya sin Ximena y sin ella, porque era el único con ambición suficiente para consolidar los proyectos y mandar sobre subalternos sin dudar ni un segundo que él era su jefe. Las maneras alegres de Beláustegui, el frío control de Ana: todo eso no era necesario en un negocio como el suyo.

Las mañanas eran más o menos tolerables porque todavía estaba enredada en papeleos que no exigían horarios. Las aprovechaba muchas veces para treparse a su nueva caminadora, instalada en el cuarto de servicio, y caminar a ningún lado sin que eso la molestara como la había molestado en el gimnasio. Las tardes, sin embargo, se le prolongaban. Parecían multiplicar las horas de la mañana por dos, por tres. Después de la comida, la tarde amenazaba con ser eterna. El cielo —plomizo, de nubes vaporosas y aire denso y helado— no aceleraba el tránsito de las tres a las cuatro o de las cuatro a las seis. A las siete en punto se ponía la pijama, encendía el televisor o intentaba leer. Para las nueve, había vuelto a su teléfono o a su computadora y leía y releía los mensajes intercambiados con Héctor en los últimos meses.

Trataba de encontrar señales ahí, de encontrar indicios. Los leía como deshojando margaritas.

Se miró en su espejo. Llevaba jeans, un suéter gris, holgado y muy espeso, de cuello de tortuga; botas altas, negras, con forro interior de borrega. Su pelo estaba recogido en una coleta muy simple. No se había maquillado ni tenía aretes puestos. Se aplicó un poco de perfume y revisó su bolsa. Notó que no combinaba con su atuendo y se encogió de hombros. Se echó encima un poncho caliente, que la cubriría aún más del tiempo inclemente de esa mañana y manejó hasta casa de Héctor.

Todo le era familiar. Sabía dónde estacionarse y el sonido preciso que harían sus pasos sobre la banqueta. El sonido de sus pasos, también, en el corredor que llevaba a ese departamento. Había espiado el edificio, en esos últimos meses. Pasaba cerca de ahí, conduciendo a muy baja velocidad, para ver si lo encontraba entrando o saliendo, si veía a alguien con cara de entrar a verlo como ella había entrado tantas veces. Nunca se atrevió a apostarse fuera, con descaro, como un centinela. Se alimentaba de las sospechas y de la duda y de sus propias y vigorosas serpientes. También de la sensación brutal, casi concreta, de que en un cruce cualquiera un camión se impactaría con su auto, que un poste de luz caería sobre su parabrisas cuando ella, la atención puesta en una casa ajena, no se diera cuenta. Vendría un choque fatal. (“Será rápido.”)

Contuvo el temblor que le surgía del plexo solar y se le extendía hacia las manos, tocó el timbre y dio un par de golpes en la puerta de madera. Él le abrió. Estaba arreglado, con una camisa de vestir bajo un suéter de lana verde que ella no conocía. Pantalones de pana. Oloroso a loción, recién afeitado. Ana sintió un vuelco en el estómago, un golpe en el nido. ¿Se arreglaba para ella?, ¿para alguien más? Él dijo, contra su costumbre:

—Hola, qué guapa.

—Hola —dijo ella, tragando saliva—, qué guapo.

Lo vio sonreír de buena gana, echando la cabeza hacia atrás.

—Hace mucho frío, ¿te ofrezco un té?, ¿un café? ¿Un tequila? Es muy temprano para beber, pero te ofrezco lo que tú quieras.

Ana dijo sí con la cabeza. Sí, lo que sea, lo que tú quieras.

Él llegó con dos tazas de café humeante. Café. Un olor tostado que la reconfortaba de inmediato. Lo aspiró y abrazó la taza con las dos manos.

—Siéntate —él señalaba esa sala, tan familiar—, ¿ya estás bien? ¿Sanísima?

Ella asintió. Sanísima. Ya. Todo bien. Estaba sentada en el borde del asiento, las piernas rígidas, el cuello también. Las manos apretando la taza.

—Oye, Ana —Héctor hablaba con lentitud, los hoyuelos pronunciados en su cara—, quería que platicáramos cara a cara. Mira, esto…

Ella volvió a decir que sí con la cabeza, la vista puesta en el café, porque todo lo que podía escuchar estaba ya asimilado desde antes y escucharlo no lo cambiaba. Dijo, para su sorpresa:

—Sí, yo sé. Si nos volvemos a encontrar, será un placer y ya, ¿no?

Hizo una pausa y añadió:

—O sea, no hay que vernos más.

—Eso —respondió él, como desprevenido—. Eso precisamente. Y no es falta de cariño…

Ana giró la cara. Sus ojos fijaron el rostro de Héctor con precisión, tal vez porque esas palabras la sorprendían en su boca: “No es falta de cariño”.

—Tengo una vida complicada. Voy y vengo. Estoy muy ocupado. Y algo traes tú, algo que hace que no seas como antes. Cambiaste. No sólo enflacaste: cambiaste mucho. En fin… ¿Estamos en lo mismo?

—Estamos —dijo ella, forzando una sonrisa. ¿Antes?, ¿antes cuándo?—. Estamos muy en lo mismo. Me parece bien.

—Quedamos como amigos, pues. Nos veremos por ahí.

—Sí.

—Qué bueno, Ana. Oye… y tengo algo para ti.

Caminó hasta el pasillo, donde solía recargar sus fotografías enmarcadas. Separó tres muy grandes. Luego caminó con cada una hasta colocar las tres contra el respaldo de los sillones. Les quitó el plástico burbuja con cuidado. Dos capturaban a Ana de frente. Un ojo que miraba con deseo, pestañas pobladas, una parte de un rostro que estaba a punto de sonreír. Otra era de la piel de su pecho, desde la curva del pezón hasta la clavícula. Sus pecas parecían otras estrellas, marcas en las que no reparaba casi nunca. La tercera era de ella de espaldas, en el jardín. Era la única a color. Ana se veía pequeña, rodeada de plantas (las hortensias en flor, la madreselva salvaje, los fresnos estilizados y frondosos), con un vestido lila de tela suave que combinaba y contrastaba con su entorno. Se podía apreciar desde sus pantorrillas desnudas hasta su cabeza, girada un poco hacia la derecha, tal vez persiguiendo el vuelo de un pájaro. Estaban enmarcadas en madera gruesa, pintada de blanco. Las protegía un vidrio antirreflejante que permitía ver los detalles. Héctor las había

firmado en la marialuisa y, como le enseñó después, también por detrás. Y les había hecho una marca en la madera con un huso, para que no perdieran valor. No había otras copias, eran suyas.

Ana las contempló en silencio. Ese vestido, de manga larga y ligero, le recordaba los meses cálidos, un pasado que parecía remoto y era tan reciente. Eran ella y, a la vez, eran otras tres distintas personas. Fragmentos de tres mujeres que podían parecer hermosas, con más carne, más voluntad, más sangre.

Sonrió. Una sonrisa triste y gris, como la mañana. Bebió su café. Disfrutaba cada trago. Miró ese departamento, los sillones, los muebles, el reloj fijo siempre en la misma hora, las paredes y el jardín, mustio. Luego levantó la vista para toparse con la de Héctor y le costó trabajo pensar que alguna vez lo había besado, que había soñado con él, que sus cuerpos habían estado juntos y desnudos en una cama.

—Gracias, de verdad —dijo al fin, sintiéndose liberada.

—¿Te gustan? —preguntó él, lleno de entusiasmo infantil—, no supiste nunca que te tomé ésta del jardín, ¿no? Es preciosa. Me encanta. Me gusta mucho. ¿En serio te gustan?

Sí.

La acompañó hasta su coche, subió en el asiento trasero las fotografías enmarcadas (antes, se tomó el tiempo de envolverlas muy bien) y, cuando cerró la puerta y la tuvo frente a sí, con las llaves de su departamento en la mano, la abrazó. La apretó fuerte por unos segundos, la soltó. Le dio un beso en la frente, uno muy ligero en los labios, apenas un roce, y tomó las llaves.

El cielo crujió. Un trueno lo atravesó, un trueno diurno.

Ana vio caminar a Héctor de regreso a su departamento y se subió a su vehículo. Miró, protegida por el parabrisas, el cielo ennegrecido. Iban a dar las once de la mañana y las nubes estaban cuajándose encima de la mancha urbana, moviéndose desaforadas. Un trueno más y otro. Una amenaza.

Arrancó el auto y condujo con cuidado, muy despacio. Antes de llegar a su casa la lluvia ya golpeaba la ciudad, las plantas, las avenidas, su propio coche. Una amenaza no: una promesa. El cielo había cumplido, por fin, sus promesas.

Este libro narra la historia de la pérdida y la renuncia más grandes: las de una persona que se abandona al vacío.

Ana Solís es una mujer joven, atractiva y exitosa. También es una mujer liberada, que vive a su aire y que no se comporta como una chica tradicional: tiene amantes, su propia empresa, voluntad, dinero y una personalidad fuerte, obsesiva. Pero un día conoce a Héctor Lucero, un fotógrafo famoso y extraño, que encuentra la grieta que hay en ella, una que proviene del pasado. Ambos inician una relación caótica, intensa, desesperante, de una violencia profunda y sutil. A partir de eso, y desde su primer encuentro, la vida de Ana comienza a resquebrajarse y ella se convierte en la desbandada de sí misma, entregándose a su verdugo.

Cuando escuches el trueno es una novela sobre las posibilidades del placer y las posibilidades de la pérdida, sobre el cuerpo como un minucioso campo de batalla. Sobre la sumisión, la violencia y las muchas caras del amor y el desamor. Sobre el peso de la propia historia. En ella, Julieta García González explora los hondos resortes del deseo y la voluntad y del poder que tienen para impulsarnos o precipitarnos.

Ahí está Ana. La amistad, la familia, los afectos, la memoria misma podrían ser asideros, refugios al vendaval de su abandono. O no. Quizá sólo hagan aún más estridente el silencio de la renuncia.

Julieta García González (Ciudad de México, 1970) es narradora, editora y articulista. Es autora de la novela *Vapor* (2004), de los libros de cuentos *Las malas costumbres* (2005) y *Pasajeros con destino* (2013), y del libro infantil *El pie que no quería bañarse* (2011). Ha sido becaria del Centro Mexicano de Escritores y del FONCA, además de escritora residente de la Jiménez-Porter Writers' House de la Universidad de Maryland.

Cuando escuches el trueno

Primera edición digital: febrero, 2017

D. R. © 2016, Julieta García González

D. R. © 2017, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

D. R. © Penguin Random House, por el diseño de cubierta
D. R. © Manuel Monroy, por ilustración de portada

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx)

ISBN: 978-607-315-101-6

Penguin Random House Grupo Editorial

/megustaleermexico @megustaleermex

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación

ÍNDICE

Cuando escuches el trueno
Fiestas
Habitaciones
Amistades
Renuncias
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos